

Sobre gustos no
hay nada escrito

Serie del comisario Proteo Laurenti

VEIT HEINICHEN

Siruela/ Policiaca

Veit Heinichen

Sobre gustos no hay nada escrito

Serie del comisario
Proteo Laurenti

Traducción del alemán de
Isabel García Adánez

Siruela Nuevos Tiempos

Índice

Al agua regresa todo
La dama de los gatos
Con el verano se abre todo el mundo
Sex on the Beach
Paradoxurus hermaphroditus
Portadoras de esperanza
Ángeles de viaje
¡En marcha!
De un mismo golpe
Amarillo
Sorbete de limón
Los enfados y el café se sirven calientes
Desidia veraniega
Levando anclas
Cavana
Dios creó al hombre a su imagen y semejanza,
y creó al hombre y a la mujer
Al amanecer en el parque
El error de Freud
El viaje de vuelta
El día de la esfinge

Notas
Créditos

Sobre gustos no hay nada escrito

Winners are losers with a new attitude.

[Los ganadores son perdedores con una nueva actitud.]

David Byrne

Ero meravigliato di esser vivo, ma stanco di aspettare soccorsi.

[Estaba maravillado de seguir vivo, pero cansado de esperar socorro.]

Ennio Flaiano

*The influence of coffee in stimulating the genital organs
is notorious.*

[La influencia del café como estímulo de los órganos genitales
es notable.]

John Harvey Kellogg

Al agua regresa todo

Ver turistas con atuendos imposibles era algo habitual desde el viaje a Italia de Goethe y la larga estancia de Lord Byron y los Shelley en el país. Y tampoco suscitaba ya ningún comentario despectivo de nadie desde que los parientes emigrados a alguna lejana tierra del norte de Europa visitaban la patria durante las vacaciones de verano. La mercancía barata para consumo masivo que salía de los centros comerciales y *outlets* de turno hacía avanzar la globalización del mal gusto a pasos agigantados.

A pesar de todo, Harald Bierchen atraía las miradas de todo paseante que aquella tarde recorriera las Rive hacia el Molo Audace, con su pesada rosa de los vientos de bronce sobre un pedestal de cemento blanco en el extremo. Era un hombre alto muy corpulento, vestido con pantalones de lino claro, anchos como un saco y con los bolsillos a punto de reventar; el barrigón le colgaba por encima del cinto, una punta de la camisa, de manga corta, se le había salido y dejaba al aire la carne rosada, de un tono que hacía juego con las rayas de la prenda. Llevaba unas sandalias de las que ofrecen los vendedores ambulantes africanos por unos pocos euros. La ligera brisa le alborotaba las largas guedejas de pelo rubio oscuro que se retiraba una y otra vez de la frente para que le taparan la amplia calva. Unas gafas de sol enormes ocultaban casi un tercio de su cara, que, como todo su cuerpo, tenía forma de pera. La piel abrasada por el sol, que hacía aún más llamativas su nariz de patata y sus carnosas mejillas, relucía bajo la crema solar aplicada a pegotes. Sus buenos veinte mil euros costaría, según los expertos, el reloj que brilló al darle el sol cuando el gigantón se llevó la mano izquierda a la frente y miró el mar. Hacia el coloso, que hacía señas con la mano desde el muelle, avanzaba al compás del traqueteo del motor diésel un yate de dos mástiles con velas de color rojo ladrillo, ahora arriadas. Los paseantes se quedaron mudos cuando el barco, en cuya proa se leía en ostentosas letras doradas el nombre *Greta Garbo*, se arrió lateralmente para que saltara a tierra una belleza de curvas tan bronceadas como generosas, cubiertas por un escaso vestido blanco, con un cabo en la mano para amarrar el yate y ayudar al grandullón a subir a bordo. Su melena rojiza como cola de zorro flotaba al viento y, al igual que sus redondeces, distraía de un rostro demasiado maquillado y de rasgos más bien vulgares. En inglés, le pidió expresamente que se quitara las sandalias, pero el gigante subió a la cubierta de una zancada como si no la hubiera oído y, con un gruñido de satisfacción, se dejó caer de popa sobre un sillón blanco. El *skipper* reemprendió la marcha de inmediato tras saludar al pasajero haciendo un fugaz gesto con la mano. Era un joven musculoso de torso desnudo, grandes ojos oscuros y sensuales labios carnosos,

en cuyo cuello lucía un colgante con un pedrusco rojo del tamaño de una ciruela.

—Sonríe como una persona, no como una cabra, Vittoria —dijo en voz baja—. El jefe le ha prometido una aventura que no ha de olvidar jamás. Así que ya sabes cómo ponerlo a cien. No te olvides del dineral que te suelta Lele cada vez que se siente solo. Únicamente con eso ya ganas una fortuna.

—Y tú no tengas envidia, chiquitín. Porque, desde luego, no es plato de gusto. Contigo igual era otra cosa... —y le lanzó una mirada que echaba chispas, se atusó la melena con ambas manos, se recolocó el escote y, por último, llevó un enfriador de champán y dos copas. El velero pasaba por el dique que hay frente al Porto Vecchio cuando, fingiendo un pequeño accidente, se derramaba el champán por el escote. En cuanto hubo quedado atrás la zona del puerto, el skipper empujó hacia delante la palanca del motor y el barco emprendió la marcha, la proa cortando orgullosa las olas, cuya espuma blanca salpicaba toda la cubierta para deshacerse luego en pompas transparentes. Aproximadamente una hora más tarde, lanzaría el anclaentre Grado y la desembocadura del Isonzo para que Harald Bierchen pudiera bañarse. Tal y como lo había ordenado el jefe.

—El argumento ya es bastante tonto de por sí, pero tal y como está tratado resulta más banal todavía. Una comisaria supuestamente italiana se enamora de un gallardo fiscal teutón y, por hacer algo más, van detrás de unos cuantos mafiosos a los que descubren porque llevan gafas de sol incluso de noche y le sueltan a un político el dinero del soborno a la vista de todo el mundo —protestaba Livia—. Y, como quien no quiere la cosa, también raptan a la señora del político y no la sueltan hasta que él no firma el contrato que asigna las faraónicas obras de remodelación del puerto a la empresa adecuada. Si es que es todo ridículo. ¿Para qué untar a un político si los malos ya tienen a su señora?

—Igual temen que le venga bien librarse de la parienta.

—¡Qué va! —exclamó Livia—. Es el amor de su vida.

—Así es la tele —comentó su padre—. Ficción. ¿Por qué crees que no veo esas cosas jamás?

—Y luego ni te imaginas la pinta de los actores, me llevan unos modelitos diseñados en la Alemania profunda... Y eso que es una coproducción germanoitaliana. Y, en medio de todo, está el gran jefe, ahí repantigado frente a la pantalla del televisor, diciendo a todo el mundo lo que tiene que hacer. Es un gordo prepotente que se cree el amo del mundo. A las actrices les tira los tejos sin cortarse un pelo, a mí también me ha estado dando la lata. A la hora de comer, se cuela por delante de todos en el bufet y no escucha a nadie. Por lo visto, el guión es suyo, escrito bajo seudónimo, y se lleva un dineral por ello, además de su trabajo como jefe de programación. El equipo entero está de los nervios y se monta una bronca tras otra. Por desgracia, el director es un oportunista que no se rebela contra el jefe. Pero ¿sabes qué es lo mejor? Esta mañana, el jefe ha decidido que, al final de la película, el político se desplomará de narices sobre un plato de tiramisú *después* de tomarse el café. Envenenado. Al margen del detalle de que el café no se sirve hasta después del postre, los mafiosos ya llevan tiempo muriéndose de asco en la cárcel y nadie sabe quién lo ha envenenado. Tan sólo una sombra cruza la pantalla, que pretende

sugerir que las fuerzas oscuras siguen obrando y que la historia puede tener una continuación si cuadra la cuota de pantalla.

—De lo más realista —sonrió Laurenti, cansado—. Es una pena que no tengan en cuenta a ninguno de mis clientes para calcular sus cuotas, o por fin dejarían de rodar las mismas estupideces una y otra vez.

Livia estaba sentada junto a su padre en la gran Piazza abierta al mar, a la sombra de la terraza de Harry's Grill, tomando un aperitivo. Desde hacía semanas, no salía de su despacho a menos que surgiera algún irresoluble problema de entendimiento en el set de rodaje. Entonces, recibía una llamada urgente para que dejara de inmediato cuanto estuviera haciendo, y ya podía volar con su motocicleta entre el denso tráfico del centro para hacer de intérprete y tratar de parar los golpes entre aquellos gallos de pelea. También ese día habían tenido una buena porque el poderoso jefe de la cadena había vuelto a echar por tierra todo lo que tanto esfuerzo había costado organizar.

—Pretendía trasladar la escena entera al otro lado del Canal Grande, a pesar de que no tenemos permiso para rodar allí. Y ni siquiera enlazaba con la escena anterior. Primero, todo al sol, y de repente, todo en sombra. Nadie se iba a dar cuenta, según él. La luz del otro lado le gustaba más. No cedió hasta que Alessandro, el jefe de localización, que ya ha adelgazado cuatro kilos por el estrés, le dejó claro que habría problemas con las autoridades. Eso es lo único que le impresiona. Imagínatelo, repantigado en su sillón como un ceporro, con el guión en la mano, afirmando que él es quien sabe bien lo que espera el espectador. Y el inútil del director se lo traga sin decir nada... —Livia estaba furiosa.

Proteo Laurenti acarició la mejilla de su hija.

—Manda ese trabajo a paseo, Livia. Encontraremos algo mejor para ti.

—Si lo mando a paseo, puedo pasar el resto de mi vida esperando a que me paguen. Además, actualmente el treinta por ciento de la gente de mi edad no tiene trabajo fijo —deprimida, se recostó en el hombro de su padre, que hizo una seña al camarero para pedirle otro Americano: mitad Campari, mitad vermú, una rodaja de naranja, un pedacito de cáscara de limón y soda.

El comisario se había encontrado con su hija en el centro por casualidad, tras sobrevivir a una interminable reunión con el prefecto a la que se había convocado a todos los jefes de las fuerzas de seguridad. El que antes fuera gobernador de Roma acababa de tomar posesión de su nuevo cargo en Trieste y había pronunciado un discurso de ingreso que apenas se diferenciaba de los de sus predecesores, a quienes Laurenti había sufrido durante las últimas décadas. La seguridad pública corría un peligro cada vez mayor y todo dependía de una colaboración libre de trabas burocráticas, fue en resumen lo que anunció. No era el único nuevo, también habían cambiado al jefe de la policía, y su sucesora no había parado de hablar de orden y disciplina.

El nuevo Gobierno de Roma destacaba sobre todo por su política interior. Los ministros de la Lega Nord eran los que más polémica suscitaban. Habían conseguido los votos de la gente con burdas promesas populistas de expulsar a los extranjeros, y ahora clamaban por un Gobierno federalista, como si pudieran emanciparse del sur del país.

Los únicos en hacer realidad un verdadero federalismo eran, en el fondo, los grupos del Crimen Organizado –la Cosa Nostra, la Camorra, la Sacra Colonia Unita y la 'Ndrangheta en asociación con los clanes del este de Europa, China y África–, desde que habían aprendido que las negociaciones y la colaboración hacían aumentar los beneficios más deprisa que las susceptibilidades acerca del radio de jurisdicción de cada uno. Una red de alta eficacia y de alcance mundial que se había abierto camino hasta los estratos más altos de la política y la economía en toda Europa. Tras el cambio de Gobierno, el carrusel de personajes había comenzado a girar, como es habitual. Los nuevos amos habían disuelto las viejas estructuras y asignado las posiciones clave a sus amigos y aliados. Laurenti, por su parte, había tenido que hacerse a una nueva fiscal que contaba con una brillante carrera en Rimini y por cuyo escritorio pasaban gran parte de las investigaciones sobre delitos capitales y Crimen Organizado. Al menos su equipo había recibido refuerzos. Hacía tres meses se les había unido un joven agente que venía de L'Aquila, de tragar polvo en la ciudad de los Abruzos destruida por el terremoto.

Al escapar por fin del aire acondicionado de la sala de reuniones de la prefectura y salir al sol de la Piazza, Laurenti se había cruzado con Livia. Tres meses atrás, la joven había comunicado a sus padres, exultante de felicidad, que regresaba a Trieste. Dejaba su puesto en una editorial de Múnich para firmar un contrato con una productora de televisión que rodaba una película menor, por encargo de las televisiones estatales alemana e italiana, y necesitaba una coordinadora bilingüe. Le habían prometido la luna. A su padre no le había hecho ninguna gracia: con lo guapa que era Livia, habría preferido verla de actriz. Pero a Laura, su madre, le hizo mucha ilusión, y de todas formas la habría apoyado.

–Mira, Livia, los tiempos no son de color de rosa, pero tú tienes un currículum excelente. Encontraremos algo para ti –repitió Laurenti–. Cada vez ruedan más películas aquí, también de cine. Y si eso no sale bien, seguro que las compañías aseguradoras o los grandes tostaderos de café de la ciudad, que están en continua expansión, necesitan a alguien con tus conocimientos de idiomas. A ver de qué me entero por ahí. ¿Cuánto tiempo vais a rodar aquí?

–Al menos tres semanas más. Pero como sigan con tanto lío puede alargarse.

La mirada de Laurenti se posó sobre el velero de dos mástiles y velas rojo ladrillo que acababa de zarpar del muelle de la Piazza.

–¿Sabes qué, hija? Cuando termines con esto te regalaré el dinero para esa licencia de patrón de yate que tanto tiempo llevas queriendo conseguir.

Por fin, Livia recuperó la sonrisa. A veces ayuda saber que todo se acaba en algún momento.

Con un traqueteo sordo, la cadena del ancla se deslizó desde la proa del *Greta Garbo* hasta el fondo de la orilla occidental del golfo. Pegada al casco colgaba la escalerilla de baño y Vittoria, quien tras la segunda botella de champán sólo servía whisky a Harald Bierchen, le preparaba también la tercera raya de cocaína sobre una bandeja de plata. El vestidito se le había subido hasta la cadera y los dedos asalchichados del gigantón no

daban abasto con sus pechos de silicona.

El piloto, muy tranquilo, había tomado algunas fotografías de ambos y guardado la cámara bajo llave en la bitácora. Luego tocó dos veces la bocina, entró en el camarote y se puso el bañador.

Vittoria le había entendido.

—Ay, no, cariño, despacio, despacio... Creo que necesito refrescarme urgentemente —musitó y se puso de pie. El gordo alargó los brazos para agarrarla, pero ella dio dos pasos atrás.

—Primero, un bañito en el mar —exclamó Vittoria—. ¡Anda, ven!

Le tendió la mano, lo arrastró hasta la borda y, antes de que él alcanzara a articular una protesta, saltó y le hizo caer al agua completamente vestido. El gordo se dio un golpe en la cadera con una agarradera de acero inoxidable que le rasgó el pantalón, y, dándose media vuelta, cayó como un saco en las templadas aguas del Adriático.

Harald Bierchen parecía divertirse como un niño cuando volvió a emerger, y chapoteó hacia Vittoria, cuyo vestidito se llevaban las olas. Pero, de pronto, comenzó a agitar los brazos, histérico. Algo lo arrastraba bajo el agua con una fuerza tremenda. Un estertor desesperado salió de su garganta al tiempo que desaparecía. Vittoria no vio más que unas burbujas que subían a la superficie antes de que el cuerpo blanco del gordo se hundiera en las profundidades como a cámara lenta.

La dama de los gatos

—Las mujeres deberían vivir con dos hombres, uno que fuera más bien su amante y otro, más bien un amigo. Así lo decía a menudo Leonor Fini, y a ello se atuvo durante más de treinta y siete años —Enrico D'Agostino ofrecía a Laura una copa de espumoso Franciacorta—. El uno era Stanislao Lepri, que dimitió de su puesto de cónsul italiano y también comenzó a pintar cuando la conoció. El otro era Konstantyn Jelensky, un intelectual polaco.

—¿Y a cuál le correspondía el papel de amante? —preguntó Laura, que conocía la historia de la artista desde hacía mucho.

Estaban en el salón de la gigantesca vivienda del principal de un *palazzo* de cinco plantas del Borgo Giuseppino, en la Riva Nazario Sauro. En esa parte de la ciudad, los suntuosos edificios ocupaban toda la manzana entre dos calles paralelas. El *palazzo* era el paradigma de la arquitectura clasicista: las molduras blancas destacaban sobre el rosa viejo de la fachada y acentuaban las ventanas centrales de las dos primeras plantas. El edificio lo había mandado construir un comerciante serbio que logró hacer mucho dinero en la ciudad. En la planta baja, en la esquina de la Via Annunziata, había un bar antiguo en cuyas paredes se veían viejas fotografías que documentaban la tremenda actividad que antaño se desarrollaba a lo largo de los muelles. Enrico D'Agostino, y antes de él su madre, había heredado el *palazzo* construido en 1825 y no había tardado en dividir todos los grandes espacios en unidades independientes; por supuesto, con el beneplácito del responsable de la Consejería de Urbanismo, quien a cambio de algunos favores no tenía problema en hacer la vista gorda sobre las leyes de conservación del patrimonio histórico. Los pisos más pequeños proporcionaban alquileres más altos, gracias a los cuales Enrico contaba con unos ingresos mensuales para vivir más que tranquilo. Algunos de los pisos los había cedido en bloque a una compañía de servicios del sector cinematográfico, que pagaba todavía mejor. Como tanta gente de la ciudad, vivía con verdadero lujo sin mover un dedo. Ya habían trabajado por él sus emprendedores antepasados.

Tan sólo se extendía alrededor de todo el patio interior la vivienda del segundo piso, desde cuyas ventanas se abría una vista sobre el golfo de Trieste y el Porto Vecchio que ninguna construcción podría obstaculizar jamás, y el exquisito gusto de su esposa Carmen, plenamente consciente de las exigencias que aquel espacio imponía en la decoración, la había convertido en una auténtica joya. Laura había reparado de inmediato en las magníficas calidades de los materiales; lo único que se había conservado de la casa original era la valiosa tarima de los largos pasillos, que crujía al pisar por

algunas partes. La cocina debía de haber costado tanto dinero que con él se hubiera podido comprar un piso en las afueras. La señora de la casa, por otra parte, apenas podía disfrutar su obra maestra de la decoración del hogar; a cambio, conocía de memoria las paredes de su despacho en el sobrio edificio de nueva construcción del mayor tostadero de café de la ciudad, así como los asientos de la clase *business* de las líneas aéreas que utilizaba cuando, como jefa de marketing, viajaba a todos los continentes a cerrar grandes tratos con los mejores clientes de su jefe. Para contrarrestar, Enrico D'Agostino vivía como un auténtico marajá. Estaba muy pendiente de los alquileres que su administrador gestionaba y, cuando su estilo de vida lo requería, vendía alguno de los apartamentos u obras de arte por los que no sentía ningún cariño especial. Tenía dos estancias de su gigantesco piso llenas de cuadros, apoyados unos contra otros en apretadas hileras. Laura hubiera deseado enormemente examinarlos con calma y sin compañía. Pero D'Agostino había escogido sólo dos para que ella le diera su opinión de experta.

Apasionado de la vela, D'Agostino también era conocido por su éxito con las mujeres, todo un donjuán que no cejaba hasta conseguir su objetivo. Llevaba mucho tiempo con los ojos puestos en Laura, casi diez años mayor que él. Sin embargo, no había conseguido entablar una conversación con la dama rubia hasta hacía poco, un día en que ella había acudido a la inauguración de una exposición sin su esposo, el comisario Laurenti. El adinerado donjuán se había deshecho en cumplidos tras quedar prendado de sus ojos verde esmeralda y, según decía, de la seductora gracia de su lenguaje corporal.

Por fin había vuelto a celebrarse una exposición de arte interesante. De la Casa de Cultura de la ciudad no solían llegar demasiadas noticias al exterior, a pesar de que el maravilloso edificio que en su día alojara la lonja de pescado había sido restaurado pocos años atrás y, a juzgar por las notas de prensa, prometía atraer a un gran público con exposiciones importantes. Con todo, el edificio estaba casi siempre vacío y sólo se utilizaba en contadas ocasiones, alquilado para otros fines de índole más prosaica. Entretanto, del Ayuntamiento había salido el rumor de que a lo mejor instalaban en su interior un pequeño acuario.

—Leonor Fini es, sin duda, nuestra artista más famosa —dijo Laura—. Su biografía impresiona. Su madre la vestía de niño para evitar los intentos de rapto del padre, que había venido persiguiéndolas desde Buenos Aires, sediento de venganza por haber sido abandonado. A los trece años se colaba en el depósito de cadáveres para retratar a los muertos. Después, sus obras fueron tan demandadas como las de Picasso. ¿Cómo es que no cedió usted este cuadro para la exposición en el Museo Revoltella?

—Nadie sabe de su existencia.

—Debe de ser un autorretrato —Laura estaba de pie ante el óleo que Enrico D'Agostino le había mostrado bajo palabra de no decir nada a nadie al respecto. La obra medía un metro por metro y medio y, en contraste con el acostumbrado esteticismo de la pintora, a un lado mostraba a tres mujeres rechonchas de abultados vientres con espigas de pescado entre el pelo a las que un pequeño tropel de gatos atigrados de color naranja con el rabo en alto, en actitud altiva, enseñaban el trasero. Parecían adorar a otra mujer, muy

guapa y de delicados miembros, que emergía desnuda de entre las olas con el agua por medio muslo.

—¿Qué le parece?

D'Agostino le había hablado de sacarlo al mercado. Y Laura no se había pensado dos veces la proposición de examinarlo antes. Sería una oportunidad única de obtener una comisión en la casa de subastas para la que trabajaba.

—Hubiera quedado muy bien como cubierta del catálogo —dijo Laura—. Durante décadas, esta ciudad no ha querido saber nada de Leonor Fini, como tampoco de los otros muchos artistas que le han traído fama. No hay que olvidar que, siendo aún jovencita, conoció a Italo Svevo y Umberto Saba, a Arturo Natan y Bobi Bazlen. Y luego, cuando llegó a París tras pasar por Milán, también entró en contacto con los surrealistas y se hizo amiga de Cocteau, Max Ernst, Man Ray y Paul Éluard.

—Esta obra no está catalogada en ninguna parte. La pintó en los años sesenta, una vez que vino de visita a Trieste. Tiene un título muy curioso: *La mare dei mona...*

Laura intentó ahogar la carcajada. Era la primera parte de un dicho soez en el creativo dialecto triestino que, con cierto fatalismo, proclamaba que «la madre de los idiotas trae al mundo un hijo tras otro». Hacía poco, un renombrado periodista había sido condenado a pagar una cuantiosa multa por utilizarlo en relación con un político local demasiado susceptible. El denunciante ya no ocupaba el cargo, pero ya se sabe que las verdades que encierran los dichos populares son cosa indiscutible.

—Y, como es natural, no tiene usted ningún certificado de autenticidad del cuadro, mi querido Enrico —prosiguió divertida—. Leonor Fini no es conocida por ese tipo de comentarios satíricos precisamente.

—La firma es tan inequívoca como la fecha. Y es verdad que por aquel entonces estuvo en Trieste.

—Y su madre le compró el cuadro directamente. ¿Tiene alguna prueba de ello, algún tipo de correspondencia? —Laura se puso a examinar algunos detalles del lienzo bajo la lupa.

—Hasta ahora no he encontrado nada.

—Hay muchísimas copias en circulación. De casi todos los artistas famosos —comentó Laura. En efecto, acababa de ser descubierto un falso Monet que, eso sí, había supuesto para su vendedor una denuncia por intento de fraude. Luego, al registrar su domicilio le habían confiscado más falsificaciones de obras maestras—. De modo que se titula *La mare dei mona*. En cualquier caso, la letra sí es la de Leonor Fini —concluyó—. ¿A quién se referiría?

Enrico D'Agostino le enseñó a continuación una fotografía en blanco y negro de Henri Cartier-Bresson, firmada y con cuño. Era del año 1933 y mostraba el torso desnudo de la bella Leonor Fini bajo el prisma del juego de luces sobre las cristalinas aguas del balneario de Ausonia.

—Para mí es una interpretación de *L'Origine du Monde* de Courbet —comentó audaz Enrico D'Agostino—. La perspectiva de los muslos abiertos con lascivia es casi la misma, aunque en el monte de Venus de Leonor no se vea un solo pelo. Claro, hace doscientos

años la moda era tener una buena mata en la zona pública. Aunque la fina piel desnuda es mucho más sensual. ¿No le parece?

—¿En serio quiere vender esta fotografía? —Laura hizo como si no hubiera oído el comentario y se puso a examinar la imagen bajo la lupa. Naturalmente, conocía reproducciones de la célebre fotografía, pero era la primera vez que la veía en su formato original de veinticuatro por treinta y seis. Con la mano que tenía libre se retiró de la cara un mechón de cabello rubio dorado.

—Aunque, bueno, yo prefiero la naturaleza a su representación. Usted misma no le queda a la zaga en absoluto... —los ojos azules de Enrico la miraron desafiantes.

—La fotografía se la compro de inmediato. Para el cuadro, en cambio, es necesario pedir un informe a un profesional. Hay mucho dinero en juego. ¿Quién coleccionaba todos estos cuadros?

—¿Tomamos un aperitivo en la Stazione Rogers? —propuso D'Agostino—. Así estaré encantado de contárselo.

El Alfa Romeo Mito rojo chillón de Laura estaba recién salido del concesionario, sólo tenía tres días. Mientras recorrían las Rive, Enrico D'Agostino le habló de su abuela, descendiente por parte de madre de una familia de banqueros de Trieste, pero de origen griego, que había sido muy entendida en arte y coleccionista con recursos más que suficientes. D'Agostino le habló de otros cuadros que tenía almacenados en su casa y de los que, con el tiempo, querría desprenderse. Laura memorizó los artistas y títulos de las obras, al día siguiente consultaría los catálogos pertinentes y los resultados de las últimas subastas para hacerse una idea del estado de los precios.

—Pare, por favor —dijo el donjuán cuando pasaron por delante del edificio del club de remo—. Ya que estamos aquí, le enseñaré mi barco un momento. Está ahí mismo, en la Sacchetta.

—¿Es que tiene más cuadros en el barco? —preguntó Laura, girando hacia el aparcamiento.

Con el verano se abre todo el mundo

En las montañas del Friuli y en los Alpes Julianos de Eslovenia debía de haber diluviado el día anterior, mientras que en Trieste las temperaturas alcanzaban valores récord para el mes de julio. Las aguas del Isonzo avanzaban con fuerza hacia el mar en un semicírculo de color verde esmeralda y fluían rítmicamente hacia Trieste hasta que, al llegar al castillo Miramare, se mezclaban con las saladas aguas azul intenso del Adriático. El agua dulce sólo llegaba tan lejos cuando el cielo sobre las montañas abría varias esclusas. Entonces, el espumoso río, que en verano más bien solía parecer un arroyuelo, arrastraba cuanto encontraba a su paso, y los dueños de los barcos tenían que estar atentos para que sus yates no chocasen con el ramaje o incluso con algún tronco de árbol. A cambio, el aire ofrecía una claridad cristalina, y por detrás de la orilla noroeste del golfo, los Dolomitas se dibujaban sobre el cielo como un decorado de teatro.

Proteo Laurenti ya se había lanzado al Adriático a las seis de la mañana y había pasado casi una hora nadando hasta las boyas que hay más allá de los bancos de moluscos y que marcan la hilera de nasas sumergidas en el mar para la pesca de *canoce*, como llaman en dialecto a las galeras, un tipo de crustáceo muy sabroso típico de la zona. De inmejorable humor, había bajado después del coche frente a la *questura* y había cruzado la entrada a paso gimnástico bajo la mirada atónita de cuantos esperaban armados de resignación en las impresionantes colas frente a las ventanillas del servicio de atención a los extranjeros, y había subido de dos en dos los escalones de la amplia escalinata que conducía a las plantas superiores. No se había dado cuenta de que iba silbando la melodía de «Twisted Nerve» de *Kill Bill*, de Quentin Tarantino, igual que hace en la película la enfermera California Mountain Snake antes de ponerle la inyección de veneno a su víctima, en vista de lo cual Marietta se apresuró a cerrar la puerta del despacho del comisario, haciendo mucho ruido adrede y sin mediar palabra.

La noche anterior, después de que su esposa Laura le dijera por teléfono que no estaría en casa a la hora de la cena porque tenía que examinar una colección de cuadros, Proteo Laurenti había pasado una velada de lo más amena. A pesar de la llamada que había recibido a las diez.

El verano caldeaba la ciudad sin misericordia, y quien podía subía con el coche a lo alto del Carso al caer la tarde, donde se estaba más fresco. En cuanto Gemma cerró la consulta, cogieron la nueva Vespa 300 rojo Ferrari de Laurenti con idea de tomar una pizza en La Nuova Mormorazione de la Via Bonomeo. Pero luego, Proteo había girado

de repente hacia un callejón sin salida entre una serie de chalés plurifamiliares, todos igualitos, que se extendían hasta la linde del bosque y parecían la sección de juguetes de unos grandes almacenes.

—¿Qué tal si damos un paseíto? —preguntó Laurenti mientras sujetaba la moto.

—¿Por el bosque? —rió Gemma—. ¿No es peligroso?

—¡Peligrosísimo! ¡Hay osos, lobos, medusas, tiburones, dragones y forajidos! Pero seguro que no hay nadie de Trieste que nos conozca. Con este calor, los triestinos se mueven aún menos que de costumbre. Mira qué bonita se ve la ciudad desde aquí arriba.

—Como un gato salvaje que duerme con toda calma bajo el sol de la tarde, recargando fuerzas para la caza nocturna —Gemma se enganchó de su brazo.

Unos metros más lejos, la vista del mar era aún más bonita, abarcaba treinta millas marinas más allá de la ciudad de Trieste y se abría sobre todo el golfo del Adriático, a los pies de la estatua que coronaba el blanco faro: la alada diosa Victoria, ahora toda recubierta de óxido verde. Como adolescentes enamorados, Laurenti y Gemma se fundieron en un beso sin fin en medio del bosque de encinas que cubría toda la empinada pendiente hasta la meseta del Carso y el obelisco. Las manos del comisario se habían deslizado por debajo de la blusa de color malva, que ya apenas cubría la bronceada piel de la joven, mientras que ella mantenía las manos en las mejillas sin afeitar del comisario para apretarle la boca contra la suya, como si quisiera tragársela entera.

Un ruido sordo interrumpió el idilio. Proteo Laurenti se estremeció. Parecía el disparo de un arma con silenciador a poca distancia de allí. Cuando Gemma lo miró con gesto interrogante, él se limitó a llevarse un dedo a los labios, se abrochó el cinturón y se remitió la camisa a toda prisa. Se oyó un fuerte crujido, como de ramas secas que se rompen bajo el peso de un animal o de una persona. Laurenti tiró de Gemma para esconderse detrás del grueso tronco de una vieja encina e inspeccionó los alrededores con la mirada.

—Allí —murmuró finalmente—. Mira, están allí, junto a esa roca desgastada. ¿Los ves? Los de las franjas negras en el lomo son jabatillos, tendrán cuatro meses, el grande será la madre. Más nos vale salir por pies antes de que presientan que estamos aquí. La madre puede volverse muy salvaje por defender a su camada.

—Pues están justo en el sitio del que hemos venido —Gemma miró a su alrededor contrariada y se abrochó el botón inferior de la blusa.

—Daremos un rodeo montaña arriba, ven —Proteo Laurenti la cogió de la mano y se detuvo en seco al escuchar un segundo disparo—. ¡Malditos sean los puñeteros cazadores! Si yo comprendo que se permita disparar a los bichos porque causan daños, pero de ahí a que uno ya no pueda darse un paseo por el bosque sin arriesgar la vida... ¡Es demasiado! —se produjeron dos disparos más—. Vámonos antes de que nos tomen por jabalíes también a nosotros.

—¿Desde cuándo usan armas con silenciador? —preguntó Gemma.

—A lo mejor es que no son cazadores.

Aunque estaba muy cerca del centro de la ciudad, Proteo Laurenti apenas conocía

aquel bosque. Subieron a trompicones por la pendiente, intentando evitar las puntiagudas piedras calizas. Laurenti se secaba el sudor de la frente y miraba a su alrededor. Habían avanzado un buen trecho y estaban a salvo, de manera que buscaron un camino para salir del bosque a la carretera donde habían aparcado la moto.

–Sería el colmo perdernos por aquí... –comentó Gemma, mirando el accidentado terreno con escepticismo.

–A mí no me puede pasar nada –bromeó Laurenti–. Vengo acompañado de mi médico de cabecera.

–Y yo de un comisario de la policía estatal... desarmado, por cierto.

Ocho disparos contó Laurenti entonces. Y, de pronto, se oyó crujir el ramaje del bosque bajo, como si lo invadiera medio ejército. La manada de jabalíes huyó chillando y desapareció entre la espesura. Cuatro hombres con ropa de combate corrieron hacia el lugar donde los animales habían estado buscando comida. Uno de ellos sacó un cuchillo, e incluso de lejos se vio el brillo de la pesada hoja. Laurenti guiñó los ojos y siguió los movimientos del hombre que ahora se agachaba hacia un jabato agonizante y lo remataba, al parecer sin ningún esfuerzo. El hombre se puso en pie de nuevo y sus amigos lo felicitaron con sonoras palmadas en el hombro. A Laurenti le sonaba su cara. Luego ataron las patas traseras del animal con una cuerda y lo colgaron de una rama para destriparlo allí mismo. Las tripas cayeron al suelo con el característico sonido de una masa pesada y húmeda; el corazón, los riñones y el hígado se los llevaron en una bolsa de plástico.

–¡Son cazadores furtivos! Demasiados disparos para un jabato. Y, además, disparan con fusiles *kalashnikov*.

–¿Y con este calor dejan las tripas ahí tiradas, sin más? ¿Te imaginas lo mal que olerán mañana? Aparte de la cantidad de bichos que atraerán –murmuró Gemma–. ¿Qué vas a hacer?

–Dar aviso por teléfono, por supuesto. En cuanto salgamos del bosque.

–Me temo que de tomarnos una pizza, ya nada...

–Una cosa después de la otra, querida. No pienses que voy a ocuparme de esto yo mismo. ¿Cómo voy a explicar qué hacía a estas horas en el bosque con mi médico de cabecera? –la besó en el cuello y alargó las manos hacia sus caderas.

–Alegando una mordedura de garrapata, por supuesto.

–En la ciudad no podemos ir a ninguna parte. Si cualquiera de los dos reserva una habitación en un hotel, mañana sale en los periódicos –dijo Gemma mientras se abrochaba la blusa–. Si al menos estuviera en el puerto el barco de mi padre... Tengo que buscarme un piso propio lo antes posible.

Se había aplicado mucho en los estudios en la Università Cattolica del Sacro Cuore de Roma, donde había realizado el periodo de prácticas en la policlínica universitaria, y luego había trabajado dos años en el Ospedale Maggiore de Milán hasta que, finalmente y gracias a los buenos contactos de su padre, había sido admitida en el colegio de médicos de Trieste y se había incorporado a su consulta. A su regreso le había resultado

muy cómodo quedarse a vivir temporalmente en el gigantesco piso de sus padres en la Piazza Perugino, pero desde entonces la absorbía tanto su trabajo que apenas le quedaba tiempo para buscar un piso propio. Sus muebles seguían en Milán, en el apartamento que compartía con Alvaro, su novio de toda la vida, que trabajaba en la brigada de salvamento de helicópteros. Como aún no estaban casados, solían asignarle los turnos de fin de semana, de manera que sólo podían verse muy de cuando en cuando.

—A la gente le encanta chismorrear de todas maneras. ¿Sabes lo que dijo el viejo Galvano? ¡Que yo era demasiado mayor para ti!

—Bueno, ya se sabe que Galvano siempre tiene que dar su opinión de todo.

En unas cuantas ocasiones, después de marcharse la señora de la limpieza a muy última hora de la tarde, habían aprovechado la consulta, en la que olía a desinfectante, pero sin duda había lugares mucho más idílicos, y también colchones más mullidos que la camilla sobre la que Gemma examinaba a sus pacientes durante el día. Con cada movimiento salía rodando por el cuarto, y un día realmente habían acabado estampados contra una pared, el armarito lleno de muestras de medicamentos, por el suelo, los frascos llenos de píldoras para la tensión, hechos añicos, y las píldoras desperdigadas por todas partes.

—Tenemos que planear mejor las cosas. Al otro lado de la frontera no nos conoce nadie —dijo Laurenti, encogiéndose de hombros—. Si no, es verdad que no nos queda más que el bosque. O el coche, como cuando teníamos dieciocho años.

Una semana antes, mientras se amaban en el coche patrulla en medio de un viñado del Carso, había pasado junto a ellos uno de los fotógrafos de *Il Piccolo*, a lomos de su yegua marrón purasangre. Gracias a Dios, el jinete había tenido la suficiente discreción de mirar para otro lado antes de reconocerlos.

—Planear las cosas es justo lo que no quiero, y los hoteles del otro lado de la frontera ya los probaste todos con Ziva Ravno —se le escapó a Gemma al tiempo que se recolocaba la falda.

—¿Y tú cómo sabes eso? —Laurenti se quedó mirándola, con una punta de la camisa por fuera del pantalón. Hasta entonces, estaba plenamente convencido de que su relación con la fiscal de la localidad croata de Pula había permanecido en secreto. Ciertamente es que Marietta y el viejo Galvano se habían pasado los cuatro años que duró lanzándole una indirecta tras otra, pero jamás pudieron demostrar nada—. Cotilleos de la gente, no les hagas ningún caso. Tengo un hambre canina. Si encontramos el camino para salir de este bosque, me comeré una ración doble de pizza.

Entretanto, el sol se había puesto y el golfo de Trieste se había teñido de rojo sangre. El camarero ofreció a Laurenti y a Gemma una mesa libre en la parte exterior de la terraza bajo las imponentes ramas de un plátano de paseo. La pizza llegó enseguida y, muertos de hambre, dieron buena cuenta de sus platos. Laurenti había pedido una «Diavola», con salami picante y extra de ajo, mientras que Gemma zampaba grandes pedazos de una «Romana», con anchoas y orégano. Los niños de otras mesas no paraban de acercarse a la barandilla de la terraza, justo al lado de su mesa, para asomarse a ver cómo los jabalíes del foso que había debajo se peleaban por los restos de pizza que

les echaban los clientes. Lo suyo es que los animales tengan miedo al cuchillo del carnicero, no a los cazadores furtivos con kalashnikovs.

—He leído que los guardabosques no deben permitir nunca que se dispare a las hembras —dijo Gemma al llegar el *espresso*—. La que llaman «hembra guía» sincroniza los períodos de celo de todas las hembras de la manada y se encarga de que también las más jóvenes se apareen. Las posibilidades de supervivencia de los jabatos son más altas cuando todos tienen más o menos la misma edad.

—Igualito que en mi casa en lo que a ese tema respecta... —dijo Laurenti depositando su taza sobre la mesa—. Laura sería la más feliz del mundo si sus hijas... —antes de terminar la frase, le sonó el móvil. Tras ver quién era, descolgó de mala gana. Sospechaba que no era ninguna buena noticia.

—Disculpe que lo moleste a estas horas, comisario —oyó a Carmine Castaldi, el comandante de la brigada de bomberos del puerto—. Acabamos de pescar un cadáver del agua en la Diga Vecchia. Un hombre, vestido; nos ha dado muchos problemas. Pesa tres toneladas por lo menos. No ha sido nada fácil sacarlo del agua. Llegó hasta la orilla flotando boca abajo.

—¡Qué vergüenza! —dijo Laurenti—. Ponle una denuncia.

—Tienes que venir de inmediato.

—¿Y por qué yo? —preguntó Laurenti. Le costó un buen esfuerzo no perder los papeles. Cada vez que pasaba algo bajo la jurisdicción de aquel comandante, lo llamaba a él, como si tuviera algo serio en su contra. ¿Por qué no lo notificaba al compañero de la policía marítima, a los *carabinieri*, al de la Guardia di Finanza o a la Guardia Costera? ¡Por falta de instituciones no sería! Los triestinos llevaban impresa en el ADN su tremenda necesidad de orden desde tiempos de los Habsburgo.

—Contigo las cosas están en las mejores manos. ¿Cuándo puedes presentarte aquí?

—Más tarde —Laurenti colgó sin despedirse y resopló. Gemma supo por su mirada que aquella bonita velada había tocado a su fin. Laurenti tecleó el número de jefatura y pidió a la inspectora de servicio que pusiera en marcha el protocolo para la investigación, hizo una seña al camarero y pagó.

Frente al cuartel de los bomberos del puerto del Molo III, en un saco de la funeraria abierto e iluminado por la brillante luz de un foco halógeno, yacía el cuerpo sin vida de un hombre muy corpulento. Carmine Castaldi se acercó a Laurenti como si esperara sus elogios, pero el comisario hizo un brusco gesto de rechazo con la mano que le cerró la boca antes de llegar a abrirla.

Pantalón claro, camisa de manga corta con rayas verticales de color rosa, sandalias de plástico baratas. Pelo en largas guedejas, boca entreabierta, dientes blancos y en buen estado. Laurenti calculó que tendría unos cincuenta años, un evidente sobrepeso y músculos flácidos... lo que suele llamarse un animal de oficina, sin duda no realizaba ningún esfuerzo físico. El cadáver estaba siendo examinado por el forense Alfredo Zerial, a quien el aviso de jefatura también había levantado de la cena. Le olía el aliento a vino.

—¿Y bien? —le preguntó Laurenti, mientras el forense lo saludaba escuetamente con la

mano.

Desde los baños de la Diga Vecchia llegaba el ruido de la música hip-hop y las risas. Los invitados a la fiesta del bar que había en el dique, al que cada media hora llegaba un barco desde el Molo Audace, no imaginaban nada del cadáver que yacía frente al edificio de los bomberos. Si hubieran sacado del agua el cuerpo a la luz del día, a más de uno se le habrían pasado las ganas de darse un chapuzón.

—A lo sumo, veinticuatro horas, diría yo a primera vista. No hay huellas de arrastre, la ropa está intacta, las manchas rojas de la cremallera no son de sangre. Más bien parecen lápiz de labios. Así, de entrada, no puedo determinar si hubo intervención de otra persona. Sólo tiene un hematoma en el muslo izquierdo, como si se hubiera dado un golpe. En ese punto le falta un trocito de tela del pantalón. Aún no presenta piel cérea ni ningún síntoma de autólisis ni de descomposición. Le hemos tomado la temperatura, así como la del agua, de modo que el patrón de descenso de temperatura del cuerpo nos dará información más precisa. Por el momento lo dejaremos dos o tres días en el depósito a cuatro grados y luego le haremos la autopsia. Ahí está lo que llevaba en los bolsillos —señaló varias bolsas de plástico transparentes llenas de papelitos, una cartera, un grueso fajo de billetes y tarjetas de crédito, dos bolsitas con una masa marrón envasada al vacío, las llaves de un coche de logo azul y blanco y un reloj de pulsera Patek Philippe modelo Calatrava de precio insultante—. Al menos hemos descubierto su identidad. Ahí está su carnet. Que se divierta con las autoridades.

Laurenti echó un vistazo al documento. Harald Bierchen, residente en Frankfurt, un año más joven que él. Pidió al agente de la policía científica que esa misma noche hiciese y revelase las fotografías, además de confeccionar una lista de todos aquellos objetos, y encargó el caso a Pina Cardareto, la inspectora que trabajaba con él desde hacía cuatro años. Que se pusiera en contacto con Alemania y documentase todo lo relativo al hallazgo del cuerpo. A primera hora de la mañana se reunirían para redactar un informe. El hombre ya llevaba muerto un buen rato, las prisas no lo devolverían a la vida. El comisario no tenía motivo para permanecer en el escenario.

Laurenti arrancó la Vespa. Al salir del Porto Vecchio pasó por delante de los camiones de un equipo de rodaje, cuyos focos iluminaban la profunda perspectiva que se abría entre los decrepitos edificios de almacenes portuarios, tras los cuales se veía un barco de pasajeros albanés amarrado en el muelle.

Al llegar al Viale Miramare aceleró. En un cuarto de hora estaría en su casa de la costa. La luna se había elevado por encima de las colinas del este de la ciudad y pronto bañaría el mar con su luz blanca.

Sex on the Beach

—¡Mira, mira qué asquerosidad! —exclamó Jeanette McGyver furiosa.

Los rizos de la permanente recién hecha se le movían arriba y abajo como una barca de remo sobre las olas que levanta la proa de un trasatlántico, y, sin sonrojarse, fue estampando sobre la mesa una fotografía tras otra. Lo que sí hizo, asustada de sí misma, fue volverse a comprobar que no hubiera nadie en la sala excepto Miriam Natisone. Como acogedora alternativa a su despacho oficial, la ambiciosa diputada McGyver se había instalado en el *Function Room* del piso superior del Horse Pub & Restaurant de Westminster Bridge Road, al que se accedía por una vieja escalera de caracol. Golpeó la mesa con tanta fuerza que sintió una quemazón en la palma de la mano, y la copa de champán dio un pequeño salto y se desbordó.

—Eres la única a quien le muestro estas fotos. Al margen de que se trata de la más pura pornografía, el hecho de que me acueste con alguien que no es mi marido es más que suficiente. Mi carrera está en juego y con ello mi compromiso con la política de los últimos quince años.

—¿Cuándo y cómo pasó? —preguntó Miriam Natisone. La periodista, una mujer alta y delgada, era oriunda de Etiopía, pero llevaba veinticinco años viviendo en Londres. Su cabello rubio platino, cortado a lo *garçon*, contrastaba con el color oscuro de su piel.

—En el norte de Italia, en Grado, «la isla del sol» la llaman. Me abordó en la playa. Fue hace seis semanas. Hasta lo había olvidado.

Miriam se tomó su tiempo para mirar las fotos. Aunque eran tomas hartó delicadas que mostraban a su amiga en todas las posturas imaginables y sin la típica franja negra que se coloca para tapar ciertas partes y hacer las imágenes más aptas para ser mostradas en público.

—Al menos debiste de pasarlo bien, el muchacho está más que bien dotado... Y también unos labios bonitos —una sonrisa curvó la comisura de los suyos.

—¡Un cerdo! ¡Me tomó el pelo! ¿O cómo si no iba a entrar el fotógrafo en la habitación? ¡Cien mil libras me pide a cambio! Y seguro que no es más que el principio. ¿Quién me garantiza que el chantaje no continuará incluso después de pagar? Hoy en día está todo digitalizado, la cosa ya no funciona como con las revistas de antes: los negativos a cambio del dinero. Imagínate que ese hijo de mala madre crea un grupo en *facebook* y cuelga las fotos.

—¡Ay, por favor! ¿Pero quién es este toro bravo de las fotos?

Era un joven alto, de boca sensual y ojos de cervatillo, guapo, delgado y musculoso,

con el cabello negro ondulado y una erección magnífica que Miriam procedió a examinar muy de cerca, como quien estudia la letra pequeña del contrato de un seguro. Jamás hubiera creído capaz de embarcarse en semejante aventura a Jeanette, quien, como diputada, predicaba las virtudes victorianas y los sagrados valores de la familia.

—Un italiano que incluso habla un poco de inglés, aparte del habitual «Ai lof yu». Por lo visto, es su especialidad ligarse a las turistas que viajan solas, ponerlas en esa tesitura y después hacerles chantaje. Cualquiera sabe la cantidad de mujeres que habrán sido víctimas tuyas hasta ahora.

Miriam entendía otra cosa bajo el concepto de «víctima». Lo había vivido en su propia carne en su país natal del este de África. Hasta que había logrado huir de allí. Los ministros y diputados que tenían que dimitir de sus cargos al ser descubiertos con una prostituta o con la mujer de algún miembro de la oposición no entraban para ella en la categoría de víctimas.

—Yo creí que te habías ido de vacaciones con John —comentó.

—Es la segunda vez que he tenido que irme sola. El año pasado fue por la crisis, esta vez hubo una reestructuración en el banco. En realidad, John y yo queríamos hacer un *tour* por Italia con el viejo Jaguar descapotable. Ya teníamos ultimados todos los detalles, cada sitio en el que íbamos a parar. Pero entonces, de repente, apareció en pantalla la noticia de que los europeos iban a controlar los fondos de inversión libre. John estaba en un atolladero y yo necesitaba descansar como fuera. Últimamente habíamos tenido más reuniones en la Cámara de los Comunes que ovejas hay en las Highlands.

—¿Y por qué elegiste Grado?

—La publicidad de Internet me pareció muy sugerente, los vuelos conectaban bien, el hotel era bueno, la playa de arena, amplia y bonita. Además, todavía no había empezado la temporada alta y pensé que no habría nadie que me reconociera. Y va y me pasa algo así —Jeanette hizo un gesto de fastidio—. Supongo que descubrió quién soy. Imagínate los titulares de *The Sun* o del *Daily Mail*: «McGyver, bestia sexual, Diputada tory engaña a su marido con *latin lover* durante unas vacaciones en Italia». O cualquier cosa parecida. ¡Tienes que ayudarme!

Miriam miró por la ventana pensativa. Las gotas de lluvia se estrellaban contra el cristal. Una borrasca atlántica había traído fuertes lluvias a Londres, con una brusca caída de las temperaturas y una oscuridad prematura en aquella tarde de verano. En cambio, el fuego de la chimenea abierta del salón contiguo del Horse Pub llameaba alegremente. En el fondo, hubiera sido la tarde ideal para hundirse en algún mullido sillón de cuero y entregarse a los cálidos recuerdos del primer gran amor en lugar de preocuparse de tales guarrerías, pues en verdad podían costarle la cabeza a Jeanette McGyver. Se conocían desde que, ocho años atrás, Miriam Natisone había intentado convencer a un notable número de políticas británicas para que prestaran su apoyo a una ONG que luchaba por los derechos de las mujeres en su Etiopía natal. Por aquel entonces, la abogada Jeanette McGyver había sido elegida para el Parlamento por primera vez y entretanto era presidenta honorífica de la sede británica de la Asociación de Abogadas Etiopes, quienes, en las circunstancias más adversas, luchaban contra la

violencia que a diario sufrían niñas y mujeres. El país progresaba a trancas y barrancas, pero la situación seguía siendo muy frágil. Jeanette McGyver tomaba su cargo honorífico muy en serio, había organizado muchas campañas de prensa y, desde su escaño de la oposición, había elevado varias peticiones en el Parlamento para obligar a actuar al ministro de Exteriores británico, si bien la mayoría de diputados, hombres, tan sólo habían respondido a ellas con comentarios cínicos. Para la ONG también sería un duro golpe si algún incidente dañaba su imagen, y Miriam lo sabía bien.

—Entonces, ¿qué habría que hacer? —preguntó—. ¿Cómo te han llegado las fotos?

—Esta mañana por correo, a mi oficina. Con la indicación de «correo personal». Menos mal que mi secretaria estaba en el dentista.

—¿Y el remitente?

Jeanette dio unos golpecitos con el dedo en el sobre, donde aún se veían las pegatinas del servicio postal.

—Una agencia de viajes de Udine, una ciudad cercana a Grado. Contraté el viaje con ellos por Internet. Sin embargo, el avispado joven, Aurelio dice que se llama, era de Trieste. Veintiocho años, al parecer trabaja como mano derecha de un influyente comerciante y mandamás local al que, según me contó, todos tienen miedo. También decía que ese pez gordo le debía el sueldo desde hacía mucho. Por eso no quería cambiar de trabajo. Si se despedía por iniciativa propia, no cobraría en la vida. Pero me figuro que todo eso es tan falso como su nombre. El apellido no lo he sabido nunca. Tampoco se lo pregunté. Era un ligue de vacaciones, nada más... Eso pensaba yo.

—¿Pensabas! —Miriam señaló una de las fotos en las que Jeanette estaba de rodillas delante de él—. ¿Y la cadena de oro con ese pedrusco rojo tan llamativo? ¿No se la quitaba nunca?

Jeanette negó con la cabeza.

—¿Nunca? ¿Ni para follar?

—No, lo era todo para él.

—Vamos a ver... ¿no le pagarías por sus servicios? ¿Le diste dinero? —de pronto, la voz de Miriam adquirió un tono severo. Miró fijamente a Jeanette e imaginó cómo su amiga, tan rubia y tan guapa, habría caído en los brazos de aquel apuesto cretino. Lejos de su casa, frustrada, estresada, aburrida. La habría asaltado la soledad en aquel romántico paraíso de vacaciones, en ligera ropa de verano y, por su trabajo, tan lejos de la realidad del pueblo llano que no había tomado precaución alguna. A juzgar por las fotos, ni siquiera habían utilizado preservativos. Sólo faltaba que se hubiera quedado embarazada de aquel tipo o que hubiera pillado cualquier cosa.

Jeanette meneó la cabeza enérgicamente.

—Bueno, allí en Grado lo invité, claro.

—Claro, claro —comentó Miriam, y se pasó la mano por el cabello, cortado casi a cepillo.

—Y le presté un poco de dinero porque su hijita, que vive con la madre, necesitaba un tratamiento médico muy caro después de un accidente. El pobre lo estaba pasando fatal. Lo que más le gustaría es marcharse muy lejos, a Australia o Nueva Zelanda. Lejos de

allí, eso era lo fundamental.

—¿Cuánto? —estaba claro que su amiga había sufrido una fuerte insolación durante las vacaciones.

—Once mil.

A Jeanette McGyver se le quebró la voz, como avergonzada de su necesidad. Y pensar que en la Cámara de los Comunes la habían apodado Maggie en recuerdo de la Dama de Hierro porque apenas nadie igualaba la dureza sin concesiones de sus discursos, la firmeza de su actitud, ni su infalible capacidad de ataque y su manera de mantener siempre las distancias... Sus compañeros varones, que no se reprimían lo más mínimo a la hora de hacer comentarios sobre su figura tapándose la boca con la mano, lamentaban ese aire de inaccesibilidad y ya la veían ocupando el sillón del Ministerio de Familia si el partido laborista perdía ante los conservadores en las siguientes elecciones. Ahora, en cambio, la influyente diputada de buena familia estaba completamente hundida.

—¿Cuánto? —musitó Miriam sin dar crédito—. ¿Mil al día más o menos? No está mal. Y ni siquiera estás segura de que realmente se llame Aurelio, mientras que él sí conoce tu nombre completo con dirección y todo.

—Eso no es difícil. Bastaba con preguntar en el hotel. O con hurgar en mi bolso mientras yo estaba en el baño.

—Me temo que sólo te queda una opción: atacar tú. Darle la vuelta a la historia. Nuestros medios de comunicación no dejan pasar una cuando se trata de los italianos. Con un poco de mano izquierda puede resultar creíble como montaje, si escaneas dos o tres fotografías y las retocas con algún programa informático para que parezca que han pegado tu cabeza en el cuerpo de otra. Ya sabes cómo, tiene que ser perfecto, pero no demasiado exacto. Y aquí, claro, una franja negra bien grande para tapar... y aquí otra, con más razón todavía. Luego necesitas la ayuda de un periodista de algún diario serio con quien tengas buena relación y de quien te puedas fiar. Alguien habrá. Lo llamas en confianza y le cuentas indignada que te están haciendo chantaje con sucios montajes fotográficos. La manipulación de imágenes está muy de moda, no le extrañará. Eso sí, tienes que reconocer que estuviste en esa playa italiana. Eso funcionará de inmediato con titulares muy distintos: «Jeanette McGyver, víctima de burdo intento de chantaje. Lo sucedido a la diputada *tory* y comprometida luchadora por los derechos humanos durante sus vacaciones en Italia podría pasarle a cualquiera. ¿Se tratará de una intriga política?». O algo por el estilo. A la vista de las noticias que nos llegan de ese país, a nadie le parecerá raro. Con ese dirigente que, a pesar de su edad, no se reprime presumiendo de sus dotes como amante... Con ese *lifting* y esos implantes de pelo... La prensa mundial está llena de artículos de ese tipo. Por lo visto una vez dijo: «No soy ningún santo, pero hago el amor divinamente».

En los ojos de la diputada se encendió una chispa, pero se apagó de nuevo en cuanto cogió una de las fotografías.

—Ese antojo tan grande de ahí lo tengo de verdad.

—Pues habrá que retocarlo también —dijo Miriam.

—Ya, pero ¿qué pasaría si algún reportero de la asquerosa prensa amarilla encuentra a

ese cerdo italiano, con lo ávidos de escándalos que están siempre? ¿Cómo iba a saber nadie que tengo ese estúpido antojo justo ahí donde por poco no lo tapa el bikini?

—¡Por lo menos inténtalo! Si se descubre la verdad, estás perdida de una manera o de otra. Da igual cómo. De todas formas, lo veo difícil. Los periodistas tendrían que quitarte las bragas para demostrarlo. Deja que el asunto salga a la luz adrede y así les cortas las alas.

Miriam se recostó en su asiento y bebió un sorbo de su copa. Luego tomó unas cuantas notas: el nombre del remitente, las fechas de las vacaciones de su amiga y el número de móvil del astuto italiano, que Jeanette aún tenía guardado en la Blackberry.

—Haz lo mismo que la millonaria alemana aquella a la que chantajearon con unos vídeos. Ataca tú, Jeanette.

En la primavera de ese mismo año, un escandaloso intento de chantaje había acaparado los titulares de la prensa amarilla internacional, e incluso periódicos más serios le habían dedicado bastante espacio. Para esas cosas, la prensa enseguida abría sitio, mientras que los reportajes de contenido importante, basados en sólidas investigaciones sobre temas políticos espinosos, como los que hacía Miriam, cada vez eran más escasos.

Un avisado jovencito suizo de veinticuatro años se liaba con alemanas adineradas en hoteles elegantes y de mucho lujo y cobraba unos honorarios muy altos por sus servicios sexuales. Primero las seducía contándoles historias truculentas sobre su propia situación, pues se decía él mismo víctima del chantaje del Crimen Organizado y que debía millones... y ellas se apiadaban de él y le daban el dinero, incluso antes de que él se lo pidiera. ¡El muchacho debía de tener un pico de oro! Pero luego, cuando ellas se negaban a seguir abriéndole el monedero, les presentaba vídeos de sus juegos amorosos y a las pobres les caía un jarro de agua fría. Así sacaba otros tantos millones. Hasta que una de las mujeres por fin se dirigió a las autoridades, que gracias a la colaboración internacional no tardaron en detener al canalla. Para los medios, eso sí, un regalo.

—Esa mujer prestó un gran servicio a todas con su valor —dijo Miriam muy seria—. Puso fin a la imagen de la fidelidad matrimonial, en apariencia tan sagrada, sobre la que se cimenta toda esta sociedad hipócrita. Merece la orden máxima que concede el mundo cristiano. Una santa.

—La orden máxima es la cruz —murmuró Jeanette McGyver, tan deprimida como si la esperase la hoguera—. ¿Y quién va a retocar las fotos?

Tenía incontables secretarias y empleados que le llevaban la cartera, pero difícilmente podía dirigirse a ellos.

—Por cierto, ¿utilizas crema depilatoria o bandas de esas de cera o la maquinilla de afeitar de tu marido? —Miriam se echó a reír, echó un vistazo a las fotos y escogió tres—. Si confías en mí, yo misma lo haré. Y la próxima vez que eches una canita al aire, al menos cierra la puerta tras de ti.

—No sabes cuánto te lo agradezco —Jeanette sonrió aliviada y levantó su copa.

—En cuanto tenga listas las fotos, te llamo. Mañana mismo. Entretanto, vete pensando con qué periodista contactar y cómo contárselo. Es fundamental que te sonrojes como una niña casta y pura cuando le confíes la historia. Al fin y al cabo, tienes fama de

moralista. Y, por otro lado, respecto a la ONG quería pedirte...

No fue ningún problema convencer a Jeanette McGyver de que era fundamental renovar el mobiliario de las oficinas de las colaboradoras y de que había que crear un puesto de trabajo más. Después de todo, luchaban por el destino de las mujeres en uno de los países más pobres del mundo. Y ahora los conservadores habían hecho suyas ciertas posturas que eran estratégicas en las elecciones, pero contra las que antes levantaban vehementes protestas. Tenían en sus filas a más mujeres que la izquierda en su día.

Miriam se echó el abrigo sobre los hombros y salió a la lluvia. Caminó apresuradamente hasta la estación de metro de Westminster y subió a uno de los abarrotados vagones de la CircleLine. Tuvo suerte, en la siguiente parada quedó un asiento vacío. Tenía que salvar a Jeanette como fuera. Otra cosa no, pero en Italia haría mejor tiempo. Un viajecito podría hacerle bien.

Le hubiera encantado hacer pública aquella historia ella misma. Pero todo el mundo sabía de la amistad de ambas mujeres. Y ella habría abordado aquel asunto de manera diferente a sus compañeros. La persona de Jeanette McGyver era, en el fondo, tan aburrida como la doble moral de los políticos, a la que ya todo el mundo se había acostumbrado hace mucho. A los ojos de Miriam, la clave de aquel caso era el poder de las imágenes, la eliminación de toda esfera privada, la vigilancia y el control, las historias de escándalos que rivalizaban en protagonismo y que al día siguiente habían caído en el olvido junto con sus víctimas. Algunas eran montajes, otras eran fruto de la susceptibilidad o la ligereza. Ahora bien, ¿qué pasaría si a alguien se le ocurriera aprovechar las imágenes de las miles de cámaras de vigilancia que entretanto se habían instalado por el centro sin que, a pesar de todo, contribuyeran en absoluto a reducir la tasa de criminalidad? En la capital británica había una cámara observándote en cada esquina, y estaban programadas para enfocar a todo el que hiciera algún movimiento sospechoso. Mirar en lugar de prevenir. Respecto a aquel tema, su opinión difería de la de Jeanette, que alzaba la voz pidiendo medidas aún más estrictas y afirmaba que quien respetaba las reglas no tenía ningún motivo por el que temer.

A todas estas cámaras se añadían las de los bancos, las entradas de los grandes almacenes, las paradas de autobús, bocas de metro, supermercados y aparcamientos. Ya nadie protestaba por ello. Y, luego, todo el que tenía teléfono móvil también llevaba consigo una cámara de fotos o de vídeo en la mano. Las imágenes podían manipularse y colgarse en la red de modo irreversible en tiempo real. Una sociedad de mirones y acusicas. Automáticamente, los ojos de Miriam buscaron una cámara en el vagón del metro. «Gran Hermano» se había convertido en el formato televisivo de mayor éxito en todos los países. Según se decía, se inyectaban millones en espionaje en aras de la seguridad de los ciudadanos, y la libertad se reducía paso a paso. Una paradoja. Se suponía que Internet era precisamente el instrumento de esa libertad para acceder a toda aquella información que los órganos de noticias tradicionales omitían. ¿Pero quién pensaba que cada uno de los movimientos del usuario, sus ámbitos de interés y sus

movimientos por la red, son tan fáciles de averiguar como el número de su tarjeta de crédito? Que pronto se supiera también la talla de zapato y el grupo sanguíneo de todo el mundo era una mera cuestión de tiempo. Por otro lado, el desarrollo de las tarjetas de ADN avanzaba a pasos agigantados... el ser humano en una suerte de tarjeta de crédito.

Miriam tecleó unas cuantas palabras en su iPhone. Todo aquello era absurdo. Veía una sociedad muerta de aburrimiento, en la que las prisas y el estrés aumentaban vertiginosamente año tras año sin que la población obtuviera ningún beneficio económico. Su amiga Jeanette McGyver también era de las que no paraban de hablar de bajar los impuestos, cuando en realidad cada día se inventaban nuevas tasas y contribuciones. La salud y la educación eran cada vez más caras, pero las prestaciones eran cada vez peores y al parecer eran inevitables los ulteriores recortes. Todo el mundo andaba corriendo tras el dinero como idiota, y perdiendo el tiempo con el Smartphone y con Internet. Los contratos temporales se habían convertido en lo normal, pero ningún banco concedía créditos a los jóvenes sin contrato fijo para que pudieran emanciparse, nadie les alquilaba un piso en el que fundar una familia. Como si se pudiera hacer desaparecer la crisis sólo con no hablar de ella. El «Ministerio de la Verdad» de la novela de Orwell desarrollaba unas funciones mucho más realistas de lo que el autor intuyera en su día. Y su «Ministerio del Amor» acallaba las voces críticas una tras otra. Hasta un John McGyver, el cornudo marido de Jeanette, se veía de pronto en la necesidad de luchar por su posición en la cumbre del Barclays Bank. Y justo en un momento así, su abnegada y ambiciosa mujer se divertía con un gigoló durante sus vacaciones con «todo incluido»... un gigoló que, para colmo, había descubierto que le era mucho más fácil ganar dinero por esa vía que trabajando duro. ¿Cuántas mujeres lo mantendrían, queriendo u obligadas a ello?

Siete paradas de metro y veinte minutos más tarde, Miriam bajaba en Bayswater. Como siempre que se apeaba allí, pensó con fastidio en el Museum of Brands, Packaging and Advertising... Su fundador, un coleccionista privado, debía de ser un adicto a las marcas desde joven y había cultivado esa pasión durante toda su vida: Kellogg's, Nestlé, Vodafone, Barclays Bank, Shell, Esso, British Petroleum, Chiquita, Dole y comoquiera que se llamaran. ¿Cuántas de ellas seguían extrayendo unos beneficios enormes de los países africanos mientras la población nativa se moría por las hambrunas y las guerras, aunque oficialmente hubieran dejado de existir las colonias mucho tiempo atrás? Ella misma había vivido la miseria y sólo había escapado de morir porque había tenido suerte. No así sus padres y el más pequeño de sus tres hermanos. Recientemente, la cadena Starbuck's había intentado robarles a los cafeteros etíopes los nombres de «Yrgacheffe» y «Sidamo», sus mejores cafetales, para convertirlos en marcas propias. Tras un largo tira y afloja, y gracias a las protestas masivas y campañas de numerosas organizaciones humanitarias, la multinacional había recapacitado de mala gana.

Aún faltaban unos pasos para Colville Mews, donde Miriam vivía con su hija en el pequeño piso que habían heredado cuando Candace tenía ocho años y Notting Hill aún no era un barrio de moda.

Tiró el abrigo encima de una silla y se secó un poco el pelo en el baño.

—¿Estás en casa, Candy? —llamó Miriam. A juzgar por el olor a marihuana que impregnaba la casa, la pregunta era retórica.

Candace había regresado unos días atrás de un viaje de tres meses por el Punjab, Pakistán, Kabul, Irán, Irak, Siria y Turquía. Estaba sentada frente al ordenador editando las fotos que había traído y no paraba de quejarse del tiempo que llevaba archivarlo todo. Tenía un carácter demasiado inquieto como para aguantar horas en el sillón de una oficina realizando trabajos administrativos. Candace se sentía en su elemento en cuanto podía viajar. En eso se parecía a su padre.

—*Ciao, mummy* —su tez era más clara que la de su madre y llevaba la espesa melena negra y crespa recogida con un pañuelo de colorines que le colgaba hasta los hombros. Hablaba en voz baja y apenas levantó la vista; se le marcaban las venas del dorso de la delgada mano izquierda, con la que manejaba el ratón—. ¿Va todo bien?

—¿Podrías hacerme un favor? —preguntó Miriam, y dio una profunda calada al porro que acababa de robar de entre los dedos de su hija—. Mejor dicho, dos.

—Los que quieras. ¿Qué necesitas?

—En primer lugar debes jurarme que olvidarás de inmediato de qué y de quién se trata, el asunto es más que delicado.

Candace, divertida, levantó la mano.

—Segundo: aquí tengo unas cuantas fotos auténticas que hay que manipular de manera que parezcan un fotomontaje casi perfecto. Pero sólo casi. Y, por supuesto, hay que tapar las partes íntimas.

Todavía no le mostró las fotos de Jeanette, aunque Candace alargaba la mano para cogerlas. Miriam dio otra calada y le devolvió el porro riendo.

—¡Te mueres de curiosidad!

Cuando extendió las fotos sobre la mesa, su hija se echó a reír a carcajadas.

—¡Hala! Y precisamente ella... ¡Es la monda! Pero si es de las que van a misa los domingos,

—Forma parte de su trabajo.

—*Oh, my God!* ¡Cómo se lo están montando! Mira, mira, cómo deja que la sagrada forma se le derrita en la boca, como una monja de inquebrantable fe... Pues es una pena tener que tapar eso. ¿De qué os conocéis, por cierto? —examinó las tres fotos—. ¿Has elegido las fotos tú, mamá?

—No olvides lo que me has prometido —le advirtió Miriam—. Jeanette realiza una labor muy valiosa para nuestra ONG, y es asunto suyo cómo se divierte en privado. ¿Está claro?

Candace lió un segundo porro.

—Mientras no la pille nadie, yo también lo veo así, aunque también es verdad que los políticos no merecen tener vida privada cuando fastidian la vida de los demás y no se atienen a las tonterías que prometen. Y también hay que ser un poco tonta para que te pillen en una situación así. ¿No te parece? —encendió el porro y fue colocando una foto tras otra sobre el escáner—. ¿A quién va destinado el montaje?

—A la prensa liberal. Le he aconsejado a Jeanette que lo venda como un perverso intento de chantaje para torpedear su carrera. *Principiis obsta*, «impide los principios». Le puede pasar a todo el mundo.

—¡Espero que no!

El aroma a café recién hecho penetraba en la casa desde la terracita cubierta donde Miriam tostaba los granos de café verde en una pequeña sartén, directamente puesta sobre las brasas. A Miriam le encantaba preparar el negro elixir a la manera tradicional, y le encantaba el aroma, que le recordaba a su infancia. Al igual que su madre, y antes de ella su abuela, machacaba los granos tostados aún humeantes en el mortero, iba vertiendo el polvo a cucharadas por la pequeña abertura de la *djabana*, la jarrita panzuda de cuello largo típica de su país, y lo dejaba hervir unos minutos. El café crudo en grano solía comprarlo directamente a D. R. Wakefield, el importador de Dolben Street, o en el Addis Restaurant de Caledonian Road, adonde iba de vez en cuando para disfrutar de los platos de su tierra.

Spencer Elliot, el padre de Candace, había caído en una emboscada el 4 de octubre de 1993 en Mogadiscio, donde servía como corresponsal de guerra: Bill Clinton, en coalición con tropas de los cascos azules malayos y pakistaníes, había llamado a la operación «Serpiente Gótica», que costó la vida a dieciocho soldados americanos... y a miles de somalíes. Las imágenes de los cadáveres americanos arrastrados por todo Mogadiscio habían dado la vuelta al mundo y provocado que los Estados Unidos no participasen en las operaciones de los cascos azules sino en casos muy contados. No lo hicieron ni en el genocidio de Ruanda medio año más tarde ni en 1995 para impedir la masacre de Srebrenica, a pesar de que los militares dispusieron de material fotográfico ilustrativo de lo que estaba sucediendo con antelación.

Miriam había pasado años investigando e incluso había viajado a Somalia, país vecino al suyo y destrozado por una interminable guerra civil. Nunca llegó a averiguar el verdadero trasfondo que había conducido a la muerte de su marido. Menos de seis meses después del suceso fueron asesinados dos reporteros italianos y su caso tampoco había llegado a esclarecerse nunca. Entretanto se sabía que seguían la pista de una red de comerciantes de armas y drogas a escala mundial dirigida por la Mafia y encubierta por servicios secretos internacionales y altos cargos políticos que hubrían salido indemnes de cualquier acusación, por más pistas y pruebas que apuntaran hacia ellos, y que aún se mantenían en sus cargos. Los testigos importantes, sin embargo, habían desaparecido sin dejar rastro. Miriam había contactado con los italianos justo antes de ser asesinados. ¿Cabía la posibilidad de que también su marido estuviera siguiendo el mismo rastro?

No pasaba día sin pensar en Spencer. En cuanto tenía ocasión, le hablaba a Candace de él, también de cómo la había sacado de Etiopía durante la peor hambruna, en 1984, llevándola a Inglaterra, y de que el mundo había sabido lo que sucedía en aquel país gracias al reportaje que él había hecho para la BBC. Al año siguiente había venido al mundo Candace, que se le parecía mucho en el carácter y desde pequeña anhelaba seguir los pasos de su padre como periodista. Muy pronto había empezado a hacer fotos con el

equipo de él y, de hecho, ya de estudiante había ganado algún dinero con sus primeros reportajes; ahora comenzaba a labrarse un nombre como *freelance*. Su tema eran las personas en los focos de crisis. Quería romper con el estilo habitual de los corresponsales de guerra centrándose en las caras de las personas que viven esas guerras: la cara del sufrimiento, del crimen, la cara de la supervivencia y del amor en los tiempos de la muerte.

Miriam acababa de cumplir diecinueve años cuando el periodista británico Spencer Elliot apareció en la ciudad de provincias de Jima junto con su fotógrafo. El período de sequía de 1984 y las malas cosechas del año siguiente en Etiopía y la zona del Sahel habían tenido consecuencias devastadoras para la población, a la que ya los traslados masivos impuestos por el régimen comunista del dictador Mengistu Haile Mariam habían dejado prácticamente sin sustento. Ocho millones sufrían desnutrición; según los muy controvertidos cálculos de Naciones Unidas, el número de víctimas de la hambruna fue de un millón de personas.

Spencer Elliot ya había recorrido el norte del país, incluyendo Eritrea, y quería hacerse una idea de la situación en el sur. Una avioneta de un solo motor los soltó a él y a su fotógrafo en la polvorienta pista de aterrizaje de la localidad de Jima, de cien mil habitantes, en la región de Oromía. El reportero estaba, pues, a trescientos kilómetros al sudoeste de Addis Abeba y a mitad de camino del triángulo de Ilemi, la tierra de nadie que reclaman por igual Etiopía, Kenia y Sudán. En su día, Jima se encontraba en la ruta de las caravanas del reino de Kaffa y se enorgullecía de ser el lugar donde, según la leyenda, mil quinientos años antes los monjes habían descubierto las propiedades del mágico grano al darse cuenta de que sus cabras no dormían después de haber comido los frutos de la planta.

La cabaña de madera de la familia de Miriam, de fachada pintada de azul claro y cortinas rosas, estaba a mitad de camino entre la pista de aterrizaje y el centro de la ciudad. Su padre, a quien apodaban «hijo de un blanco» por lo clara que era su piel, era profesor en la escuela de agricultura. Incluso durante la dictadura de Mengistu demandaban sus conocimientos, pues la exportación de café era la principal fuente de ingresos del país. A pesar de todo, también su familia sufría la penuria, y su exiguo salario apenas les bastaba para subsistir. A Miriam le quedaban unas pocas semanas para terminar la escuela. Después tendría que buscarse algún trabajo miserablemente pagado, igual que su hermano mayor. Si no tenía suerte, acabaría en un burdel de Addis Abeba.

Los dos periodistas se habían encontrado con ella en una rotonda de la carretera donde había una cafetera gigantesca con tazas de colores y la inscripción «Jimma argama bunaa – Jima, origen del café». Miriam se quedó mirando con curiosidad a aquellos hombres cargados con pesadas bolsas. El alto, Spencer Elliot, que por entonces tenía treinta y cinco años, sólo hablaba cuatro palabras de la lengua oficial, el amhárico, pero la joven, armándose de valor, respondió en italiano, pues su padre le había enseñado a hablarlo, y como el hombre siguiera sin entender nada, lo había intentado con sus escasos conocimientos de inglés. A la pregunta de dónde podían alojarse sólo había sabido

responderles, con apurados gestos, que la siguieran. Al llegar a la puerta de la casa azul, les dijo que esperaran. Elliot oyó voces en el interior y, durante un buen rato, no sucedió nada. Cuando el cámara ya se disponía a marcharse, por fin salió un hombre muy delgado, de piel casi blanca, con el torso desnudo y las costillas muy marcadas. Pidió a ambos que entraran y tomaran asiento en una mesa. Elliot jamás había visto ninguna igual en las casas y cabañas en las que había entrado: era de madera de ébano maciza, con un mosaico de marfil y piedras de colores en el centro. Antes de sentarse, se detuvo a contemplarla con curiosidad. Representaba una corona, y debajo de ella se abría un baldaquino rojo de terciopelo bajo el cual, a su vez, dos leones sostenían el escudo de Saboya. El aroma a café impregnaba la estancia y la madre de Miriam colocó la jarra tradicional justo encima.

Por decisión del padre, la familia se apretaría para ceder una habitación a los visitantes. Elliot y su compañero se quedaron allí tres días, después reemprendieron el camino hacia la capital. Se fueron en un camión. El dinero que dejaron sobre la mesa sólo alivió la penuria de la familia durante un tiempo. Dos semanas más tarde, la avioneta aterrizó de nuevo. Esta vez, Elliot se quedó cinco días y, cuando interrumpía su trabajo, hablaba mucho con Miriam, cuya timidez inicial había desaparecido hacía tiempo. Ella le llevó a ver las ruinas de la residencia del rey Jiffar, que coronaba la cima de una pequeña ciudad, mientras el fotógrafo se ocupaba de su cámara. Miriam, descalza, avanzaba delante de ellos con agilidad, y a veces a Spencer Elliot le costaba seguirla. Ella se reía de sus zapatones, que habían soportado ya muchas semanas de viaje y tenían las suelas deshechas.

Miriam despertó de golpe de sus ensoñaciones y dejó la taza de café sobre la mesa cuando Candace entró en la cocina y se sentó a su lado. Extendió las fotos, los montajes junto a los originales, y también se sirvió café.

—Vale, pero ahora quiero oír la historia de Jeanette al completo, de principio a fin. Me lo has prometido —reventaba de curiosidad—. Al menos se lo pasó en grande, eso sí que se ve bien claro: tiene la misma cara que un ángel con un colocón de incienso.

—De acuerdo —Miriam apoyó la espalda en la silla—. A Jeanette la conocí a través de su marido. Fue hace años en The Cock, en Fleet Street, que ahora se llama Old Bank of England Pub. Es un punto de encuentro apreciado por los *brokers*, que suelen reunirse allí al salir del trabajo a tomarse una copa, o cinco, y alardear de sus éxitos del día. Yo trabajaba en un reportaje sobre esa gente tan particular. John McGyver era un tipo agradable, vestido con elegancia, inteligente y claramente más callado que sus compañeros, que exageraban a voz en cuello. Por entonces pensaban que con su dinero podían comprarlo todo. ¡Y la cantidad de copas a las que me invitaban y que yo vertía detrás del paraguero en secreto! McGyver escuchaba lo que los otros soltaban por la boca para luego aprovecharlo en su trabajo. Fui yo la que finalmente le dirigió la palabra. Dijo que, de todas formas, ya no aguantaba la palabrería de los otros y me invitó a cenar en el Nobu. Un japonés de lujo que hay en Berkeley Street.

—Vaya, vaya, —exclamó Candace—. Y luego seguro que dejaste que te llevara al

huerto. ¡Me apuesto lo que quieras! ¡A eso se le llama un reportaje de fondo!

—Espera y lo sabrás. Días más tarde me concedió una entrevista en su despacho y empezó a hacerme cumplidos tan directos que también yo hice lo posible para ponerle en un aprieto. Pero nada, se levantó sin más y cerró la puerta por dentro como si aquello fuera pura rutina.

—¡Y tú apuntaste palabra por palabra todo lo que te dijo!

—Con puntos y comas. Desde ese día conté cuatro semanas justas hasta que cedió y empezó a hablar de su mujer.

Lo que al principio parece demasiado nimio, desemboca en la catástrofe con entera seguridad. Proteo Laurenti se asomaba a la ventana para mirar el Canal Grande mientras Nicola Zadar intentaba describirle la desagradable sorpresa de la manera más objetiva posible. El comerciante ya se había serenado.

El ladrón debía de ser de constitución atlética pero delgada. Dos agentes de la policía científica buscaban pruebas en las salas de la sede principal de su empresa, en uno de los palacios neoclásicos del Canal Grande. Tres cabellos oscuros y un leve rastro de sangre en el marco de una ventana eran, por el momento, los únicos hallazgos concretos. Todo apuntaba a que se había descolgado de una cuerda desde el tejado hasta el tercer piso para entrar por la ventana oscilobatiente del baño, que no estaba bien cerrada, aunque no dejaba un hueco mucho mayor de veinte centímetros. No había forma de que los empleados se acostumbraran a cerrarla después de utilizar el servicio.

—Ya, como en la película. Por los tejados de Trieste...¹ pero en lugar de diamantes, café —comentó Laurenti más bien aburrido. Su equipo se ocuparía de recabar los detalles—. Un ladrón que trepa por las fachadas. Y, mientras tanto, esa gente de la tele rueda una escena que parece pensada con los pies. Asómate y mira cómo van vestidos y cómo se mueven los policías de mentira.

—Me temo que el espectador apenas se dará cuenta, comisario —dijo Zadar—. ¿No trabaja tu hija para ellos?

—¿Livia? ¿No necesitarás a alguien que hable varios idiomas y en quien puedas confiar ciegamente, verdad? La pobre tiene que coordinar a esa panda de descerebrados. Cada día toman una decisión que echa por tierra todo el trabajo. Y les da igual lo caro que les salga.

—Como a nuestro Ayuntamiento —dijo Zadar sin inmutarse—. Mientras sea el dinero de los demás... pero no hemos de buscar a los ladrones entre esa gente de la tele. Llevan cuatro días rodando delante de mi puerta y están enteramente a lo suyo. A veces hasta tengo que esperar a que terminen una escena para poder entrar en mi casa. Pero en el fondo son buena gente. Está bien que nuestra ciudad se conozca, y no sólo por los titulares negativos de la prensa.

Hacía poco, Trieste había ocupado las primeras páginas de la prensa nacional en dos ocasiones: la más reciente, por la inflexible manera de proceder de la nueva presidenta de la policía en relación con los inmigrantes ilegales, en especial los africanos, que eran repatriados de inmediato porque no traían los papeles en regla. La legislación se había

endurecido a consecuencia de un decreto del ministro del Interior y los convertía directamente en criminales, al igual que a los proxenetas y los traficantes de droga. Incluso cuando tenían un puesto de trabajo legal, si no abandonaban el país enseguida, se los empujaba hacia las garras del Crimen Organizado, que los explotaba sin piedad. Antes de aquello había saltado a las primeras planas el caso «Kali», destapado por Laurenti y su gente en colaboración con los compañeros de Padua, después de seis meses de investigaciones: una niña gitana rumana de trece años, entrenada desde pequeña para desvalijar viviendas y auténtica especialista del robo con allanamiento, había sido vendida por su propia madre a otros gitanos de las cercanías de Padua, por doscientos mil euros, y desde allí revendida a Francia.

Sin embargo, en aquellos días, la ciudad portuaria servía de escenario a la coproducción germanoitaliana de un telefilme de intriga en el que, según adelantaba la prensa, habría comercio ilegal, corrupción internacional, gánsteres malísimos de los Balcanes, elegantes hombres de negocios sicilianos y policías alemanes estrechos de miras. Por lo que había contado Livia descorazonada, era la historia de amor, más allá de las fronteras y nacionalidades, de la comisaria y el fiscal lo que fomentaba la investigación en común y conducía al obligado final feliz que permitía al espectador dormir tranquilo. La condición fronteriza de Trieste y la cercanía de tantos países del este de Europa, así como el gran puerto, darían cierta emoción a aquella historia con más idílicas puestas de sol sobre el mar de las que el guión requería.

Laurenti dejó de mirar a la actriz, quien claramente discutía con el director. Un tipo imposible de olvidar. Ella gesticulaba como loca y levantaba la vista hacia la fachada del edificio, donde Proteo Laurenti y Nicola Zadar se asomaban a una ventana bajo la que se veía un relieve de Atenea con la inscripción, en griego: «Viva la Libertad».

Nicola Zadar era un hombre delgado, siempre iba vestido con los mejores paños, y también era el jefe de la floreciente empresa familiar de café crudo que fundara su padre. Importaba el producto de más de cuarenta países y, tras complejísimos análisis en los laboratorios, múltiples pruebas de tueste y composición de las mezclas a gusto de los clientes y acorde con las exigencias del mercado, lo exportaba a otros tantos estados. Había llamado al comisario desde el móvil. Tenían la misma edad, eran amigos desde hacía años, y a Laurenti le gustaba mucho oírle narrar las historias de sus incontables viajes a los exóticos lugares donde adquiriría el grano en crudo. El café –solía subrayar Zadar, un hombre muy culto que, al contrario que el comisario, rara vez perdía la calma– era la materia prima con la que más se comerciaba, después del petróleo, y presentaba infinitas variedades y espectros de calidad distintos. Y, al contrario que el petróleo, unía cultura y arte con el mundo de la economía, la técnica... y el crimen.

–El valor directo en dinero tendrá que asumirlo el seguro –explicó Zadar sin inquietarse mientras un empleado de sus laboratorios les servía dos tazas de café–. Esta pequeña parte fue lo único que no encontraron, es una prueba que tostamos ayer mismo por la tarde. Enseguida entenderás mejor de qué se trata. Es la bebida más rara del mundo.

Laurenti se acercó la taza a la nariz y arqueó las cejas muy sorprendido.

–Es terroso y suave al mismo tiempo. ¿Qué es? –bebió un sorbito, lo paladeó en

silencio, se asombró de su largo regusto, con un ligero toque a mohó, y de su consistencia similar al sirope—. Sabe a compost y a chocolate.

—«Kopi Luwak», así es como se llama. Tienes buen paladar, Proteo —dijo Nicola Zadar—. Pero, en vez de compost, yo diría selva amazónica.

—Es que no he estado nunca, disculpa —Laurenti volvió a oler su taza.

—De esta variedad no se producen más de unas cinco mil libras al año. Tostado costará más de mil euros el kilo. Si es que se encuentra. Hay largas listas de espera. Nuestra empresa es una de las poquísimas en el mundo que comercian con este café desde hace décadas y por eso puede contar con una cantidad relativamente constante. Conseguimos ochenta y cinco kilos al año, ningún importador llega a tanto. Claro que ahora no podré sino enseñar fotos del producto en crudo —rebuscó entre sus papeles y mostró a Laurenti la imagen de un animalillo pequeño y peludo con una cola como la de los gatos casi tan larga como su cuerpo—. *Kopi* significa «café» en indonesio, y *Luwak* se refiere al *Paradoxurus hermaphroditus*, un pequeño mamífero del sudeste asiático al que también se llama civeta de las palmeras o musang. Se le califica de hermafrodita por unas glándulas similares a testículos que tanto el macho como la hembra tienen bajo la cola. Son omnívoros nocturnos, se pirran por los frutos muy maduros del café, que roban de los árboles para comerse la carne roja y dulce, y luego excretan los granos sin digerir, aún recubiertos por la cáscara interna del fruto. Curiosamente, las enzimas del tracto digestivo de la civeta enriquecen ese grano, y la fermentación de la digestión les confiere su sabor inigualable. Cuando los expulsan, los granos forman una especie de salchicha compacta, parecida a las barritas de cereales. La principal producción se da en Java, Sumatra y Célebes.

—¿Caca de gato? Mi gente necesita buenas copias de todas esas imágenes, Nicola. Si no, no sabrán lo que tienen que buscar. Nadie piensa en excrementos de animal al hablar de café.

Laurenti olió su taza por tercera vez, ahora un tanto vacilante, y bebió otro sorbo con el ceño fruncido. Estaba rico, pero ¿mil euros el kilo? En Trieste había muchos tostaderos famosos cuyos productos ofrecían una garantía total siempre que luego no se metiera la pata al preparar el café. Él había pagado de su propio bolsillo una máquina de café profesional para su despacho que era la envidia de sus compañeros de la *questura*, pues ellos tenían que conformarse con el bar de la planta baja.

—En cualquier caso, se lo llevaron en el ascensor gracias a que todo estaba a oscuras. Las huellas son inequívocas. Lo más probable es que tuvieran un camión esperando abajo. O una barca. Las que son muy planas pueden caber por debajo del puente incluso cargadas de sacos.

—Qué lástima que éste sea de los pocos sitios donde el Ayuntamiento aún no ha instalado cámaras de vigilancia. Como siempre, van retrasados en todo. ¿Y cómo es que almacenas la mercancía aquí? —preguntó Laurenti, recorriendo con la mirada las amplias estancias paneladas en madera del trópico de tonos rojizos—. ¿No tienes ese almacén enorme en el Molo VII, el puerto del café?

—Por motivos de seguridad. Los productos más exclusivos y valiosos se guardan aquí

bajo llave, donde sólo unos pocos tenemos acceso. Aparte del medio quintal de Kopi Luwak que llegó hace tres días, faltan dos barriles de madera de treinta kilos cada uno de Jamaica Blue Mountain. Luego, un saco de Hawaii Captain Cook y otro de Tanzania Peaberry, un café que crece en las laderas del Kilimanjaro. El valor financiero asciende a unos cien mil euros, aunque los daños indirectos son casi incalculables, puesto que somos una de las pocas empresas que importan estas variedades. Recibimos pedidos del mundo entero a diario, y la mercancía robada cubría prácticamente el contingente de todo el año.

—Así que el ladrón o quien le encargara el trabajo sabía muy bien lo que hacía. ¿Quién más está al corriente, aparte de tus empleados?

—Todo hijo de vecino, como quien dice. Empezando por los correspondientes exportadores y las autoridades de cada sitio, nuestras aduanas, por supuesto, en los papeles está todo muy bien especificado. Luego, la compañía aseguradora y las de transporte. Y luego los clientes de la lista de espera, a los que siempre se avisa de la disponibilidad del producto y se les pide un pago por anticipado. Por último, también se puede averiguar por nuestra página web. Eso sí, por mi gente pongo la mano en el fuego —Zadar sonrió al ver que Laurenti arrugaba la frente—. No te preocupes, ya sé que los policías siempre empezáis a sospechar de los más cercanos. Pero no pierdas el tiempo en ello —a pesar de todo, sabía que los agentes de Laurenti entorpecerían mucho su trabajo durante los próximos días.

—¿Y quiénes son los clientes de tales exquisiteces?

—Pues todo famoso y snob que se precie... —Zadar enumeró unos cuantos nombres, y estaba prácticamente todo el mundo: desde el Tío Gilito hasta James Bond, pasando por Abraracúrcix y el Doctor No.

Famosos del mundo de la economía, la moda, la publicidad y el cine... y, por supuesto, nuevos millonarios rusos cuya autoestima parecía aumentar de forma proporcional al dinero que gastaban en productos de lujo. Predominaban las direcciones de Londres. ¿Y no llevaba unos días amarrado en el muelle del Puerto Viejo el *Ecstasea*, uno de los cinco megayates del magnate ruso Roman Abramóvich? Ochenta y seis metros de eslora y, por lo visto, el mismo motor que el Boeing 737. Por otro lado, el preciado café de caca de civeta del sudeste asiático suponía para los comerciantes al por mayor una tasa de almacenaje de mil euros diarios.

—¿Y también tienes clientes de Trieste? —preguntó Laurenti, pues tras treinta años de servicio conocía bien las manías de sus conciudadanos y a menudo se reía de corazón ante sus extravagancias.

Ningún triestino hacía alarde de su riqueza. En la próspera ciudad era habitual aparentar sencillez y más bien despotricar de lo cara que se había puesto la vida, por la ciudad se usaba el coche pequeño y el bólide de lujo sólo salía del garaje para los recorridos largos. Ciertamente había muchos yates espléndidos en los muelles, pero eso no llama especialmente la atención en una ciudad portuaria. Y, desde luego, a ningún triestino se le habría ocurrido jamás comprarse un chalet flotante con pista de aterrizaje de helicópteros incluida y hasta con submarino, para cuyo mantenimiento se requería una tripulación de veinte personas. Para eso nadie era lo bastante rico y sí lo bastante tacaño.

Más frecuentes eran las viviendas en el extranjero de las que el fisco no tenía noticia y que solían estar situadas cerca de donde vivía otra gente de la misma casta: en la Costa Azul, en alguna coqueta ciudad costera de Istria o en las montañas, en Bad Kleinkirchheim o Kitzbühel cuando se buscaba una alternativa a Cortina d'Ampezzo. Y no faltaba tampoco el apartamento en París, Londres o Nueva York. El tiempo, como el dinero, no parecía ser una mercancía escasa en Trieste, y los triestinos estresados por el trabajo eran en verdad una especie rara de encontrar.

—Sólo uno —Nicola Zadar guiñó los ojos—. Raffaele Raccaro y su cadena de establecimientos.

—¿Lele? ¡Mira por dónde!

Laurenti podía haberlo imaginado. Raccaro era un hombre importante en la ciudad, y su aspecto extravagante combinaba la austeridad más conservadora con ciertos arrebatos de ostentación. Toda la ciudad sabía que en Trieste apenas se tomaba ninguna decisión política de envergadura sin su consentimiento. Era de origen humilde y tenía a sus espaldas una carrera brillante que se remontaba a los años sesenta en Trieste. El café había sido una rama de sus primeros negocios, pero, para sorpresa de todos, veinte años atrás había vendido su próspero tostadero por cuatro perras a una multinacional e invertido las ganancias en otros sectores, sobre todo en participaciones. Su empresa de trabajo temporal había florecido enormemente gracias a la crisis, y tenía otra que colaboraba con la gente del cine y la televisión. Se sospechaba que era de extrema derecha, no sólo por su inmenso archivo particular de fotografías de guerra, si bien hasta el momento ningún periodista había logrado arrancarle ninguna declaración oficial sobre las cuestiones más candentes. Justo el día antes, la fiscal había enviado una nota a Laurenti para que lo vigilara de cerca porque habían descubierto que tenía guardado en su móvil el número de un comerciante de cítricos de Calabria a quien acababan de detener junto con otros treinta miembros de la 'Ndrangheta. La banda empleaba inmigrantes africanos para recolectar la cosecha de naranjas y los explotaba durante meses en condiciones infrahumanas. Hasta que en un pueblo de Calabria se había producido una revuelta de los africanos que exigían sus exiguos jornales. Ahora, las autoridades estaban interviniendo los teléfonos de Raccaro y sólo faltaba que Laurenti encontrase algún pretexto para acercarse a él sin espantarlo. Pero, claro, el comisario no podía contarle eso al comerciante de café.

—Cabe suponer que recurre a esas joyas para el paladar como regalo especial cuando no le bastan otros argumentos. Pero una parte la revende, eso está claro. En sus supermercados no, evidentemente —dijo Zadar.

—¿Y le hacéis un precio especial?

—No. Con cantidades tan escasas, sobra gente a quien no le importa la comisión que se añada a la mercancía. Lo imagino porque reserva paquetes de cuarto de libra que después se lleva sin tostar. Y lo hace de manera irregular y no siempre en las mismas cantidades. Pero, en cualquier caso, es imposible que sean para su consumo personal.

—¿Y no pierdes dinero si Lele se lleva una buena parte de un producto tan raro casi en cuanto la recibes tú? ¿No es como si el cliente se convirtiera en la competencia?

—El cliente siempre es quien manda. Yo no bajo el precio y, además, ¿quién querría tener a Raccaro como enemigo? La mayoría de mis clientes también revende de alguna manera, suelen ser cafés especializados o tiendas de *delicatessen*. Y, de nuevo, las cantidades disponibles para cada uno las determinamos nosotros. Por ejemplo, si pides ese tipo de café en alguno de esos locales, te cobran hasta cincuenta euros la taza, para la que necesitan siete gramos más o menos. Echa la cuenta tú mismo. Multiplicar el precio de compra por doce y medio no es mal margen de negocio.

—Pues tampoco me parece mucho en comparación con un *espresso* tibio en la Piazza San Marco de Venecia o en los Champs-Élysées de París servido de mala gana por un camarero antipático. Dejaré el caso en manos de un compañero experto, Nicola. Me mantendrá al corriente en todo momento. Si el ADN de los cabellos que han encontrado coincide con nuestra base de datos, será cosa fácil, y a lo mejor incluso logramos confiscar la mercancía a tiempo —dijo Laurenti y se puso de pie.

Ni Proteo Laurenti ni Nicola Zadar concebían que Raffaele Raccaro hubiera contratado a un ladrón para robar aquellas valiosas mercancías. Al fin y al cabo, era un hombre que podía comprar lo que quisiera... incluso a los políticos. A los ojos de Laurenti se trataba más bien de un delito fiscal.

Eran poco más de las nueve de la mañana y el frescor matinal aún se respiraba en la ciudad cuando Laurenti se acercó a la Via Rossini, aprovechando un descanso en el rodaje del telefilme, y guiñó un ojo a su homóloga alemana en la ficción. La actriz le sonrió, él se abrió la chaqueta para que se viera la pistolera que llevaba junto a la axila y se alejó divertido. ¿A que no adivinaba si era de verdad o de mentira?

Por la mañana le gustaba atravesar el centro a pie, a esa hora el tráfico todavía era soportable, las tiendas subían el cierre de sus escaparates con estrépito y uno se encontraba con muchas caras conocidas y amables. La gente aún tenía tiempo de mirarse y saludarse. Se podía uno dar el gusto de tomar un cafelito rápido en el bar de alguna esquina e intercambiar unas palabras o quedar para cenar. Más tarde, el trajín cada vez mayor que imponía la jornada iba mermando aquella amabilidad y sacando a la luz el verdadero espíritu de comerciante que todo el mundo lleva dentro. Laurenti compró *Il Piccolo* y unos cuantos diarios nacionales, los guardó bajo el brazo y miró quién le llamaba al móvil. Reconoció el signo de interrogación que recibía cada mañana por SMS. La consulta de su médico de cabecera estaba dos casas más allá, tal vez Gemma tenía tiempo de compartir un *espresso*. Respondió al mensaje y se apoyó en una farola frente al portal del edificio.

A principios de abril, Proteo Laurenti se había visto obligado a pasar de nuevo por la consulta de su viejo médico de cabecera del Canal Grande. Hacía tiempo que necesitaba un buen chequeo, pero de no haber descubierto que le había mordido una garrapata, otros mil asuntos urgentísimos le habrían hecho postergar la cita todavía más a pesar de las insistentes advertencias de su mujer. El anciano doctor Pier Mora atendía los achaques del policía desde hacía una eternidad, aunque por suerte eran bastante pocos. Proteo Laurenti apenas tenía sobrepeso, aunque jamás hacía dieta, le encantaba hablar

del excelente vino del Carso, sisaba algún que otro cigarrillo a su secretaria, Marietta, y no hacía deporte con regularidad desde no recordaba cuándo. Únicamente en verano bajaba a nadar al mar a diario. En su opinión, gozaba de una salud excelente, siempre que no le disparase nadie. Y así, naturalmente, no se había enterado de que su médico – como muchos triestinos, un apasionado de la vela siempre bronceado como el cuero gracias a las muchas salidas en su yate de cuarenta y cinco pies– había ido dejando la consulta y ahora estaba jubilado. Gemma era la única hija del tercer matrimonio del doctor Mora, la había tenido a los cincuenta. Había ido al colegio con Livia, la mayor de los tres hijos de Proteo y Laura. Tanto más grande fue la sorpresa de Laurenti cuando, de repente, al llamarlo la enfermera, le recibió la joven con su bata blanca en lugar del padre. De haberlo sabido, lo más probable es que el comisario hubiera intentado quitarse la garrapata de los genitales él mismo.

Como siempre, Laurenti quedó maravillado al verla acercarse corriendo, lanzar una mirada rápida por encima del hombro y ponerse de puntillas para darle un fugaz beso. Llevaba un ligero vestido de verano que revelaba su gran talento para combinar los colores suaves con el tono moreno de su piel de una manera tan acertada que, sin caer jamás en lo obsceno, todos se volvían a mirarla. En general, las mujeres entienden de estas cosas.

–Sólo diez minutos, Proteo –dijo entrando en el primer bar que encontraron, y pidió directamente a la señora de detrás de la barra, afanada en colocar cucharillas a una hilera de platos con mucho estrépito–. Tengo la sala de espera llena, he de volver corriendo – sus dientes blanquísimos brillaban y sus labios rojos dejaron una huella de carmín en el borde de la taza–. ¿Tienes algún caso por aquí?

–Un robo en las oficinas de un buen amigo. Mañana lo verás en los periódicos – Laurenti le acarició con disimulo el brazo desnudo, le brillaban los ojos.

–¿Estarás libre esta noche? –susurró Gemma–. Cierro la consulta a las siete.

–Lo veo bastante difícil. ¿Qué te parecería un chapuzón en el mar?

El comisario enmudeció de golpe en el instante en que el umbral se oscureció y vio entrar en el bar a un anciano y un perro negro que fueron directos hacia ellos.

–¿Cómo está tu padre, Gemma? –preguntó el viejo Galvano. Enjuto y cabezón, el anciano forense le sacaba más de una cabeza a Laurenti–. Hace mucho que nos vimos por última vez.

–Está navegando, de crucero por el Egeo. Desde Semana Santa.

–Grecia está muy barata. A tu madre la vi ayer en el centro. ¿No habrá salido en el barco él solo?

Gemma se echó a reír.

–Seguro que no. Mamá se ha quedado aquí, claro. La ciudad entera sabe que tiene una aventura con el asesor fiscal. Y yo me apuesto el sueldo de un año a que el viejo Pier Mora tampoco se ha embarcado solo. Le sobra el dinero y nunca ha sido un santo que digamos.

–Ya, ya... y por el club de bridge hace mucho que no asoma porque siempre pierde.

–Eso mismo decía él siempre de usted, Galvano. Le daré recuerdos de su infiel amigo. Porque no se puede decir que fueran compañeros. Al fin y al cabo, mi padre se ha pasado la vida trabajando para que sus pacientes no fueran a parar a sus manos.

La mirada de Galvano reflejó que la pulla había dado en el blanco. Gemma echó un rápido vistazo al reloj que había en la pared sobre la máquina de café e hizo un guiño a Laurenti.

–Me tengo que ir, los pacientes me esperan.

–Un problema que yo no tuve nunca, gracias a Dios... –refunfuñó el forense jubilado. Los dos siguieron con los ojos a la encantadora mujer, cuyos rizos negros como la pez y largos hasta los hombros se mecían alegremente al compás de sus gráciles pasos. En la puerta, aún se volvió a saludarlos con la mano.

–Eso iba por ti, claro, –farfulló Galvano. Laurenti lo conocía desde que trabajaba en la investigación criminal en Trieste. Los conocimientos científicos de Galvano, su experiencia vital y su manera de calar a las personas con la mirada, una mirada con más filo que los escalpelos y las sierras de cortar huesos que utilizaba para sus autopsias, le habían sido de gran ayuda en numerosas ocasiones. Su cinismo, por otro lado, solía ser difícil de soportar. Con todo, era un buen amigo de los Laurenti y, desde la prematura muerte de su mujer, hacía muchos años que pasaba los días de fiesta con ellos.

–¿Qué, hoy te han dejado suelto? Apenas se te ve el pelo –dijo Laurenti–. ¿O es que los amores ya no son lo que eran?

A pesar de sus ochenta y cinco años, el forense se había emparejado de nuevo. Se llamaba Raissa y era rusa, rubia, al menos un cuarto de siglo más joven que él y, si era cierto lo que contaba, en tiempos había sido primera bailarina del ballet Bolshoi, aunque ya no le quedaba demasiado de la gracia de antaño. Raras veces perdía de vista al anciano.

–Está en la peluquería. ¿Y tú en qué andas metido, Laurenti? No deja de ser curioso lo mucho que ves a Gemma, teniendo en cuenta que le doblas la edad. ¡Y para colmo acabas de ser abuelo! ¿No te remuerde la conciencia arrullarte con una mujer tan joven? Hombre, tener de amante a una médico no es mala idea ni mucho menos. Te recetará los medicamentos adecuados, a ver si te ayudan un poco...

–Sí, contra la tensión alta, doctor.

–¿Cómo está tu nietecita? ¿Y la joven madre?

–Las dos tan sanas como dos manzanas, Galvano, y el bebé tiene una energía imponente, siempre está de buen humor. En cuanto llego a casa, se le ilumina la cara de lo que sonrío –también a Laurenti se le iluminó la cara.

–Claro, aún te conoce poco. Ya iré yo a verla...

–Patrizia ya ha vuelto a trabajar y es mi suegra quien se ocupa de la pequeña Barbara. Puedes hacerle compañía.

–¿Qué me dices? ¿La madre de Laura se ha ido a vivir con vosotros? No me extraña que te pases el día en la consulta de tu médico de cabecera.

En el hogar de los Laurenti habían cambiado muchas cosas. La familia había aumentado, la mayoría femenina era ahora más que absoluta y la madre de Laura era

prácticamente la soberana de la casa. La enérgica anciana tenía que cuidar del bebé porque era la única que podía y, además, Laura llevaba tiempo diciendo que su madre ya no estaba en condiciones de vivir sola. Ni siquiera a Proteo se le habría ocurrido nunca enviarla a una residencia. Con el anexo que habían construido la primavera anterior, la casa era muy grande y en verano había espacio de sobra para todos en las terrazas que se extendían hasta el mar.

Laurenti dejó caer unas cuantas monedas sobre la barra y buscó un pretexto para salir por pies antes de que Galvano se lanzase a hablar como una tarabilla, según tenía por costumbre. Siempre aparecía justo cuanto menos falta hacía su presencia, y no sólo sus amigos temían sus ganas de hablar.

En la oficina, por fin le dio tiempo a hojear la prensa. Ese cuarto de hora de cada día era sagrado para el comisario. Hasta que cumplía con su ritual, no se sentía en condiciones de escuchar a Marietta, que le ponía al corriente de lo que hacían los demás departamentos. Por *Il Piccolo* supo que iban a construirse seis nuevos centros comerciales en la ciudad, según habían anunciado de común acuerdo el Ayuntamiento y la Cámara de Comercio. El pequeño comercio, en cambio, sufría desde hacía tiempo, y con la crisis habían tenido que cerrar incluso los negocios de toda la vida. En medio del artículo destacaba una enorme foto de Lele, principal impulsor de los proyectos.

—Marietta —dijo Laurenti alzando la voz para que ella le oyera desde la antesala—. ¿Has citado a Raccaro?

La respuesta se hizo esperar, pero fue bien firme:

—No.

—¿Y por qué no?

—Porque no nos va a traer más que problemas. Díselo a la fiscal, al fin y al cabo es nueva en esta ciudad.

—Invéntate algún pretexto, hasta hace poco nunca tenías reparos para nada. Y menos cuando se trataba de algún pájaro sospechoso... y si el pájaro era veinte años más joven que tú, menos todavía. Cítalo de una vez, orden de la fiscal.

—¡Pues entonces llámalo tú!

Desde hacía tres meses cumplidos, Marietta había cambiado. Su diligencia y celosa preocupación por su jefe —¿cuántas veces no habría subrayado en tantos años trabajando juntos que llevaba más tiempo al lado del comisario que su propia esposa?—habían dado paso a una puntualidad exagerada. Antes tenían que esperarla más de una vez porque se estaba pintando los labios, retocando el maquillaje o poniéndose el esmalte de uñas en la oficina, y sin embargo ahora descuidaba su aspecto cada vez más. Su famoso escote, que atraía las miradas de hombres de todas las edades como el polo norte las agujas de las brújulas, se había ido cerrando a pesar de las temperaturas exteriores, y también se habían acabado las visitas de algunos compañeros, que pasaban por su mesa de cuando en cuando con alguna excusa barata y la única intención de echar una miradita a dichas profundidades. Su pelo clamaba por la peluquería hacía semanas. Y cada vez que Laurenti la necesitaba fuera del horario laboral tenía que emplear unas palabras bien

serias, a las que ella respondía de muy mala gana. Una vez, Marietta hasta le había amenazado con los sindicatos. Era una actitud completamente nueva ante la que el comisario ya ni pestañeaba, desde que la había visto dos veces en compañía de un tipo de aspecto aburrido y pelo canoso que vestía un traje azul clasicón que se le había quedado estrecho y llevaba en brazos un conejo blanco de naricilla rosa al que Marietta saludaba con carantoñas y llamaba sonriendo Bobo. Aquellos dos debían de ser el no va más en la cama, la pobre no tenía tiempo ni de cuidar un poco su aspecto.

–Bien está saber quién manda aquí –farfulló Laurenti–. Dame el parte al menos.

Con seriedad estoica, Marietta le leyó los insignificantes sucesos de la noche anterior. Una manada de jabalíes había destrozado los jardines delanteros de las villas de la Via Romagna. Desde hacía semanas se había abierto una guerra mediática entre los adalides del amor al prójimo peludo y las autoridades del Ministerio de Agricultura respecto a este nuevo fenómeno de la civilización. Mientras que los segundos abogaban por el asesinato en masa, los primeros se alzaban en defensa de los animales y denunciaban que permitir la caza indiscriminada de jabalíes suponía echar por tierra los logros civilizadores de Centroeuropa. ¡A saber lo que entendían bajo tal concepto! Una vez incluso habían visto a un jabalí en la Piazza Unità, delante del Ayuntamiento, sembrando el pánico entre la gente de las terrazas de los cafés. Nadie llegaría a saber nunca con qué intenciones había acudido el bicho a la morada del alcalde. Al parecer, más de mil jabalíes rondaban por los alrededores... Había comenzado, pues, una temporada de caza muy larga y los guardabosques llevaban rifles Remington calibre 7, de doble cañón.

A continuación, Marietta informó de las quejas por perturbación del descanso nocturno en algunas calles del centro.

–¿Pero de qué va la gente? –Laurenti meneó la cabeza–. Como si aquí no tuviéramos nada mejor que hacer...

Cuanto más cálidas eran las noches, más llamadas recibían la policía y los *carabinieri* de burgueses aburridos que se quejaban del ruido nocturno. Abrían la ventana, enchufaban el aire acondicionado y agarraban el mando de la tele. Por lo visto, el rumor de las voces de la calle superaba el volumen de los anuncios...

–Una estadística de la patrulla de guardia revela que los autores de las llamadas no eran jubilados, como se sospechaba –Marietta ondeó una hoja de papel en el aire–. Las quejas proceden en su mayoría de ciudadanos en torno a la cincuentena. Hasta tú te sorprenderías.

–¿Y qué hacen metidos en casa con su frustración en lugar de alegrarse de que su ciudad esté llena de vida, al contrario de lo que ellos mismos suelen afirmar de ella? –Laurenti estaba convencido de que también los protestones pasaban las veladas riendo, bailando y bebiendo en la Piazza.

–Pues yo los entiendo perfectamente –dijo Marietta, poniéndose de pie–. La gente que se dedica a cosas serias no tiene ganas de convivir con ese vocerío frívolo y superficial de la calle.

–*Oculus non vidit, nec auris audivit.*

–¿Qué? –Marietta se volvió desde la puerta.

–Cosas que ojo no vio ni oído oyó². ¡Percepciones extrasensoriales, Marietta!

–Yo ya lo he visto y oído todo –y cerró la puerta.

El comisario tendría que llamar él mismo a Lele, aunque probablemente la advertencia de su ayudante fuera cierta.

Portadoras de esperanza

Cuando las personas adecuadas se encuentran en los lugares adecuados se dice de ellas, y no sin motivos, que son portadoras de esperanza. Raffaele Raccaro colocaba a las personas adecuadas en todos los sitios que podía. Había hecho valer su influencia a la hora de asignar los puestos clave de la ciudad, aunque él jamás había comparecido en público. Se rumoreaba que los candidatos que Lele elevaba a un cargo, según tomaban posesión, también firmaban una declaración de dimisión sin fecha que él guardaba en su caja fuerte. Gracias a su insaciable sed de poder e influencias, había logrado ascender hasta lo más alto desde sus orígenes humildes. Hoy en día, su imperio abarcaba una cadena de supermercados, participaciones en centros comerciales de la zona de las praderas, una agencia de trabajo temporal y otras empresas de servicios, así como un inmenso archivo fotográfico cuya página web anunciaba como la mayor colección privada de fotografías de guerra en todo el mundo. Las participaciones financieras en otras empresas completaban sus negocios y su radio de influencia. Él mismo se había encargado de que los altos cargos de todas estas empresas los ocupasen mujeres ambiciosas y, por lo general, sin pareja, a quienes ofrecía sueldos claramente mejores que los de sus homólogos masculinos de cualquier otro lugar, detalle que Lele no ocultaba en absoluto... como tampoco el hecho de que, cuando no le seguían el juego, iban a la calle de un día para otro. Pero podía confiar en sus damas, dirigían las empresas de su imperio con mano de hierro y rendían obediencia ciega a su jefe.

Raffaele Raccaro, a quien todo el mundo llamaba simplemente Lele, era insaciable. Era muy vital, delgado como un huso y, desde luego, no aparentaba los setenta y dos años que había cumplido. Se pasaba el día maquinando desde un gigantesco sofá de color azul claro cuyos almohadones casi parecían tragárselo. Era bajito, como Putin, Berlusconi, Sarkozy y Bernie Ecclestone, y como ellos intentaba compensarlo en vano con elegantes zapatos a medida de la casa Brogue, cuyas alzas apenas se notaban gracias al arte del zapatero inglés de Jermyn Street, al que visitaba una vez al año. Por lo demás, solía llevar ropa más bien barata. Le gustaba rodearse de mujeres más altas que él y de edad inversamente proporcional a los centímetros que le sacaban. La norma solía ser que la nariz de Lele quedara justo a la altura del escote de la bella de turno.

En la pantalla del televisor se veía un nuevo episodio de «Rex, un policía diferente», cuyos derechos de emisión había adquirido entretanto un productor italiano. Este productor también era el dueño de los cuadrúpedos agentes, es decir de Rex y sus dobles. ¿Sería aquel repentino amor por los pastores alemanes un homenaje al *pontifex*

maximus? Los episodios no eran más que mero relleno entre las tandas de anuncios, que, en cambio, solían estar hechos por directores expertos. Lo principal era que la televisión no guardara relación alguna con la realidad política del momento... Cuentos para adultos. Eso sí, con ese tipo de cosas se ganaba dinero, también Lele lo había oído enseguida. Desde la terraza de su ático en un piso catorce con vistas al Teatro Romano, frente al que también estaba la *questura*, tenía una panorámica de todo. Invertía en las personas adecuadas: en aquellas que disponían de los grandes presupuestos. No era difícil adivinar por qué había fundado una agencia de casting y la productora AFI, Action Film Italia, una eficiente empresa de servicios, la mejor del norte del país, que proporcionaba a los productores de cine y televisión cuanto pudieran necesitar para su trabajo: desde los espacios para oficinas hasta las conexiones telefónicas, alojamiento y viajes para los actores y el personal, equipos técnicos que incluso incluían motores de avión para levantar viento en los días de calma chicha, barcos y helicópteros. Y los mejores contactos con los funcionarios que se prestaban a hacer la vista gorda y firmar los permisos de rodaje necesarios a cambio de algún pequeño favor –y si alguno ponía problemas, también sabía cómo darle la vuelta a las tornas para hacerle quedar como un corrupto.

Aunque quien dirigía la empresa era una mujer de Milán formada en Estados Unidos, los asuntos más delicados los manejaba Raccaro en persona. En los círculos profesionales se decía que la AFI era cara pero merecía la pena. La manera de negociar era sencilla, como es de suponer, y los argumentos de Lele resultaban convincentes. Muy pocos días antes había entregado un hermoso fajo de billetes de quinientos euros recién impresos a un pez gordo de una cadena de la televisión alemana cuyo poder era muy acorde a su corpulencia y que recordaba a aquel orondo canciller de la República Federal bajo cuyo peso había caído el muro de Berlín. Pero el dinero con el que Raffaele Raccaro había untado a Harald Bierchen no había salido de sus arcas. En realidad, aquella cantidad estaba incluida en la factura que el poderoso germano habría de pagar al final. La insaciable codicia de Bierchen, que le hacía ir cada vez más lejos, había quitado el sueño a Lele más de una noche. El gigantón llegaba con exigencias que excedían lo acordado. Incluso había pedido que Raccaro fuese a recibirlo a la estación cuando llegase de Alemania junto con su coche fantástico, ambos a bordo del moderno tren con vagones para vehículos. Lele había acudido en su vieja motocicleta y, allí mismo, le había entregado en mano un grueso sobre acompañado de tres paquetes de Kopi Luwak en los que el gordo había insistido mucho. Y, a continuación, el alemán había empezado a soltar indirectas. Que si en Bulgaria salía mucho más barata la producción, que si también la ciudad de Sofía era muy interesante como escenario, que si las ofertas de los responsables de allí eran mejores que las de Raccaro. Ni siquiera el Patek Philippe Calatrava de oro que Lele le había regalado unos días antes con unas amistosas palmaditas en el hombro había contribuido a que Harald Bierchen reprimiera una amenaza de denuncia a las autoridades financieras de Trieste en cuanto hubiese terminado el rodaje de su películita. Al contrario que todos los demás, el bárbaro del norte no sentía respeto alguno por la influencia de Lele.

—La imagen adecuada en el momento adecuado vale una fortuna, Aurelio —dijo Raccaro meneando la cabeza en actitud de duda. Con ambas manos hojeaba un taco de fotografías que finalmente arrojó displicente sobre el sofá.

Hablaba con un joven muy bronceado que se mantenía de pie junto a ese mismo sofá. Lele lo veía reflejado en el cristal de la ventana, por la que entraban las luces de la jefatura de policía de la acera de enfrente. Era un joven delgado, de complexión atlética. El largo cabello negro, peinado hacia atrás con abundante gomina, acentuaba unos pómulos marcados y unos ojos un tanto saltones que brillaban como el ámbar oscuro. Tenía unos labios carnosos muy bonitos y llevaba al cuello una cadena de oro con un brillante ópalo de fuego de tres centímetros de diámetro.

—Creí que habías aprendido más cosas de mí —dijo Lele al tiempo que abría la cáscara de un pistacho con las uñas—. ¿Cómo te has hecho ese raspón en la frente?

—No es nada —Aurelio hizo un gesto de rechazo con la mano—. Me di con el marco de una puerta.

—Está visto que no todo el mundo sabe andar derecho, —el timbre del teléfono le interrumpió. Frunció el ceño al ver quién lo llamaba y, finalmente, descolgó de mala gana.

—Ah, Laurenti. ¿Qué se cuenta? ¿Yo? ¿A verle a usted? ¿De qué se trata? —Raccaro sólo decía frases cortas, un viejo truco para expresar su disgusto—. ¿Y es una citación o una charla informal? ¿Una declaración como testigo? Ah, bueno, sólo unas cuantas preguntas. Pues, claro, no faltaba más. Diríjase a mi secretaria, aquí en casa no tengo la agenda. Y salgo de viaje uno de estos días. Sí, Laurenti, me tomo vacaciones cuando me apetece. Ni siquiera usted puede impedirme salir con mi barco. No tengo ni idea de cuándo volveré. Así que espero que no le corra prisa, querido amigo. Que pase una buena tarde, comisario.

Colgó y tragó saliva. ¿Cómo se le ocurría a ese viejo policía llamarle a su propia casa para pedirle que acudiera a la *questura* cual ratero de poca monta? Que pidiera cita formalmente y fuera a verlo él. Raccaro pensó que tenía que dejar caer algún comentario al respecto en la primera ocasión en que se encontrara con el prefecto en algún acto oficial. Luego carraspeó y se dirigió de nuevo al joven.

—¿Qué quería? —preguntó Aurelio. Le costaba ocultar su nerviosismo.

—Charlar. Qué iba a querer. Después de todo, somos viejos camaradas —fanfarroneó Lele, aunque al punto retomó el tema de conversación—. ¿Y qué hago contigo? Tienes tu propio piso y tu sueldo mensual, que bien poco esfuerzo te cuesta ganar. ¿Cómo es que no tienes bastante? Puedes decir que has tenido suerte de que fuera una extranjera que no sabe nada de aquí y que tampoco tiene ni idea de cómo actuar ante una putada de este tipo. Los mecanismos de las autoridades internacionales son todavía más lentos con los asuntos civiles. Ahora bien, yo que tú no me arriesgaría a lo mismo con una italiana, te podría costar la cabeza de un plumazo como tuviera los contactos adecuados. Así que piénsatelo diez veces antes de meterte en ello. ¡Y no te pases!

—A ésta —Aurelio agitó en el aire las fotos que sostenía con la mano izquierda— le sobra el dinero, pero no tiene tiempo para ocuparse del asunto. Sólo habla inglés. Tardaría una

eternidad en dar con algún fiscal o algún policía de aquí con quien poder comunicarse. Pagaré y listo.

—Mira que eres ingenuo. Hay tantos fiscales que saben idiomas como granos de arena en el mar.

—Tú también hiciste tu dinero con asuntos de fotos —protestó Aurelio insatisfecho.

—Por puro pasatiempo. Mis inversiones aún no me han dado el rendimiento que buscaba. Y, además, es algo muy distinto a tus guarrerías.

Lele arqueó las cejas y reprimió todo comentario, pues era obvio que Aurelio seguía sin comprender en qué consistía el valor del enorme archivo fotográfico que ocupaba tres plantas del edificio de oficinas de Lele en la Piazza Oberdan. La colección de fotografías de guerra de Lele era única en su dimensión histórica. Permitiría demostrar o refutar la historia si se acertaba con el momento preciso para hacerla pública o para ocultarla. Con ella se podía hacer política, urdir planes y, con suerte, incluso manipular la opinión pública. Entre sus clientes se contaban los medios de comunicación del país y del mundo entero... si bien solía ser muy celoso a la hora de ceder imágenes a medios cuya orientación política no suscribía. La responsable de velar por la colección era una mujer de absoluta confianza que para ello había dejado su cargo de directora de los Museos Estatales, donde había tenido a su cuidado toda esa documentación envenenada a la que no se permite el acceso ni siquiera a los historiadores. Un archivo en la sombra que jamás había sido abierto por ninguna comisión competente de científicos que hubiera decidido si dejar que aquellos expedientes se abrieran al público o no. Del mismo modo se negaba a investigadores y ciudadanos la consulta de incontables páginas de los diarios de Diego de Henriquez, el incansable cronista de Trieste muerto trágicamente en 1974 durante el misterioso incendio de uno de sus archivos, argumentando que trataban aspectos no especificados de la esfera privada de personas que aún vivían. Sus minuciosas anotaciones eran temidas tanto por quienes antaño fuesen colaboradores de la ocupación nazi como por políticos neofascistas que en la actualidad se las daban de demócratas.

Lele Raccaro no se cansaba de predicar que la historiografía era un asunto muy delicado. Muy pocos eran capaces de soportar los hechos sin una mano de barniz que los embelleciera, y, en el fondo, se vivía bien en la estabilidad de la verdad a medias. ¿Qué sentido podía tener perturbar la maquinaria del poder que llevaba décadas apoyándose en mentiras y que celebraba su punto culminante en la actualidad? La democracia había cambiado, una libertad de prensa excesiva era perjudicial, había dicho días atrás el primer ministro. Los ciudadanos se habían convertido en público cuya conformidad con el sistema se expresaba a través de las cuotas de pantalla. Con un aluvión de noticias inanes se podían hacer programas. El anuncio había relegado la noticia a un segundo plano, y los comunicados de prensa de empresas, partidos e instituciones habían ocupado el lugar de los reportajes importantes basados en investigaciones serias. El espectáculo y el carrusel de imágenes sustituían a las películas, y el mejor *showman* llegaba a jefe de Gobierno, cabeza de partido o alcalde. Europa estaba en manos de los Intocables, y Lele formaba parte de ellos.

—¿Que cómo he llegado a tener este cuadro? ¿Acaso crees que lo he robado? —bufó Raccaro señalando con un rápido movimiento de la mano el único cuadro de todo el salón, solitario y un tanto perdido en la pared norte. Medía sesenta por cincuenta y cinco centímetros y se titulaba *Les bouches du Timavo*. Se refería a la desembocadura en el Adriático del mítico río subterráneo Timavo, que en la Antigüedad se consideraba una de las entradas del Hades y hasta donde conducía la ruta del ámbar que nacía en el Báltico. Ahora bien, no dejaba de resultar misterioso que ninguna biografía del pintor francés Gustave Courbet recogiese ningún dato sobre un viaje al golfo de Trieste y que la obra no estuviese catalogada en ninguna parte. Nadie sabía cuándo había pintado aquel cuadro el maestro del Realismo.

—Pues comprarlo no lo has comprado, —se empecinó Aurelio.

—Lo iban a subastar. Si fuera tan cabezota como tú no habría podido quitárselo de las manos antes de que lo hicieran los de la casa de subastas. ¡Has de cambiar de forma con más astucia que el dios Proteo si pretendes conseguir algo en este mundo! Fíjate bien en el cuadro, es una delicia. Es el estudio previo de *L'Origine du monde*, pintado en 1866. De ese «Origen del mundo» que está expuesto bajo estricta vigilancia en el Musée d'Orsay y que siempre ha llamado tanto la atención, hasta el punto de que llegó a estar censurado.

Era una representación del paisaje de fuerte contenido erótico, pues recordaba más a una vulva abierta lascivamente hacia el sol que a la desembocadura de un río. Aurelio se encogió de hombros, no era la primera vez que Lele fanfarroneaba con aquella historia. Fuera como fuese, el viejo no tenía ni idea de arte y era probable que tampoco le importase en absoluto el valor del cuadro. Lo único por lo que sentía verdadero aprecio era una vieja fotografía en blanco y negro. La tenía colgada junto a la puerta y mostraba a su padre, al que él no había llegado a conocer, de soldado en las colonias. Con una mano apoyada en una mesa en cuyo centro se veía el escudo de la Casa de Sabo—ya, de gran tamaño, conversaba con su superior, más alto que él y vestido con un elegante uniforme, en presencia de algunos oficiales.

—Esto es arte, es erotismo, muchacho. Aún te queda mucho por aprender.

—Si me dejaras hacer algo que no fuera sólo el trabajo sucio, tendría ocasión. Consígueme uno de esos puestos en la política en los que se cobra sin mover un dedo.

—Apréndete bien una cosa —de pronto, el tono de Lele se volvió cortante como una sierra eléctrica, aunque tenía la mirada clavada en la pantalla del televisor—. Todos los grandes escándalos empiezan con nimiedades. No te arriesgues a darme problemas.

El peludo comisario Rex saltaba a través de una ventana en llamas, tiraba al suelo al malo, y eso que llevaba pistola y abultaba lo que un armario, y lo mantenía en jaque con una pata sobre el pecho, gimiendo bajo su peso, hasta que por fin llegaba el comisario humano con las esposas. El trasero del can no se veía, seguro que estaba moviendo el rabo muy contento en espera de su recompensa.

—Lo de los alemanes lo has solucionado muy bien, por cierto. Se acabó la película. Supongo que con la ayuda de Vittoria sería un juego de niños. El gordo le había echado el ojo desde el principio.

—¿Y me tocará algún plus o sólo le corresponde a Vittoria?

—Espera y te sorprenderás —Lele se irguió de golpe y gesticuló con la mano—. Ahora hay que trabajarse el nuevo plan de aprovechamiento de superficies del Ayuntamiento de la ciudad, y también hay que mejorar los enlaces de la infraestructura de nuestro centro comercial en Montedoro. La cosa aún no funciona como tenía pensado, mis socios están impacientes, tienen que invertir. Demasiado dinero en busca de un hogar limpio y que dé beneficios. ¿Lo has entendido? A fin de cuentas, también tú sacas tajada de ello. Así que no hagas ninguna tontería con tu porno particular y estate bien alerta, o no tendrás quién te saque las castañas del fuego. Si la fastidias por tu cuenta, yo no te conozco de nada.

Aurelio ni se inmutó ante la filípica de aquel hombre que, a puerta cerrada, de cuando en cuando afirmaba ser su padre, pero que, en su día, lo había entregado a una familia de acogida. Por otra parte, también era cierto que solía preguntarse por qué Lele se habría acordado de él justo el año en que terminaba la escuela secundaria y por qué lo aguantaba trabajando para él desde entonces. Quizás algún día enviara muestras de cabello del jefe a alguno de los laboratorios que se anunciaban en la Red para hacer una prueba de ADN. Sin embargo, Aurelio llevaba una vida cómoda, ¿para qué cuestionar nada? A Lele tampoco le importaba mucho lo que hacía. Con excepción de los encargos más desagradables, no era difícil hacer de «chica para todo»; además, el jefe casi siempre estaba de viaje. Pero Aurelio no podía reprimir el anhelo de desaparecer de allí. De marcharse lo más lejos posible y olvidar para siempre lo que había sido su vida hasta entonces. A Australia o Nueva Zelanda. A la otra punta del mundo.

—Y tráeme un *espresso* —ordenó Lele—. Jamaica Blue Mountain, pero bien preparado, como te enseñé. No, mejor hazme un Kopi Luwak. Vigila bien la temperatura del agua... y luego lárgate. Tengo que hacer.

Era una de las pocas tardes que Raccaro pasaba en casa. Normalmente corría de un compromiso a otro: reuniones de consejos de administración o de alguna logia, citas con abogados y notarios, juntas, cenas, estrenos en el Teatro Verdi, la fastuosa ópera de la ciudad, recepciones... Para él era esencial cuidar los lazos sociales y aprovechar los buenos contactos. Había que mantener los ojos bien abiertos para no perder el control. Sólo podía evitarse en parte que el progreso llegase a Trieste, como a los demás sitios, pero mantener bajo control el cambio era factible en tanto los puestos clave estuvieran ocupados por las personas adecuadas. ¿Para qué existía desde hacía décadas toda una red de relaciones y dependencias que determinaba el flujo del dinero? Raffaele Raccaro había sido, hasta el presente, uno de los hábiles creadores de todas aquellas conexiones. Sus cuentas bancarias se beneficiaban de ello y su vanidad quedaba satisfecha. Era tranquilizador que para todo le consultasen y le pidiesen cosas, hacer valer su influencia. Los caballeros elegidos por los ciudadanos y enviados a Roma como sus representantes en el Parlamento o el Senado se plegaban a sus deseos sin chistar, y en la lucha por el poder de la logia había salido victorioso, con lo cual podía contar con que las posiciones clave de la política también las ocuparían en el futuro quienes él quisiera. No obstante, últimamente empezaba a observarse un desasosiego inusual entre sus filas, los accesos de violencia verbal se sucedían sin cesar, y más de uno sospechaba que la Fiscalía General

del Estado llevaba tiempo investigándolos en secreto.

—Una cosa más —dijo Lele. Sorbía su café sin apartar la vista del televisor—. ¿Quién hizo las fotos?

—El camarero de esa planta del hotel.

—¿Estás seguro de que no se ha quedado ninguna copia?

—Completamente. No sabe ni llamar por teléfono. Le di cincuenta euros, y la paja le salió gratis.

—Acaba de empezar el verano, pero tu temporada de caza se ha terminado con esta cochinado. ¿Entendido? Punto final a las majaderías. Y ahora esfúmate, tengo mucho que hacer —y Lele señaló la puerta estirando el brazo con la taza aún en la mano.

Aurelio conocía bien aquel tono de voz. Lele estaba esperando a alguien que él no debía ver. Sin hacer ruido, cerró la puerta de la casa, llamó al ascensor y bajó los catorce pisos del rascacielos de los años treinta, cuya fachada de ladrillo rojo ofrecía uno de los ejemplos de la más fea arquitectura de Trieste, al igual que el edificio de la *questura*, con el que sólo mediaban las ruinas del antiguo foro romano. Desde los pisos altos, sin embargo, se disfrutaba de una vista impresionante de la ciudad y del puerto... un nido de águilas desde el que se podía controlar todo y lanzarse como un rayo sobre la presa en el momento preciso.

Comenzaba a ponerse el sol cuando Aurelio salió al Largo Riborgo. Un coche patrulla con el intermitente azul encendido y la sirena aullando pasó junto a él a toda velocidad. Aurelio se escondió detrás de una camioneta de reparto. No tuvo que esperar mucho, pronto llegó uno de los habituales bellezones de piernas infinitas, llamó al telefonillo y desapareció en el interior del portal. Las mujeres que contrataba Lele se parecían, sobre todo, en su imponente perímetro superior y en que, a la mañana siguiente, abandonaban la casa con unos cuantos billetes más en el bolso.

También de Lele había hecho fotos en secreto, y las guardaba como las niñas de sus ojos. Aurelio era el único que conocía las preferencias del jefe.

Laurenti había colgado el teléfono muy poco conforme. Conocía el código de frases muy cortas de Raccaro por otras personalidades influyentes... Estaba seguro de que, en los próximos días, le caería una reprimenda finamente disimulada por parte de alguna instancia superior por haber molestado a aquel pobre hombre en su casa. Las personas que motu proprio asumían grandes responsabilidades por el bien común merecían que se respetaran sus escasos momentos de reposo. Laurenti estaba acostumbrado a tales amonestaciones.

—No se preocupe, Raccaro —había dicho el comisario antes de colgar—. Nos veremos antes de lo que cree.

Proteo Laurenti tamborileaba con los dedos sobre la mesa, impaciente. Era evidente que Raccaro había reconocido el número de la jefatura de policía en la pantalla. Corría el rumor de que tenía algún que otro aliado entre los policías y que así se mantenía al corriente de todo.

La composición de la sociedad se reflejaba incluso en el aparato policial: había funcionarios cercanos al entorno político de Lele y otros compañeros que entendían su

profesión como una labor de defensa incondicional de la democracia. Luego también se podía establecer una división entre guapos y feos, entre los que se cuidaban y los que tenían el pelo grasiento y con caspa, entre los que se escaqueaban en cuanto podían mientras el compañero de escritorio se dejaba el culo trabajando día y noche, e incluso pagaba de su bolsillo las dietas que, en realidad, correspondían a las arcas públicas. También había bocazas, mientras que otros no abrían la boca ni siquiera cuando se imponía hacerlo. Laurenti partía de que Lele ya sabía que la policía quería hacerle algunas preguntas sobre la «conexión Calabria». Naturalmente, también estaría al tanto de que tenía pinchados los teléfonos, y ya habría dado de alta otras líneas que ni la fiscalía ni la policía conocían: italianas, eslovenas, austriacas o croatas.

—Marietta —llamó Laurenti. Desde hacía rato no se oía ni el zumbido de una mosca en la antesala de su despacho—. Mándame a Battinelli.

Como no hubo respuesta, se levantó y fue hacia allí. El ordenador estaba apagado y ya no estaba el bolso de Marietta. A cambio, había dejado el cenicero a rebosar de colillas. Laurenti miró el reloj. Faltaban seis minutos para que terminara su jornada. Como siguiera así, no tendría más remedio que tener una conversación seria con ella.

Laurenti tuvo que llamar él mismo al inspector, que apareció en el umbral de su puerta a los pocos segundos.

—Siéntate —Laurenti miró hacia la puerta, pero Battinelli la había cerrado, como siempre—. Hay una cosa que puedes ir comprobando. Claro que tendrías que sacrificar unos días de tus vacaciones.

Gilo Battinelli debía de tener antepasados normandos, pues tenía los ojos azules como el mar. Era oriundo de la isla de Lampedusa y, aunque no llevaba más que tres meses en Trieste, daba la impresión de que no quería marcharse nunca. A las cuatro semanas había reunido todos sus ahorros y pedido un crédito para comprarse un barco de segunda mano junto con un amarre en la marina del pequeño puerto de Grignano, junto al castillo de Miramare. Desde entonces pasaba cada minuto que tenía libre navegando por el Adriático, por lo general en compañía de alguna bella joven.

—El asunto tiene que quedar entre nosotros como sea, a cambio te libras de la oficina por una temporada, y el trabajo te resultará un placer, Gilo.

—Soy todo oídos —el musculado inspector arqueó las cejas, que destacaban sobre su rostro bronceado como dos pinceladas de color claro. En la *questura* compartía despacho con otros dos funcionarios, y las mesas estaban tan juntas que los respaldos de los sillones se daban contra los tableros. Battinelli estaba acostumbrado a cosas peores en sus anteriores puestos. Los dos años en los Abruzzos habían sido para él una escuela de la vida.

—¿Tienes el barco listo para zarpar?

—¿Es que le apetece dar una vuelta?

—Prefiero nadar —muy raro era que el comisario aceptase alguna invitación a navegar, y jamás había hecho ninguna excursión por mar que durase más de medio día. Claustrofobia—. Mientras no pueda caminar sobre las aguas, un barco es para mí como una cárcel.

–Tiene que practicar con tesón, jefe. Para otra gente es la quintaesencia de la libertad.

–Tu cascarón de nuez está amarrado en el puerto de Grigna–no, ¿no? –dijo Laurenti–. ¿Conoces el *Greta Garbo*?

–¿Un velero de dos mástiles, de los años treinta, con velas de color rojo?

Battinelli lo captaba todo enseguida y era uno de los pocos que sabía escribir a máquina con todos los dedos, mientras que la mayoría maltrataba el teclado picando con dos dedos a toda velocidad. Cuando escribía a mano, en cambio, tenía una letra ilegible.

–Por lo que sé, está a punto de salir –dijo el comisario.

–Ayer por la tarde subió a bordo un invitado, mientras usted estaba en la terraza de Harry's Grill con su hija. Lo vi desde la Piazza.

Laurenti no se había dado cuenta de que el inspector estaba por allí.

–¿Conoces al propietario? –el comisario imaginaba que su compañero aún no conocía la ciudad con todos sus entresijos lo bastante como para haber caído ya en las garras de ninguno de los amables caballeros de la casta que manejaba los hilos detrás del escenario.

–¿Raffaele Raccaro? –preguntó el inspector–. Sí, claro. El *Greta Garbo* está tres amarres más allá del mío. Nos conocemos de vista.

–¿Y él sabe quién eres?

Gilo Battinelli negó con la cabeza convencido.

–Nos saludamos al pasar y eso es todo. El ochenta y cinco por ciento del producto interior bruto de Trieste procede del sector servicios. ¿Dónde voy a trabajar? Con dos dedos basta para contar las opciones: en una aseguradora o en un banco. En la Administración o el Gobierno es evidente que no porque son ellos quienes seleccionan a su propia gente. ¿Qué tengo que hacer?

–Observar. Nada más. Si acaso, tomar unas cuantas fotos si lo ves necesario. Quiero saber quién va a bordo y adónde se dirigen. Pero no más de tres días o se notará demasiado que no estás por aquí. No es más que una comprobación, puesto que nadie puede excluir la posibilidad de que Raccaro realmente esté de vacaciones. Es posible que se reúna con alguien, y eso sí me interesaría un poco más. En alta mar no hay cámaras de vigilancia ni aparatos de escucha.

–¿Se le puede imputar algo?

Laurenti arrugó la frente.

–Podría ser –dijo poco convencido.

Los orígenes de Battinelli eran de gran ayuda para su trabajo en Trieste. Conocía la problemática de la inmigración a la que estaba expuesto el oeste de Europa porque ya la había vivido en Lampedusa, la isla pelágica entre Sicilia y Túnez a la que llegaban los barcos de Libia abarrotados de africanos medio muertos de hambre, deshidratados y agotados por el viaje. Antes de servirle una copa de vino puro, el comisario insistió a Battinelli en que era fundamental que no contara absolutamente nada de su misión, ni siquiera a compañeros de la *questura*.

El inspector sonrió satisfecho, sobre todo después de que el comisario le aconsejara que, para disimular mejor aún, no se embarcase en solitario. Aún en el pasillo, frente al despacho de su jefe, Gilo llamó a Margherita, una de las mujeres a las que más le

gustaba llevar en su barco y cuyo marido, como en tantas ocasiones, estaba haciendo un largo viaje de negocios. Su barco iba de maravilla, no era ni mucho menos un cascarón de nuez como había dicho su jefe con cierto desprecio. No le costaría nada seguir al *Greta Garbo*. Lo único incierto era cuándo comenzaría el juego.

Laurenti, sin embargo, no terminaba de estar satisfecho. Como siempre que reflexionaba sobre un caso, se había recostado a fondo en el sillón con los pies encima de la mesa y, con los ojos entornados para concentrarse mejor, dejaba que su mirada se perdiera más allá de las gradas superiores del Teatro Romano y de la Via Donata, que quedaba por encima y conducía a la colina del castillo. Sobre la colina había dos bloques de viviendas muy juntos, como dos buenos amigos, el uno dos plantas más alto que el otro. Las contraventanas, de color claro, solían estar cerradas. Así se había proyectado en tiempos que fuera la construcción de toda la zona en torno a la *questura* hasta que, con motivo del veinte aniversario de la dictadura de Mussolini, había sufrido una reestructuración acorde con los grandilocuentes planes urbanísticos de los fascistas. Algunas partes del gueto y del centro medieval de la ciudad habían sido sustituidas por los típicos mamotretos de la arquitectura totalitaria. De esa época era también el edificio en el que se encontraba la jefatura de policía. En su día se construyó como Casa del Fascio, sede del partido fascista y cuartel de los Camisas Negras. Más de cinco mil edificios de ese tipo fueron diseñados por arquitectos oportunistas en toda Italia, así como en los territorios ocupados y en las colonias del este de África. En el centro antiguo de Trieste, aquel edificio monumental pretendía simbolizar la supuesta renovación de la sociedad. Una fortaleza que simbolizaba la impenetrabilidad total ante cuanto viniera del extranjero y defendía una importante ciudad fronteriza que se preparaba para la guerra. Cuando la paz regresó a Europa, se convirtió en cuartel general de los Aliados, bajo cuya administración estuvo la ciudad, el Territorio Libero di Trieste, hasta 1954. Fue entonces cuando el imponente edificio se convirtió en jefatura de policía, en la *questura*.

Al asomarse a la ventana que daba al este, la mirada se topaba con la fachada recubierta de ladrillo rojo del rascacielos, desde cuyos pisos superiores se abría una vista ilimitada sobre los tejados de la ciudad hasta el mar, hasta Istria y la laguna de Grado. Quien viviera allí tendría una panorámica de todo. Como Raffaele Raccaro, a quien todo el mundo llamaba Lele.

Ángeles de viaje

«Angel Travel Agency – No se atienden visitas de clientes. Sólo reservas por Internet.» El cartel de la puerta de la agencia de viajes de Udine era inequívoco. El local de la planta baja de un edificio recién renovado no causaba buena impresión en absoluto. Era un cuchitril de apenas veinte metros cuadrados con muebles destantalados y mugrientos. El gordo de gruesas mejillas descolgadas y sin afeitarse, pelo sucio y visibles poros abiertos sobre una piel amarillenta recordaba a un dogo de Burdeos sarnoso. Malhumorado, levantó la vista del ordenador cuando entró Miriam saludando tímidamente, y ni siquiera movió las zarpas peludas de su pingoso teclado. Otra persona que venía a molestar. ¿Para qué demonios había encargado el rótulo rojo para poner encima del nombre de la agencia? Sobre su mesa se apilaban los papeles, la estantería contigua estaba hasta arriba de catálogos de operadores turísticos. Las esquinas rizadas y las hojas rotas de los catálogos delataban la falta de cuidado con que se utilizaban. El saco de grasa miró a Miriam sin decir nada y le dio a entender que podía marcharse por donde había venido antes de abrir la boca. El atractivo aspecto de la periodista no pareció influirle lo más mínimo.

El amable empleado del hotel le había dicho durante el desayuno que el buen tiempo duraría varios días. Se había levantado una ligera *bora*, pero no debía asustarse de los tremendos golpes de viento que barrían las calles. Era un capricho de la climatología del lugar, pues en otras partes no se conocían tales fuerzas de la naturaleza, pero, a cambio, el viento despejaba las nubes del cielo. También le indicó el camino hasta la agencia de alquiler de coches, y, en efecto, el viento le iba dando en la cara cada vez con más fuerza mientras caminaba a lo largo de las Rive, pasando por la larga hilera de edificios de almacenes del Molo IV, todos ellos recién renovados. El aire era puro y transparente como el cristal y parecía acercar a la ciudad la orilla noroeste del golfo de Trieste, como si los Dolomitas que se elevaban majestuosos en el horizonte, lejanos y al mismo tiempo tan nítidamente dibujados sobre el cielo, empujaran el mar desde el fondo. En la agencia de alquiler de coches le habían explicado el camino hasta Udine y le habían mostrado en el ordenador la Via Castellana, donde se encontraba la agencia de viajes. Tres cuartos de hora más tarde aparcaba delante de un edificio de dos pisos situado en un cruce de calles de varios carriles.

–Estoy buscando a Giulio Gazza –dijo Miriam, ahora con voz firme, al tiempo que ondeaba un sobre en el aire.

El tipo de la agencia arqueó las cejas.

—¿Y ése quién es?

—Quería darle las gracias por su amable carta.

El tipo alargó la mano y chasqueó los dedos como si fuera quién para darle órdenes a Miriam.

Como ella no hizo ademán alguno de entregarle el papel, el gordo por fin se levantó con un gruñido y avanzó hacia ella arrastrando los pies y con aire de fastidio. Miriam no se movió ni un milímetro de su sitio. El tipo no era demasiado alto y por su volumen tampoco podía ser demasiado rápido. Sin embargo, la manera en que se movía delataba un carácter de una violencia tan cruda como imprevisible. Se detuvo a medio metro de distancia y miró brevemente el sobre cuyo contenido había causado pánico a Jeanette McGyver.

—Es la primera vez que lo veo —farfulló, clavando ahora una mirada en el escote de Miriam, como si se le fueran a salir los ojos para luego, en cualquier momento, violarla, estrangularla y después cortarla en pedacitos con una sierra. A ella le dio un asco tremendo su aliento pútrido.

—Tengo una respuesta muy prometedora para Gazza. Casi mejor se la dejo aquí —dijo Miriam, sacando la carta del abogado de Jeanette—. El original le llegará por correo certificado, y a continuación recibirá otro documento de la fiscalía. Seguro que aquí no le llegan nunca tantas cartas.

En un abrir y cerrar de ojos, el gordo le arrancó el papel de las manos, lo desdobló y lo leyó a toda prisa. Su mejilla izquierda se contrajo ligeramente, como si un mal presentimiento le atravesara la cara. Cuando por fin llegó a la cifra que el abogado pedía como indemnización por daños personales, a tramitar por vía judicial, su reacción fue más evidente. Se le encendieron los ojos de rabia y desesperación, y su cuerpo entero empezó a temblar como si aguardase la tortura. Automáticamente, dio medio paso atrás y al fin miró a Miriam a la cara.

—¿Quién es usted? —su voz había perdido cualquier posible tono de firmeza—. ¿Qué quiere de mí?

Miriam sacó un ejemplar de *The Independent* que había comprado en el quiosco de la estación y le señaló la primera página, en la que se veía a Jeanette McGyver, vestida con un recatado traje, y se contaba que había sido víctima de un péfido intento de chantaje por parte de una banda criminal italiana. El nombre de Giulio Gazza se leía claramente en el subtítulo.

—Léalo con tranquilidad —le instó Miriam. Ahora era ella quien miraba al gordo de arriba abajo, girando a su alrededor—. La verdad es que no sé cómo va a conseguir esa cifra a la vista de esta cochambre de establecimiento, pero puede estar seguro de que los abogados no le dejarán en paz hasta que haya saldado el último céntimo. Esta vez, usted y el gigoló han ido a escoger muy mal a su víctima. Cuente con lo peor. En cuanto la demanda llegue a la fiscalía, puede dar por hecho que aquí no le van a dejar piedra sobre piedra. Me apuesto lo que quiera a que entonces también salen a la luz los casos de las demás mujeres a las que chantajea, compinchado con el pichabrava ése. Podría mejorar

un poco su situación si soltara quién es el joven de las fotos. Dice llamarse Aurelio. ¿Dónde está? Por cierto, también la prensa local ha recibido este artículo. Se va a hacer famoso, señor.

El gordo seguía mirándola fijamente y sin moverse, el sudor le corría por la frente y las mejillas y le mojaba la estropajosa barba. Todo él brillaba como un pedazo de tocino. La cara, antes colorada como quien padece de hipertensión, había adquirido ahora un color gris ceniza muy pálido. Mudo, contempló cómo Miriam, con dos dedos, le sacaba el carnet de identidad de la cartera que tenía sobre la mesa y lo fotografiaba. Ahora ya no podía fingir que era otra persona.

—Síntese —balbuceó cuando pareció serenarse un poco—. Yo no tengo nada que ver. ¿Cuándo recibió ese sobre?

—El viernes le llegó a la víctima. Hoy es martes. Somos rápidos en reaccionar, como ve.

—Yo no lo he enviado. Yo no hago chantaje a nadie.

Miriam no había ido hasta allí para negociar, e incluso aunque hubiese habido una segunda silla en el local, no la habría utilizado por nada en el mundo. Era evidente que allí no había entrado una mujer de la limpieza jamás.

—Cuéntele eso a quien quiera —dijo Miriam—. ¿Quién es el tipo de las fotos?

Gazza se encogió de hombros lentamente.

—No lo conozco. Alguien tiene que haber usado mi dirección. Pregunte en correos quién fue a franquear la carta.

—Ya están analizando las huellas dactilares, es más fiable.

—¿Pero quién demonios es usted? Alguien ha abusado de mi nombre, yo mismo soy una víctima de todo esto.

—Y yo soy Michelle Obama. Vamos, suéltelo de una vez. ¿Quién es este tipo? ¿Y quién es el hombre de negocios de Trieste para el que trabaja? —Miriam le cogió el móvil, él dio un respingo, pero luego la dejó hacer sin protestar. El número del gigoló que le había dado Jeanette no estaba guardado en el pegajoso aparato de Gazza. Llamó a ese número sin acercarse el móvil a la oreja y oyó el mensaje de la operadora: no se encontraba disponible o estaba fuera de cobertura. Después volvió a dejar el móvil donde estaba, sujetándolo siempre con la punta de los dedos. Debía de ser un número que el gigoló sólo utilizaba para hablar con Jeanette y las otras mujeres a quienes primero metía las manos bajo la falda y después en la cartera. Eso no sería difícil de averiguar.

—La ayudaré si puedo. Lo intentaré como sea —más que sentarse, Gazza se dejó caer como un fardo sobre el sillón del escritorio entre cuyos brazos apenas le cabían los michelines—. Usted tiene acento inglés. ¿Es la mujer para la que reservé el hotel de Trieste?

Miriam hizo una mueca de disgusto.

—¿Le gusta? ¿Está bien atendida? —el intento de conciliación no tuvo éxito alguno.

—Sí, sí, muy elegante —dijo Miriam con frialdad y se dio media vuelta—. Incluso está limpio. Pero usted me va a decir quién es ese Aurelio y dónde puedo encontrarle. Le doy hasta mañana. Y si me la juega, será otra persona muy distinta la que se presente aquí a

desmantelarlo no sólo este negocio. No lo digo en broma, temo por su integridad física. No habrá una segunda advertencia.

Salió sin despedirse, subió al coche alquilado y se marchó. Creyó ver por el retrovisor que Gazza se llevaba el teléfono a la oreja. También ella sacó el móvil y tecleó el número de Jeanette.

¿Qué no se hace por una amiga? Ni siquiera habían pasado dos días desde que Miriam había ido corriendo bajo una lluvia torrencial desde la parada de Covent Garden hasta el Scoop. Mientras esperaba a Jeanette en una de las pocas mesas libres del excelente café heladería para entregarle las tres fotografías retocadas, pidió un *espresso* y, mientras removía el azúcar, se puso a hojear *The Economist* sin prestar demasiada atención a ningún artículo en concreto, hasta llegar a uno muy largo sobre la cultura del café en Italia que afirmaba que el mejor café del país no se tomaba en Nápoles, como solía decirse siempre, sino en Trieste, donde, además, el consumo medio de café por habitante, mil quinientas tazas de *espresso* al año por cabeza, era el doble de alto que en el resto del país. Después también contaba que Trieste era el mayor puerto cafetero del Mediterráneo y que sus productos cotizaban tanto en la Bolsa de Londres como en la de Nueva York. En torno a ese puerto tenían sede las empresas de mayor renombre de todas las ramas posibles relacionadas con la elaboración y explotación del café: importadores de café crudo, tostaderos, fabricantes de cafeteras, exportadores y aseguradoras, incluso había una «universidad del café». El artículo también contaba que los cónsules británicos Charles Lever y Richard Francis Burton, dos importantes autores del siglo XIX, habían escrito la mayoría de sus obras en la ciudad portuaria más nórdica del Mediterráneo, aparte de James Joyce, que había vivido once años en Trieste, desde 1904 hasta 1915, y escrito allí los primeros capítulos del *Ulises*. Sin duda, parecía una ciudad de lo más interesante. Miriam estaba decidida a irse a Italia. Procuraría que le pagara la excursión alguna revista de viajes a la que no le costaría tentar con un artículo escrito por su pluma. Para cuando llegó Jeanette, con un traje del mismo color que el helado de frambuesa del mostrador, corriendo agobiadísima y, como de costumbre, quejándose del excesivo estrés que padecía, Miriam ya había reservado el vuelo desde su iPhone. La agencia de viajes de Udine que figuraba como remitente en el sobre de las fotos del chantaje le había recomendado y reservado un hotel por correo electrónico. Se quedaría una semana entera, el tiempo suficiente para entrar en contacto con los protagonistas de aquel asunto y hacerse una idea de quiénes eran.

—Es un trabajo magnífico —dijo Jeanette aliviada, y volvió a guardar las fotos en el sobre—. ¿Quién lo ha hecho?

—Mi hija. Candace es un as editando fotos. Y tampoco hace preguntas indiscretas. Aquí tienes también los originales, guárdalos muy bien. Candace ha borrado los archivos de su ordenador de manera fiable. Puedes estar tranquila. ¿Cómo va lo del periodista?

—He quedado a comer con Bill Madison de *The Independent*. Siempre me ha tratado bien y enseguida se mostró dispuesto a quedar conmigo. Como a menudo le he proporcionado información...

–Yo, por mi parte, voy a convencerme en persona de las cualidades de tu latin lover. Salgo de Stansted mañana a las once y diez.

–¿Qué tienes en mente? –se espantó Jeanette.

–No te pongas celosa. Era broma –Jeanette seguía paralizada por el horror–. Haré un reportaje sobre la zona y, de paso, echaré un vistazo a ver quién es esa gente. Siento curiosidad por ver cómo reacciona el tipo cuando le presente las fotos manipuladas y el artículo que escriba Madison. Supongo que saldrá mañana mismo. A ese tipo de historias siempre les abren hueco. Por cierto, ¿quién es tu abogado?

Jeanette se extrañó un instante.

–Jeremy Jones de Beckett, Joyce, Plath, Stein & Woolf. ¿Por qué lo preguntas?

Miriam arqueó las cejas.

–Sólido apoyo... ¿Qué te parece si Jones redacta una demanda en la que se reclame una cantidad desorbitada a modo de reparación de daños? Si lograra tenerla para mañana temprano, me llevaría una copia. Esos documentos provocan el pánico al instante. Y también te servirá de ayuda con la prensa haber emprendido medidas legales contra ese tipo. Lo hace todo más creíble todavía. Esa gente admirará tu valor. Es mejor que una campaña electoral de Saatchi & Saatchi.

Jeanette ya había marcado el número y solicitaba hablar con su abogado para fijar una cita por la tarde.

–Te haré llegar el documento, aunque tenga que enviar un chófer al aeropuerto.

–Entonces igual podría recogerme en casa y llevarme al aeropuerto también a mí, ¿te parece?

–¡Qué haría yo sin ti! –Jeanette McGyver dio un beso en la mejilla a su amiga y acto seguido se marchó a toda prisa con el abrigo al viento, bajo el cual se le veían unas piernas delgadas como cerillas envueltas en tupidas medias de nailon brillante. Los altísimos zapatos de tacón eran de color frambuesa, a juego con el lápiz de labios, el bolso y el traje, cerrado hasta el cuello, eso sí. Antes de salir por la puerta ya había levantado el brazo para llamar un taxi.

El día de su partida, Londres seguía envuelto en grises nubes de lluvia, y parecía que ese año el verano no iba a llegar nunca a las Islas Británicas. Finalmente fue en metro hasta la estación de Liverpool Street e hizo transbordo al Stansted Express. Todavía tardó una hora en verse sobre las cintas transportadoras del aeropuerto de camino a la terminal para facturar su equipaje y atravesar por fin el control de pasaportes, donde, como siempre, tendría que soportar la mirada escrutadora de los agentes de aduanas un rato más largo que los demás. Aunque la metrópoli tenía millones de habitantes cuyos antepasados no eran rubios nativos de la Gran Bretaña, la mirada de muchos funcionarios se tornaba más penetrante cuando tenían enfrente a una persona de piel oscura. Sobre todo desde que eran los norteamericanos quienes dictaban los estándares de seguridad del mundo entero. Presidente acá o presidente allá. En nombre de la libertad. La nacionalidad de por sí ya no significaba nada en absoluto, y menos todavía cuando el lugar de nacimiento era otro continente.

En la sala de espera, Miriam estuvo observando a la gente que subiría al avión con ella. Desde turistas de mochila hasta ejecutivos encorbatados había de todo, algunos pasajeros de rasgos asiáticos enfrascados en la lectura de obras científicas, de física para ser exactos, y también algunas mujeres con pañuelo o con chador. Y oía expresiones eslavas una y otra vez. Estaba segura de que no le costaría refrescar el italiano que sabía, con un día sería suficiente; después de todo, cuando era niña su padre sólo le hablaba en italiano. Él lo había aprendido de su padre, y así Miriam había intentado transmitírselo también a su hija.

El corazón comenzó a latirle más fuerte cuando el avión giró por encima de la laguna de Grado, iluminada por el sol, y pudo ver la escarpada costa de Trieste mientras se acercaban a la pista de aterrizaje. El piloto advirtió a los pasajeros que debían adelantar sus relojes una hora. La temperatura exterior era de veintinueve grados y el pronóstico, estable. Después del largo camino hasta el aeropuerto a través de un Londres bañado por la lluvia y del vuelo sobre los Alpes lleno de turbulencias, Miriam se sorprendió al recorrer los escasos últimos metros desde el avión hasta la terminal a pleno sol. Luego tuvo que esperar casi media hora hasta que salió su maleta por la cinta. El solícito taxista de un enorme monovolumen blanco la cargó por ella. Al subir, le llamó la atención el libro que llevaba en el asiento del copiloto: una biografía de Benito Mussolini, el Duce, con la mano en alto haciendo el saludo romano en la fotografía de cubierta. Tuvo que repetirle la dirección dos veces, la pronunciación aún se le resistía un poco. El taxista le preguntó cortésmente de dónde era y, al decirle que de Londres, la miró incrédulo por el retrovisor.

—¿Y dónde aprendió italiano? —siguió preguntando al tiempo que sacaba el ticket del peaje para entrar en la autopista.

—Mi abuelo era italiano —dijo Miriam.

El taxista volvió a mirarla por el retrovisor.

—¿Ah, sí?

—Vivo en Londres, pero nací en Etiopía —explicó Miriam—. Era soldado.

—Ah, claro, nuestras colonias... —carraspeó brevemente.

Miriam no oyó el comentario del taxista, su mirada se posó sobre el vasto paisaje del mar abierto del golfo de Trieste al tomar el coche la carretera de la costa, cuyo trazado estaba esculpido en la piedra con una pronunciada pendiente. Un panorama sobrecogedor que después habría de recordar a menudo. La vista estaba completamente despejada, el sol de mediodía brillaba en lo alto y el agua era de un azul tan intenso como el cielo nocturno en pleno verano. Las ráfagas de viento levantaban remolinos de espuma en algunos puntos, en otros dibujaban ondas sobre la superficie del mar. A media milla de la orilla se veía una hilera de boyas amarradas, criaderos de moluscos que se recolectaban con dos barcazas, ante cuyas cintas mecánicas trajinaban varios hombres con impermeables amarillos. Nada más atravesar un túnel excavado en la roca gris, el taxi tuvo que frenar de golpe porque la carretera estaba llena de gente que iba y venía, en el arcén había un montón de camiones aparcados.

—Otra película. En Trieste se rueda cada vez más a menudo, ojalá sirva para atraer a

los turistas. ¿Cómo se habla ahora de nosotros en Etiopía? En tiempos llevamos muchas cosas buenas al país. Pero, claro, luego vino la guerra.

—Llevo demasiado tiempo viviendo en Inglaterra —respondió Miriam para eludir una respuesta. Conocía bien la historia de su país, y los italianos habían matado a cientos de miles de personas. O el taxista no tenía ni idea o era uno de los que idealizaban el fascismo.

—¿Y cómo se apellidaba su abuelo?

—Natisone —contestó Miriam tras dudar un instante si decírselo.

De nuevo, el taxista la miró fijamente por el retrovisor.

—Natisone, ¿de veras?

—Ya se lo he dicho. ¿Por qué?

—Como apellido no lo he oído nunca, pero no lejos de aquí hay un río con ese nombre. Un poco más allá, en el Friuli. A lo mejor era de allí.

Miriam se sorprendió.

—Pues no me lo podrá confirmar nadie. Mis padres murieron hace mucho.

—¿Nunca volvió de Abisinia?

—No. Se quedó con su mujer y sus hijos.

—Hum —el taxista guardó silencio unos segundos y luego siguió haciendo preguntas—. ¿Está completamente segura de que Natisone era su apellido de nacimiento?

—¿Y cuál iba a ser? —murmuró Miriam y se asomó por la ventanilla para mirar al mar. Hacía mucho tiempo había leído que, además de los partisanos que se habían unido a la resistencia de los rebeldes etíopes, más de un soldado italiano había cambiado de identidad. Bien para escapar de un castigo por no plegarse a la ley racial fascista que impedía unirse a mujeres africanas o bien porque tenían otra familia esperándolos en Italia. Tras la derrota frente a los ingleses, algunos de ellos se habían quedado en Etiopía. No se le había ocurrido nunca que también su abuelo hubiera podido cambiarse el apellido.

Una vez más, el simpático taxista la miró sorprendido por el retrovisor cuando le preguntó por el motivo de su viaje y ella le respondió que iba a escribir un reportaje para la revista *Traveler*: «Trieste y el café». El hombre no encontraba etiqueta para clasificar a aquella mujer que tanto llamaba la atención, con aquel cabello cortísimo, decolorado hasta el rubio platino, ropa de marca y un bolso muy bueno.

—Tenga cuidado: aquí todo es distinto de lo que uno imagina. Enseguida se dará cuenta —le dijo cuando se dirigían al aparcamiento del hotel.

La dejó en el Gran Hotel de la Piazza e incluso le llevó el equipaje hasta la recepción. Los dos ventanales de su habitación daban a la hermosa plaza, a Miriam le gustó aquel lugar. Echó un vistazo al plano de la ciudad y vio que la oficina de Turismo estaba justo al lado, en la planta baja del Ayuntamiento. Media hora más tarde la esperaba allí una amable empleada a la que había explicado por teléfono lo que quería hacer en Trieste. Ésta se ofreció a concertarle algunas entrevistas con importadores de café y dueños de tostaderos, además de recomendarle algunos locales típicos que no podía perderse si quería tomar buen café. La periodista le preguntaría también por el río del Friuli que se

llamaba igual que su familia: Natisone.

¡En marcha!

«Conspiración internacional con escándalo sexual», «Importante dama de la política inglesa cae en trampa pornográfica», «Intriga con manipulación de imágenes»... La noticia casi agotó las tiradas de los periódicos cuando apareció en grandes titulares en las primeras páginas de la prensa de provincias. La tarde anterior, las redacciones locales –en cuadro por las vacaciones de verano– habían recibido por correo un comunicado cuyo remitente era un bufete de abogados de Londres con un nombre de imponente longitud. Como no había sido posible convencer a Giulio Gazza para entrevistarle y ni la *questura* ni el fiscal sabían nada, se habían limitado a parafrasear el artículo del compañero británico añadiéndole algo de colorido local: así pues, se temía que aquel caso trajera consecuencias negativas para el ramo del turismo, de por sí muy afectado por la crisis, además de tensiones diplomáticas, con la mala imagen de Italia que solía reinar en la prensa inglesa desde que sus tabloides informaban de las aventuras del primer ministro con un regodeo en los pormenores casi digno de un *voyeur*. El bufete en cuestión, por otro lado, era uno de los más poderosos de Gran Bretaña y había ganado las batallas internacionales más terribles. El nombre del sospechoso que publicaba la prensa británica no aparecía más que abreviado como G. G., y en una fotografía borrosa le habían tapado los ojos con una franja negra. Al lado de ésta ocupaba un lugar privilegiado la imagen del supuesto montaje de *The Independent*. Ahí sí se veía claramente el perfil de un hombre joven y delgado.

–¡Marietta! –llamó el comisario Laurenti dejando a un lado el periódico–. ¡Pero si a éste lo conocemos! –y dio unos golpe-citos con el dedo sobre la foto borrosa del gordo con la franja negra sobre los ojos.

Era evidente que su ayudante todavía no había mirado el periódico. Leyó el artículo por encima en escasos segundos.

–Es Gazza, cliente habitual de la casa. ¿No te acuerdas?

–Hace ocho años, en invierno, intentaste ponerlo a la sombra en vano –dijo Marietta con voz llorosa–. Una pelea entre borrachos con consecuencias mortales. En un bar de la Via Rosetti, enfrente del Liceo Petrarca. Los implicados se unieron como una piña y, para cubrirse unos a otros, echaron la culpa de todo al muerto. Al final salieron en libertad bajo fianza. Los que mejor lo conocen son los compañeros de la sección de delitos contra la propiedad. Por lo que recuerdo, tiene un montón de antecedentes, sobre todo fraudes. Tampoco debe de ser una lumbrera.

Marietta había llegado especialmente tarde esa mañana y con un aspecto horrible.

Tenía los ojos hinchados, como si se hubiera pasado la noche llorando, y el pelo revuelto. Llevaba tres días con la misma blusa. Cuando Laurenti, preocupado, le preguntó cómo estaba, se limitó a clavar la vista en la pantalla del ordenador sin decir palabra. ¿Qué le habría hecho Bobo, el conejo blanco, la noche anterior?

—¿Y un tipo como Gazza va a ser capaz de montar una cosa así?

—Siempre igual, siempre contra las mujeres —Marietta se sorbió la nariz—. No lo soporto más. El sexo es lo único que les importa.

—Vaya, vaya. No doy crédito a lo que oigo, si no hay nadie en toda la región con más éxito que tú en ese terreno. ¿Qué demonios te pasa?

En efecto, Marietta siempre había vivido la vida a tope y jamás le había resultado difícil llevarse al huerto a quien quisiera. Hasta hacía tres meses, claro. Ahora ni siquiera se acercaba al mar, donde durante incontables veranos había pasado cada minuto de su tiempo libre en alguna de las playas nudistas que hay bajo los acantilados. A pesar del excelente tiempo, evitaba el sol y ya sólo se la veía en compañía de aquel tipo de aspecto tan formal, de quien se rumoreaba que era un ratón de biblioteca del Archivo Municipal.

—Los hombres que se enredan con chicas que podrían ser sus hijas son lo último.

—¿Por quién lo dices?

—Por el viejo Galvano y su rusa, por ejemplo —dijo en tono apagado, y cerró la puerta con cuidado al salir.

A Laurenti no le dio tiempo de replicar al comentario impertinente porque, tras una enérgica llamada a la puerta, entró Pina Cardareto con una carpeta bajo el brazo para informarle del caso del cadáver del puerto.

—Todavía no ha habido ninguna reacción a la breve noticia que ha aparecido en el periódico, pero acaba de llegar un mensaje de los compañeros alemanes. Harald *Bierken* —pronunció con dificultad, pues el apellido contenía esa consonante que tanto cuesta a los extranjeros³— es un pez gordo de una cadena de televisión. Nacido en 1955, casado, dos hijos, sin antecedentes. Ya se ha informado a la familia en Frankfurt. Al parecer había venido solo. En la cartera llevaba tres mil trescientos diez euros en billetes, sobre todo de quinientos, y luego dos euros con diez en monedas en el bolsillo derecho del pantalón. Éstas son las llaves de su coche —y dejó sobre la mesa una fotografía impresa desde un ordenador—. El vehículo todavía no lo hemos encontrado.

El logotipo recordaba a la mozzarella contaminada, que al abrir el envase se veía azul como el cielo de Baviera.

—Sabemos la matrícula, el modelo y el color. Un BMW X6M blanco, más de cien mil en precio de catálogo.

—Vaya tanque de coche...

—Llevaba encima dos bolsitas envasadas al vacío cuyo contenido está en el laboratorio. Las huellas dactilares son de él y de una segunda persona que no tenemos en los archivos. Y aquí están las copias de las notas que llevaba en los bolsillos, a reventar de papeles, por cierto.

Como a cámara lenta fueron cayendo más de veinte hojas sobre el escritorio de Laurenti. Una caligrafía difícil de descifrar, con jambas y hampas larguísimas y vocales

casi amorfas, e incluso en las copias se veía que a veces apretaba con fuerza al escribir y juntaba mucho las letras, mientras que en otras notas apenas había apoyado el bolígrafo sobre el papel y los trazos estaban muy separados. Para un psicólogo habría sido muy entretenido; para un grafólogo, un juego de niños analizar aquella personalidad. Por lo que podía interpretar Laurenti, se trataba de un hombre que no sabía dominarse y a quien le importaba un rábano si los demás podían leer sus garabatos o no.

—Aunque hubiera escrito en italiano, sería una prueba de paciencia infinita tratar de descifrar estas anotaciones —dijo Laurenti devolviendo los papeles a la mesa.

—Sólo si se carece de recursos —respondió la inspectora sin poder contenerse más y con una sonrisa de oreja a oreja—. Sobre todo son comentarios acerca de las actrices y notas de cosas del rodaje en el que estaba trabajando. Iba a quejarse a Raccaro del jefe de localizaciones porque le había dicho que aquí no se puede andar tocando las narices a las autoridades pidiéndoles permisos de rodaje todo el rato. Que también había que respetar los nervios de los demás. Y aquí pone: «Vestido de la protagonista demasiado sexy, despertará rechazo entre nuestro público femenino».

—Pero ¿dónde se ha visto nada igual? ¿Y usted desde cuándo sabe alemán, Pina?

—La mujer de nuestro forense es farmacéutica y se le da muy bien descifrar letras imposibles.

—Buen trabajo. Claro que para la fiscalía necesitamos una traducción jurada.

Pina revolvió entre los papeles y sacó uno.

—Éste es más interesante. Mire, comisario: «AFI», subrayado tres veces, y luego «20.000 €». Con fecha del día anterior al que lo pescaron del mar. A las dieciséis horas.

—De modo que Zerial estaba en lo cierto con sus primeros cálculos de la hora de la muerte. Pasó poco tiempo flotando en el agua. ¿Quién puñetas es AFI? ¿Lo ha descubierto ya? —en ese momento le sonó el móvil. Laurenti reconoció el número y vio por el rabillo del ojo que Pina negaba con la cabeza.

—¿Ha visto ya los periódicos, comisario? —preguntó la fiscal—. Pase por mi despacho cuando pueda, por favor. Tenemos una demanda de Londres. Me gustaría hablarlo con usted en persona. Un asunto delicado. A las once, si puede ser. Sólo serán diez minutos. *Arrivederci*, comisario.

Laurenti respiró hondo. Esperaba que a Iva Vòlpini no se le ocurriera endosarle el caso a él. Tenía cosas más importantes que hacer.

—AFI —repitió—. Igual es una abreviatura de algo. ¿Siglas? ¿Una empresa, una institución? Averíguelo, Pina —miró el reloj un instante—. ¿Qué dice el forense de nuestro orondo cadáver? —preguntó para terminar.

—Como siempre, se niega a dar información concreta hasta no haber realizado la autopsia. No hay nada que hacer.

—¿Ha visto el mar esta mañana, Pina? ¡Es todo un espectáculo! El agua dulce del Isonzo ha arrastrado de todo hasta la desembocadura. Troncos de árboles, ramas, de todo. Quién sabe qué más aparecerá flotando en el agua. Pida ayuda a la guardia costera, y lo mejor será que también a usted la acompañe una barca de la policía marítima. Vaya en dirección a Grado, que le expliquen antes cómo se espera que evolucionen las

corrientes. Y pida a la comisaría de Monfalcone que registren los aparcamientos a lo largo de las playas y los muelles en busca de ese BMW. Me apuesto lo que quiera a que fue allí donde salió al mar.

—O lo sacaron —añadió Pina.

Pina Cardareto admiraba el instinto del comisario en muchas ocasiones, no todo se resolvía mediante análisis en el laboratorio. Tenía sus ventajas trabajar con un investigador que no temía a las autoridades y para quien el reglamento del aparato de seguridad era muy flexible.

—¿Realmente lo cree necesario? —preguntó Pina poco convencida—. En tal caso, envíe a algún compañero.

Pina nunca había ocultado que le disgustaba cualquier tipo de deporte acuático. Cada vez que su trabajo le exigía subirse a un barco, se pasaba la travesía agarrada a la barandilla cual posesa, con la cara verde, y rezando para que el horror terminase pronto. El viaje de ida y vuelta a Grado que le ordenaba el comisario sería un auténtico suplicio para ella, sobre todo porque a los lobos de mar de la policía marítima les encantaba poner a prueba la potencia de sus barcos.

—Le toca ir al responsable del caso, compañera. Sobrevivirá. ¿Algo más? —y retiró los periódicos para hacer sitio a los expedientes.

Faltaban tres minutos para las once y escasos doscientos metros para llegar al palacio de justicia cuando, en la Via del Coroneo, el viejo Galvano —con su perro negro cojo de la correa y un diario en la mano— salió como un rayo del Bar Basso y agarró al comisario por una manga. Como si hubiera estado esperándolo, al acecho. Últimamente, el jubilado a su pesar pasaba bastante tiempo en aquel barecillo donde sólo se servían delicias de la región: desde café hasta cerveza, pasando por vino, jamón y queso. Era inútil pedir allí vodka, Campari o Coca-Cola. Laurenti miró por encima del hombro de Galvano y vio que la rusa estaba en la barra, apuraba de un trago su copa de vino y, con una abrumadora tromba de palabras, pedía al dueño que se la rellenase. De modo que el viejo forense ya estaba otra vez bien vigilado.

—¡Vaya sarta de disparates, comisario! ¡Cómo va ser ése Superman, si no es más que un viejo recauchutado! —Galvano agitaba un periódico en el aire en cuya página abierta se veía un gran retrato del primer ministro junto a la imagen de una *call girl* rubia de rasgos ordinarios, casi masculinos, supuestamente oriunda de Apulia—. Esas aventuras sexuales son un montaje —prosiguió el anciano a voz en grito y salpicando de saliva al hablar, como si estuviera en el Speakers' Corner de Hyde Park en Londres, y no en Trieste.

Dos señoras de cierta edad que venían de hacer la compra en la pescadería y las tiendas de *delicatessen* del Largo Piave se volvieron a mirarle llenas de curiosidad. Aunque no estaban ni a un metro de distancia de Galvano, él pareció no verlas siquiera. Las señoras dejaron las bolsas en el suelo, bloqueando la acera. El perro negro de Galvano se puso a olisquear una de las bolsas sin que nadie se diera cuenta.

—Un lío de faldas tras otro. ¿Y tú te crees que es tan bueno en la cama como sostienen los informes de las escuchas? ¡Y para colmo ahora seduce a una rubita de dieciocho años que sin ninguna vergüenza lo llama «papi» delante de todo el mundo!

Galvano se había quedado sin voz de tanto gritar y había atraído a más curiosos. Entretanto, el perro tenía la cabeza entera metida en la bolsa de la compra de la señora.

—Lo que dice el viejo gruñón tiene su parte de verdad —dijo una de las dos señoras de coleta rubia—. No deja de ser espantoso la cantidad de mujeres a las que les gusta chupar del bote del poder.

—¡Y qué tiene que decir ese viejales! —protestó un hombre con gorra de béisbol verde y pañuelo en el bolsillo de la chaqueta que no sería mucho más joven que el anciano forense—. ¡Los comunistas sois mucho peores! —exclamó—. Ahora al menos vuelven la ley y el orden a este país.

—¡Tú no tienes ni idea, Bimbo! —le bufó Galvano—. Lo único que pretende es distraer nuestra atención de sus corruptelas. Que no pensemos en ese abogado inglés que le salvó el culo ante los tribunales con su falso testimonio a cambio de seiscientos mil dólares ni en las conexiones con las fuerzas de lo siniestro, con la Mafia y la Camorra.

Laurenti intentaba zafarse, su trabajo le obligaba a abstenerse de cualquier comentario político en público. Pero Galvano no tenía la más mínima intención de dejarlo marchar, le agarró el brazo aún más fuerte y lo atrajo hacia sí.

—Tiene unos asesores de imagen estupendos y es un buen orador —añadió otra jubilada—. Ahí les queda mucho por aprender a los demás.

—El que es un genio es su farmacéutico, ingenua muchacha —Galvano se llevó las manos a la cabeza—. ¿No creerás que a su edad todavía se le pone...?

—Pues en cualquier caso es un ejemplo, un gran emprendedor que se sacrifica por el país —interrumpió la señora de la coleta—. Es obvio que también él merece relajarse un poco alguna vez. Eso son asuntos privados, déjelo en paz, hombre. Lo que pasa es que le tiene envidia.

—Esperemos que esas jovencitas al menos tomen precauciones —rió la amiga por lo bajo—. Imagínate que todos los bebés fueran igual que él,

—¡Los bebés también son pelones! —de pronto, Raissa salió del bar como un rayo y se plantó celosa delante de Galvano. Estaba claro que la segunda copa de vino había caído aún más deprisa que la primera—. ¿Y envidia de qué? Mi marido es un médico famoso. Sabe lo que dice.

—¡Efectivamente! Y por eso no me creo lo de las aventuras amorosas —dijo Galvano dando un fuerte tirón de la correa del perro para que sacara la cabeza de la bolsa. Una cola de pescado le asomaba entre las fauces y se relamía muy contento—. ¡Acabarán celebrándose orgías en las residencias de ancianos como todo el mundo quiera ser como él! ¡Qué locura! ¡Trieste es la ciudad con mayor consumo de Viagra por cabeza de toda Italia!

—Y según las estadísticas también es la ciudad donde las jovencitas tienen su primera experiencia sexual cada vez más jóvenes —dijo Laurenti, intentando liberarse—. Espero que no tenga que ver una cosa con la otra.

–Tonterías –intervino ahora Raissa con su fuerte acento ruso–. Lo más que hacen esos viejos es meter mano un poco a sus cuidadoras ucranianas. A cambio de una propinita, claro. Cinco euros por dejarse tocar el culo mientras les hacen la cama. Por dejarse sobar las tetas mientras les quitan la cuña a los que no pueden levantarse, diez euros.

Galvano se calló al instante. Soltó a Laurenti y dio un buen tirón de la chaqueta a su pareja con la esperanza de que también ella cerrara la boca. El comisario aprovechó la oportunidad y se marchó con disimulo. Ya llegaba bastante tarde.

–Ah, Laurenti, ya pensaba que se había olvidado de mí –la *dottoressa* Iva Volpini miró su coqueto reloj cuando el comisario entró en su despacho con un cuarto de hora de retraso.

–Me han retenido, discúlpeme –dijo Laurenti y se sentó.

–Este documento nos ha llegado hoy por la mañana a través de la embajada de Su Majestad.

El membrete era de un importante bufete de abogados de Londres: cinco nombres en letras mayúsculas, tipo Antiqua de color gris oscuro; papel con marca de agua. Laurenti lo leyó en un momento y, aunque sus conocimientos de inglés dejaban mucho que desear, entendió que se trataba de una demanda muy cuantiosa. Dos millones y medio de libras esterlinas de indemnización, además de una declaración de omisión con condición resolutoria en nombre de una diputada de la Cámara de los Comunes llamada Jeanette McGyver. Calumnia, acoso y acoso sexual. Los últimos puntos eran cargos imputables que requerían la intervención de las autoridades.

–Esta última parte no se mencionaba en la prensa –dijo Laurenti, devolviendo el documento a la fiscal. Los periódicos locales lo publicarían al día siguiente–. Sin duda se trata de un caso para la comisaría de delitos sexuales.

–Sin embargo, quiero que sea *usted* quien se ocupe de ese tipo, comisario –dijo la fiscal–. No es un asunto para gente con miedo a las autoridades. Quién sabe lo que hay detrás de todo esto. ¿Será una conspiración tal y como sostiene *The Independent*?

–Si sospecha que hay un trasfondo político, *dottoressa*, les corresponde a los compañeros de la DIGOS⁴.

La fiscal ignoró la objeción del comisario sin responderle.

Era cierto que se leían noticias de ciudadanos valientes que se veían presionados porque instaban a poner en tela de juicio a las autoridades. Lo mismo sucedía a los periodistas, abogados, policías, fiscales y jueces que no eran gratos al sistema. Y, por supuesto, también a algunos políticos íntegros que no se dejaban arrastrar dentro de la turbia red de la que eran parte casi todos los demás. Aún quedaban unos pocos, y para librarse de ellos no necesariamente había que recurrir a un asesino a sueldo. La psique suele ceder antes de lo que la persona imagina.

Ese acoso psicológico era la especialidad de ciertos profesionales. Su imaginación no conocía límites. Para hacer perder el tiempo y fastidiar a alguien basta con ponerle una denuncia bien maquinada ante la agencia tributaria, una forma de ataque a la que recurren las esposas abandonadas o las secretarias que han sido amantes de sus jefes.

Tampoco hacía falta recurrir a amenazas explícitas; presionar por lo bajo solía ser más efectivo. A veces incluso era suficiente con contratar a algún matón que se plantara a diario frente a la puerta de la víctima y que se limitara a saludarlo amablemente y repetir lo bella que es la vida que nos ha dado el Señor, eso sí, siempre que uno y sus seres queridos gocen de buena salud y estén en condiciones de disfrutarla.

Otra ingeniosa táctica propia de los servicios secretos que funcionaba desde que existía la ruta del correo y que se empleaba con las personalidades públicas era difamarlas a sus espaldas en algún medio escrito. Las historias bien inventadas y los temas tabúes encerraban un alto potencial de cotilleo y no tardaban en difundirse: abuso a menores, incesto, adulterio con un transexual, sodomía, adicción a la cocaína. Los motivos tradicionales como la homosexualidad, el fraude o el adulterio simple, el asesinato o el desfalco ya no valían nada como calumnias. Casi eran méritos obligados de quien llegaba a ciertas posiciones.

Los especialistas tenían décadas de experiencia, y como conocían bien los efectos de sus tácticas, las aplicaban de forma estratégica. No hacía falta amenazar físicamente a una víctima, bastaba con que desapareciera de escena, callara para siempre o llegara al suicidio por no poder soportar tanta tensión. Y, por lo general, ni siquiera la policía podía hacer nada en tales casos, puesto que sólo quienes manejaban los hilos conocían cuál era el siguiente paso y el alcance de su plan. Anticipaban los movimientos de su objetivo, como también los de los criminalistas, a quienes, en cambio, costaba grandes esfuerzos vislumbrar qué estaba pasando. Para cuando lo lograban, el renombre de la víctima ya se había echado a perder.

Los perseguidores invisibles eran contratados para minar el equilibrio emocional de un objetivo cuando éste todavía era una persona poco conocida. También se contaban entre los esbirros de los poderosos ciertos personajes siniestros que aparecían de la nada y volvían a esfumarse en ella, una vez causado el suficiente daño. El miedo era un instrumento crucial, un instrumento que podía marcar la vida y, a veces, incluso empujar a las víctimas a la muerte.

—A primera vista todo se antoja creíble —prosiguió la fiscal—. Pero he echado un vistazo al expediente de ese tal Giulio Gazza. Ya he visto que lo conoce. De hace ocho años. No me parece que sea una lumbrera. Me extraña mucho que haya sabido organizar algo así él solo.

—¿Y pretende encargarme este caso justo a mí, *dottoressa*? No me considero la persona adecuada en absoluto —su intento de rechazar el trabajo fue vano.

—¿Quién dice que la diputada sea realmente un corderito tan inocente? Después de todo, es miembro de la Cámara de los Comunes en segundo mandato. Proceda con eficiencia y sin rodeos, Laurenti, y no pierda de vista que los conflictos diplomáticos con Inglaterra son lo último que necesitamos. Últimamente la prensa británica azota a nuestro país a diario. Y manténgame al corriente en todo momento.

Al cumplir los cuarenta, seis meses atrás, la fiscal se había ido a vivir con el hombre con quien llevaba once años de relación, el dueño de unos laboratorios de descafeinado. Iva Volpini era de Rímini y había hecho su doctorado en Roma. Tenía fama de ser muy

meticulosa e incapaz de perdonar los errores cometidos por desidia. Era de mediana estatura y de rasgos dulces, muy agradables, por lo cual los acusados solían subestimarla. Los peces gordos que no cabían en sí de prepotencia no acertaban a juzgarla y se iban de la lengua enseguida. Iva Volpini sufría una ligera cojera que, sin embargo, sólo notaban las personas muy observadoras. Uno de sus compañeros afirmaba que había recibido un tiro en la cadera en una importante operación contra un clan de la Camorra en Caserta. Su predecesor, con quien Laurenti había podido resolver unos cuantos casos relacionados con el Crimen Organizado a nivel internacional, finalmente había tomado en serio el consejo de pedir el traslado a un tranquilo puesto de juez de familia. Como si ése fuera un trabajo más sencillo.

—¿Y el cadáver que encontraron en el agua, Laurenti?

—Hacemos progresos. Pequeños progresos.

Los expedientes estaban desperdigados por el escritorio de Laurenti, él sostenía entre las manos un taco de papeles e iba pasando hojas. Marietta le había traído el material... después de habérselo pedido tres veces. Había recopilado toda la documentación que tenía la policía sobre Giulio Gazza y Raffaele Raccaro de un modo tan minucioso que parecía querer dificultarle la vida a su jefe. Desde los documentos de la sección de pasaportes, los papeles de cada coche que había tenido Raccaro desde que se sacó el carnet de conducir, los cambios de residencia, las multas... no faltaba ni un papel. Las denuncias que había puesto a lo largo de su vida, sus declaraciones como testigo en otros casos. Absolutamente todo. Dos años atrás, a los setenta, el presidente del Gobierno había nombrado a Lele «Cavaliere del Lavoro» por sus méritos, con lo cual ahora los dos tenían el mismo rango. Se decía que Lele se había pasado media vida luchando por conseguirlo y que no había desaprovechado ninguna ocasión de utilizar sus contactos para lograrlo.

Las décadas de experiencia que Laurenti llevaba a sus espaldas le habían enseñado que se deben leer los informes y las declaraciones varias veces, por aburridos que parezcan. Intentaba encontrar en ellos algún detalle que chirriase, lagunas y contradicciones en las que otros no hubieran reparado. La investigación policial no era como se ve en televisión, en su mayor parte constaba de trabajo administrativo, búsqueda en archivos, interrogatorios y conversaciones, aburridas recopilaciones de material, análisis de testimonios confusos para filtrar la información válida, cotejo de datos y de casos, notas y mucho, mucho papeleo, debido a las necesarias normas burocráticas cuya función en el delicado terreno de la seguridad pública es garantizar el cumplimiento de los principios democráticos de base. Lógica, hechos, pruebas... nada de elucubraciones fantasiosas. División de poderes, nada de proezas individuales. Control mutuo. Para eso existían el jefe de la policía, el fiscal, el juez de instrucción... y, por supuesto, los correspondientes agentes de las secciones técnicas especiales y de los demás sectores del complejo aparato que se ocupaba de preservar las leyes y restablecer el orden público. Sin salirse de estos límites, eso sí, cada cual podía trabajar más o menos como quisiera, e incluso romperlos alguna vez, siempre que lo hiciera en secreto. Siempre que no le llegase el soplo ni a los

abogados ni a los periodistas. La labor policial era sinónimo de mantener la boca cerrada... también en casa. Laurenti era de la opinión de que los investigadores de la tele daban una imagen de la profesión más elevada de la que correspondía. En la vida cotidiana no había héroes como ellos, héroes que se enfrentaban y vencían al mal con la inmediatez de los exorcistas, sin tener que tragar el polvo de los expedientes.

Todos los procesos judiciales abiertos contra Raccaro en el pasado habían prescrito o se habían desestimado, o se le había declarado inocente. Algunos de aquellos casos eran desconocidos para el propio Laurenti, los medios no les habían dado publicidad. Eran denuncias en cuestiones de competencia desleal, apropiación hostil, delitos en materia de divisas, bancarrota fraudulenta y blanqueo de dinero. El representante de Lele era un afamado bufete de Milán cuyo propietario era senador en Roma. En los casos de poca importancia lo habían defendido abogados de Trieste. Laurenti tendría que proceder con suma precaución para averiguar las conexiones de Lele con Calabria. Gazza, por el contrario, era un caso del todo transparente y, por lo general, se metía en líos él solo. En resumen: un zopenco que no sabía dominarse y que no sólo había visto la cárcel desde fuera.

En tres estanterías de metal que había detrás del escritorio del comisario se apilaban más expedientes. A pesar de todo, Laurenti había conseguido mantener libres dos paredes de su despacho en las que, a diferencia de las demás comisarías, no tenía colgadas las postales que enviaban los compañeros durante sus vacaciones. Ni pósters de alguna primera página de *Il Piccolo* como los que solían regalar los quioscos para aumentar la tirada del principal diario local, finalidad para la cual venía muy bien el crimen. El comisario no olvidaba ninguno de sus casos, pero no iba con él hacer alarde de heroísmo. Sólo le interesaba realmente el caso que investigaba en cada momento... y que la puerta del despacho de Marietta estuviera bien cerrada para que ella no pudiera escuchar todas sus conversaciones. Luego, también le importaba que al llegar le hubieran dejado libre la plaza de aparcamiento que tenía reservada frente a la entrada principal, y tener que recorrer el mínimo posible del camino desde su despacho hasta el de su jefa, cinco puertas más allá en el mismo pasillo.

La nueva jefa de la policía se había incorporado a finales de noviembre. Era una de las pocas mujeres del país con un cargo semejante, y había dejado claro desde el principio que exigiría más disciplina y mejores resultados que sus predecesores del sexo masculino. La precedía una fama de investigadora brillantísima que había resuelto algunos casos célebres en su carrera. Además, Marisa Quagliarello se parecía un poco a la canciller alemana, y Laurenti se acordaba siempre del dicho «las escobas nuevas siempre barren bien»... Eso sí, mostraba mejor gusto que la teutona a la hora de elegir su guardarropa. Detrás de su escritorio, junto a la bandera de la Unión Europea, lucían también la *tricolore* y la de la ciudad de Trieste, de fondo rojo con una alabarda blanca en el centro.

En las paredes del despacho de Laurenti estaban colgados los diplomas de rigor que había ido recibiendo por méritos especiales a lo largo de su carrera —a Dios gracias, no daban ninguno por las admoniciones ni las reprimendas—, pero sobre la mesa de reuniones modelo «institución oficial», con sus cuatro sillas de polipiel color turquesa,

quedaba espacio para una gigantesca fotografía de David Byrne con iluminación de fondo titulada *Winners are Losers with a New Attitude*. Laurenti había comprado la obra, nunca cedida por el autor, por poco dinero en una de las incontables tiendas con un farolillo rojo a la entrada: era una pistola con dos billetes de dólar a modo de alas flotando idílicamente sobre un cielo con nubecitas. El original no hubiera podido comprárselo nunca. Por suerte existían los chinos, que habían sustituido incluso el rublo por una moneda más sólida. En su primera ronda por el edificio, la directora de la policía la había mirado con gesto suspicaz.

De un mismo golpe

Un derechazo derribó a Aurelio en cuanto entreabrió la puerta de su apartamento sin que le diera tiempo a ver quién era. Giulio Gazza la abrió del todo con toda la fuerza de su corpulencia e intentó asestarle un segundo puñetazo, pero Aurelio le hizo caer con una rapidísima patada en la rodilla y le retorció el brazo en la espalda, a lo que Gazza respondió con un sonoro gruñido.

—¡Hijo de perra! —gritó Aurelio—. ¡Levántate, cabrón!

Le retorció el brazo con más fuerza y le obligó a ponerse de pie. Luego lo empujó al cuarto contiguo, que hacía las veces de gimnasio. Giulio Gazza cayó sobre el asiento de la máquina de musculación con un golpe seco que le hizo aullar de dolor. Se dio cuenta de que Aurelio le había atado las manos cuando ya era demasiado tarde.

—¡Vaya forma de saludarme! —gritó Aurelio, y le arrancó la camisa sudada—. ¿Es que no te duchas nunca, so foca? Me temo que luego tendré que desinfectarlo todo.

Gazza le escupió a la cara.

—Pues empieza contigo mismo, garrapata.

Como una furia, Aurelio le propinó dos sonoras bofetadas.

—Llevo mucho esperando este momento. ¡Quince años llevas tú puteándome y haciéndome pagar por todas tus cabronadas! Eso sin contar que siempre andas lamiendo culos delante de mis narices. Y, para colmo, hasta he tenido que llamarte hermano. No tienes ni idea de la liberación que fue para mí el internado. Me das asco.

Y luego, de pronto, sacó un mechero con la mano izquierda. Al encenderlo tenía la mirada fija.

Cuando la periodista negra se hubo marchado, Giulio Gazza había leído el artículo de *The Independent* y el papel del bufete de abogados inglés, y al final se había puesto a examinar en detalle el contenido del sobre de correos en el que él figuraba como remitente. No cabía duda, era la letra de Aurelio. El muy cerdo había usado su dirección. Y, por si fuera poco, él le había encubierto al no revelar sus datos. En el diario británico sólo figuraba el nombre de Gazza y, si era cierto que *Il Piccolo* y el *Messaggero Veneto* recibían el mismo material, el gordo podía decir que estaba de mierda hasta el cuello. Le temblaba todo el cuerpo. Aurelio tenía que pagar por ello. Furioso, le había llamado por teléfono.

—Escúchame bien, garrapata —le había espetado Gazza—. El sesenta por ciento de los cien mil me corresponde.

–Cambia de proveedor de droga, foca. ¿De qué me hablas? –se había reído Aurelio.

–De alquiler. Si crees que puedes usar mi dirección sin pagar, te equivocas.

Al otro lado de la línea se hizo un breve silencio. Aurelio había comprendido. Negar la realidad no conducía a nada.

–Se me había olvidado que no tienes sentido del humor. Pero lo has descubierto antes de lo que pensaba. Felicidades. Te invito al aperitivo y estamos en paz.

–Sesenta mil. O te delato. Puedes decir que has tenido suerte de que no lo haya hecho todavía.

–Olvídalo, gordo. Pensar nunca fue tu fuerte. ¿Quién te ha ayudado a ver la luz?

–Aquí tengo correo para ti. La respuesta. De un abogado inglés. El contenido no necesita explicación.

–¿Y por qué no me lo traes? ¿No creerás que me voy a acercar yo a verte a ti?

–Puedes estar seguro de que iré, lumbreras. ¿Sabe tu padre lo cenutrio que eres? Te aconsejo que estés en casa esta tarde. No pienso pasar dos veces –Gazza había colgado antes de que Aurelio pudiera responderle.

Después marcó el número de la redacción de *Il Piccolo* de Trieste y pidió que le pusieran con el jefe de la sección local, pero no llegó más allá de la secretaria. Amenazó con llamar a un abogado si se publicaba su nombre al día siguiente sin haberle preguntado su versión. Dejó el mismo mensaje en el *Messaggero Veneto* y en *Il Gazzettino*. Miró la hora y decidió ir a Trieste de inmediato.

Delgadas madejas de humo flotaban sobre el rayo de sol que entraba en la habitación por un ventanuco. Había pesas y mancuernas colgadas de sus soportes, debajo de unas espalderas, una máquina de remo y, al lado, la máquina de musculación que se había convertido en el banco de tortura de Gazza. En la única parte que quedaba libre de la pared se apilaban algunos sacos de yute y barriles de madera. En el de encima se leía «Hawaii Captain Cook».

El pelo chamuscado del pecho de Gazza desprendía una peste infernal, tenía las muñecas atadas a la máquina con bridas de plástico, y unas pesas de cuarenta kilos le bloqueaban las piernas. Sobre la piel rosada habían quedado restos del vello en forma de bolitas negras. Por poco se le había prendido la barba. Aurelio había apagado las llamas a toallazos. Gazza balbuceaba y jadeaba intentando respirar.

Aurelio abrió la ventana y con el ruido de la calle entró una bofetada de aire caliente.

–A ver, ¿dónde está ese correo?

Gazza arqueó las cejas.

–Ve por él tú mismo, garrapata.

Aurelio salió y volvió poco después con el sobre que se le había caído al gordo. Se sentó sobre un banco de estiramientos y leyó apresuradamente el artículo de *The Independent*, luego la carta del abogado. Un atisbo de sonrisa apareció en la comisura de sus labios al ojear las fotografías, luego miró a la bola de carne desplomada sobre la máquina de al lado.

–Mira que eres un cerdo asqueroso –dijo por fin–. De modo que me espíaste y nos

hiciste estas fotografías a la inglesa y a mí en secreto. Y mientras te la meneabas a gusto... ¡Si al menos lo hubieras dejado en eso! Pobre Jeanette. Pero tiene recursos, por lo que veo. Estás de mierda hasta el cuello, foca. Prepárate para recibir otra carta más de otro abogado. El mío. Con el mismo contenido.

–¡Hijoputa! –escupió Gazza–. ¡Eso no cuela!

–Atiéndeme bien, gordo. Si me cuentas cómo te has hecho con este material podrás mejorar un poco tu situación, aunque en el fondo no lo mereces –Aurelio soltó las bridas de las muñecas de Gazza y retrocedió dos pasos. Las fieras heridas son peligrosas–. Venga, empieza a largar.

La camisa hecha jirones sólo le cubría el pecho chamuscado a medias cuando Gazza por fin salió del apartamento dando tumbos. Había prometido contactar con la periodista y hacerla salir del hotel esa misma tarde.

Aurelio quería verla. Tenía que saber a quién se enfrentaba. Y aunque lamentaba haber cometido la ligereza de enseñarle las fotos a Lele, sabía cómo salvar el pellejo. Gazza cargaría con el mochuelo. ¿Qué había hecho él sino seducir a una turista y ser víctima de un mirón? Lo importante era mantener a Lele al margen a partir de aquel momento.

Desde la Angel Travel Agency Miriam había ido siguiendo los carteles que indicaban los aparcamientos públicos con plazas libres. Dejó el coche en un garaje subterráneo y recorrió el centro de la ciudad a pie. Udine era una pequeña ciudad muy cuidada y llena de tiendas lindas. A la sombra de los soportales, paseó por la Piazza, muy animada por el trajín del mercado y bordeada de casas antiguas que parecían todas apretujadas. El paso de los siglos había desencajado los muros y daba la sensación de que las fachadas se sostenían unas a otras. Finalmente entró en un local de estilo rústico con una techumbre de viejas vigas vistas de las que colgaban incontables sombreros y gorras. En una pizarra gigantesca se leía, escrita con tiza, una lista interminable de vinos; un gato atigrado dormía encima de una silla. Miriam se sentó en una mesa junto a una gruesa columna que, probablemente, se habría colocado mucho después de la construcción de la casa con el fin de apuntalar el techo. Pidió una copa de Merlot de Doro Princic, y se puso a hojear la guía de viajes al tiempo que se tomaba un plato de pasta con *boletus frescos*. Se detuvo en un pasaje sobre el valle del Natisone. ¿Sería buena idea visitarlo? ¿Investigar sobre su abuelo en los archivos? ¿Y qué debía buscar? ¿Hombres que no habían regresado a Italia en 1941? Varios cientos, si no miles de italianos, se habían quedado en Etiopía. ¿Quién podía saber si el régimen no los había añadido sin más a las listas de caídos? El único punto de referencia que tenía era su nombre de pila: Paolo... de lo más corriente. Y la abuela a veces lo llamaba Pavel. No, eso tampoco llevaba más lejos.

Llegó media hora tarde a la cita que tenía concertada en Trieste. Se había perdido por el enrevesado trazado de callejas de la ciudad, y el nacimiento del río Natisone seguía siendo para ella un misterio tan grande como el origen de su apellido.

Desde Udine había tomado la carretera hacia Cividale y allí se había asomado por el

ponte medieval que llaman Puente del Diablo a ver el Natisone, cuyas aguas, de un intenso verde oscuro, fluyen por un lecho serpenteante que rodea toda la ciudad en un paisaje de postal romántica, y luego había seguido el curso del río hasta un valle rodeado de montañas boscosas. En algunos sitios se veían niños bañándose. Tras cruzar la frontera hacia Eslovenia, una carreterita muy pedregosa y llena de revueltas conducía montaña arriba en una pendiente tan pronunciada que Miriam había tenido miedo de destrozarse el coche de alquiler y prefirió dar media vuelta. En la guía decía que el Natisone surgía de la confluencia del Río Nero con el Río Bianco en la frontera entre Italia y Eslovenia.

—Esta espuma es un cóctel de unas mil quinientas sustancias. Entre ochocientas y novecientas de ellas son volátiles, y esas son las que olemos. Por eso es tan importante preparar el *espresso* de la manera adecuada, porque concentra todos esos aromas —el propietario de la empresa productora de café más famosa de la ciudad señaló los posos que quedaban en su taza—. Yo lo tomo solo por principio, para no estropear esa riqueza.

—¿Sustancias volátiles? Suena a novela policíaca —bromeó Miriam.

—Sí, pero son cosas muy distintas. Cuantas más sustancias se volatilizan, mejor resulta el *espresso*. En las novelas policíacas es al revés: se trata de atrapar a todos, con lo cual acaban de mal café.

La visita por los laboratorios y el tostadero, cuyo propietario se tomaba el tiempo de hacer él mismo de guía, duró casi dos horas. Era un hombre de la edad de Miriam, de cabeza huesuda y con el pelo todavía más corto que ella, que la saludó en un inglés perfecto y le explicó la historia y la filosofía de su empresa con todo detalle. La había fundado su abuelo, un inmigrante, como tantos otros en el sector del café.

—Mi abuelo patentó la primera cafetera que funcionaba con vapor de agua en una fecha tan temprana como 1933 —contó el cafetero—. La temperatura ideal del agua es noventa grados. El vapor a presión, lógicamente, está más caliente y quema el café. Y ya entonces ideó envases herméticos para que las mezclas no perdieran su aroma y así poder exportar la cultura del café incluso al norte, en primer lugar a Holanda y Suecia. Hoy estamos representados en ciento cuarenta países. Es algo especial. Se importa una materia prima, se ennoblece y luego se abastece de ella al mundo entero.

—¿A Holanda y Suecia? —como misionero del café no podía decirse que hubiera tenido demasiado éxito.

En cuanto el hombre sacó el tema de la ética, la sostenibilidad y la protección del medio ambiente, Miriam hizo hincapié en algunas cosas. Sobre la mesa tenían cápsulas de materiales sintéticos y tabletas envasadas individualmente para que también en casa fuera posible preparar el mejor *espresso*. Pero por mucho que los fabricantes insistieran en que se respetan todos los estándares y normas medioambientales, no deja de producirse una gran cantidad de basura en aras del sabor. También cuando Miriam le preguntó por los territorios productores de los que importaba él remitió a la importancia de conservar una visión lo más amplia posible, pues así se garantizaban mejores condiciones de trabajo y mayores ganancias para los pequeños cultivadores, lo cual de

nuevo repercutía en un continuo crecimiento. El «comercio justo» por sí solo no bastaba, no había sido más que una gran iniciativa que, sin embargo, únicamente cubría una ínfima parte del mercado y no era garantía de calidad. En el país natal de Miriam, del que procedía el mejor café Arábica de alta montaña del mundo, la empresa había invertido en el desarrollo de las infraestructuras, en la construcción de carreteras y de redes eléctricas. Además, la compañía llevaba veinte años trabajando con los mismos exportadores. Miriam se cuestionó hasta dónde se podía esperar que fueran verdad las palabras de los grandes empresarios —con la gran caída de las Bolsas mundiales y la crisis que aún costaría tanto superar, el vocabulario y la riqueza de argumentos de los políticos, banqueros y empresarios se habían ampliado tanto como la cantidad de dinero que los bancos centrales inyectaban a los mercados—. A pesar de todo, aquel hombre expuso de un modo muy creíble el hecho de que redundaba en el interés de la propia empresa el que la estabilidad comenzara desde la plantación, y que ésa era la forma de ofrecer la garantía de calidad constante que le diferenciaba de otros proveedores del mercado. En Etiopía dependían del cultivo de café diecisiete millones de personas que ganaban menos de un dólar al día. Cuando no existía un contacto directo entre los pequeños cultivadores de café y los grandes importadores del extranjero, entre ellos había ciento cincuenta intermediarios.

Como regalo de despedida, Miriam recibió un juego de tazas hechas por un ceramista local, una lata de café molido y un libro especializado editado por el propio empresario. Mientras regresaba en un taxi, se puso a hojearlo y se detuvo al reparar en una estadística: ¿cómo era posible que, entre los países productores de café, Etiopía sólo ocupase el penúltimo puesto, por delante de Uganda? Al fin y al cabo, el café se había descubierto allí hacía casi mil quinientos años, si bien habían tenido que pasar varios siglos hasta que, con la expansión del Islam y las primeras relaciones comerciales intercontinentales, primero había llegado a Venecia y después se había exportado a Asia y finalmente a Sudamérica a través de las grandes potencias coloniales, Francia, Inglaterra y Holanda. El comercio mundial no estaba equilibrado, pensó Miriam, y las hambrunas no eran resultado del así llamado subdesarrollo, sino del desarrollo de los mercados durante los últimos cien años. En Etiopía, por >más que la radio anunciara a diario el precio del café en el mercado internacional, había demasiadas personas que ni siquiera tenían aparato de radio para informarse. Era frecuente que sus ganancias se quedaran en la mitad del valor oficial, ¿quién se beneficiaba de ello, pues?

Desde la ducha creyó oler el aroma del café recién tostado. El teléfono sonó un buen rato, pues no lo oyó hasta que apagó el secador. La recepcionista le anunció que un tal señor Gazza deseaba hablar con ella urgentemente. Qué rápido, pensó Miriam, y se estremeció ante la idea de encontrarse a aquel tipo plantado en la recepción del hotel. ¿Qué imagen de ella iban a formarse, viendo que tenía conocidos de tal ralea? Miriam pidió que le transmitieran el mensaje de que fuese tan amable de esperar un cuarto de hora.

Le costó creer lo que vio al bajar al vestíbulo. Gazza venía arreglado y con ropa

limpia. Eso sí, el polo estilo carpa de circo le quedaba tirante sobre la barriga y sudaba a chorros.

—Disculpe usted la molestia, Mrs. Natisone, y gracias por recibirme —era tan cortés que resultaba excesivo.

Miriam ignoró la mano que le tendía.

—Tengo que hablar con usted urgentemente —dijo Gazza mirando a su alrededor como si buscara algún lugar donde nadie pudiera oírlos—. Creo que he descubierto algo que puede interesarle. Pero preferiría decírselo fuera de aquí, no en público.

—No tengo nada en contra —dijo Miriam—. La Piazza debería de resultar suficientemente grande para nosotros.

A pesar de la supuesta urgencia con que venía, el gordo iba detrás de Miriam a paso de caracol, mientras ella avanzaba ágil y decidida hacia la Fuente de los Cuatro Continentes. No hacía mucho que habían vuelto a colocar el monumento en su lugar original. En el año 1938 había tenido que cederle el sitio a un imponente podio en forma de proa de barco descomunal desde donde Mussolini proclamaba las leyes raciales italianas.

Apoyada en la piedra gris de la fuente, Miriam esperó a que Gazza la alcanzara de una vez. En tanto avanzaba hacia ella con la agilidad de una morsa marina, no dejaba de volverse a mirar ansioso a su alrededor. Vencer la resistencia del frotamiento de un muslo contra otro al caminar debía de ser un gasto de energía considerable para él, sonreía con cara de tormento y ahora daba la impresión de que no le agradaba ser visto en compañía de Miriam en la gigantesca plaza llena de gente. Todas las sillas de los concurridos cafés estaban ocupadas. Miriam contempló las maltrechas estatuas de la fuente. Los gamberros habían acabado con la cabeza de la figura que encarnaba África, a América y Asia les faltaban los brazos. En lo alto de la fuente, la alada diosa Fama parecía flotar sobre una torre de sacas y cajones esculpidos en la piedra como si acabara de hacer las maletas para emprender un viaje sin retorno. Luego, las cuatro pilas de la fuente, que simbolizaban los principales ríos de los continentes conocidos cuando se construyó, estaban todas igual de secas: lo mismo el Nilo, junto a la descabezada África con el león a sus pies, que el Danubio, el Ganges y el Río de la Plata.

A Gazza le corría el sudor por la frente y le costaba respirar cuando por fin llegó junto a Miriam. El pañuelo con el que se iba secando estaba limpio. Una vez más se volvió con desconfianza a comprobar si le seguían antes de responder a la mirada interrogante de la periodista.

—Al tipo de las fotos ya lo he visto antes.

—¡Menuda sorpresa! Igual hasta fue usted quien apretó el botón de la cámara.

Gazza hizo un gesto de rechazo con la mano.

—Pero no sé cómo se llama.

—Aurelio —le ayudó Miriam—. Al menos se hace llamar así.

—Fue hace unos meses e iba en compañía de un hombre al que aquí todo el mundo conoce. Muy influyente, por cierto: Raffaele Raccaro. Tiene sus oficinas en la Piazza Oberdan.

—¿Ah, sí? ¿Y cuándo fue eso?

—Durante una entrevista que tuve yo con Raccaro. El tipo de las fotos es una especie de recadero suyo.

—¿Ve como sí que puede contarme algo, Gazza? Entonces, usted tiene que ver con esa gente.

—Yo me encargo de reservar los vuelos para la AFI, Action Film Italia. Habitaciones de hotel en toda la región, apartamentos, servicios de limusinas y de todo. Raccaro tiene una empresa de servicios para equipos de rodaje y también una agencia de casting. Y un inmenso archivo fotográfico. Además, tiene participaciones en muchas otras compañías.

—¿Y qué tiene que ver con este chantaje?

—No estoy seguro de que esté al corriente de lo que maquina ese tal Aurelio. Aquí nadie mueve un dedo sin su permiso.

—¿Está intentando decirme que debo dirigirme a ese Raccaro?

—Eso no. Pero si quiere dar con Aurelio, pues...

—Y ahora supongo que me pedirá que a usted ni lo mencione en caso de que buscara a Raccaro para preguntar por Aurelio.

—Ya ha visto que mis intenciones son buenas, señora. Y sin duda podría serle de más ayuda si él no sabe nada de mí —una vez más, Gazza se volvió a mirar. Como si ese Raccaro tuviera espías apostados en todas las esquinas que de inmediato fueran a informar de su encuentro con la bella africana.

—¿Y cuál es su dirección? —Miriam no tenía intención alguna de prometerle nada a aquel gordo desde cuya cochambrosa agencia de viajes se había enviado la carta para chantajear a su amiga Jeanette McGyver. Y se preguntaba por qué Gazza, de pronto, le daba toda esa información.

—Es la última parada del tranvía que va a Opicina. Piazza Oberdan 3, el edificio que hace esquina entre la Via Carducci y la Via XXX Ottobre. Se llama Palazzo Vianello, lo reconocerá enseguida por los obeliscos del tejado. Las oficinas de Raccaro ocupan el edificio entero.

—¿Y por qué me cuenta todo esto? ¿Acaso cree que va a comprar su libertad así? No se va a librar tan fácilmente.

—De verdad que no tengo nada que ver con esas fotos —el gordo se secó la frente con el pañuelo—. Si no, no habría venido a hablar con usted.

—Ni se habría duchado ni cambiado de ropa. Hoy es un auténtico día de fiesta, ya veo. A cambio, está delatando a su mejor cliente.

—Tampoco es imprescindible que él se entere —lloriqueó Gazza, poniendo los mismos ojos que el perro del *Sueño de una noche de verano* de Shakespeare cuando cada mañana le promete a su amo con la mirada que siempre alejará de él todo trabajo forzoso. Sólo que el gordo tenía las orejas más cortas.

Miriam se mordió los labios para no echarse a reír.

—En todo caso, Lele Raccaro es un hombre extraordinariamente influyente —prosiguió, de repente en tono frío—. Él puede resolver todos sus problemas.

Entonces, Miriam se enfureció.

—Oiga, yo no tengo ningún problema. Es usted quien los tiene, señor Gazza. Y sería

capaz de vender hasta a su madre con tal de resolverlos.

—Raccaro, por otra parte, podría causarle algunos que usted hasta ahora no ha podido ni imaginarse, —con una sonrisa aviesa, Gazza miró más allá de donde estaba Miriam.

De modo que ése era el motivo por el que el gordo había ido a buscarla. No lo había hecho por iniciativa propia, lo había enviado alguien a tantear el terreno. Un juego hipócrita, las amenazas no le quitaban el sueño. La mano de Miriam se apoyaba en la melena del león de la fuente, a los pies de África. De pronto, se le había oscurecido el semblante. Veía a Gazza capaz de cualquier cosa y su falso servilismo le daba asco.

—Dígale a su señor que se mantenga alerta, y le aconsejo a usted que se abrigue. El ambiente se va a poner muy desapacible, puede estar seguro —le dijo, bajó los dos escalones de la fuente y se alejó sin volverse ni una sola vez.

¿Por qué no lo habría hecho mucho antes? Aurelio esperaba en una de las mesas del Bar Audace de la Piazza Unita a que apareciera Giulio con la periodista. Tomaba pequeños sorbos de *caffè shakerato*, el *espresso* granizado, y se reía para sus adentros de la papeleta que le había caído al gordo.

Al marcharse de casa de Aurelio como un perro apaleado después de haber recibido una lección que merecía desde hacía mucho tiempo, Gazza ofrecía una imagen que daba lástima. La piel del pecho estaba colorada, la camisa hecha jirones le colgaba de un hombro como si fuera un trapo de limpiar y, de pura desesperación, tenía la mirada perdida. ¿Cuántos años había durado la situación contraria? ¿Cuánto tiempo había sido el gordo quien zurraba a Aurelio cuando era pequeño y no podía defenderse? Aurelio decidió que aquella lección no sería la última. La etapa de tragarse todo su odio había quedado atrás.

La Piazza era pura animación y movimiento, quien no se había marchado de vacaciones salía en ese momento de su oficina con aire acondicionado, se tomaba algo con los amigos o corría a la playa para aprovechar las últimas horas de sol dándose un baño en el Adriático. Aurelio seguía con la mirada a las muchas mujeres guapas que, en verano, eran un gozo para la vista aún mayor que de costumbre. Y pensaba en la inglesa que le había dado una alegría tras otra en Grado. Esas *lady*s con sus atuendos cerrados hasta el cuello, que sin duda eran la inaccesibilidad personificada en su casa, resultaban deliciosas cuando, de vacaciones y lejos de todo, se relajaban y mostraban su piel blanca. Aurelio lo había descubierto hacía mucho. No tenía que viajar muy lejos para ligarse a alguna. El balneario de Grado con sus playas le ofrecía cuanto deseaba. Después de varias alemanas y austriacas, Jeanette era la primera inglesa de su lista. Claro que eso no cambiaba la verdad desnuda.

Las riendas las había tomado Jeanette desde el principio, tenía prisa y era evidente que llevaba una vida en la que estaba habituada a ser quien mandaba. Gracias a Dios, jamás había insistido en que Aurelio se quedara toda la noche con ella. En cuanto cenaban y la dejaba en los brazos de Morfeo, el joven podía marcharse y verse con sus amigos, quienes al igual que él fanfarroneaban de sus conquistas. El hecho de que Jeanette al final incluso le diera dinero, o, como ella decía, se lo prestara hasta la siguiente ocasión, había

sorprendido al propio Aurelio. Todo lo demás había venido rodado y él ya tenía más que decidido su plan cuando, con fingida pasión, fue a despedirla al aeropuerto. Las fotos las había tomado un camarero al que había puesto la cámara en la mano junto con un billete de cincuenta euros. El muy idiota se lo había pasado realmente en grande y, aunque Aurelio había bloqueado el flash de la cámara, las fotos le habían salido muy bien enfocadas.

Sin embargo, que ahora Jeanette resultara ser una aguafiestas, contratara abogados de prestigio –los cuales sin duda cobraban unas minutas prohibitivas– y además hubiera movilizado a la prensa internacional con tanta astucia le había sentado como un tiro. Se moría de curiosidad por averiguar a quién había enviado para meter tanto miedo a Giulio Gazza, pues el gordo, como vulgarmente se dice, estaba cagado. ¿Dónde se había metido? Habían pasado veinte minutos desde que desapareciera en el vestíbulo del hotel. Aurelio le había ordenado que obligara a salir a la periodista a la plaza para que él pudiera observarla con libertad y, a ser posible, seguirla. Aurelio pensaba cómo proceder a continuación. La idea de agobiar a Gazza con otro abogado y reclamarle una indemnización le parecía casi genial, sobre todo porque el muy zoquete había dejado toda la documentación en su casa. No había mejor forma de salir del lodo sin mancharse y, de paso, vengarse.

Por fin los vio, y se extrañó del comportamiento de Giulio Gazza, que iba como un caracol detrás de la mujer, en tanto que ella avanzaba con determinación hasta la fuente y se quedaba apoyada en una de las pilas. El gordo arrastraba los pies como si llevara las suelas llenas de barro, cada paso le costaba un triunfo y el polo limpio que se había puesto tenía oscuras manchas de sudor. ¿Pero por qué se volvía cada pocos metros como si le estuvieran siguiendo? El tipo estaba hecho un manojo de nervios. ¿Acaso se temía otro ataque, allí en mitad de la plaza más concurrida de la ciudad? Sí, en el fondo era una idea brillante, pensó Aurelio, siguió dando sorbitos a su *espresso* granizado y dejó algunas monedas sobre la mesa. Tendría que perfeccionar su plan, pero por el momento se dedicaría a seguir a esa inglesa. Y ella no debía verle la cara bajo ningún concepto, pues le reconocería claramente por las fotos. Para estudiar los siguientes pasos tenía que permanecer en la sombra.

Miriam tenía sed, pero estaba demasiado inquieta como para volver a ninguno de los bares de la misma plaza. Caminó largo rato por la ciudad hasta que llegó a una placita presidida por un enorme Giuseppe Verdi de bronce sobre un pedestal... que a su vez tenía una gaviota posada en la cabeza, sobre una pata, haciendo sus necesidades. Los hombros del maestro estaban llenos de churretes blancos. Miriam encontró una mesa libre delante de un bar. El camarero, todo de negro, la habló en francés y se disculpó de inmediato cuando ella le respondió en la lengua local. Poco después le sirvió una copa de espumoso del Carso, un excelente rosado de Edi Kante con base pinot noir, según explicó antes de presentarse como Walter del Malabar y retirarse. Parecía el nombre de un conde y tenía modales de caballero. Miriam probó el vino y se puso a pensar.

Jeanette le había contado que Aurelio trabajaba para un hombre de negocios muy

influyente... cuando no se dedicaba a ligarse a las turistas. Y si Gazza no había mentido tenía que tratarse de ese tal Raccaro, quien por lo visto debía el sueldo a su empleado. Era el fundador de un gigantesco archivo especializado en fotografía de guerra, una de las mayores colecciones que existían y en la que invertía su dinero. Y Aurelio le había contado a su amada inglesa que también era un hombre peligroso con quien más valía no enemistarse, pues no tenía escrúpulos de ningún tipo. El pobrecito semental de negros rizos se había descrito a sí mismo como una víctima con buenos contactos, los cuales, por otro lado, eran una desventaja para hacer su propia vida. Al parecer no sabía cómo salir de aquella trampa y tenía motivos para temer que las cosas terminaran yéndole de mal en peor. ¡Si eso no era una amenaza latente! Y Jeanette había picado.

—Mire, mire, bonitas pulseras, todo trabajo de artesanía. Talismanes, buena suerte...

La voz sacó a Miriam de sus pensamientos de repente. Delante de ella se había parado un africano muy alto con un caftán azul oscuro y un gorro de lana que llevaba un pesado bolso al hombro y una especie de caballete con bisutería artesanal de carey, madera y cobre en la mano izquierda.

—Compra algo —dijo mostrando las pulseras sin que Miriam se lo pidiese—. Todas éstas son de mi pueblo. Artesanía pura. Garantizado. Ésta es contra el mal de ojo y ésta contra el reuma, ésta contra el mal de todos los meses y ésta contra la policía, la inspección de Hacienda y las fuerzas mayores.

—¿Dónde está tu pueblo? —preguntó Miriam.

—Somalia.

—¿Y allí, dónde exactamente? —siguió en somalí, idioma que también se hablaba en algunas zonas del sudeste de su país y que todavía dominaba bastante bien, aunque no había vuelto a hablarlo desde que realizara las investigaciones sobre los verdaderos motivos de la muerte de su esposo en Mogadiscio.

El hombre la miró atónito y devolvió las pulseras a su soporte. Murmuró un nombre que Miriam no entendió.

—¿De dónde eres tú? —dijo apartando la mirada de ella.

—De Jima, Etiopía —respondió Miriam, y justo la interrumpió un anciano muy alto y delgado con un perro negro medio cojo que saludó al vendedor ambulante como Alberto y le estrechó la mano sonriendo, con lo cual el africano se apartó de ella por un instante. Miriam aprovechó para pedir una segunda copa de espumoso.

—¿De verdad te llamas Alberto? —preguntó.

—Abdula Abd-al-Qadir Mahamadu —contestó él de inmediato con una gran sonrisa—. Aquí son incapaces de pronunciarlo, así que todos me llaman Alberto. Entonces, ¿compras o no?

Miriam contempló las piezas y se decidió por una pulsera de cobre de factura tosca que realmente podía ser africana y no hecha en una fábrica china. El vendedor pidió veinte euros, pero tras un reñido regateo que, de nuevo, se desarrolló en somalí, se dio por contento con cinco. Miriam se quedó contemplando cómo intentaba convencer en vano a la gente de las otras mesas para que le comprasen algo. Con muchos tenía un trato que casi podía considerarse cordial. Al rato, un hombre de unos cincuenta años, vestido con

un traje gris, al que el anciano del perro llamó comisario, le invitó a un vaso de leche. También él llamaba Alberto al vendedor ambulante. ¡Qué sociedad tan curiosa, aquella que trataba como a un amigo al musulmán negro, quien a su vez bromeaba desenfadado con las mujeres sentadas frente a sus copas de vino!

—Por fin te localizo. ¡No me lo cogías nunca! Sólo te quería avisar de que esta noche llegaré a casa más tarde —dijo Laura cuando Proteo por fin respondió a la llamada. Había bajado tanto el volumen del móvil que con el jaleo de voces del Gran Malabar no lo había oído hasta la tercera llamada—. Pero no te preocupes, mamá hará la cena.

—¿Y dónde estás? —preguntó Laurenti, tapándose la otra oreja, porque justo en ese momento pasaba un coche patrulla con la sirena sonando.

—Ah, en la Stazione Rogers, tomando el aperitivo con dos amigas.

—¿Otra vez?

—Me han invitado a una excursión en yate. Estamos concretando. Por cierto, igual salimos este sábado al mediodía y no volvemos hasta el domingo por la noche o el lunes. Tres mujeres solas tienen mucho de que hablar. Espero que no te importe. Por lo que he oído, te han asignado un nuevo caso. Además, cuando tienes un caso, sueles pasarte los días siguientes en la oficina de todos modos.

A Laurenti no le hacía ninguna gracia enfrentarse a hechos consumados.

—Pues me habría gustado pasar un fin de semana todos juntos —dijo enfurruñado—. En verano, cada cual se va por su lado y apenas se ve a la familia.

—Bueno, pues nada, si tú no quieres les digo que no, cariño. Ahora mismo se lo digo.

Laurenti conocía aquel tono de voz desde hacía muchos años. Laura siempre se salía con la suya de esa manera: mostrando una sumisión cargada de reproches contra la que no había argumento que valiese.

—Que no, que no, faltaría más —se apresuró a decir—. Diviértete, hace un tiempo espléndido.

El sol ya estaba bajo y a punto de desaparecer por el oeste como una bola de fuego rojo cuando el comisario, un poco achispado y con el estómago vacío, aparcaba el Alfa Romeo en la carretera de la costa y bajaba las escaleras hasta su casa. Un día más le llamó la atención la montaña de escombros que habían dejado allí los obreros al marcharse a finales de la primavera y dejar que los dueños de la casa por fin pudieran volver a instalarse a gusto en sus habitaciones. Los Laurenti habían tenido que esperar la licencia de obras casi dos años, y eso que sólo se trataba de una pequeña ampliación de la casa para adaptarla al repentino incremento del número de habitantes. La obra había sido una verdadera prueba de resistencia para los nervios de todos. La horda de obreros había ocupado la casa y campado a sus anchas por el jardín, como si todo fuera suyo. Marco había sido el único capaz de mantenerlos lejos de las terrazas de la parte de abajo, donde cultivaba su propio huerto, al que tenía prohibido el paso a todos los miembros de la familia menos a la abuela. Para satisfacción de Laurenti, Marco hacía buenos

progresos en su formación como ayudante de cocina del Scabar, el restaurante más famoso de Trieste, y era de esperar que en unos años llegara a ser un chef de renombre. El Scabar era una escuela dura, no apta para niños de mamá, pero una referencia excelente.

La empresa de obras había enviado a una tropa de kosovares que no sabían cómo hacer las cosas, pero que habían sido seleccionados por indicación del arquitecto, un amigo que de repente se volvió muy difícil de localizar. Al margen de que Proteo y Laura al final pagaron el doble de lo que les habían presupuestado de entrada, les salió muy cara la impericia de los operarios. ¿Por qué no les habría aconsejado nadie que al firmar el contrato con la empresa de reformas incluyeran una cláusula para impedir subcontratas? El único experto era el jefe de obra... quien, a cambio, estaba desbordado de trabajo porque le asignaban demasiadas obras al mismo tiempo. Los muy pícaros de los contratistas ahorran gastos a costa de los clientes y estaba claro que tenían en mente sus propios beneficios, pero no el proyecto que había que realizar. Nunca había ningún responsable de las cosas y, por el contrario, toda suerte de excusas. Y a nadie le impresionaba tampoco que quien encargaba la obra fuera un alto cargo de la policía. Eso sí, los pagos se exigían con tanta puntualidad como insistencia.

Al principio, todo había ido muy rápido, los albanokosovares no se echaban atrás ni ante el trabajo físico más pesado. Eran hombres musculosos y rudos, con muy mala dentadura y de edad difícil de precisar. Probablemente, durante la guerra cada uno de ellos habría defendido la independencia de Kosovo frente a la Yugoslavia de Slobodan Milosevic con un kalashnikov en la mano, y habría visto cosas de las que marcan para siempre incluso a los tipos más duros. Una noche en que subía por la escarpada carreterilla que lleva a Santa Croce, Laurenti vio las siglas UÇK⁵ pintadas en rojo sobre una roca y supo que su hipótesis era cierta. ¿Cuántos de aquellos hombres, que bajaban sin chistar toneladas de tierra y cemento cargadas en sacos sobre los hombros por los largos tramos de escaleras para luego subir otros tantos sacos de escombros, habrían sido formados en el manejo de armas por alemanes, americanos y británicos pertenecientes a empresas de seguridad privadas? Aquellos hombres –pensó Laurenti– eran muy parecidos a los que había visto en el bosque por encima del faro cazando jabalíes furtivamente con kalashnikovs con silenciador. Y el descontrol con que se desarrollaban las obras no era responsabilidad suya.

Un domingo en que Laurenti recorría el irremediable caos de obras sin saber qué hacer de pura desesperación le llamó la atención una funda de plástico transparente con documentos. Los ojeó y, entre los recibos de los materiales y los planos de la reforma, encontró el contrato que había firmado la subcontrata, también de Kosovo, con la constructora italiana. Casi no podía creer lo que veían sus ojos y entró corriendo en casa para cotejar aquellas cifras con las que le habían dado a él. La suma de la empresa kosovar no era más que la cuarta parte de lo que les cobraban a los Laurenti por tirar los tabiques y levantar los nuevos, incluyendo el material de construcción, pero sin el resto de trabajos. ¿Qué estaba pasando allí? En la vida se le habría ocurrido que el contratista fuera capaz de enviar una cuadrilla de trabajadores ilegales a hacer la obra del propio

vizequestore, porque ésa era la única explicación de semejantes cálculos. Sobre todo porque, hacía unos años, el comisario había dismantelado todo el mercado de trabajo sumergido de la Piazza Garibaldi en una gran operación policial que después había ocupado grandes titulares en la prensa.

El lunes, a primerísima hora de la mañana, se había presentado en el despacho de la elegante contratista y los gritos de ambos habían hecho estremecer a los empleados de las demás oficinas. El propietario de la empresa, por supuesto, había afirmado no saber nada, remitiendo únicamente los contratos firmados por Laurenti; además, el comisario tenía que tener cuidado porque, al fin y al cabo, había querido tirar algunos tabiques y desplazar huecos de ventanas de una manera que no estaba contemplada en la licencia de obras. Y justo en el momento en que Laurenti se disponía a hablar con el compañero de jefatura que se ocupaba de la supervisión de los temas urbanísticos, le había llamado Laura para decir que los obreros no llevaban ni una hora trabajando cuando se habían marchado sin dejar rastro... llevándose todas sus herramientas. Laurenti se había puesto como un basilisco, pero la empresa de reformas le había jurado que al día siguiente tendría una nueva cuadrilla en casa que terminaría todo en la fecha prevista. También éstos se habían largado sin avisar un buen día después de recoger todos sus pertrechos y el material sobrante. Ahora bien, de retirar la montaña de escombros no se ocupaba nadie a pesar de las muchas quejas telefónicas y por escrito. Al final, Laurenti no tendría más remedio que hacerlo él mismo en cuanto pasara la tremenda ola de calor. Hasta entonces, tendría que tragar bilis cada día que la viera.

Después de las vacaciones tenían que volver los techadores, y confiaba en que lo hicieran antes de que la siguiente tormenta les ocasionara nuevas cataratas en el interior de las nuevas habitaciones, donde la familia tenía que achicar el agua con cubos.

La mesa estaba puesta en la terraza para él solo. La madre de Laura se había instalado en su sitio habitual frente al televisor y se limitó a saludarlo con la mano como se saluda a un invitado a quien se sufre de buena gana, no como al dueño de la casa. La abuela seguía uno de esos absurdos concursos que convierten al ciudadano en mero electorado de encefalograma plano. Luego se levantó para ir a la cocina y preparar la cena del comisario.

—¿Ya se ha dormido la niña? —preguntó Laurenti.

—Patrizia la está cambiando —dijo la anciana al tiempo que escurría la pasta hervida que después mezclaría con tomate crudo en daditos, *peperoncini*, ajo y aceite de oliva y espolvorearía con albahaca del huerto de Marco—. Barbara tiene colitis.

Laurenti descorchó una botella de malvasía de Skerk y salió con ella a la terraza. El vino puro del Carso era un elixir mágico que le hacía recuperar los ánimos hasta en sus peores momentos.

—Bebes demasiado vino, Proteo —dijo la madre de Laura al ponerle el plato sobre la mesa.

—Y aparte de la colitis, ¿cómo está nuestra pequeñina?

—La verdad es que siempre está muy alegre, excepto cuando tiene hambre —la buena

señora Camilla no hizo ningún ademán de sentarse a la mesa con él. Desde el salón llegaba el ruido de la tele, con los atronadores aplausos al presentador de «Suerte o amor».

—Eso es normal —dijo Laurenti, enrollando los *spaghetti* en el tenedor—. Espero que el bebé no te canse demasiado.

—Qué va, los niños siempre son una alegría. Pero, para ser sincera, creo que tu hija predilecta carga con un problema innecesario.

Proteo la miró asombrado.

—¿Por qué lo dices?

—Lo que quiero decir es que no está bien que Gigi se pase tanto tiempo fuera. Un padre tiene que estar con su mujer y su bebé, no por ahí en un barco mercante. Patrizia se siente sola. Con lo joven que es.

—Bueno, tampoco creo que se aburra. Por las mañanas va a trabajar y luego tiene la tarde libre. Está con toda la familia. Y esta casa es como un gallinero.

—No me refería a eso, Proteo. Pero creo que debes hablar con ella. Al fin y al cabo, hay una confianza especial entre vosotros dos que los demás no tenemos.

—¿Y de qué quieres que hablemos, Camilla? —Laurenti no solía llamar a su suegra por el nombre de pila más que en raras ocasiones. En realidad, sólo lo hacía cuando pretendía ejercer cierta autoridad. Si no, la llamaba «suegra» o «*signora* Camilla» o «*signora* Tauris» medio en broma.

—Tú ya sabes, yo me paso el día entero en casa. Y no se me escapa nada. Entendería perfectamente que Patrizia quedara con sus amigas en su tiempo libre. Igual que su madre.

—¿Quieres decir que pasa demasiado tiempo sola, que tiene pocos amigos?

—No, no quiero decir eso. Es que me parece sospechoso que, desde hace justo dos semanas, haya un joven tumbado a su lado en la playa todas las tardes.

—¿Y?

—Y se besan. De los tocamientos ya no quiero ni hablar. Una obscenidad, sencillamente —la suegra de Laurenti miró al infinito, como si aquellas palabras hubieran salido de la boca de otra persona.

Laurenti arqueó las cejas.

—¿Quieres decir que le está poniendo los cuernos a Gigi?

—Yo no he dicho nada. Ya sé que la gente joven ve muchas cosas de otra manera. Pero nunca ha estado de más intercambiar unas palabras bien claras con los hijos. Antes de que sea demasiado tarde —y pronunciado este sermón, la señora Camilla se marchó.

—Hacen lo que les viene en gana de todas maneras. Déjalos vivir.

—Aquí en Trieste siempre os regís por vuestras propias reglas. Allá arriba, en el Friuli, no se hacen estas cosas, allí la vida es como Dios manda.

Laurenti se abstuvo de hacer ningún comentario. En efecto, la pequeña localidad de San Daniele, a cien kilómetros al norte, al pie de los Alpes Cárnicos, vivía a otro ritmo, sobre todo desde que la encantadora villa productora del célebre jamón se había sumado al «movimiento slow». ¿Qué contaría su suegra de él? ¿Que se dejaba los calcetines

encima del sillón cuando se daba un masaje en los pies delante de la tele antes de irse a dormir? ¿Que salía del dormitorio para ir al baño en cueros porque tenía un grano en una cacha? Proteo esperó a que la anciana regresara frente al televisor para rellenarse la copa de vino. Una vez solo, no tardó en servirse. La pasta estaba deliciosa.

Patrizia, que había convertido a Proteo y a Laura en abuelos al dar a luz a la pequeña Barbara catorce semanas atrás, había decidido volver a trabajar lo antes posible. Había conseguido el trabajo –temporal, como casi todos en los últimos tiempos–gracias a los buenos contactos de su madre. El padre del bebé, Gigi, estaba fuera de todas formas. Del nacimiento de Barbara se había enterado por satélite. El buque contenedor en el que trabajaba como primer oficial se encontraba cruzando el estrecho de Malaca, el canal entre Malasia, Singapur e Indonesia, una ruta que exigía la máxima entrega de su tripulación, pues la utilizaban hasta seiscientos barcos diarios y los ataques de piratas dificultaban el pasaje aún más. Horas más tarde, en un rato de más calma, Gigi había vuelto a llamar a la familia. Había escuchado la descripción de su hijita y el transcurso del parto radiante de felicidad, y Patrizia se lo había contado todo contenta, aunque con voz cansada. Luego le había enviado fotos al móvil. Gigi hubiera querido tomar un avión para Trieste de inmediato, pero en estos tiempos de crisis había cada vez más barcos que se quedaban anclados y la cifra de buques contenedores a Europa había caído en casi un setenta por ciento. ¿Quién ponía en riesgo su empleo en un momento así? Si todo salía bien, ese mismo año ascendería a capitán, lo cual, por otra parte, no influiría en su horario de trabajo: cuatro meses en el mar, dos en casa, así era la norma de los marinos. Superado su escepticismo inicial, al comisario le era simpático. A toda la familia le caía bien el futuro capitán del *Italia Marittima*, un barco que había nacido en el Lloyd de Trieste y pertenecía a la flota de una gran compañía mercante de Taiwan.

Cuando Laurenti se hubo terminado el plato de pasta, por fin apareció Patrizia con la pequeña recién cambiada en brazos.

–¡Barbarella! –exclamó el comisario entusiasmado, y la cogió en brazos. Sonreía feliz y daba besos a su nieta, la cual, sin embargo, lo miró con los ojos muy abiertos y enseguida se revolvió en sus brazos y rompió a llorar.

–Tiene hambre –dijo Patrizia, y se sentó a la mesa para darle de mamar–. ¿Has estado trabajando hasta estas horas? ¿Ha pasado algo?

Qué suerte para Laurenti tener un trabajo que despertaba el interés de mucha gente... sobre todo cuando más arduo resultaba para él, porque las investigaciones no avanzaban y apenas tenía ganas de hablar de ellas.

–¿Qué has hecho tú?

–Bah, lo de siempre. Por la mañana temprano, mucho papeleo. Enviar solicitudes, solicitar permisos, escribir a los patrocinadores... por desgracia, la arqueología no sólo es excavar. Y se están encontrando muchas cosas en el *Mercurio*, el barco que los ingleses hundieron frente a la bahía de Grado en 1812. Es una pena que todavía no pueda bucear, me lo ha prohibido la doctora. ¿De verdad crees que Gemma es buena en su trabajo?

–¿Por qué? –se alarmó Laurenti. Entretanto, Gemma también era médico de cabecera de Patrizia.

–El *Mercurio* está a dieciocho metros de profundidad, en alta mar. La mayoría de lo que hay a bordo está en perfecto estado de conservación. Tengo ganas de hacer algo más que el trabajo burocrático para mis compañeros, que, en cambio, disfrutan de la parte más emocionante mientras yo sólo puedo ver las fotos.

–Si te lo aconseja Gemma, yo le haría caso. Es muy buena médica. Desde que estoy en sus manos, diría que he revivido. Además, un barco así es muy difícil de recuperar en un día. ¿Has tenido noticias de Gigi? ¿Cuál es su próximo puerto?

–Ahora están en Djibuti, cargando contenedores de Etiopía. Volverá a casa dentro de cinco días y tendrá dos meses de permiso –la voz de Patrizia denotaba indiferencia–. Entonces conocerá a su hija.

Barbara había terminado de mamar y Patrizia la acostó en la antigua cuna de madera que la abuela había traído de San Daniele al mudarse con ellos y de la que afirmaba que había sido de Laura. Había guardado aquel chisme carcomido durante décadas en el trastero de la casa donde ahora vivía la hermana de Laura y donde también tenía sus oficinas la antigua fábrica de jamones de la familia. Antes de nacer el bebé, Laura había llevado el mueble a un restaurador.

–A Gigi le hará una ilusión enorme –dijo Laurenti–. Y a ti también, ¿verdad?

Patrizia miró al mar con aire pensativo.

–Sí, claro –dijo al fin–. Barbara va a cumplir cuatro meses.

Laurenti lo dejó estar. A él sólo le correspondía velar por el orden público y esclarecer los delitos de la ciudad de Trieste.

Mientras se tomaba la tercera copa de espumoso en el Malabar, Miriam encontró la página web del archivo fotográfico en su iPhone: «El Archivo Raccaro – desde 1972. La mayor colección privada de fotografías de guerra». La breve semblanza de su fundador sólo ofrecía información superficial, no indicaba su edad ni su lugar de nacimiento, aunque sí su lema: «El poder de las imágenes es el poder del mundo». Una de las imágenes se podía aumentar. Mostraba a Raccaro con el presidente del Gobierno el día en que éste le otorgaba el título de «Cavaliere del Lavoro», caballero del trabajo, por sus méritos empresariales y le entregaba un diploma y una cruz de oro en un fastuoso salón lleno de señores de traje oscuro y corbata. Según los estatutos, en esta orden, de la que también era miembro el jefe del Estado, sólo era admitido quien pudiera demostrar una trayectoria ejemplar tanto en lo privado como en lo público, hubiera cumplido siempre con sus obligaciones como contribuyente, contratara todo tipo de prestaciones por el bien de sus trabajadores y no hiciese ningún negocio, ni en Italia ni en el extranjero, que pudiera ser perjudicial para la economía nacional. La lista de dignatarios de los últimos cien años comprendía más de dos mil quinientos nombres... y no todos cumplían aquellos criterios del chaleco blanco immaculado.

El archivo fotográfico era la vía para contactar con Raffaele Raccaro. En el plano de la ciudad descubrió que sus oficinas tan sólo estaban a unas manzanas de distancia. Miriam decidió pasar por allí para echar un vistazo antes de presentarse ante nadie de la casa. De camino la asaltó un sentimiento de inseguridad y se volvió a mirar tras de sí varias veces.

Pero no vio nada.

En la Piazza Oberdan había un tropel de jovencitos gritones haciendo botellón mientras la *bora* levantaba nubes de polvo por las calles. Poco después, aquellos chicos con *piercings* y vaqueros rotos habrían de enseñar sus carnets a la policía dos veces. Miriam se dirigió hacia un banco de piedra a resguardo del viento que había junto a una parada de tranvía y desde donde veía la entrada del Palazzo Vianello sin ningún obstáculo. Tal y como había descrito Gazza, cuatro obeliscos coronaban el tejado del edificio de cinco plantas. El noble que lo mandara construir a comienzos del siglo XX debía de ser bastante egocéntrico. Aquella arquitectura grandilocuente hacía un verdadero alarde de riqueza. En su día, los emperadores romanos traían las gigantescas columnas de granito como botín de Egipto, y los fascistas se habían abastecido de obeliscos en el campo de estelas de Aksum durante su sangrienta ocupación de Etiopía. ¿De dónde procederían los obeliscos de aquel tejado?

En la planta baja debía de estar la empresa de trabajo temporal, pues entraba y salía mucha gente. Sin embargo, el pesado portón de madera de roble, tras el cual aguardaba una escalinata que debía su amplitud al esplendor de los tiempos dorados de la ciudad, se abría muy pocas veces. Miriam contó cinco personas en una hora. A juzgar por las luces de las ventanas, la jornada de trabajo de aquellos pisos era más larga que en otras oficinas.

Un rato después se fijó en una mujer, menos joven de lo que pretendía aparentar, con una delantera tan impresionante que difícilmente podía ser natural y una minifalda de terciopelo blanco que apenas le tapaba el trasero, también exagerado. Una belleza de las que son pura fachada: abultados labios de bótox pintados de un color chillón, largo cabello rojo caoba, hombros de una anchura llamativa y, a pesar del calor, botas blancas hasta la rodilla. Miriam se hubiera apostado algo a que también tenía un buen vozarrón. Costaba imaginar que aquel personaje iba allí a realizar labores administrativas. Un poco más tarde, un hombre joven se bajó de una moto de gran cilindrada y llamó al telefonillo, pero no se quitó el casco hasta que le abrieron. Miriam anotó la matrícula. Luego marcó el número del archivo fotográfico y tuvo que explicar que deseaba visitarlo a tres personas antes de que, por fin, la pasaran con el propio Raffaele Raccaro. Le habló del reportaje que estaba escribiendo para la revista *Traveler* y le dijo que le gustaría hablar de su archivo, del que no había sabido hasta llegar a Trieste.

—A ver cuándo puedo concederle una cita —respondió Raccaro sin hacerle más preguntas, y Miriam oyó ruido de papeles—. Lo único que puedo ofrecerle es mañana a las siete de la tarde. ¿Le viene bien?

—Ningún problema —dijo Miriam—. Muchas gracias.

—Es fácil de encontrar —añadió su interlocutor, pero ella le interrumpió.

—Sé dónde están sus oficinas —dijo—. Hasta mañana.

Le sonaba el estómago de hambre, pero quiso esperar a que la oscuridad cayera suavemente sobre la ciudad para ponerse a buscar un restaurante. Caminó por un paseo bordeado de plátanos donde se sucedían los bares llenos de gente y las heladerías. Casualmente descubrió la casa natal de Italo Svevo y se detuvo unos instantes a leer la

placa conmemorativa.

En la Antica Trattoria Menarosti de la Via del Toro encontró por fin una mesa libre. Era un local decorado en estilo rústico, con antiguas fotografías familiares en blanco y negro y cuadros en las paredes, suelo de piedra y manteles de lino blanco. La carta ofrecía platos de pescado tradicionales. Como entrante pidió un *sauté* de marisco, y cuando iba a empezar el segundo, morena en salsa *buzara*, un plato típico de la cocina croata, se abrió la puerta y apareció el vendedor ambulante somalí con su caftán azul y su gorro de lana, intentando maniobrar entre las mesas con su pesado bolso al hombro. La dueña del restaurante, una señora mayor muy atenta, le pidió amablemente que no molestara a sus clientes. Se quedó estupefacta cuando Miriam lo llamó por su nombre, Alberto, y explicó que era amigo suyo. El africano escondió sus bártulos debajo de la mesa y, por invitación de Miriam, se sentó con ella.

—¿Cuánto llevas en Trieste? —le preguntó ella—. Parece que eres como una institución. Todo el mundo te conoce.

—Pero nadie me compra nada. Ahora sé por qué se dice que en Istria la gente es muy tacaña. Llevo aquí siete años. No es nada fácil ganar dinero. Ahora compran menos todavía. Dicen que es por la crisis, pero siguen yendo al bar igual que siempre, y tampoco me creo que se tomen ni un solo vaso de vino menos por la crisis.

—¿Tienes familia?

—Están en casa —ahora, una amplia sonrisa iluminaba la cara de Alberto—. Ocho hijos tengo, tres mujeres. ¿Para qué tomas notas todo el rato?

—Estoy escribiendo un reportaje sobre Trieste.

—¿Periodista? Mis dos hermanos están en el sur de Italia. Llegaron hace medio año, encontraron trabajo recogiendo fruta en Calabria. Pero nunca les pagaron el dinero que les correspondía. Y hace mucho que no sé nada de ellos. Escribe eso —metiéndola la mano debajo de la mesa en busca del asa del bolsón lleno de bisutería barata, sacó una pulsera de madera del trópico y la dejó sobre la mesa delante de Miriam—. Protege de las fuerzas malignas. Para ti.

Miriam levantó la vista con sorpresa.

—¿Tú crees que la necesito?

—Puede ser —dijo Alberto, y se levantó. Sin despedirse, salió del local.

—Pobre gente —dijo la señora del restaurante—. No son buenos tiempos. Todo el mundo quiere ahorrar.

Miriam no tardó en volver al hotel dando un paseo. Tres veces pasó junto a ella la moto cuya matrícula había anotado frente al Palazzo Vianello. El conductor llevaba bajada la visera tintada del casco incluso en plena noche. Al final descubrió otra vez el mismo vehículo cerca de su hotel, a pocos metros de un bar cuyos clientes se apelotonaban en la acera. Miriam estuvo un rato observando a la gente desde el otro lado de la calle, pero bajo la luz mortecina de la farola apenas distinguía a unos de otros. Decidió tomarse una copa antes de subir y se abrió paso entre la multitud. Las miradas de los hombres jóvenes se posaron en ella al entrar en el local. Pidió un gin-tonic en la barra y se volvió de golpe. Nada. Pero una extraña sensación le decía que la estaban

siguiendo.

Amarillo

–¡Qué buen gusto! Por fin ha vuelto el sol a este despacho –comentó Proteo Laurenti al entrar en la antesala. Guiñó los ojos como si le cegara el sol.

Marietta clasificaba el correo y no se dignó mirarlo.

–Ah, por eso te fuiste ayer antes de tiempo –dijo Laurenti–. Pues aún hubiera necesitado de tus servicios. La próxima vez haz el favor de avisar, por lo menos.

Por fin, Marietta volvía a lucir un peinado de peluquería con el pelo recién teñido. Y también había vuelto a vestirse bien, aunque el traje de chaqueta de color azafrán que llevaba era de corte casi monjil para sus gustos habituales, de lo cual Laurenti dedujo que la habrían asesorado el conejo Bobo y su dueño.

–Por eso he venido más temprano esta mañana. Todo se compensa –farfulló Marietta.

–Lo del horario flexible aquí sólo se conoce en forma de horas extra que no se cobran, ¿lo has olvidado?

–Puedo concursar para que me trasladen, si tienes alguna queja.

–Pues te ibas a sorprender, en ningún sitio encontrarías a un jefe como yo. ¿Tienes listo mi informe? Lo estoy esperando.

Era la primera vez desde hacía mucho tiempo que el comisario rompía con su costumbre. Tan sólo un aviso urgente podía impedir que comenzara la jornada con la lectura de los periódicos y el café que le traía Marietta.

Ella fue directamente detrás de él, sin el café, y se le sentó enfrente.

–Una nueva propuesta del Ayuntamiento prevé que también se pongan multas de trescientos euros a los dueños de los perros si sus amadas mascotas levantan la patita y se orinan en las ruedas de los coches, las motocicletas o los portales de los comercios.

–¿Y también se va a aplicar a los conejos blancos?

Marietta hizo caso omiso del comentario.

–Sólo lo hacen los machos. En cambio, ya no van a multar a las madres cuando sus niños hagan pis en la calle, siempre que tengan menos de seis años.

–¿Hay algo serio de lo que informar, por casualidad?

–Los compañeros han instalado más trampas fotográficas con infrarrojos y detectores de movimiento en el bosque, saltan de inmediato en cuanto captan a alguien. Toman series de fotografías. Los chips de memoria se analizan a diario. En la parte más baja ya hace mucho que hay aparatos de esos. Los agentes de la guardia forestal las instalaron para censar la población de jabalíes y observar los movimientos de los animales. Se ven unas imágenes muy nítidas. Los cazadores furtivos realmente llevaban fusiles

kalashnikov AK-47. Con silenciadores de fabricación casera, al parecer. Los compañeros que estaban de guardia tienen las fotos. Seguro que los pillan enseguida. Por cierto, no paran de preguntarme qué se te había perdido por allí, a ti precisamente.

—¿A mí?

Marietta sometió a su jefe a una prolongada mirada escrutadora y, tras un breve suspiro, prosiguió con su informe. Sin decir nada, dejó tres fotos encima del escritorio. Laurenti las examinó con lupa.

—Uno de los tipos se parece a uno de los obreros de mi casa. ¿Cuánto pagan por un jabalí muerto?

Devolvió las fotografías a Marietta, que aún tenía el expediente abierto sobre el regazo, bien agarrado.

—¿Algo más? —preguntó Laurenti al ver que ella no hacía ademán ni de proseguir ni de marcharse.

—Aquí, en cambio, tenemos un caso distinto —suspiró Marietta tras un largo silencio y se irguió de golpe—. A este hombre lo conoce todo el mundo. Y a la mujer también, por cierto.

Como un jugador de póker, Laurenti vio cómo Marietta iba colocándole las fotografías sobre la mesa. No daba crédito a sus ojos, los músculos de la cara se le paralizaron. Incluso sin lupa se veía quién era. Ni siquiera cogió las fotos, sino que clavó la mirada en Marietta.

—¿Hay más?

Ella guardaba silencio.

—¡Que si hay más te he preguntado!

—He requisado todas las fotos —respondió Marietta al fin—. Y al compañero de la policía criminal que ha imprimido las copias lo tengo amenazado para que no diga nada. Me quedé a su lado mientras borraba la memoria de la cámara.

Se puso de pie y salió con paso enérgico. Cerró la puerta de un portazo.

A Laurenti le corría el sudor por la frente. La primera serie de fotografías mostraba a Gemma avanzando con dificultad por el bosque bajo. La segunda, por otra parte, era inequívoca. Fundidos en un abrazo, ambos se apoyaban en un viejo roble y las manos de Laurenti desaparecían bajo la blusa de Gemma. En la tercera serie de la trampa fotográfica, los dos miraban hacia el pie de la pendiente. En la cuarta, desaparecían montaña arriba. Febrilmente, el comisario intentó recordar todos y cada uno de sus movimientos. Con un poco de suerte era cierto que aquello era todo cuanto se habría podido fotografiar, tal y como había dicho Marietta. Los aparatos estaban instalados en la parte baja de la pendiente. Pero ¿qué demonios le pasaba a Marietta? ¿Serían celos? ¿Sería aquello el motivo de su mal humor?

En ese momento le llegó el SMS con el signo de interrogación, como cada mañana. Miró hacia la puerta y constató, para su tranquilidad, que estaba cerrada. Luego llamó a Gemma.

—¡Un policía cae en la trampa de la policía! ¡Menuda historia!

Gemma podía tomárselo a risa. Alvaro, su novio, vivía en Milán, y aunque alguien

quisiera dedicarse realmente a difundir rumores, era difícil que le llegaran a él. Por mucho que Marietta asegurase que el compañero de criminalística guardaría el secreto, podía pasar. Laurenti tenía que mantenerse en guardia en el futuro y contar con que éste le haría algún que otro comentario irónico. Tendría que tratar a ese técnico con suma delicadeza y escoger sus palabras con mucha cautela cuando quisiera presionarle para que acelerase el proceso burocrático normal a la hora de darle algún resultado. Por no hablar de Marietta.

—En cualquier caso, tenemos un escondite menos —dijo Laurenti.

—Sólo serán unos días más, amor —lo tranquilizó Gemma—. Ayer recibí una llamada de mi padre. Ahora está a la altura de Dubrovnik y volverá pronto. Luego podremos disponer de su yate.

Se oyeron unos golpecitos en la puerta antes de que ésta se abriera enérgicamente y entrara el inspector Gilo Battinelli. Laurenti colgó sin despedirse.

—Están preparando el *Greta Garbo* para salir, comisario. Hay dos hombres fregando la cubierta, se están cargando y almacenando mercancías. Alimentos, vino. Y están llenando el depósito de agua. Supongo que Raccaro saldrá a alta mar muy pronto.

La crónica de la ciudad tenía pocas noticias que dar. La historia del escándalo de la diputada inglesa ocupaba la primera página y repetía con otras palabras lo que ya habían dicho el día anterior. Lo único nuevo era la constatación de que los intentos de chantaje o las calumnias por medio de fotos comprometedoras tenían una larga tradición:

«Marie Sophie Amalie von Wittelsbach —decía el artículo—, la hermana de la emperatriz Sísí, ya hubo de enfrentarse a ese problema en febrero de 1862. Todas las cortes de Europa recibieron fotografías trucadas que la mostraban en posturas obscenas durante su exilio bajo la hospitalidad del Papa Pío IX en Roma. Apenas hacía veinticinco años que se había inventado el daguerrotipo. Nadie imaginaba siquiera las posibilidades que permitiría la fotografía más adelante, y mucho menos lo que sería el Photoshop. Por aquel entonces, Roma aún era un estado independiente que obstaculizaba la unidad italiana. Ésa era una manera de presionar al Vaticano y de negar el asilo político a la princesa y a su esposo, Francisco II, rey de las Dos Sicilias. Y otro dato curioso era que la princesa, de diecisiete años, sólo había accedido a casarse por la fotografía, muy mejorada, de su pretendiente. Luego, su futuro esposo resultó no ser precisamente un Adonis.»

¡El poder de las imágenes! Laurenti apuntó unas cuantas palabras clave: «trampas fotográficas, cámaras de vigilancia, *paparazzi*, María Sofía, inglesa, chantaje, telefilme». Podía añadir palabras nuevas a diario: pocos días antes, el cabeza de Gobierno de la región del Lacio había aparecido en unos titulares que le habían costado la dimisión. Había unos vídeos que mostraban al político, de izquierdas, católico y casado, practicando el sexo con un transexual que afirmaba ser su amante desde hacía siete años, además de su proveedora habitual de cocaína. Todo era una intriga para quitarlo de en

medio y que dejara el puesto a alguno de los candidatos del primer ministro. Cuatro *carabinieri* se habían dedicado a chantajearle con las grabaciones; otro hombre, a quien le correspondía venderlas a los medios, fue hallado muerto poco después. Sobredosis. Luego falleció otro transexual, víctima de una intoxicación por humo en un incendio provocado en su apartamento. El ex gobernante, según se decía, se había retirado a meditar a un convento, y en las nuevas elecciones ganó la derecha, tal y como estaba programado.

¿Tendría razón la fiscal al sospechar que el chantaje a la diputada inglesa podía obedecer a un móvil de fuerte implicación política? El comisario arrugó la frente. ¿Cómo demonios iba a descubrirlo? Y, para colmo, aquellas imágenes suyas con Gemma... Como Marietta llegara a delatarlo, se vería en serias dificultades.

Amarillo. Las imágenes siempre surgían ante sus ojos en tonos amarillos. Al principio eran claras como el amanecer, pero luego iban desdibujándose como si se levantara una tormenta de arena.

El sueño siempre empezaba bien, pero se ensombrecía poco a poco: caras conocidas y un montón de gente desconocida. A algunos los conocía de vista y se alegraba de que lo saludaran con afecto y hablaran con él o le pidieran su opinión. Curiosamente, todos excepto él iban vestidos y se mostraban amables hasta que se daban cuenta de que él iba desnudo y se apartaban de su lado bruscamente. De repente, se encontraba como paralizado, indefenso, expuesto a las miradas de desprecio de todo el mundo, a las voces y los insultos que aumentaban y aumentaban de volumen hasta hacerle estallar los tímpanos. Luego le tiraban piedras y sentía bofetadas, empujones y golpes que le quemaban el cuerpo desnudo. No podía escapar, se revolvía y padecía entre el griterío. No era dueño de sus manos para cubrirse sus partes íntimas o taparse los oídos. Era como si tuviera los brazos soldados a las caderas, y sus piernas carecían de fuerza. Ni siquiera lograba darse la vuelta para marcharse. ¿Adónde podría ir? La turba lo rodeaba y parecía no verle, como si fuera transparente. Al mismo tiempo, él no dejaba de ser el centro de atención y el objeto hacia el que iba dirigida toda la violencia de esa turba. Parte de ella eran políticos de alto rango, personalidades de la economía y el mundo del espectáculo, además del alcalde y de la flor y nata de la provincia. Lo más horrible de todo eran las mujeres, escotadísimas, que chillaban como gaviotas y se reían de su miembro diminuto, señalándolo con el dedo. Y luego también estaba el rostro dulce de una mujer de pelo blanco detrás de la cual se escondía un niño gordito y que le daba a entender con voz amable que todo aquello no sucedía más que por su bien. Ya lo vería. Pero al instante desaparecía tras una espesa niebla. Todo comenzaba a dar vueltas. El vócerío era cada vez más fuerte. Le daban náuseas. Luego notó un chorro de un fluido lechoso en la cara. Por fin se despertó. El sudor le corría por el pecho y la frente y le hacía cosquillas en las orejas.

De nuevo tenía uno de esos días que él llamaba «purulentos». A veces presentía con

horror que se avecinaba alguno. Como una de esas tormentas de verano cuyas pesadas nubes negras llegaban desde el oeste a la velocidad del viento y se agolpaban sobre la cordillera del Carso y sobre el mar, y volvían el aire tan denso que podía cortarse con un cuchillo y no dejaba respirar. Hasta que el primer rayo, seguido de un sonoro trueno, partía la capa de nubes e imponía el silencio en el mundo.

Después de una noche llena de pesadillas, Aurelio había apartado las sábanas empapadas de sudor y se había sentado en la cama. Con la cabeza entre las manos en actitud desesperada, intentaba comprender por qué no era capaz de escapar de aquellas imágenes que lo atormentaban desde la infancia.

La aguja pequeña del reloj de la cocina marcaba las diez, desde la calle entraba una luz brillante y, al abrir la ventana, también entró el cálido aire del verano. ¿A qué hora se había dormido? ¿Qué le había pasado? Su móvil mostraba doce llamadas perdidas, la mayoría de ellas de Lele. Se pondría furioso, pero ¿qué podía hacerle el viejo? Aurelio sabía demasiadas cosas que para los demás no eran sino rumores. Aunque Lele nunca le había iniciado en sus negocios, de cuando en cuando revelaba cosas. ¿A propósito? Aurelio lo anotaba todo en cuanto su jefe se daba media vuelta.

De nuevo volvían a su mente algunas de las imágenes de su sueño amarillo. Cerraba los ojos, intentaba descifrarlas. En alguna parte, al fondo, también aparecía Lele agitando el dedo en el aire con furia y señalándolo. En el sueño era mucho más alto que en la realidad, más alto que todos los demás, aparecía como un poderoso Lucifer con enormes ojos verde esmeralda. En su desesperación, Aurelio se dio un cabezazo contra la pared. En su interior hervía la rabia, negra y ciega.

Con las manos temblorosas puso la cafetera en el fuego y fue a su gimnasio, donde colocó las pesas de mayor carga que tenía en la máquina de musculación. Al principio se sentía débil, pero tras repetir el ejercicio varias veces y coger el ritmo, sus músculos se calentaron, y además seguía con aquella rabia explosiva en el cuerpo, producida por el pánico. Cuando se recostó en el respaldo, agotado, percibió el olor de la cocina. El café se había quemado, la cafetera se había quedado sin agua hacía rato y la peste a goma chamuscada impregnaba el aire. Furioso, lanzó la cafetera a la pila y se bebió dos vasos de agua de una vez. Luego se dio una larga ducha, cambiando bruscamente del agua helada al agua muy caliente. Poco a poco fue sintiéndose mejor, aunque seguía muy lejos de la serenidad interior y la sangre fría que lo caracterizaban. Con los años había aprendido a interpretar los síntomas que precedían a una de sus pesadillas. Horas antes lo invadía un profundo desasosiego que no era capaz de dominar. Al primer indicio, al anochecer del día anterior, se había subido a su *scooter* Malaguti para echarse a la calle a aplacar su rabia. Había recorrido las Rive quemando llanta. No hacía muchos años que se había reestructurado esta gran avenida de varios carriles a lo largo de la costa, de tal manera que parecía la recta final del circuito de Monza. Aurelio echaba pestes de cada semáforo y de cada obstáculo que hallaba. La gente de los bares se sorprendía al oír los sapos y culebras que salían del casco y lo seguían con la mirada entre risas.

Aurelio pisaba el acelerador a fondo: cuanto más deprisa adelantaba a un coche, menos precauciones tomaba ante los demás vehículos o ante los peatones en los pasos de cebra.

A un Alfa Romeo Mito color rojo fuego, conducido por una mujer rubia que cambió al carril izquierdo para girar, le rompió el retrovisor de un codazo. Como una fiera, le hizo la higa con la mano izquierda mientras la derecha aceleraba de nuevo. En la carretera elevada que pasaba por el puerto cafetero, la terminal de carga y los astilleros, adelantó por la derecha y fue todo el rato a la máxima velocidad que le permitía su supermoto, aminorando únicamente en las largas curvas de subida hacia el Carso. Allí mantuvo la moto muy baja, como para ocultarse tras el quitamiedos, y no volvió al centro de la calzada hasta haber pasado el puesto de peaje de Lisert para dirigirse hacia Gorizia por la carretera comarcal y seguir desde allí hacia el norte, hasta el valle del Canale.

Al aparcar la moto delante de la Stazione Rogers dos horas más tarde, Aurelio ya se sentía más tranquilo. Los cilindros del vehículo crepitaron al enfriarse. Como cada día, mucha gente guapa y contenta se reunía allí para tomar el aperitivo de la cena con vistas a la puesta de sol. Todo el mundo se conocía, reía y brindaba a la salud de los otros. Piel bronceada y dientes blancos, gomina, perfume, ropa ligera y desenfadada alegría. Pidió un cóctel y se unió a unos conocidos sobre uno de los palés de madera que, con unos mullidos almohadones encima, hacían las veces de asientos a la entrada del local. A su lado, una atractiva rubia ya madurita tonteaba con Enrico D'Agostino, al que todos conocían allí porque tenía un yate, además de un pisazo lleno de obras de arte a unos pocos cientos de metros, en las Rive. La mujer no paraba de retirarse de la cara un mechón de su espesa melena que luego se recogía detrás de la oreja, y sonreía mientras D'Agostino describía entusiasmado la magia de surcar las olas del Adriático cuando el yate tomaba una escora estable y, al caer la tarde, amarrar en alguna de las islitas Kornati, ya en Croacia, a las que no se podía llegar en coche y donde, para compensar, el mesonero de la única *trattoria* existente servía pescado y langosta recién sacados del mar.

—Cursilerías para llevarse al huerto a las mujeres —musitó Aurelio, y miró el reloj. Era hora de continuar siguiendo a la periodista inglesa.

Hacia el mediodía, Aurelio entró en el Palazzo Vianello, se sentó en el escritorio de la antesala del despacho de Lele y se puso a hojear los periódicos.

—Ven para acá y cierra la puerta —ladró el viejo en un tono tan venenoso que Aurelio se sobresaltó. Obedeció de mala gana y cerró bien la puerta insonorizada del despacho de su jefe. Lele cerró el informe económico semanal de su cadena de establecimientos y se recostó en el gigantesco sillón de cuero, cuyo respaldo aún sobresalía dos palmos por encima de su cabeza. Los pies apenas le llegaban al suelo. Sobre el escritorio tenía dos periódicos abiertos por las páginas de los artículos que Aurelio ya conocía.

—¿Por qué me mientes? —le increpó Lele con una voz de pito que, al igual que el cascabel de las serpientes, subía de frecuencia en proporción a la concentración de veneno—. Te advertí que no me tocaras las narices con esta mierda. Y ahora me la encuentro en el periódico. No me creo lo del camarero, has urdido todo esto en colaboración con tu hermano.

—No es mi hermano —respondió Aurelio ofendido.

—Lámalo como quieras. Y abstente de contarme una sola mentira más. Así que, vamos, ya estás hablando por esa boca. Ahora quiero saberlo todo, hasta el último detalle. Y luego seré yo quien decida lo que vas a hacer. ¿Entendido?

Aurelio vaciló un instante. Luego le contó a Lele la versión de la historia en la que Giulio Gazza quedaba como un maquinador y un chantajista sin escrúpulos, mientras que él estaba decidido a ponerle una denuncia.

—Tú no harás nada sin mi permiso —bufó Lele—. Sigue contando.

—La foca recibió una visita ayer. Una periodista inglesa apareció en su agencia de viajes y le trajo la carta de los abogados y un ejemplar de *The Independent*. Y como no es más tonto porque no se entrena, se lo creyó todo. Ahora intenta endosarme el marrón a mí. Pero no pienso consentirlo.

—Sin embargo, fuiste tú quien me enseñó a mí esas fotos para fanfarronear. Y me aseguraste que era un camarero del hotel quien las había hecho.

—No soy ningún soplón. No quería delatar a Giulio. Fue un error querer proteger a ese cerdo. Lo reconozco, perdóname, por favor. Está claro que no se puede ser buena persona.

—¿Qué sabes de esa periodista?

Titubeante, Aurelio contó cuanto sabía. Desde el Malabar, Miriam había ido a la Piazza Oberdan y era evidente que había estado estudiando el lugar. Había permanecido sentada en un banco frente a la parada del tranvía más de una hora, observando la entrada del Palazzo Vianello. Aurelio no se había quitado el casco hasta haber entrado en el edificio y cerrado el portón de madera.

Lele ató algunos cabos, tenía que ser la misma periodista que quería escribir un artículo sobre su archivo. De modo que su interés no era más que un pretexto. Lele se rascó detrás de una oreja, aquello no le gustaba nada.

—¿Cómo sabe esa mujer que trabajas aquí? —se levantó, pero incluso estando de pie era más alto el respaldo de su imponente sillón de jefe que él—. ¿Le contaste algo a tu inglesa o qué?

—Por supuesto que no —por el gesto que hizo, pareció que Aurelio no se explicaba cómo había podido pasar aquello—. ¡Si no me preguntó ni mi apellido! Quería follar, nada más.

—Esa periodista me tiene intrigado —el viejo cogió una gorrita de béisbol blanca y se la puso con la visera hacia atrás—. Vas a seguir vigilándola. Cada paso que dé. Y me mantendrás al corriente hasta del detalle más nimio. ¿Entendido? Con Giulio todavía tengo que hablar para oír su versión. Luego, ya veremos. Más te vale no tomarme por tonto. Me tengo que ir corriendo al set de rodaje. Están consternados porque su jefe ha desaparecido. Aunque en realidad tendrían que agradecerme que les haya facilitado el trabajo. Por otro lado, al final Giulio hizo una chapuza con las reservas de vuelos para los actores, hay que arreglar unas cuantas cosas. Lo primero que tienes que hacer ahora es llevar los paquetes de valor declarado a la mensajería, tienen que salir esta misma mañana.

—Cuando se pide un *cappuccino* en Trieste, te sirven lo que en otros lugares llaman *macchiato*, que aquí es un *capo* y se puede tomar en taza o en vaso, pero entonces se llama *capo in bi*. Si lo que quiere es un *cappuccino* tal y como se conoce el *cappuccino*, aquí tiene que pedir un *caffè latte*. Es que aquí es todo distinto —rió el importador. Había citado a Miriam a las nueve en punto de la mañana del miércoles y había ido a recogerla en su coche para, lo primero de todo, llevarla a tomar un café al bar de la esquina—. Fíjese en cómo piden el café los triestinos. En nada son tan puntillosos como en eso.

Miriam tomaba notas con fruición.

—Un buen camarero prepara unos cincuenta tipos de café al día... pero nada de siropes y especias como en el Starbuck's, sino siempre con esta máquina de aquí —y acarició la gran máquina que tenían en la barra como a una vieja amiga—. Una vez hicimos el cálculo. En teoría existen cinco mil ciento ochenta y cuatro variantes posibles. Trieste es la capital cafetera de Italia. Aquí se consume al menos el doble de la media del país. Unas mil quinientas tazas al año, cuatro cafés al día. Y ningún otro lugar cuenta con la cadena de producción completa ni con tanta gente trabajando en este ramo. Es cierto que la universidad del café se fundó en Nápoles en 1999, pero con buen criterio la trasladaron aquí tres años después.

Nicola Zadar era al menos diez años mayor que ella, un caballero elegante de aspecto muy cuidado, cuyas manos de manicura perfecta manejaban el volante de un imponente Maserati sin tensión alguna, mientras atravesaban el puerto libre hasta parar frente a un almacén. Varias carretillas elevadoras descargaban un contenedor de sacos de yute con inscripciones de colores y subían la mercancía al edificio de varias plantas.

—Existen un gran número de leyendas sobre el origen del café. Lo único que se sabe a ciencia cierta es que, al principio del todo, los etíopes extraían el jugo del fruto rojo, que parece una cereza, para después destilar aguardiente. Y que se mascaban las hojas de la planta como en otros lugares la coca o el kat. Los primeros en cultivarlo de manera sistemática fueron los árabes. La bebida estimulante es ideal para una comunidad religiosa que prohíbe el alcohol. En el Yemen se creó la primera plantación en el siglo XV; en sus inicios, la ciudad de Moca, en el Mar Rojo, fue el principal punto de comercio. Los granos se hervían antes de ser vendidos para impedir que germinaran. Justo al otro lado del estrecho está Djibouti, desde donde se exporta el café de Etiopía en la actualidad. Debido a la guerra de su país con Eritrea y a la guerra civil de Somalia, éste es ahora su único puerto. Nosotros trabajamos directamente con un comerciante al por mayor de Addis Abeba y también con algunos, muy pocos, cultivadores. Mi objetivo es convencer a éstos para realizar cosechas puras, de una única variedad de café. ¡Hay tantos tipos distintos de café salvaje! Pero no es nada fácil que hagan caso. Las cantidades son relativamente pequeñas y los beneficios todavía escasos. Al margen de que hay que saber distinguir entre todos esos tipos... Todavía tenemos un largo camino por recorrer, pero por experiencia sé que, con el tiempo, la calidad se impone sobre la masa. También hay que saber aprovechar los resquicios dentro del campo de la *high quality*. En Etiopía, por desgracia, tenemos muchos problemas con la legislación. Yo comprendo que es un esfuerzo negociar precios que convengan a todos, incluso a los

pequeños cultivadores que no tienen ni idea del mercado. Pero desde que todo se tramita a través del Ethiopia Commodity Exchange ya no estamos seguros de recibir exactamente las mercancías que pedimos.

Miriam caminaba a su lado a través de los largos corredores entre paredes de sacas de sesenta kilos. En toscas letras de colores impresas directamente sobre el yute se leían la variedad y el lugar de origen de cada café; las distintas secciones del almacén estaban organizadas en función de los países exportadores y marcadas con carteles. Allí confluía el mundo entero.

—Importamos de más de cincuenta países. Por la cantidad de sacos puede deducir más o menos la importancia de cada una de estas variedades en el mercado. Allí, por ejemplo, está el Arábica de Uganda, más atrás, Sudán —y señaló una sección de la que ni siquiera estaba llena la cuarta parte—. Etiopía se almacena en el pasillo siguiente. Las guerras reducen la cosecha, que ya es pequeña de por sí. Con todo, nuestros clientes del norte de Europa prefieren las mezclas de café Robusta, más ácido, porque toman café de filtro. Cada país tiene sus preferencias. Las empresas establecidas aquí pueden abastecerlas todas. Encontrará empresas que son líderes mundiales y otras especializadas en pequeños segmentos del mercado. Un mercado de crecimiento muy reñido, basta con que piense en el cambio social que se está dando en China. Y, para esta mercancía, Trieste es la ciudad portuaria más importante del Mediterráneo desde mediados del siglo XIX.

—¿Y nunca se da el tráfico de otras mercancías en estos contenedores? ¿Armas, drogas, personas?

—Los contenedores procedentes de Colombia se abren en la aduana por principio, aunque en realidad sólo hacen calas. Los gastos de transporte son demasiado elevados como para que sea viable registrar cada contenedor a fondo.

—¿De modo que la circulación de comercio internacional da por hecho el crimen?

—Y la Unión Europea le abre la puerta. Alemania, Francia e Italia persiguen una exportación libre. Con el café, al menos estamos a salvo de las falsificaciones, tan frecuentes en el sector textil. Claro que, aparte del café mal preparado, en nuestro ramo también hay delitos bien serios. Hace un tiempo robaron de Trieste un camión de mercancías que transportaba dieciocho toneladas de café crudo y la policía no se incautó de él hasta la zona de Caserta, cerca de Nápoles. Aquello puso en marcha una gran investigación en la que se descubrió que allí iban a parar otros cargamentos robados, y que al final iba todo a un tostadero de la Camorra. Al no haber costes de compra, se gana una millonada. A mí mismo me entraron a robar en casa hace unos días y se llevaron un café muy raro y selecto del que sólo se producen unos pocos kilos al año en todo el mundo. Y no creo que el ladrón fuera un *gourmet*.

Miriam pensó que, en el fondo, tenía que estarle agradecida a su amiga Jeanette por su ligereza, pues de no ser por el chantaje nunca se le habría ocurrido viajar a Trieste. Y su tarea era muy sencilla: tan sólo escuchar con atención. Cada vez veía más claro que centraría su reportaje en las personas que se dedicaban a su trabajo con profesionalidad y enorme pasión, que se tomaban el tiempo de atenderla y de explicarle su particular papel en aquella ciudad con una amabilidad que revelaba un amor especial por Trieste. ¿Serían

así todos los triestinos o sólo los empresarios cafeteros? Al igual que el dueño del gran tostadero del día anterior, también Zadar le contó que viajaba mucho y solía visitar los países de los que importaba su café. Gente con amplitud de miras.

Zadar le habló de la historia de la ciudad y de la Unión Cafetera, entre cuyos fundadores se contaban personas de media Europa. La importación de café había empezado en la ciudad portuaria, que alcanzó un gran esplendor en muy poco tiempo, hacía trescientos años gracias a los suizos del cantón de los Grisones, y, acto seguido, italianos, griegos, judíos, alemanes, serbios, eslovenos y croatas se incorporaron al sector que cada año incrementaba su crecimiento en el mercado mundial.

—¿Y en la actualidad todos esos comerciantes son italianos? —preguntó Miriam.

—No, son europeos —respondió Zadar con una sugerente sonrisa.

Al regresar al centro de la ciudad, Zadar enseñó a la periodista los laboratorios en los que tostaban y cataban nuevas pruebas de las que al final saldrían las mezclas de café que se preparaban para cada cliente. Zadar le proporcionó tanta información que hubiera podido escribir su artículo nada más salir de allí. Ya sólo le quedaban las visitas a los típicos cafés y bares de la ciudad, e incluso hasta allí estaba dispuesto a guiarla el importador. Miriam rechazó su ofrecimiento, las distracciones siempre eran perjudiciales.

Si Marietta no le traía el café, el comisario no tenía más remedio que salir a la calle. Proteo Laurenti reflexionaba, de pie ante la barra del Caffè Torinese, un pequeño local histórico en el Corso Italia. Contemplaba el cerco marrón de su taza vacía y daba vueltas a lo que su hija Patrizia le había confiado la noche anterior. Sólo despertó de su ensimismamiento por un instante: cuando una mujer muy guapa, negra y con el cabello rubio platino muy corto, pedía un café con acento inglés justo a su lado y comenzaba a preguntar al camarero sobre los gustos de los clientes.

Patrizia estaba preocupada por el regreso de Gigi, el padre de su hija Barbara.

—¿Sabes, papá? —le había dicho estando los dos sentados en la terraza—, uno se distancia tan deprisa... Yo tengo claro que me gusta, pero en realidad no sé quién es. Y apenas me acuerdo de su cara. El verano pasado, al comienzo de sus vacaciones, pasamos dos meses juntos en los que no nos separábamos ni de día ni de noche, luego estuvo cuatro meses en el mar. Volvió cuando yo estaba justo de seis meses y se marchó otra vez poco antes de nacer el bebé. Por supuesto que es el padre de Barbara, pero ¿cómo saber si es el hombre adecuado para compartir toda la vida?

Y Patrizia había dado un buen trago de vino, a pesar de estar dando el pecho todavía.

—Patrizia, hija, tampoco tienes que tomar una decisión así de un día para otro —dijo Proteo Laurenti—. Tómate tu tiempo, pero tampoco busques cambios radicales sin fundamento.

Patrizia asintió con la cabeza sin decir nada.

—¿Y quién es el nuevo, ese con el que te arrullas en la playa?

Patrizia se quedó espantada.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Piensa, hija, que el mundo tiene mil ojos —en realidad, lo que quería era poner en

evidencia a su suegra. La paz de su hogar era sagrada.

–Se llama Guerrino. Nada serio, papá. Se lo dejé claro desde el principio.

–¿Y cuánto dura ya el asunto?

–Lo conocí en la maternidad. Es el hermano de Giulia, la mujer con la que compartía la habitación. La de los gemelos.

–¡Una flamante mamá con un flamante tío! Mis respetos, ya veo que te has tomado tu tiempo...

–Es que es muy majo, tiene sentido del humor y está de muy buen ver –ronroneó Patrizia.

–¿Y a qué se dedica el joven? Parece que tiene mucho tiempo libre.

–Es de la guardia forestal y tiene turnos distintos cada semana.

–¿Un guarda forestal? –Laurenti estaba asombrado con su hija. Nunca habría pensado que le gustarían los marinos mercantes y los guardabosques. Y por un momento se le ocurrió que aquel joven se ocuparía de los incendios forestales y los cazadores furtivos. Y que tendría que controlar la población de jabalíes armado con un fusil Remington.

Cuando llegó Livia a casa los interrumpió. Un día más, la hija mayor había tenido una larga jornada de trabajo al servicio del desquiciante equipo del telefilme. Estaba pálida como una muniquesa tras un verano de lluvia. Completamente agotada, se sentó a la mesa junto a su padre y su hermana y se sirvió lo que quedaba de la botella de vino.

–Ha sido el mayor error de mi vida –protestó–. Esta panda de descerebrados de la tele va a acabar con mis nervios.

–Yo ya te dije que ofrecieras tus servicios como actriz directamente –dijo su hermana–, pero nada, tú querías ser guionista a toda costa.

–¡Guionista sería mil veces mejor que aguantar la indecisión de estos cretinos todo el tiempo! Acabo haciendo de todo, y eso que mi trabajo sólo consiste en traducir sus memeces.

Mientras se le saltaban las lágrimas de agotamiento y decepción, miraba al mar, negro como la noche. A media milla de la costa, los barcos de pescadores habían orientado sus faros hacia la superficie del agua para atraer los bancos de anchoas hacia las gigantescas redes en forma de saco que después una grúa subía y depositaba sobre la cubierta, y entonces todo el barco se inclinaba hacia un lado bajo el peso de la pesca. Los haces de los potentes focos se reflejaban en el agua y casi parecían rozar la costa. Hasta la terraza de los Laurenti llegaba el zumbido monótono de los generadores diésel, que en circunstancias normales era como un arrullo.

–Si es que están fatal de la cabeza –despotricaba Livia con amargura–. Jamás he oído a nadie hablar tan mal de sus clientes como a esa gentuza. Se creen que el espectador es más tonto que una mata de habas. Y el gran jefe de la cadena, esa foca oronda todopoderosa y rancia, va y desaparece de repente sin dejar rastro y sin decir nada a nadie. Ni siquiera se le puede localizar por teléfono. Ahora, claro, cada vez que hay que tomar una decisión, adivinando lo que él hubiera mandado hacer, a todos les entra el canguelo y se ponen a discutir si el espectador será capaz de aceptar una relación amorosa entre los dos protagonistas.

–¿Y por qué? –preguntó Patrizia.

–El fiscal alemán es un hombre casado, tiene tres hijos, como papá, está de servicio en el extranjero y se queda encandilado con la policía italiana, que también está casada – Livia hizo una mueca de desesperación.

–¿Y qué? ¿Es que los alemanes nunca echan una canita al aire? –Patrizia hizo el gesto de que a alguien le faltaba un tornillo–. ¿En qué planeta viven?

–Pues a los espectadores no les gusta, según afirma el gran jefe cada vez que algo no le gusta a él. ¿Pero qué hace? Tirarle los trastos a una actriz tras otra, aunque su jovencísima esposa está esperando el segundo hijo. ¡Vaya modelo de rectitud! –Li-via estaba furiosa.

–¿No será que le remuerde la conciencia? Ahí lo tienes: el mundo entero echando canas al aire y tú, por el momento, no tienes a nadie... –rió Patrizia.

–¿Y cuándo íbamos a quedar? Si no tengo ni un minuto libre. ¡Sólo me faltaba tener que hacerle hueco a eso...!

–¿De qué jefe hablas, hija? –la interrumpió Laurenti.

–Es un prepotente asqueroso –dijo Livia abriendo los brazos–. En todo quiere tener la última palabra, y encima la productora le paga al señor director y a su cochazo el viaje en el tren y la estancia completa. De cada copa que se toma y de cada cena me trae la factura y quiere que se la reintegre de inmediato.

–¿Y dónde dices que está?

–No está en ninguna parte, ha desaparecido. Nadie sabe de su paradero.

–¿Cómo es? Descríbemelo con detalle.

–Dime, papi, ¿es que nunca se te olvida que eres poli?

–Descríbemelo, por favor.

–Pues mira: alto, gordo, antipático. Tres quintales de masa fofa, uñas de manicura, dientes muy blancos, pelo oscuro en greñas largas con las que se camufla la calva. ¡Y tendrías que ver las pintas que lleva!

–¿Habéis denunciado su desaparición?

–No. ¿Qué pasa, lo han encontrado? Estará de juerga en algún antro en Eslovenia.

–¿Y dónde se alojaba? –los datos personales del cadáver que los bomberos del puerto habían sacado del agua no se correspondían con ningún formulario de llegada de ningún hotel. Nadie sabía dónde buscarlo, y al anuncio que la policía había publicado en el periódico pidiendo información no había respondido nadie.

–Le alquilamos un apartamento. Pero ahí tampoco está.

–¿Dónde? ¡Dame la dirección, Livia!

Hacia la medianoche se amplió el círculo familiar con la llegada simultánea de Laura y Marco. Bajo la mirada de reproche de su suegra, que seguía sentada frente al televisor, Laurenti sacó una segunda botella de vino de la nevera. A pesar de lo tarde que era y de la larga jornada en el restaurante, Marco quería echar un vistazo a su huerto. Volvió con una cesta llena de hierbas aromáticas. El olor del cigarrillo que acababa de liarse y que su hermana mayor no tardó en birlarle de los labios era tan inequívoco que su padre hubiera

tenido que detenerlo in situ. Pero Laurenti estaba muerto de cansancio y ansiaba irse a la cama. Ya le leería la cartilla al día siguiente.

—¿Y qué hay de tu excursión en yate? —preguntó a su mujer bostezando cuando se iban a dormir.

Laura se recostó sobre su brazo y le dio un beso. Entusiasmada, ya soñaba con zarpar con sus amigas el sábado al mediodía. Querían navegar a lo largo de la costa de Istria. El primer día hasta Brioni o Pula, y luego, si el viento lo permitía, pasando por la bahía de Kvarner hacia el sur, donde había muchas islitas a las que sólo se accedía por mar y donde los pequeños mesones servían pescado y marisco fresco. Brisa templada, sol, mar, un barco de ensueño... ¡y nada de hombres estorbando a bordo!

Proteo ya no escuchó sus últimas palabras, roncaba suavemente.

¡Qué ciudad! Cada vez que Miriam quería cruzar una calle se jugaba la vida. Hasta en Hanoi se había sentido más segura, donde las tropecientas motocicletas se abren paso en todas direcciones entre coches, ciclistas y porteadores. En Trieste, en cambio, había una cantidad de motos como no había visto en ningún lugar de Europa. Los conductores, de todas las edades, ignoraban las normas de tráfico, iban disparados entre coches, camionetas y autobuses, cruzaban los carriles como les daba la gana y traqueteaban en los semáforos con la ansiedad de una manada de antílopes perseguida por otra de leones hambrientos. No solían reprimirse con los insultos si tenían que frenar en seco en un paso de cebra para evitar que sus infernales monturas de dos ruedas acabaran llenas de sangre de peatón. Claro que tampoco había que subestimar a los conductores de coches. Para la mayoría, los dos carriles de las calles de una dirección no eran suficientes. Sin poner siquiera el intermitente, se metían en dirección contraria a su libre albedrío y sin importarles los insultos de los demás. Las autoescuelas de la ciudad debían de haber impuesto un código propio, independiente del resto de Europa. Incluso en Nápoles, adonde Miriam había viajado no hacía mucho tiempo para entrevistar a uno de los inmigrantes de Eritrea estafados por la Camorra que había tenido el valor de acudir a las autoridades, parecía más fácil ponerse de acuerdo para pasar o ceder el paso, y eso que allí tampoco respetaban las normas de circulación.

El dueño del Bar delle Torri, que está detrás de la iglesia de San Antonio Taumaturgo, mostró a Miriam muy orgulloso la nueva edición de la guía *Bar d'Italia* del Gambero Rosso. La biblia de la gastronomía italiana había vuelto a valorar el elegante y moderno bar como uno de los mejores del año. Miriam le prometía mencionarlo en su artículo cuando, de pronto, notó una mano en el hombro. Se volvió bastante asustada.

—Tengo que hablar contigo —fue todo cuanto dijo Alberto, dio media vuelta y salió a la calle.

El dueño del bar la miró asombrado.

—¿No lleva en Trieste ni tres días y ya conoce a Alberto?

—No es difícil —dijo Miriam pidiendo la cuenta—. Se lo encuentra uno por todas partes.

—Sí, la verdad es que ha conseguido ser parte de la ciudad. Si no aparece durante un día entero, te llama la atención. Al café invita la casa, faltaría más.

Miriam le dio las gracias y salió detrás del vendedor ambulante a la Via delle Torri, que parecía dividida en dos por la dura sombra que los palacios a pleno sol arrojaban sobre la calle.

Observar y perseguir a una persona le resultaba más emocionante que pasar el rato tonteando en la oficina y obedeciendo las órdenes de Lele. Era un gran estímulo registrar cada paso de su presa, ir haciéndose una idea de quién era y conocerla cada vez mejor, hasta el punto de adivinar su próximo movimiento. Aurelio no tardó en localizar de nuevo a la gata sigilosa, pues así había apodado a Miriam. La periodista ejercía una enorme atracción sobre él. No sólo por su aspecto exótico, su forma de moverse como un animal de presa, su mirada franca y despierta y el cabello cortísimo decolorado que tanto contrastaba con el color de su piel. En todo expresaba orgullo y seguridad en sí misma. Tomaba un montón de notas y hubiera podido ser un personaje de uno de esos *thrillers* de agentes secretos ingleses que encantaban al joven. Desaparecía por sorpresa y aparecía de nuevo de un modo igual de sorprendente. Lele debía contratarla para su agencia de casting.

En el Canal Grande la había visto por casualidad: salía del coche de Nicola Zadar, el importador de café, cuyas oficinas conocía muy bien Aurelio. Desde ese momento la había seguido a cierta distancia. El tremendo calor no parecía ser ningún problema para ella, mientras que él tenía la boca tan seca que apenas podía abrirla.

Una y otra vez, la periodista echaba un vistazo a su libreta Moleskine y visitaba un café tras otro, hablaba con los dueños y tomaba algunas fotos. Fue al Piazza Grande, en la planta baja del Ayuntamiento, al que en su día iban Italo Svevo y Umberto Saba y que después había cedido gran parte de su espacio para la instalación del ascensor en el edificio; después fue al Urbanis, el del suelo de mosaico antiguo; unos pasos más allá a La Nuova Portizza, donde siempre había algún disturbio y donde Aurelio vio a algunos policías de la cercana jefatura y se esfumó a toda prisa. Luego cruzó al Torinese, donde el único cliente, sumido en sus pensamientos frente a la barra, era el comisario al que Lele había despachado por teléfono dos días antes. Desde allí, la gata sigilosa fue en dirección a las Rive y visitó el local más antiguo de la ciudad, el Caffè Tommaseo, con sus paredes y techos de magnífico estucado y sus lindos muebles de época. En el invierno de 1830, Stendhal lo había convertido en su café habitual... manteniéndose fiel a un principio: antes cambiar de mujer que de café. En el Tommaseo tenía lugar una tertulia política: la izquierda organizada de Trieste había quedado reducida a un círculo irrisorio, pero aun así parecía contenta con lo que era.

Aurelio mantuvo vigiladas las dos puertas y, por último, siguió a Miriam hasta el Stella Polare, donde, en 1909, el celoso Joyce se había pegado con un periodista porque no paraba de piropopear a su Nora, quien a su vez hacía alarde de ello frente al joven escritor para vengarse de las escapadas de éste con las prostitutas de Trieste. Pero aquella misión iba perdiendo la gracia poco a poco. ¡Si al menos pudiera ir en su moto! Aurelio siguió a Miriam por la zona peatonal como un perro muerto de sed, pues se quedaba esperándola en la calle mientras ella entraba a beber algo donde fuera. Luego, la periodista se dirigió

al Bar delle Torri, detrás de la iglesia de San Antonio Taumaturgo, y pasó largo rato charlando con el dueño.

Aurelio se sorprendió al verla salir y reunirse con el vendedor ambulante como si fuera alguien de su confianza. ¿De qué conocía a ese tipo? ¿Qué tenía que ver con él? Desaparecieron en el interior de una tienda de fotografía. Aurelio intentaba en vano verlos a través del escaparate. Al salir, el africano llevaba una bolsa de plástico en la mano izquierda que con mucho esfuerzo logró meter en su pesada bolsa. Se despidieron y Miriam fue al Gran Malabar, donde se quedó en la barra a charlar con el dueño, que le preparaba los más diversos tipos de café.

La siguiente parada de la ruta fue fácil de adivinar para Aurelio: el Caffè San Marco de la Via Battisti. Miriam entró en el fastuoso salón. En un caballete junto a la puerta había un retrato de un caballero de edad respetable que, además, estaba en el local de verdad, sentado en una mesa reservada al fondo del todo⁶. Hojeaba montones de papeles, tomaba notas muy concentrado y bebía un sorbo de cerveza de vez en cuando. Cuando levantaba la vista, sus ojos se encontraban con su propia cara pintada al óleo, en tanto el gran espejo que tenía a su espalda duplicaba su nuca.

Aurelio tuvo que esperar mucho hasta que Miriam salió a la calle de nuevo. Empezó a mostrarse más cauteloso, pues ahora ella se daba la vuelta a mirar y se paraba, miraba un escaparate, cambiaba de acera de repente o retrocedía unos metros. Al llegar al Corso Saba entró en el café homónimo, pidió, dejó las monedas sobre la mesa y abandonó el local de repente, caminó tres pasos por la acera y volvió a entrar. A Aurelio le faltó muy poco para que lo viera y menos aún para chocarse con el vendedor ambulante, que a esa hora también buscaba suerte por aquel barrio. Todos los cafés que se había tomado la periodista debían de haberla puesto muy nerviosa, pero al mismo tiempo parecía agotada. Tras abandonar el Pirona, su ruta la llevó por las callejuelas aledañas, donde visitó uno tras otro los bares corrientes y exentos de adornos en los que la gente se limita a apurar su café en tres tragos y sale pitando para el trabajo. El periplo terminó en la Cavana, donde Miriam quiso visitar la antigua Torrefazione La Triestina, famosa porque, desde su fundación, cada cliente podía pedir su mezcla particular.

Cuando Miriam finalmente desapareció en el interior de su hotel, Aurelio se concedió una bebida en el primer bar que encontró, corrió a buscar su moto y volvió a las oficinas de Raccaro para informarle, tal y como éste le había pedido. La puerta del despacho de Lele estaba entornada.

—*Porcamiseria!* —increpaba Lele al gordo, sentado enfrente de él como un perrito apaleado, y le lanzaba a la cabeza el primer montón de papeles que encontró a mano—. Ninguno de los dos sabéis apreciar la generosidad, así que a partir de ahora vamos a cambiar de método. A tu hermano ya lo he metido en vereda y ahora te toca a ti. Recoge eso. ¡Vamos, que es para hoy!

De rabia, Lele se había puesto en pie de un salto detrás de su gigantesca mesa de despacho y ofrecía una imagen ridícula. Todo cuanto había en aquel despacho era de dimensiones desmesuradas. En el sillón de jefe, tapizado en cuero negro, hubiera sobrado espacio incluso para el barrigón de Gazza. El barroco tresillo que había en el otro

extremo de la habitación quedaba tan lejos que el despacho parecía más propio de algún gerifalte del Partido, en Pyonyang o La Habana, y no de una influyente eminencia de traje gris del siglo XXI, que, por otro lado, era insaciable.

–Estoy esperando –siseó Lele rabioso.

Se dejó caer de nuevo en su sillón y comenzó a tamborilear con una pluma carísima sobre el tablero de la mesa, mientras Gazza se levantaba con dificultad de su silla y se ponía a cuatro patas para, casi sin resuello, recoger los papeles dispersos por el suelo. Por fin terminó y se levantó torpemente. Sudaba y despedía un olor acre.

–Aurelio no es mi hermano –desesperado, intentó defenderse del ataque–. Pero me ha metido en el marrón que ahora tú pretendes que me coma.

–Llevas retraso con las reservas de los vuelos de los actores, y luego las quejas se las traga todas la AFI. Y tenemos que asumir los gastos fuera de presupuesto sólo porque se te ha ocurrido enviar una majadería de cartas que están acarreando consecuencias muy distintas de las esperadas. ¿Por qué te crees que monté la agencia de viajes en Udine?

–Porque, por lo visto, aquí no tienes espacio –la mirada de Gazza recorrió el descomunal despacho–. Y porque querías tener una sede en el Friuli para conseguir mejores subvenciones. ¿Por qué si no? Soy yo el que tiene que ir y venir a diario. ¿Crees que es plato de gusto justo ahora, en plena temporada alta? Y el retraso tampoco es para tanto.

–Eso dices todas las veces, Giulio. Espero que te hayas puesto al día para mañana por la noche, o te cierro el negocio. Y más deprisa de lo que piensas.

Gazza dio un profundo suspiro. Tendría que trabajar hasta la medianoche y aun levantarse a las cinco de la mañana del día siguiente. ¿Por qué habría dejado que, al morir su madre, Lele le convenciera para invertir en una empresa común la modesta fortuna de la venta del bar que le había dejado en herencia? ¡Y encima le hablaba de generosidad! Sólo le habían quedado la casita de la Vía dell'Eremo y los cuatro cuartos que ganaba como propietario de la Angel Travel Agency. Los que Lele consideraba que le correspondían una vez obtenía él sus ganancias. No se movió de donde estaba.

–Si no me engaño, te quema el culo del trabajo que tienes. Tienes hasta mañana por la noche. No lo olvides. Y dile a tu hermano que pase.

–No es mi hermano –se rebeló Gazza.

–Lo es más de lo que imaginas. Y la próxima vez que asomes por aquí, más te vale venir duchado.

Giulio Gazza atravesó la antesala, saludando a Aurelio con

–Que pases, garrapata. Nuestro amante padre te espera.

–Tú no tienes padre ni madre, ni huevos ni polla. ¡No te olvides nunca! ¡So foca! –le gritó Aurelio por la espalda–. Y la paliza de antes no ha sido más que el principio.

Sorbete de limón

Raffaele Raccaro se había mostrado como un auténtico caballero mientras la guiaba por las espaciosas salas del palacio neoclásico de la Piazza Oberdan y le mostraba con orgullo las impresionantes dimensiones de su colección de fotografías de guerra. La directora del archivo le había explicado con su boqui—ta de piñón cuáles eran los criterios de clasificación y el número exacto de imágenes de cada una de las secciones. Por supuesto, todas las fotografías habían sido digitalizadas, los originales más valiosos se guardaban en el sótano acorazado. Las fotografías estaban etiquetadas con palabras clave, clasificadas por continentes, países, localidades, conflictos y batallas, etnias, épocas, formas de lucha, tipos de armas y vencedores. Por lo que se decía era el mayor archivo de propiedad particular, aunque Raffaele Raccaro la tachaba de fijación personal. Una pasión que apenas despertaba el interés de nadie, aunque aquellas salas encerrasen la historia universal. Lo veía por las pocas visitas que contabilizaba su página de Internet, a pesar de que la colección contaba con verdaderas joyas que todavía no había visto nadie... y las había de todas las guerras desde la invención de la fotografía. Había fotos, afirmaba, que incluso cambiarían la manera de contar la historia si se interesaba por ellas la persona adecuada. Cambiarían pequeños detalles o tal vez cambiarían enfoques fundamentales. Por eso era de suma importancia que no fueran a parar a las manos equivocadas, pues la Historia con mayúsculas es algo que ya está escrito, no se puede rebobinar, por más que ciertos sectores de la sociedad lo intenten de forma incansable.

—Creemos vivir en una situación estable, *signorina* Natisone —a Raccaro, que apenas llegaba a Miriam a la clavícula, debía de parecerle caballeroso llamar *signorina* a una mujer de cuarenta y cuatro años—. Pero la verdad es otra. Los ataques al sistema aumentan a diario. La izquierda no da tregua. Los comunistas no han perdido su poder en absoluto. Dominan los medios, las fiscalías del Estado y los tribunales. Hay que andarse con cien ojos a la hora de hacer pública cualquier cosa porque enseguida se falsea todo. La manipulación de imágenes es un arma increíble. Y nos encontramos en medio de una guerra mediática mundial.

A Miriam le pareció un tirillas fanfarrón que intentaba compensar su escasa estatura con una desmesurada sed de poder. Al presentarse, la periodista le había dicho que quería hacer una semblanza del coleccionista y de su pasión, pues no dejaba de ser una *rara avis*. Raccaro lo entendió como un cumplido. Miriam no mencionó que el diseño de su página web recordaba al estilo de las organizaciones de extrema derecha. Rojo y blanco sobre fondo negro, y una fotografía de la firma del Pacto Tripartito del 27 de

septiembre de 1940 entre los ministros de Asuntos Exteriores de Alemania e Italia, Ribbentrop y Ciano, y el embajador del Japón, en Berlín. Luego, Benito Mussolini haciendo el saludo romano en la proclamación de las leyes raciales de 1938 en Trieste, en la Piazza Unità, una foto del Caudillo español asistiendo a la ejecución a garrote vil de un comunista homosexual, y otra del fusilamiento de treinta rebeldes etíopes bajo la mirada del duque de Aosta, la máxima autoridad militar en la Provincia Italiana de África del Este. Todo aquello como presentación ya era duro de digerir.

—En la era digital todo es susceptible de manipulación, *dottore* Raccaro. Ya nadie está a salvo, la guerra comienza en el umbral de nuestra puerta.

—De hecho, ya ni siquiera se está a salvo detrás de nuestra propia puerta. Hoy en día existen teleobjetivos con más alcance que un fusil de francotirador. Piense, por ejemplo, en los montajes con los que atacan a nuestro jefe de Gobierno. Imágenes que lo muestran con alegres jovencitas, a cual más guapa —y sonrió de oreja a oreja—. Los periodistas las tomaron por auténticas. Los españoles, los franceses y naturalmente los ingleses. Como si no tuvierais vuestros propios problemas. Pero alguna vez se descubrirá quién fue el gran manipulador. Y aunque trabaja casi con tanta perfección como en su día Stalin, la izquierda cae en picado ante los electores. ¡Son actos de desesperación! Por cierto, querida, llámeme Lele, por favor, todos me llaman así. Lele, sin el signor delante. Casi no recuerdo mi verdadero nombre.

—¿De verdad está convencido de que las imágenes de su primer ministro son montajes?

—Al fin y al cabo, lo investiga la fiscalía, Miriam —aunque Raccaro le había pedido que lo llamase por su apodo, ella no le había dicho que la tuteara en ningún momento—. En fin, Enrique VIII tuvo seis mujeres, a dos las mandó decapitar. Y los ingleses estáis orgullosos de él de todas formas. ¿Es que no lo entiende, querida? Aun suponiendo que las fotos de nuestro jefe de Gobierno fueran auténticas, a él no le perjudicarían en absoluto. Es un gran político, muy superior a los demás. Para empezar, como orador. Todo un líder, cosa que el país necesita. En fin, y ahora me empieza a sonar el estómago, y tengo sed. ¿Qué tal si seguimos charlando mientras cenamos? La invito. No queda lejos, podemos ir a pie.

Miriam no vaciló un segundo. Si pretendía conseguir más información, no tenía más remedio que aceptar la invitación de Raccaro. Al salir del Palazzo Vianello le dio la sensación de que la observaban. En el cruce vio a un motorista con casco integral negro. Lele le hizo una leve seña con la cabeza al pasar junto a él.

Por el camino, Miriam preguntó a Lele si en su impresionante archivo también había fotografías de la guerra de Abisinia.

—Por supuesto. ¿No ha atendido a mis explicaciones? —se paró un momento y la agarró del brazo—. Ya le he dicho que no falta de nada. Que la directora le dé cita y podrá ver la sección cuando quiera. Ahora mismo se lo digo. Hay fotografías de la guerra aérea, de Aksum Dessie, de la batalla de Tembien, de la batalla de Maychew. Y sobre todo del ataque de las tropas del Negus a las nuestras en el valle de WalWal. Una agresión etíope desvergonzada contra los *askari*, nuestros aliados somalíes en la colonia. En el fondo, fue el desencadenante de las atrocidades. De eso no habla la izquierda nunca. Falsean la

historia.

Miriam se mordió la lengua. Ella conocía muy bien la historia de su país. En la cruenta guerra con gas venenoso de los italianos habían perdido la vida setecientos cincuenta mil civiles y casi trescientos mil soldados etíopes hasta 1941. Ya en 1882, los italianos habían iniciado un ataque sin éxito al país, pero fue en 1935 cuando reunieron el mayor ejército occidental en el continente africano: trescientos treinta mil hombres, con el fin de hacer realidad los delirios de Mussolini, que pretendía crear un segundo imperio romano. Las tropas fascistas asesinaron a la población en una masacre tras otra y llevaron a cabo una forma de guerra con gas venenoso lanzado desde el aire que no habría de repetirse hasta cuarenta años más tarde, en la guerra entre Irán e Irak en 1983. Su propio abuelo había sido uno de esos soldados italianos, y había transgredido todas las normas al enamorarse de su abuela. Estaba terminantemente prohibido tener relaciones con las africanas, él había arriesgado mucho.

«No nos importan en absoluto los negros del presente, el pasado o el futuro ni sus defensores. No pasará mucho tiempo y los cinco continentes inclinarán la cabeza ante la voluntad fascista», había proclamado Mussolini por aquel entonces, y el arzobispo de Milán le había aplaudido: «Dios nos guía en esta misión nacional y católica en el nombre del Bien, ahora que en los campos de Etiopía ondea triunfal la bandera de Italia con la cruz de Cristo». El testimonio de un miembro de Cruz Roja Internacional era muy claro: «Hay personas tiradas en el suelo por todas partes. Miles. En sus pies y en sus miembros consumidos veo heridas de quemaduras sangrantes. La vida escapa de sus cuerpos envenenados por el gas mostaza».

Cuando, en 1941, por fin vencieron los ingleses en alianza con las tropas etíopes del exilio, el abuelo de Miriam se escondió. No quiso regresar a Italia y permaneció en el país, donde murió de malaria y tuberculosis treinta y un años más tarde, poco antes de cumplir los cincuenta y cuatro.

Miriam pensó por un instante en obligar a su interlocutor a hacer frente a los datos sobre los crímenes de guerra. Era evidente que Raffaele Raccaro se contaba entre las personas que, desde hacía años, perseguían una reescritura de la historia. Como si bastara con creer firmemente en las mentiras con que los revanchistas pretendían convertirse en las víctimas. De ese modo anulaban sin más los testimonios de quienes de verdad habían vivido los hechos y la labor de los historiadores del mundo entero.

—Sin duda conocerá usted la famosa fotografía de la cúpula del Gobierno soviético de la que Stalin mandó eliminar a Trotski, que al final murió en el exilio mexicano asesinado con un piolet. También la célebre fotografía del miliciano español de Robert Capa está trucada. Hay que tener muchísimo cuidado con la verdad de las imágenes.

—¿Y usted nació en Trieste? —le interrumpió Miriam—. ¿Qué fue lo que despertó su pasión por ese tipo de fotografías?

—Llegué aquí en los años cincuenta, después de que la ocupación aliada liberase la ciudad. Sabrá que, al terminar la Segunda Guerra Mundial, Trieste fue proclamada un Estado libre bajo la tutela inglesa y estadounidense. Un pacto de Occidente con los partisanos de Tito.

—¿Y dónde nació?

—Soy de familia humilde, de un pueblecito del Friuli donde apenas teníamos qué comer. ¿Sabe una cosa, Miriam? En realidad sólo la he recibido por su peculiar apellido. Natisone, como el río de mi pueblo. Lasiz, cerca de Pulfero, tendrá poco más de cuatro casas. Me fui de allí nada más terminar la escuela, a los dieciséis años. Ustedes los británicos dirían que soy un *self-made man*, un hombre que se ha hecho a sí mismo. La ignorancia es algo que cada uno tiene que superar por sí solo. La curiosidad y el trabajo duro son la única base para ello. Y los buenos contactos con otros hombres que buscan el progreso. Yo empecé tostando café en un garaje. Un buen negocio que enseguida pude ampliar. Los italianos siempre hemos sido marinos y descubridores, constructores o astutos comerciantes, y Trieste es una ciudad en la que se puede llegar lejos. Basta con que se fije usted en todas las compañías de seguros, los tostaderos de café, las industrias relacionadas con la navegación. El que quiere, aquí hace dinero, tan sólo ha de cultivar los contactos adecuados.

—Eso es igual en todas partes —intervino Miriam—. ¿Y las fotografías? ¿Es cierto que tan sólo las colecciona por fijación personal, como dijo antes? No lo creo.

—Todo el que haya crecido en esta zona sabe bien que la paz nunca es duradera. La mayoría tiene miedo de acercarse a ese material tan cruento. Cuando comencé a coleccionar apenas tenía competencia que hiciera subir los precios. El arte era cosa de la élite, pero esto es más bien material del pueblo. Por cierto que mi padre, como tantos otros, también estuvo en las colonias. Nunca regresó de Abisinia.

—¿Murió en la guerra? —preguntó Miriam.

Lele se encogió de hombros.

—¿Qué podría haberle pasado si no? ¿Quién se quedaría voluntariamente en un país sin civilizar para acabar muriendo de malaria?

—¿Y no tiene documentos? ¿Cómo se llamaba?

—Paolo. Raccaro, Paolo. Nacido en 1918, en la misma casa donde luego vivieron mis padres. Sólo lo conozco por una vieja foto familiar.

—¿Tiene usted hijos?

—Un hijo malogrado —rió Lele—. Pero, bueno, todos los hijos son malogrados, como sabe cualquier padre. No tiene remedio. Espero que alguna vez se dedique a la política. Desde luego, no será porque le falten los contactos adecuados. Por cierto, ¿conoce usted la fotografía de la toma de Berlín? Esa en la que un soldado del ejército rojo iza la bandera soviética sobre el Reichstag. También es un montaje. Una pura puesta en escena tomada días más tarde, cuando se había dado el alto al fuego. ¡Propaganda comunista!

A Miriam le resultaba siniestro aquel hombre; sus argumentos serían ciertos en parte, pero en parte eran inverosímiles, espeluznantes y tan retorcidos que la periodista se preguntaba si Lele realmente se creía aquellos disparates o no estaría jugando con ella. Sin dejar de hablar del abuso de las imágenes, en diez minutos de paseo a la luz del atardecer Lele condujo a Miriam hasta una *trattoria* donde se pagaba muy poco por unas raciones espléndidas y donde al parecer no había cambiado nada en las últimas décadas. Cuando entraron, los clientes clavaron la vista en ellos sin ningún disimulo, y Lele, que

claramente era habitual de aquel comedor de al menos cien plazas, cosechó miradas interrogantes. También se escucharon los comentarios degradantes de algunos: «¿Desde cuándo se saca a cenar a una puta negra? ¿Lele se ha comprado una mujer barata?». Sin inmutarse en absoluto, Lele la agarró del codo y la condujo hasta una mesa junto a la pared.

—Me gusta venir aquí —le dijo al ver la mirada inquieta de Miriam—. Una *trattoria* clásica. Raciones grandes, poco dinero. Le recomiendo los calamares en salsa con polenta. O los *gnocchi* de patata con *gulasch*, también muy típicos. O los *spaghetti* con marisco. Sí, creo que vamos a tomar eso —y pidió sin tener en cuenta las preferencias de Miriam.

Miriam picoteaba con desgana una descomunal ración de pasta con marisco. No le gustaba, estaba claro que el cocinero se guiaba más por la cantidad que por el refinamiento. Tampoco le gustaba demasiado el sitio. Las paredes y el techo clamaban por una mano de pintura. Los manteles de papel podían pasar y el vino a granel era mejor que la mayoría de los que servían en Londres, pero los camareros eran brutos, iban con prisas y se notaba que les pesaba el trabajo. Pero lo que más le disgustaba eran los clientes, que la miraban como a un mono del zoo. Apenas comió, mientras que su anfitrión se zampó el plato entero a la velocidad de una segadora. Ya era raro que hubiera dejado las conchas de las almejas.

—No haga caso, Miriam —dijo con los ojos brillantes—. Gente anclada en el ayer hay en todas partes —y luego continuó con su tema favorito—. La cuestión siempre es la misma: ¿a quién pertenecen las fotografías? ¿Quién tiene el poder de seleccionarlas? Porque la gente se cree lo que se le muestra.

—Ése es un tema constante en Italia, ¿verdad? Nadie puede formarse una opinión sólida si no tiene suficiente información. O si se oculta una parte de la verdad. La televisión de su primer ministro, con tanta testosterona como destila...

—¡Paparruchas! No son más que prejuicios, Miriam. Nuestro país tiene grandes ventajas y grandes inconvenientes. Ambas cosas hay que saber aprovecharlas. Quien tiene el poder determina lo que se hace en cada momento. El Gobierno ha sido elegido por el pueblo e Italia es la nación cultural más antigua de Europa desde los tiempos de los romanos. En muchos aspectos vamos un paso por delante. Somos la vanguardia desde que los romanos tomaron el relevo de los griegos. En la legislación moderna, las conquistas, la expansión del cristianismo, otra cruzada.

—Había olvidado que Cristo era italiano.

Lele ignoró el comentario y siguió predicando.

—¡Piense en el Renacimiento! El arte de Piero della Francesca, Miguel Ángel, Giotto, Bellini. Y Leonardo da Vinci. ¡Y piense en la *commedia dell'arte*! *Life is a cabaret*, querida mía, y la política, una comedia. Sólo desde ese enfoque comprenderá usted este show político, Miriam. Inténtelo, claro que los ingleses son demasiado rígidos para ello. ¡Deshaceos de una vez de la Cámara de los Lores y de la anciana del sombrero y el bolsito!

—Los resultados electorales... —intentó replicar Miriam y Lele la interrumpió de

inmediato.

—...confieren al vencedor el poder de guiar el país. Piense nada más en el progreso que Italia llevó al este de África: en Abisinia no había sanidad pública ni hospitales antes de llegar los italianos, y también aumentó la productividad en la agricultura gracias a nosotros, y se desarrollaron las fábricas, el correo y, por supuesto, el ferrocarril. El primer plan urbanístico de la moderna Addis Abeba es una obra maestra del fascismo. ¿Y qué me dice de la *Aída* de Verdi? Una princesa etíope secuestrada por el faraón que renuncia a su vida por amor. ¡Magnífico!

Raffaele Raccaro dejó el tenedor a un lado y se puso a tocar el piano en la mesa al tiempo que iniciaba la melodía de la célebre «Marcha Triunfal». Luego se detuvo y sonrió a Miriam con cierto apuro.

—Pero si no está comiendo nada, querida. ¿Es que no le gusta?

—¡Se olvida usted de las víctimas! ¡También el fascismo es un invento de la vanguardia italiana! —Miriam le devolvió la mirada indignada.

—Creado por nosotros, perfeccionado por los alemanes —Lele rió de corazón—. Ellos son así: ambiciosos y sin sentido del humor. Si pudieran, hasta rebajarían la temperatura de cocción del agua. A ver, ¿qué sería Europa sin la Segunda Guerra Mundial? Pues seguiría siendo propiedad feudal de unos cuantos nobles. Nada más. Y yo un pobre hijo de campesino que no tendría para comer. Y vosotros, los africanos, seguiríais siendo negros que los blancos cargan en barcos de esclavos y venden como ganado.

A Miriam le hubiera gustado dejarlo allí plantado, no podía soportar aquel cinismo. Cada semana llegaban a Europa noticias de refugiados de Eritrea ahogados en el Mediterráneo porque se hundían las pateras miserables en las que las bandas organizadas los lanzaban al mar en el norte de África para que llegasen a Italia. El tipejo de Roma acababa de firmar un acuerdo con Libia que permitía repatriarlos de inmediato. Y el régimen los hacinaba en cárceles que atentaban contra la dignidad humana para, al final, devolverlos al país de donde habían huido por miedo a perder la vida y donde, en efecto, desaparecían sin que nadie volviera a saber de ellos. La Unión Europea daba su beneplácito. Antes de eso, el primer ministro italiano se había disculpado ante Gadafi por los crímenes de guerra de Mussolini y, de la misma tacada, había prometido la construcción de una autopista a lo largo de toda la costa. ¿Quién podía excluir la posibilidad de que quisiera exiliarse allí cuando no le bastasen las leyes para salvar su persona?

También contaba con el apoyo de Italia el Gobierno de Isaías Afewerki, uno de los últimos dictadores comunistas del mundo, que había recibido su formación militar en China. En Eritrea había eliminado la libertad de prensa y torturaba y asesinaba a cuantos criticasen el régimen. Según informes de Naciones Unidas, su crueldad superaba incluso la del tirano de Corea del Norte. Sin embargo, el Gobierno italiano firmaba acuerdos comerciales con él y realizaba inversiones de las que se beneficiaban algunos parientes de miembros del Ejecutivo. Eso sí, hablar de derechos humanos en Europa estaba pasado de moda. Y aquel tirillas de Lele fanfarroneaba de los méritos de su país en la primera colonia que estableció Italia en el este de África, con el beneplácito de los ingleses, con el

fin de frenar el ansia de expansión de los franceses.

—El jefe de Gobierno de Eritrea es el último zar comunista junto a Kim Yong-il en Corea del Norte, el generalísimo Than Shwe de Myanmar, el chino Hu Jintao... Y al igual que en Moscú, no se toma ninguna decisión sin preguntarle —soltó Miriam.

—¡Se acabó! ¡No nos creamos mejores que los demás! —replicó Lele. Su voz se había tornado cortante. Pero enseguida se serenó y alzó el vaso para brindar con ella—. ¿Por qué se indigna, Miriam? La corrupción es la otra cara de la moneda del poder. Por supuesto que esa cara es corrupta por naturaleza y encarna los delirios de grandeza, pero la realidad es que tampoco hay nadie para ponerle freno. La izquierda se ha quedado en cuatro gatos mal avenidos y con ideas pasadas de moda que tienen tanto miedo al pueblo que casi preferirían que desapareciera. De surgir alguna oposición sería de entre las propias filas o del Vaticano. No me diga que es normal.

Miriam no salía de su asombro. De modo que así era como se escribía la historia.

—Por favor, no crea que los italianos no lo vemos. No somos tan sumisos ni tan tontos como nos suelen pintar. Lo que pasa es que sabemos cómo aprovechar los pequeños resquicios que quedan. Flexibilidad. Y, al fin y al cabo, todos vivimos en una sociedad de *voyeurs*, querida mía. Eso es el progreso técnico. Cuando el mundo de las imágenes aún estaba compuesto por pinturas al óleo, no existía tal posibilidad. Pero hoy en día todo el mundo tiene móvil con cámara.

—Ni que lo diga, *dottore* —el título se lo había añadido ella por iniciativa propia. Miriam sacó del bolso las fotografías de Jeanette y su amante y se las fue colocando sobre la mesa con parsimonia. Una tras otra—. Usted conoce a este hombre. ¿Cómo se llama y cómo puedo dar con él?

Los ojos de Lele se convirtieron en dos ranuras mínimas que, junto a su sonrisa, hicieron de su cara una mueca diabólica.

—¿Por qué le interesa precisamente este hombre? No le costaría nada atraer a puerto a mejores mozos.

—El poder de las imágenes, como usted mismo decía. Es un chantajista que está siendo investigado por la fiscalía. Así que ¿cómo doy con él?

—¿Un chantajista? ¡Qué malo! ¿Y a quién está chantajeando y con qué?

—Lea el periódico. El tipo ha echado cálculos por su cuenta y ha metido la pata, y le convendría mirar muy bien por dónde pisa. Su víctima ha encargado a unos especialistas que le quiten los pájaros de la cabeza —y dejó el ejemplar de *The Independent* junto a las fotos.

—¿Y usted es una de ellos?

—Yo sólo investigo. Jeanette McGyver moviliza a una artillería más pesada. Aún están por llegar. Vamos, dígamelo. ¿Quién es?

—Tranquila, mi buena amiga. La cosa no es tan sencilla como cree —Lele se metió el tenedor en la boca con el último bocado de pasta, se limpió con la servilleta y dio un buen trago de vino—. ¿Y contra quién va a disparar su matón si no hay diana? He visto las fotos auténticas. Todavía existen. Un duro golpe para esa señora si llegaran a los medios británicos.

–El registro domiciliario no es plato de gusto, *dottore* –Miriam guardó las fotos.

–De modo que su interés por el archivo fotográfico no era más que un pretexto –declaró Lele con suficiencia, infravalorando la reacción de Miriam.

–Todo lo contrario. Sus disertaciones son realmente interesantes. Una perspectiva inusual.

–No me tomaré esta disputa como algo personal, Miriam. El archivo sigue abierto para usted –Lele sonrió e hizo una seña al camarero–. Le recomiendo un sorbete de limón a la triestina. No, no se toma con cuchara. Se puede beber –y, de nuevo sin preguntar, pidió para los dos–. Concierte una cita con la directora. Estará encantada de enseñarle la sección del este de África, sin restricción alguna. Aunque yo no esté.

Miriam ni tocó el sorbete, que venía servido en una copa de champán. Cuando salió del local, tanto los clientes como Raffaele Raccaro la siguieron con la mirada.

Había poco tráfico y no se veía un taxi por ninguna parte. Regresó al hotel a pie a través de la noche. En la Piazza Goldoni, una moto blanca de gran cilindrada que avanzaba hacia ella sin frenar estuvo a punto de atropellarla. Se salvó porque fue rápida al saltar a la acera. Una risa desaforada se oyó en el interior del casco. Miriam se quedó mirando el vehículo, que iba sin luces y se saltó el semáforo del cruce, hasta que desapareció por la Galleria Sandrinelli, el túnel que va por debajo del Colle di San Giusto. Recuperada del susto, llamó a Candace a Londres. Tenía que contarle aquella velada tan extraña y que le costaría olvidar. La siguiente llamada fue a Jeremy Jones, el abogado de Jeanette, a quien localizó en su casa.

–Si de verdad no quieres dejar títere con cabeza, demanda a la AFI, la empresa de Raffaele Raccaro –le indicó exaltada–. Exige una indemnización por daño personal que requiera echar mano de su dinero blanqueado. Tiene que ser una cantidad desorbitada. Y pon una denuncia que justifique la vía penal: chantaje, amenaza, calumnia, acoso. Que se entere la diplomacia británica. Pide una orden de registro. Dicen que el tal Aurelio es un hijo ilegítimo de Lele. Y date prisa antes de que muevan ficha ellos. Realmente se creen que el mundo es suyo. Por cierto, me están siguiendo.

–Ve a la policía de inmediato.

–¿Y qué les cuento? ¿Que intuyo que me están siguiendo, cuando no me conoce casi nadie en esta ciudad? Se van a reír de mí. Lo que podrías hacer es intentar localizarme la matrícula de un vehículo.

–Estamos asociados con un bufete de Trieste –dijo Jones tras unos instantes de vacilación–. Se dedican sobre todo al derecho naval, pero te ayudarán.

Al cruzar la Via Teatro Romano frente a la jefatura de policía, volvió a ver la moto blanca. Esta vez aparcada junto a la acera, frente a un rascacielos cuya fachada estaba recubierta de ladrillo rojo. Al conductor no se le atisbaba por ninguna parte, pero la matrícula era la misma que había anotado el día anterior frente al Palazzo Vianello.

Los enfados y el café se sirven calientes

En las escaleras del Teatro Romano, justo enfrente de la jefatura de policía, tenía lugar una terrible persecución en la que dos gángsteres –traje oscuro, gafas de sol negras– disparaban sus pistolas de juguete contra una comisaria que zigzagueaba frenética hasta esconderse de un salto detrás de las ruinas. Los agentes de verdad contemplaban el espectáculo con gesto divertido desde la acera de enfrente.

Mientras aparcaba, Laurenti ya presintió que se avecinaba el infortunio. Un lanudo perro negro corría hacia él meneando el rabo y arrastrando a su añoso dueño de la correa. El viejo Galvano se había quedado embobado mirando a una mujer africana muy guapa que abandonaba la ventanilla de «Atención a los extranjeros» con su permiso de residencia recién concedido en las manos, tan contenta que se había puesto a bailar en la acera. El perro jadeaba de excitación y tiraba de Galvano para que se acercara a Laurenti.

–Dicen que Lele tiene algunos problemillas –Galvano dio un tirón de la correa del perro para que no lo tirara de bruces cuan largo era–. ¡Viejo bribón! A lo mejor se le acaban pronto los juegucitos. Incluso sin que intervengáis tú ni tus ingenuos compañeros, comisario, pedazo de vago.

–Cuando un día empieza varias veces, acaba mal. Es una frase que leí anoche en una novela, Galvano, y hoy mismo veo que se confirma. ¿Pero qué pasa? ¿Un perro policía jubilado y un forense pensionista añoran la jefatura? ¿O es que os han contratado de extras para la película de ahí enfrente?

Se agachó a acariciar a su amigo peludo, al que había adoptado hacía unos años pero que había tenido que regalar al anciano viudo porque Laura se había negado en rotundo a quedárselo. La mujer del comisario no quería un chucho sin pedigrí y menos todavía uno entrenado para seguir rastros y detectar estupefacientes.

–Es casualidad, Laurenti. No pretenderás que dé un rodeo para no encontrarme contigo –iba lamiendo un helado de café que le goteaba por los dedos–. La heladería de la esquina de la calle Malcantón es muy buena –dijo señalando detrás de él con el helado, que le goteó sobre la chaqueta.

–¿Y a ti cómo es que se te antoja comer helado a estas horas? ¿Será que te estás volviendo humano? –Laurenti albergaba la esperanza de que el anciano le dejase seguir su camino hacia su despacho. Había renunciado a su habitual baño matutino en el mar para llamar a la puerta de Giulio Gazza, en la Via dell'Eremo, poco antes de las seis de la mañana, pero en vano. Ni el más mínimo ruido había salido de aquella casucha.

—Mi matasanos me ha prohibido tomar más de un café al día, pero no ha dicho nada de los helados —gruñó Galvano mientras se miraba los dedos pringosos sin saber qué hacer. Jamás había cometido un descuido semejante en cuestiones de etiqueta. Comer por la calle le había parecido siempre un espanto y, a medida que cumplía años, soltaba auténticas tiradas de impropiedades cada vez más venenosos contra la imparable degeneración de las buenas costumbres. Entre los desencadenantes de su ira se contaban, por ejemplo, los pantalones de señora de cintura tan baja que dejaban el tanga a la vista, los hombres con pantalones oscuros y zapatillas de deporte blancas con velcro, las camisas por fuera y las barbas de tres días, a las que obviamente sobraban noventa y seis horas. Cuando aún estaba en activo, el forense ni siquiera fumaba en la calle; a lo sumo sacaba sus cigarrillos mentolados en la escena del crimen, y no tanto para calmarse ante la visión de algo a menudo espeluznante como para compensar el pestilente olor de los cadáveres.

—Yo que creí que venías a verme... —dijo el comisario.

—El que un día te hayas levantado antes de lo normal no significa ni mucho menos que haya venido a verte —farfulló Galvano mientras Laurenti le limpiaba los churretes de helado del traje de paño gris, al que el anciano no renunciaba ni en los días más calurosos. Las camisas de manga corta y las mangas remangadas también estaban en su lista de pecados contra el buen gusto. En sus ojos se veía claramente la rabia por su propio descuido. El resto del helado se lo lamió de la mano el perro en una esmerada operación de limpieza dedo por dedo.

—La amabilidad en persona. Como siempre. ¿Y cómo es que tu rusa te ha vuelto a dejar suelto?

Entre los amigos de Galvano cada vez eran más frecuentes las bromas sobre el excéntrico trío que formaban el anciano, tan alto y enjuto, la rubia, que era bajita, rellenita y no paraba de dar su opinión sobre todo el mundo y todas las cosas con su tremendo acento ruso, y el chucho negro y lanudo.

—Está en la playa. Ya sabes que a mí no me apetece nada apretujarme entre tanta carne joven.

—Mejor, las chicas guapas te excitarían demasiado.

—Ya verás la envidia que me tienes cuando llegues a mi edad, Laurenti. No te imaginas el alivio que supone. Tú, en cambio, estás tan ocupado con la nueva llama de tu amor que descuidas tu trabajo y a tus amistades.

—Eso mismo digo yo todo el rato —la voz que el comisario oyó a sus espaldas le hizo dar un respingo. ¿Es que no había manera de llegar tranquilo al trabajo a las ocho de la mañana? Marietta sonreía por primera vez en mucho tiempo. Una sonrisa amarga.

—A ver, ¿qué problemas se supone que tiene Lele? —Laurenti siguió mirando a Galvano.

—Sus socios se están impacientando. Las últimas inversiones que ha hecho, sobre todo las de los dos centros comerciales, no tiran para arriba. Se veía venir, ya se lo había dicho yo. A excepción de cuatro ofertas que hacen de cebo, lo que venden allí no es más barato que en los demás sitios, encima hay que hacer cola en la caja y aguantar las canciones afeminadas de Michael Bublé que suenan sin parar. En las tiendas del centro

de toda la vida se encuentra lo mismo y con mayor variedad. Pero Lele sigue empeñado en matar el comercio del centro antiguo para luego comprarlo todo por muy poco dinero. Eso es lo que quieren él y otros cuantos simpáticos caballeros extranjeros a los que se les ha quedado pequeña la lavadora de su casa. No me extrañaría nada que ya hubiera recomendado a su hijo como candidato a la alcaldía. El ocaso está fríamente programado.

El amigo cuadrúpedo levantó la pata y mojó el tapacubos del coche patrulla del comisario.

—¡Huy, Galvano, por eso te van a multar con trescientos euros de aquí a poco!

—¡Qué gente! ¡Les pienso cantar las cuarenta la próxima junta del Consejo de la ciudad! Tenlo por seguro.

—Deben de estar temblando de miedo desde ya... Anda, más te vale contarme cómo sabes que a Raccaro se le están torciendo las cosas.

—No está nada mal vivir con una rusa que va por todas partes con la antena puesta. Por mucho que hagáis bromas pesadas a su costa. El otro día, en la mesa de al lado del Scabar, había tres tipos hablando mientras nosotros dábamos cuenta de los salmonetes que había preparado tu hijo. Ese muchacho vale más que tú, mira lo que te digo. ¡Qué ricos estaban! El caso es que los tres eran rusos y hablaban de Lele en voz tan alta que la gente se quejaba. A ellos les importaba un pepino si les oían o no, claro. ¿Quién sabe ruso en esta ciudad? Pues Raissa, claro. Uno dijo que se iban a quedar con la AFI, la empresa cinematográfica, porque tiene un montón de cuentas en el extranjero, saca estupendos beneficios y deja fuera de juego a cualquier competidor. Al parecer, con recursos cada vez más expeditivos.

—¿AFI? —preguntó Laurenti alarmado—. ¿De verdad que has dicho AFI?

—Sí, ¿por qué?

—Marietta, ¿no es lo que ponía una de las notas que llevaba en los bolsillos el cadáver que sacaron del agua?

La secretaria del comisario se encogió de hombros.

—Nadie conoce con exactitud los negocios de Lele, pero a mí también me ha llegado la noticia de que ha conocido épocas de mayor esplendor —se inmiscuyó Marietta—. Es una pena que se cotillee tanto en esta ciudad.

—Y yo sin enterarme hasta ahora —la increpó Laurenti—. ¡Pues será la primera vez que te muerdes la lengua, Marietta!

—Como lo único que haces es quedar con tu doctorcita... ¿Acaso estás muy enfermo, Proteo? —contraatacó Marietta y dio media vuelta.

—¡Ocupate de investigar esa AFI ahora mismo, Marietta! —le gritó Laurenti mientras ella se marchaba.

El viento en Trieste era imprevisible. Había días en que cambiaba de dirección tres veces, y con él cambiaban también la luz y las sombras y el color del mar. La bora había cedido durante la noche. A cambio, soplabla el *libeccio*, la brisa del sudoeste —y en su nombre ya resonaba su procedencia libia—, que traía hacia el norte el aire caliente de

África. Una capa de nubes altas como de terciopelo creaba una luz difusa, el cielo y el mar se unían en el horizonte en un velo blanco. La claridad cristalina de los días anteriores se había perdido en la bruma.

Había sido la primera en la terraza del desayuno. Mientras disfrutaba de su taza de té, Miriam contemplaba la Piazza, por la que la gente pasaba corriendo hacia sus trabajos. Nada sospechoso. Eran las ocho cuando pagaba en la recepción y abandonaba el hotel. El camino desde allí hasta la agencia de alquiler de coches lo recorrió a pie, con su *trolley* Samsonite traqueteando sobre el pavimento. El semáforo de la Piazza Unità estaba rojo para los peatones y, aunque no pasaba ningún coche en ese momento, esperó y miró a su alrededor. Junto al pedestal de una de las dos grandes pilastras de hierro fundido coronadas por una alabarda había un hombre joven que miraba con interés hacia la prefectura, cuya fachada decorada con exquisitos mosaicos de pan de oro brillaba majestuosa bajo el sol de la mañana. Tras cruzar la calzada de cuatro carriles para llegar al Paseo Marítimo, la periodista se volvió una vez más. El hombre se alejaba a paso rápido e iba hacia el Gran Hotel.

Alquiló un coche durante veinticuatro horas, aunque lo devolvería en el aeropuerto poco después de comer. Su plan estaba muy bien pensado. Después de hablar con Jeremy Jones la tarde anterior, él la había llamado por la noche. Estaba más preocupado que ella por que la estuvieran siguiendo, e inmediatamente después de la primera llamada se había puesto en contacto con su compañero de Trieste para comentarle el caso. No habían tardado en ponerse de acuerdo: en primer lugar, Miriam no tenía nada concreto a lo que poder agarrarse, con lo cual carecía de sentido denunciar nada a la policía; en segundo lugar, debía abandonar su hotel como muy tarde a la mañana siguiente. Jones había intentado convencerla de que regresara a Londres, pero no lo había logrado, pues Miriam insistía en quedarse en la ciudad del Adriático.

—¿Crees que habría llegado tan lejos en mi profesión si siempre me hubiera asustado a la primera de cambio? —le había respondido.

Un cuarto de hora más tarde, el abogado la llamaba una vez más para decirle que le había encontrado un nuevo alojamiento. Nada de hoteles, era el apartamento de un conocido que apenas lo utilizaba. Allí podría quedarse cuanto quisiera, pero, por Dios, tenía que librarse de aquella sombra que la seguía a todas partes.

Pasando la zona industrial de Monfalcone, todo el terreno era llano como una platija. Los vastos campos de maíz se alternaban con viñedos y plantaciones de frutales, a veces se veía el curso de algún río o, donde el verde dejaba libre la vista, un pedazo de la laguna de Grado. Cruzó dos puentes, en uno de ellos había un cartel muy visible que rezaba «Isonzo», el agua era de color verde jade. Un poco más allá, a la izquierda, había una urbanización turística y un camping, y tuvo que ir en caravana detrás de numerosos coches con matrículas austriacas y alemanas hasta que por fin pasó el cartel que anunciaba la llegada a «Grado – La isla del sol». Siguió las indicaciones y encontró un hueco para aparcar poco antes de llegar a la zona peatonal. La moto blanca que había avistado por el retrovisor media hora antes la había adelantado sin que el conductor se

volviera a mirarla. La matrícula ya la conocía. No puso el ticket de aparcamiento, al fin y al cabo era un coche alquilado. No le costó encontrar el Hotel Savoy, donde Jeanette se había alojado en el mes de mayo. Era un edificio en forma de cubo, muy agradable, con un vestíbulo muy amplio con aire acondicionado, un jardín muy acogedor para los huéspedes y piscina. La recepcionista llamó al encargado en cuanto Miriam se presentó como periodista de la revista *Traveler*. El hombre, que hablaba con un acento alemán inconfundible, la invitó a sentarse muy solícito y pidió dos cafés. Miriam tampoco halló dificultad alguna para convencerle de que rompiera su código de honor y le proporcionara información sobre uno de sus clientes. En tiempos de crisis no debían escatimarse esfuerzos por atraer a turistas ingleses que supieran apreciar el vuelo directo desde Londres. Un artículo que diera mala imagen del lugar y sus gentes en la prensa inglesa sería contraproducente. Por supuesto, el hombre se acordaba de Jeanette... y entonces se le encendió la bombilla. Había leído los periódicos locales, y en aquella pequeña localidad turística se conocía todo el mundo, como también se conocía a muchos de los veraneantes habituales que se alojaban en otros sitios.

Entretanto habían dado las once de la mañana y las calles estaban llenas de turistas. Miriam dio un tranquilo paseo por las callejuelas mirando los escaparates de las tiendas de *souvenirs*, y se acercó al paseo marítimo a tomar un *caffè shakerato* mirando a la playa. Tenía todo el tiempo del mundo... ¡Que sufriera su perseguidor! De vuelta en el centro, entró a ver la iglesia de Santa Eufemia en el Campo dei Patriarchi y después el baptisterio de la basílica de Santa María de la Gracia, donde admiró los mosaicos del siglo V, aunque lo que más disfrutó fue el frescor húmedo de las iglesias, sabiendo que su perseguidor se moría de calor en la calle al sol. No hizo nada por despistarlo.

—La historia tiene su gracia. Esa diputada inglesa es la mar de lista, en mi opinión. Se defiende con todos los medios a su alcance —dijo Galvano muy animado. El comisario le había sugerido acompañarlo hasta el Bar Portizza, en la plaza de la Bolsa.

—Y ahora yo tengo que atrapar a ese donjuán. Imagínate que la fiscal me ha asignado el caso a mí ex profeso. Afirma que la diplomacia lo requiere así.

—Hombre, hay que reconocer que para tales asuntos eres el más indicado —bromeó Galvano—. ¿Y quién es ese tipo?

—Tiene una agencia de viajes en Udine... y un expediente policial bien gordo. Antecedentes por fraudes varios, pero también por agresiones, peleas... Un inútil que intenta salir adelante a base de trampas. Vive en una casucha de la Vía dell'Eremo que heredó de sus padres. No responde a mis llamadas y esta mañana a las seis no estaba. Debe de tener otros sitios donde dormir.

—Se hará el sordo cuando vea el número de jefatura en la pantalla de su teléfono.

—Es lo mismo cuando llamo con un número oculto.

—Después de lo que decía el periódico le habrán llovido las llamadas.

—Y yo ahora tengo que pegarme el viaje hasta Udine para tomarle declaración.

—Ni siquiera allá arriba en el Friuli es oro todo lo que reluce. Encárgaselo a alguno de los compañeros de allí. Por lo demás, me parece estupendo que por fin una mujer se

tome las mismas libertades que sus compañeros.

—La tacharían de golfa al instante y del hombre no dirían nada. Imagínate que la canciller alemana se comportara como nuestro jefe de Gobierno...

—La verdad sea dicha, no entiendo por qué se arma tanto revuelo por esas cosas —le interrumpió Galvano—. Luis XV mandaba que le llevaran a la cama a una virgen cada noche, y él olía peor que los guerreros de Odín. Mao y John F. Kennedy también fueron muy mujeriegos. En cualquier caso, está claro que eso no tiene nada que ver con la orientación política. Cuando tenía ochenta años, François Mitterrand reveló que tenía una hija de veinte que llevaba años viviendo en uno de los palacios de propiedad estatal. Tanto nuestro jefe de Gobierno como la mayoría de sus ministros están divorciados por lo menos una vez y ya ni siquiera el Vaticano se inmuta. Y los alemanes tuvieron hace poco un canciller que se había casado cuatro veces. ¡A ver si nos dejamos de hipocresías! ¿Por qué no vas a Inglaterra y le tomas declaración a la diputada? Un cambio de aires. Si le echas un poco de ingenio, hasta te puede acompañar Gemma. Bastará con que viajéis en vuelos distintos. Eso sí, ten cuidado de que en la factura no ponga «habitación doble».

—¡Hemos encontrado el apartamento de Bierchen! —la inspectora Pina Cardareto esperaba a Laurenti con gran impaciencia—. Su hija Livia nos dio la dirección del alojamiento que le habían reservado en la agencia. Es una buhardilla en Gretta, Via Braidotti. Con garaje —dijo Pina al tiempo que hacía tintinear un manojo de llaves.

—¿De dónde las ha sacado?

—Así nos ahorramos el cerrajero. El propietario, Enrico D'Agostino, es amigo de un conocido mío. ¿Me acompaña? La policía científica nos está esperando.

¿No era ese D'Agostino el que había quedado con Laura para mostrarle sus obras de arte por si le interesaban para la casa de subastas donde trabajaba? Claro, en su día había heredado un montón de dinero y también inmuebles, y era amigo íntimo del notario, que se reservaba para sí mismo los mejores inmuebles y terrenos cuando tramitaba herencias y cesiones de herencias antes de que nadie más llegara a enterarse de que existían. Aquel notario siempre iba arreglado como un dandy y se notaba que le salía el dinero por las orejas. Y era hermano de logia de Raccaro. Pero lo que más se rumoreaba de él por los pasillos de la jefatura de policía era que hacía poco se había echado una amante... y que era precisamente Pina. Todo el mundo se preguntaba qué podía atraer a la inspectora de aquel hombre casado y padre de dos hijos adolescentes. Las obras de teatro que Pina escribía en sus ratos libres, así como las duras caricaturas que dibujaba con mano agilísima para estupor de los compañeros retratados, estaban en una onda muy distinta desde el punto de vista político. Y la inspectora Cardareto era conocida como una auténtica fiera del *kickboxing*, pero, desde luego, no como devoradora de hombres. Hacía mucho que todos sabían que se había estrellado en todas sus relaciones anteriores, pero que, a pesar del tatuaje que llevaba en el bíceps —un corazón tachado junto a las palabras *Basta amore*—, tampoco soportaba estar sola.

—Me parece perfecto que ponga esa buhardilla patas arriba. Yo tengo que ir a Udine a hablar con Gazza.

Marietta irrumpió en el despacho.

—¡La AFI! Tenías razón, Proteo. En el registro comercial aparece como Action Film Italia. Toma, la copia de la nota que llevaba en el bolsillo el alemán.

—«20.000 euros» —Laurenti dio unos golpecitos al papel con el dedo índice—, y la fecha del día anterior a que pescaran del agua al gordo. En cuanto vuelva, cito a Lele y le interrogo. Pina, lo mejor será que vaya directamente a las oficinas de esa empresa y les ponga un poco nerviosos. Muéstrese bien dura con la jefa, amenázcela con la Guardia di Finanza y todo eso.

El móvil del comisario avisó de la entrada de un SMS. Un signo de interrogación. Pero no tenía tiempo de responder. Le esperaba la fiscal. Llamó a Gilo Battinelli para que lo acompañase. La división del trabajo era un gran invento. Por el camino informó al inspector de que seguía sin recibir los resultados del análisis de ADN de los cabellos y del rastro de sangre que la policía científica había hallado en la ventana del baño del importador de café al que habían robado. Las pruebas estaban en el laboratorio de los especialistas de Padua, que se encargaban de toda la zona noreste de Italia. Evidentemente, los crímenes capitales tenían preferencia. En cualquier caso, ya estaba demostrado que, por la longitud y por el color, los cabellos no podían ser de ninguna de las personas que trabajaban para Zadar.

—¡Cuando se está siguiendo a alguien no se tiene horario de trabajo! —Raccaro se había puesto como una furia al llamar a Aurelio a su casa y descubrir que estaba allí después de medianoche. No estaba dispuesto a tolerar excusas ni explicaciones de ningún tipo—. ¡Pues si ella se va a la cama, tú te quedas a dormir frente a la puerta del hotel! Quiero que no la pierdas de vista ni un instante y que me avises de inmediato en el caso de que vaya a la policía. Y también quiero saber con qué personas habla.

Después del largo día, Aurelio se había quedado dormido en el sillón delante de la tele, con un vaso de whisky a medio beber en una mesita a su izquierda. Cuando sonó el teléfono, hacía rato que los cubitos de hielo se habían derretido. Había abandonado la persecución después de que la periodista y Lele pasaran por delante de la jefatura de policía. Estaba claro que, a esas horas y después de las caminatas por la ciudad que había dado durante el día, la periodista sólo podía dirigirse a su hotel, que quedaba muy cerca. Incluso ella tendría que dormir alguna vez.

La diversión que al principio le había supuesto espiar a la gata sigilosa había quedado muy atrás. Si Jeanette no le hubiera aguado la fiesta de aquella manera, a Aurelio al menos le habría quedado la posibilidad de probar suerte ahora con la atractiva periodista. Igual que había hecho con tantas otras turistas en los últimos años. La idea del chantaje no se le había ocurrido hasta conocer a Jeanette, a pesar de lo bien que lo había pasado con ella y de cuánto había disfrutado de la aventura. A decir verdad, Jeanette era una mujer insoportable, pero tanto dinero y tanto poder juntos lo habían atraído como un imán. Era su oportunidad de hacer borrón y cuenta nueva en el capítulo de Raccaro y comenzar una nueva vida. No había tardado en vencer sus escrúpulos iniciales. Resultaba evidente que aquella turista era una persona muy importante, a juzgar por la

cantidad de llamadas de Inglaterra que recibía y a las que respondía con indicaciones tan escuetas como inequívocas. Un furtivo vistazo a su bolso había bastado para averiguar el resto. En la cartera llevaba el carnet de miembro del Parlamento, además de un grueso fajo de dinero. Aurelio tomó unas cuantas fotografías de sus documentos con la cámara del móvil y las examinó con mayor detalle por la noche, una vez que Jeanette se hubo dormido. Al enviar las fotos del chantaje a través de la agencia de viajes de Giulio Gazza, nadie podría seguir su rastro ni imputarle nada a él. Como sabía que el gordo siempre llegaba tarde a trabajar, Aurelio había solicitado un mensajero a primera hora de la mañana y lo había esperado delante del edificio. Jeanette sabía cómo localizarle. De hecho, había contado con que lo llamaría en cuanto recibiera las fotos. Después de todo, tenía guardado el número de su segundo móvil. El plan de Aurelio era fingir consternación y hacer como que no tenía nada que ver con todo aquello.

En Grado, los turistas poblaban las callejuelas, y las mesas bajo las sombrillas de los numerosos restaurantes y *trattorias* estaban muy solicitadas. No todos los veraneantes pasaban el mediodía en la playa, muchos preferían el aire de los ventiladores a la brisa africana que soplaba junto al mar.

Ya era el tercer día que Aurelio seguía a aquella mujer. Al parecer, la gata sigilosa paseaba por la localidad sin rumbo, con sus folletos turísticos en la mano, pero justo había ido a dar con el hotel donde él y la inglesa habían vivido su tórrida aventura. Sin embargo, todo apuntaba a que la periodista tan sólo pretendía pasar un agradable día de vacaciones. ¿Qué sentido tenía continuar tras ella en Grado? Aurelio maldijo a Lele por obligarle a realizar aquel trabajo, aunque tampoco tuvo agallas para desobedecerle. Estaba cansado y bostezaba a cada rato.

Se despabiló de golpe al ver que la periodista apretaba el paso y, tan decidida como si realmente hubiera estudiado adón—de dirigirse, tomaba un camino que él conocía demasiado bien. Se detuvo frente a un edificio de tres pisos poco aparente, con la fachada pintada de azul cielo, y examinó el cartel en varios idiomas que había junto a la puerta del jardín. El Bed & Breakfast Nontiscordardimé, Nomeolvides, estaba muy céntrico y era el alojamiento preferido de Aurelio porque ofertaba precios muy módicos para lo espaciosa que eran las habitaciones. Miriam llamó al telefonillo y cruzó la puerta para atravesar el cuidado jardín por el camino bordeado de magníficas flores que llevaba hasta la casa.

¿Cómo demonios había conseguido aquella dirección tan deprisa? Jeanette nunca le había preguntado dónde se alojaba. A Aurelio se le aceleró el pulso, estaba nervioso y cambiaba el peso de un pie al otro. Tenía que adelantarse a ella e impedir bajo cualquier circunstancia que alguien le diera sus datos o le dejara echar un vistazo al archivo de clientes. Se avecinaba una catástrofe. La dirección de Aurelio coincidía con la de Lele. Se apresuró a marcar el teléfono de la casa de huéspedes y tuvo que esperar un buen rato hasta que descolgaron. Balbuceó su nombre casi histérico, pero se tranquilizó al oír

la dulce voz de la dueña, que lo conocía desde hacía tiempo. En pocas palabras, Aurelio le explicó que no debía dar su dirección a nadie bajo ningún concepto. Apeló a la amistad que los unía desde hacía tantos años y prometió pasar muy pronto para explicárselo todo en persona. Pero la respuesta de la propietaria coincidió con el momento en que la gata sigilosa salía de nuevo a la calle.

—Ay, lo siento, tenía que haberlo sabido antes. Pero seguro que lo puedes arreglar, Aurelio. Hasta ahora no se te ha resistido ninguna. ¿Te mantengo la reserva para la segunda quincena de agosto?

Por respuesta recibió los pitidos de la línea telefónica.

Las pesquisas de Miriam habían sido muy fructíferas. Ahora ya conocía el apellido de Aurelio, su fecha de nacimiento y su dirección: Aurelio Selva, un joven de veintiocho años. De excelente humor, dio los datos a Jeremy Jones y se dirigió hacia el coche. Con la multa que le habían dejado sujeta con el limpia-parabrisas hizo una bola y la tiró al asiento de atrás.

Se tomó el viaje de vuelta con tranquilidad y no adelantó a ninguno de los coches de turistas que recorrían las calles a paso de tortuga. En cambio, se aseguró de que su particular ángel de la guarda motorizado no la perdiera de vista hasta llegar a la oficina de alquiler de coches del aparcamiento del aeropuerto Trieste-Ronchi dei Legionari media hora más tarde. Al devolver las llaves en el mostrador, por fin pudo verle la cara de cerca. El joven hojeaba un prospecto de una oficina de turismo con gesto aburrido en el vestíbulo de la terminal de Salidas. Un chico realmente guapo. Miriam fue al mostrador de facturación y entregó su equipaje. El vuelo a Londres estaba anunciado para las 14:30, según el horario previsto. Sacó del bolso el resguardo de la reserva que había hecho la noche anterior por Internet. Era un vuelo de bajo coste, unos pocos euros que dio por bien invertidos al avistar a su perseguidor una vez más en la puerta de la terminal, que al ser muy pequeña ofrecía una buena panorámica desde casi cualquier ángulo. Al pasar por el control de pasaportes hacia la zona de seguridad, Miriam se volvió a mirar si seguía allí. Estaba tentada de decirle adiós con la mano, pero ya no lo vio por ninguna parte. En el bar, pidió un *tramezzino* de atún y huevo duro y una copa de *prosecco*. Cuando anunciaron el vuelo por megafonía, preguntó por la salida. Hay viajeros que cambian de opinión en el último momento.

Aurelio aparcó la SpiderMax entre dos coches en la Via dell'Eremo y guardó el casco debajo del asiento. Se volvió fugazmente, pero con el calor que hacía no había nadie por la calle; durante un instante oyó ruido de platos desde una ventana abierta. Dos gatos atigrados zanganeaban a la sombra de un arbusto y no se dignaron ni mirarlo cuando bajó por la Scala Bonghi. Aquella escalera era la única vía de acceso a las casas construidas en la falda de la colina en los años veinte y ahora sepultadas por el verde. Rione del Re, el barrio del rey, las habían bautizado en tiempos. La colonia fue concebida como el nuevo barrio de la clase media: comerciantes, funcionarios, empleados. A cambio, éstos abandonarían los edificios medievales del centro de la ciudad para que allí pudieran llevarse a cabo los proyectos imperialistas acordes con los delirios de grandeza de los

peces gordos del partido de Mussolini. Por aquel entonces, aquella colonia les había parecido una gran jugada arquitectónica y la habían construido a toda velocidad. Ahora, sin embargo, el Ayuntamiento tenía la zona tan descuidada que los vecinos protestaban. Se quejaban de las manadas de jabalíes que solían aparecer por allí, de las malas hierbas que lo invadían todo y de los cientos de garrapatas que poblaban los arbustos. Al final, se habían iniciado unas obras de mejora y saneamiento que nunca terminaban, pero que dejaban grandes montañas de escombros aquí y allá.

Aurelio torció por la segunda callecita, bajó la escalera hacia uno de los edificios pareados y sacó sus herramientas del bolsillo. Se volvió a mirar una vez más, se puso unos guantes de látex y en menos de un minuto había cruzado la puerta. El mal olor impregnaba las habitaciones, las persianas casi bajadas dejaban entrar una luz mortecina.

Conocía cada centímetro cuadrado de aquella vivienda. En ella había pasado su infancia hasta que su benefactor lo había enviado a un internado en el lago de Garda para que hiciera allí el bachillerato. Hasta entonces había compartido habitación con un chico que le llevaba once años. Giulio le había tratado fatal desde el principio y le había hecho la vida imposible. Nunca había aceptado que sus padres quisieran acoger al pequeño y se había vengado siempre con él. Le cargaba el mochuelo de todas sus canalladas y disfrutaba cada vez que Aurelio recibía un bofetón de castigo por algo que no había hecho. Y, cada vez que le venía en gana, se masturbaba sin ningún recato en la habitación que compartían.

Aurelio le despreciaba y se escondía debajo de la cama. Una vez que se armó de valor y se lo dio a entender a la madre, se ganó primero las bofetadas que le propinó ella y después una paliza de Giulio tan fuerte que le dolieron las costillas durante una semana.

Cuando Aurelio fue enviado al internado a los dieciséis, Gazza tenía veintisiete años y se había puesto como una bola. Seguía sin oficio ni beneficio, pegado a las faldas de su madre, que no tenía fuerzas para echarlo de una patada en el trasero. En lugar de eso, le daba dinero a escondidas incluso cuando Giulio no se lo pedía. Aurelio no se enteró de la muerte de su padre de acogida hasta después del entierro, al que no le invitaron. Al llegar las vacaciones y volver a casa —y él lo llamaba «casa» porque al fin y al cabo había pasado toda su infancia allí—, la madre le anunció durante la comida que a partir de entonces tendría una nueva dirección de acogida en Trieste. Aurelio se mordió los labios mientras clavaba la vista en el papel con los datos. No quiso conocer los motivos. Vacilante, se levantó de la mesa sin dejar de mirar a aquella mujer cuyo cabello se había vuelto blanco como la nieve. Luego, con la mirada perdida, dejó que lo abrazara sin devolverle ningún tipo de gesto.

Cogió su equipaje tal cual lo había traído y bajó por la Scala Bonghi hasta la Via Sinico, donde se subió al autobús número 11, que lo llevaría al centro de la ciudad. Cuando llamó a la puerta del rascacielos que hay frente al Teatro Romano, el corazón casi se le salía por la boca y no se tranquilizó hasta que salió del ascensor y lo recibió un hombre menudo y muy delgado que le enseñó el piso y las magníficas vistas que había desde la terraza. El cambio no parecía nada malo, para empezar ya no tendría que soportar las maldades de Giulio. Su nueva habitación era grande, aunque la ventana diera

a la montaña y no al mar como a él le hubiera gustado. El hombre bajito le llamó Auro y le dijo que a él lo llamara Lele, y que a partir de entonces se ocuparía de él. Que la mujer que lo había acogido tenía la vida más difícil desde la muerte de su marido. Cada vez que Aurelio preguntaba tímidamente por su verdadera madre, el viejo se negaba en rotundo a darle cualquier tipo de información. Sólo cuando discutían, Lele la recordaba con los improperios más terribles.

Hasta el día de hoy, Aurelio se había abstenido de investigar en la Oficina de Empadronamiento. Descubriera lo que descubriera allí, no cambiaría su objetivo de marcharse de Trieste para siempre lo antes posible.

Aurelio miró a su alrededor, la casa estaba hecha una verdadera pena. En la cocina había torres de platos sin fregar, la basura desprendía una peste terrible y un enjambre de moscas negras tapizaba los cristales. Estuvo a punto de abrir las ventanas y ventilar bien, pero no había venido para eso; tampoco los policías que llegarían más tarde se dedicarían a hacer la limpieza. ¿Cómo se podía vivir así?

Fue a la tercera habitación: la que había tenido que compartir con la foca durante su infancia. Sólo faltaban las camas, al parecer Giulio se había trasladado al dormitorio de sus padres después de morir también la madre, tres años atrás, y heredar la casa. Aurelio se agachó junto a la ventana y dio unos golpecitos contra el rodapié hasta encontrar el hueco que había abierto de niño para esconder sus tesoros de Giulio. Sacó la tarjeta de la cámara de fotos y el recibo de la mensajería y tapó de nuevo el hueco. Su mirada se posó sobre un álbum de fotos abierto que encontró al pie de la vitrina del salón. Sacó una foto de la mujer que lo había criado en la que todavía se la veía con el cabello oscuro y sonreía tan contenta que le brillaban los ojos. Se la guardó en el bolsillo trasero del pantalón y salió de la casa. No habría transcurrido ni un cuarto de hora cuando arrancaba la moto, subía hacia la Villa Revoltella y, poco después, se incorporaba a la autopista en dirección a Koper. Más allá del antiguo paso de frontera paró en una gasolinera, abonó la gasolina y compró una tarjeta telefónica. Junto a los servicios había una cabina. En la centralita de *Il Piccolo*, el principal diario de Trieste, no le pusieron ninguna pega para pasarle con el redactor encargado de la sección de «Sucesos». Hacía décadas que el periodista extendía las escuetas noticias que le llegaban de la *questura* hasta convertirlas en pequeñas novelas. Aurelio no dijo quién era, sino que formuló tres frases muy concisas:

—Es por el asunto de la inglesa. Fue Giulio Gazza quien hizo las fotos, la tarjeta de la cámara está en su casa. Que los policías busquen huecos en la pared.

—¿Y dónde exactamente? —preguntó el redactor en tono seco. Sabía por experiencia que no tenía ningún sentido preguntar el nombre de quien llamaba.

—Que se esfuercen ellos.

El redactor ya no oyó más que un chasquido en la línea. Se fijó en el número de Eslovenia que había copiado de la pantalla y luego se puso a rebuscar entre la enorme pila de papeles que sepultaba más de la mitad de su escritorio y cuyo contenido sólo conocía él. No tardó mucho en encontrar la carpeta que llevaba el nombre de Giulio

Gazza. Leyó rápidamente los dos artículos que había en ella. Mientras él marcaba el número de móvil de Laurenti, Aurelio ya iba de regreso al centro de Trieste por el Viale d'Annunzio.

—¿Ha vuelto usted? ¿Tan pronto? —preguntó el taxista—. ¿Y sin equipaje?

La casualidad había querido que parase delante de ella el mismo taxi que la había llevado al centro el día de su llegada a Trieste. Ciertamente es que en un aeropuerto tan pequeño tampoco había gran variedad. El trayecto le costó tres veces más que el vuelo a Londres, Miriam se asomó a la ventanilla y se sintió aliviada. Su estratagema había funcionado.

—¿Y qué, preguntó por su apellido? —le preguntó el taxista.

Miriam negó con la cabeza.

—No, aunque fui al valle que usted me dijo. Pero las carreteras eran tan estrechas y tenían tantas curvas que di media vuelta antes de encontrar el nacimiento del río. Un paisaje precioso, pero no tenía a quién preguntar.

—¿Y la historia del café? ¿Recogió mucha información?

—Me falta comprobar unos cuantos detalles. Aquí todo es distinto al resto del mundo.

—¿Qué me dice! Pues a mí no me lo parece. Somos una ciudad de lo más normal.

El taxi paró en la Via Trento, frente al número que le había dado Jeremy Jones la noche anterior. Su bufete colaboraba con la sociedad de abogados de Trieste en asuntos de derecho marítimo, pero también trabajaban en ella dos penalistas de renombre. Por lo que le había dicho el abogado inglés, podía confiar plenamente en ellos, pues ya había comprobado la relación que tenían con Raccaro. Era sabido que en las ciudades de provincias todos los que más o menos pertenecían a una misma casta se conocían. A sus clientes les surgían serias dudas al ver a los abogados que defendían sus causas tomando café en amor y compañía con los de la acusación o al enterarse de que ambas partes jugaban juntas al golf. No obstante, la gente de Beltrame, Grandi & Kraft había descubierto enseguida que podían ganar mucho como representantes de los contrarios de Raffaele Raccaro y su pandilla de políticos y hombres de negocios de dudosa índole. Miriam tenía que hablar con Fausto Aiazzi, un abogado de gran experiencia.

Aiazzi la estaba esperando. Miriam le dio los datos personales de Aurelio junto con la matrícula de la moto. Con una breve llamada, Aiazzi averiguó que el vehículo estaba inscrito en la Via Donata 1, igual que su dueño.

—Es el rascacielos que hay frente a la jefatura de la policía, al lado del Teatro Romano —explicó—. Conocemos a ese joven. Es el factótum de Raffaele Raccaro, que vive en el piso 14. Arriba del todo. Me cuesta imaginar que Aurelio Selva actuara por orden de Raccaro al seducir y chantajear a su amiga. Raccaro mueve hilos muy distintos.

—¿Y qué me dice de que ese tal Aurelio me siguiera, pegado como una lapa todo el día?

—Eso no es buena señal —dijo Aiazzi—. Se le conoce por lo violento que es. Me ha dicho Jones que no hay forma de convencerla de que abandone la ciudad. El centro es fácil de controlar. Me temo que no tardarán en encontrarla de nuevo si se queda aquí. Piénselo una vez más, por favor.

Miriam meneó la cabeza.

–Ni hablar. Tengo que terminar lo que he empezado.

–Tenga muy presente que con Raccaro no se puede bromear. Ahora mismo llevamos tres procesos en contra de él. Pero Raccaro tiene las mejores cartas para librarse de cualquier pena a pesar de los hechos. Sus abogados se las ingenian de mil maneras para que los juicios se vayan aplazando, juegan con los plazos de prescripción.

–¿Y de qué se trata?

–Dos de los procesos ya están en segunda instancia. Uno es por soborno y adjudicación ilegal en un concurso público. Tenemos todas las pruebas en la mano, pero los contrarios no paran de pedir un justificante tras otro. El segundo caso es por la aceptación de privilegios en calidad de miembro de la junta supervisora de una empresa de abastecimiento de energía. En el tercero representamos al Lloyd de Londres en nombre de nuestros socios ingleses. La causa se está tramitando desde el verano de 2006, por aquel entonces la reputación del puerto cafetero de Trieste sufrió un gran varapalo porque le fue retirado el certificado de calidad a medio millón de sacas de café Robusta de Vietnam.

–¿Ah, sí? –no era de extrañar que ninguno de los especialistas del sector del café a los que había entrevistado Miriam hubiera querido contarle nada de aquel incidente–. ¿Y qué fue lo que pasó?

–El café se llenó de moho por culpa de la humedad –explicó Aiazzi encogiéndose de hombros–. Unos dicen que la madera de los palés estaba húmeda, la competencia de Hamburgo asegura que los almacenes de Trieste no cumplían la normativa. El precio del café en Euronext.Liffe, la Bolsa de valores a plazo fijo de Londres, se disparó hasta el equivalente de la subida a siete años. El Lloyd tuvo que hacerse cargo de las pérdidas, que al final se redujeron a veinticinco mil sacas de café afectadas por el moho. Y da la casualidad de que esas mil quinientas toneladas las compró una de las empresas de Raccaro directamente a la compañía de seguros. Pero no pagaron nunca, claro. Todo lo contrario, la aseguradora afirmó de pronto que había sido víctima de una estafa. Todavía se tardará mucho en resolver ese asunto.

–¿Y qué hicieron con el café enmohecido? –preguntó Miriam asqueada. Desde su infancia sabía bien qué aspecto y qué sabor tiene el café echado a perder así.

–Suponemos que Raccaro lo mandó con máximo secreto a algún tostadero del extranjero para que lo disimularan como pudieran, y luego lo vendería como oferta extraordinaria en sus supermercados, como cebo, siempre hay gente que no entiende y no se entera. Sacar beneficios hasta de la mercancía podrida no es nada raro en el sector alimentario. Si realmente le interesa este tema, busque anuncios de gran formato con ofertas de café sospechosamente buenas.

La información que el abogado le estaba dando de pasada era un material añadido de sumo interés para su reportaje: la pérdida de los suministros del puerto del Adriático disparaba el precio del café Robusta en las bolsas del mundo hasta alcanzar máximos históricos. Nunca hubiera concedido tanta importancia al puerto de Trieste, aunque también era probable que quienes más se beneficiaban de las noticias de aquel tipo fueran

los especuladores del mercado de futuros, cuyos beneficios iban en proporción a la subida de los valores. Así era como Lele había sacado una gran tajada del café enmohecido. Por un lado, el precio del café se había disparado, por otro, había caído en picado. Pero, al parecer, Lele hacía unos cálculos todavía más sofisticados, puesto que el precio que había negociado con el Lloyd de Londres no había tenido en cuenta el encarecimiento en el mercado. Sin duda, en aquellos tiempos de vacas gordas, el precio de la mercancía estropeada en oferta o casi regalada en los comercios al por menor aún sería más alto de lo normal, con lo cual el margen de beneficio era doble. Raccaro estaba de vuelta de todo y, naturalmente, no le importaba en absoluto que el moho pudiera ser perjudicial para la salud. Eso afectaría, a lo sumo, a quienes lo comprasen sin saber nada. ¿Quién iba a atar cabos, tratándose de una oferta puntual? La historia de Miriam funcionaría. Podría describir como cara positiva los agradables encuentros con la gente del ramo del café de los días anteriores. Ellos quedarían muy bien, mientras que Lele recibiría su merecido.

—Por cierto, el documento de la demanda se ha enviado esta tarde tanto a la fiscalía como a las oficinas de Raccaro —Aiazzi le mostró la copia del certificado de acuse de recibo firmado por la secretaria de Lele—. Aunque me temo que sus abogados también recurrirán aquí a las tretas que nuestro sistema legal permite y que han salvado de más de una condena a nuestro mismo jefe de Gobierno. En fin, si de verdad no hay manera de convencerla a usted de que abandone... —Fausto Aiazzi dejó un manojo de llaves sobre la mesa—. Es un apartamento de lujo en la Strada del Friuli 98, pertenece a un compañero. Allí estará a gusto, tiene unas vistas fantásticas. Lo mejor será que no salga de allí salvo para lo imprescindible. En los alrededores hay algunas tiendas.

Había ido en el taxi desde el bufete de abogados Beltrame, Grandi & Kraft Associati hasta la Strada del Friuli 98 y de camino había comprado las cosas que necesitaba en un supermercado. El apartamento, en la última planta del edificio, le había encantado nada más entrar. Tenía unas vistas que realmente quitaban el aliento, y la decoración era tan sencilla como exquisita, del mismo estilo purista que la impresionante villa de alto diseño que se integraba en el entorno como si hubiera estado allí desde siempre. Dejó sus bolsas, abrió la cristalera de la terraza y disfrutó de la brisa que le traía el olor del mar. Las habitaciones estaban amuebladas con lo mínimo, se puso cómoda en una tumbona de la terraza y llamó a Jeremy Jones al Summit House en Red Lions Square.

—Es mejor que cualquier hotel, gracias —le dijo, y le contó cómo se había librado de su perseguidor.

—Magnífico —respondió Jeremy y rió con la satisfacción de Falstaff al rescatar a las alegres comadres de Windsor. Estaba repantigado en un sillón club de cuero de brazos tan altos que la mano que tenía libre casi le quedaba a la altura del hombro—. Con lo bien que se te da fisgar, habrías sido una gran detective, Miriam.

—Yo investigo, no fisgo —replicó ella, y le habló de la visita a Fausto Aiazzi y de sus últimos descubrimientos acerca de Rac—caro.

—Entonces, ¿qué vas a hacer? —susurró Jones, y Miriam oyó cómo encendía una cerilla

y daba unas bocanadas para prender un Montecristo que habría de paladear durante toda la conversación.

—Tengo que encontrar a Alberto, el vendedor ambulante somalí. Me seguía en mis paseos por la ciudad. Cuando, hace dos días, me advirtió de que otra persona me estaba siguiendo, le compré una cámara para que le hiciera fotos. Me costó quinientos euros, y la misma cantidad le tengo que dar a él cuando me la devuelva.

—Qué caro. Pero seguro que Jeanette te lo reembolsará. ¿Y qué pretendes hacer con esas fotos?

—Presentárselas a Raccaro. Y luego ya veremos cómo reacciona. Quien recurre a pruebas falsas puede arrastrar al descrédito a cualquiera.

—Como a la pobre Jeanette.

Era obvio que su amiga le había ocultado la verdad desnuda al abogado.

—O a mí, con esa persecución tan poco disimulada.

—No creas, que someter a una presión muy sutil pero inequívoca ya ha servido para quitar de en medio a muchos fisgones incómodos que metían la nariz en asuntos que no eran de su incumbencia. Tú te has colado en su territorio... Habría sido mejor que me dejaras ese trabajo sucio a mí.

—Aquí al menos luce el sol, Jeremy. Y veo difícil que hubieras dado con Raccaro desde tu despacho.

—Entonces, al menos ponte un chador —sugirió Jones al final de la conversación—. Se te reconoce a un kilómetro de distancia.

—Me voy a teñir el pelo —dijo Miriam.

—De verde, como si lo viera —suspiró el abogado.

—De rojo. Era el color favorito de mi marido. Desde su muerte no lo he vuelto a llevar.

A continuación llamó a Candace. Seguía archivando las fotos de su viaje por Oriente. Aunque, mientras su madre le contaba cómo había dado esquinazo al perseguidor, se puso a navegar por la página web de las líneas aéreas de bajo coste que unían Londres y Trieste.

—A las once y veinticinco desde Stansted —dijo Candace—. Y justo quedan dos plazas. Me voy para allá.

Miriam se alegró. En cuanto solucionaran lo del chantaje de su amiga, podrían disfrutar de unos días de vacaciones en la playa. Tal vez en Grado, como Jeanette.

Desidia veraniega

Era el último viernes de julio y Proteo Laurenti seguía sin mucha atención las noticias de las cinco de la tarde por la radio del coche, hablaban de un crucero del que cientos de pasajeros británicos estaban siendo trasladados a los hospitales de la zona a causa de una intoxicación por salmonela. ¿A quién se le ocurre servir huevos rellenos en el bufet con semejantes temperaturas? Laurenti se imaginó a todos aquellos turistas de piel rosada, con sus pantalones cortos, y casi se alegró de no tener que verlos atravesar la Piazza sudando para dejarse caer en la silla del primer café que encontraran y quedarse allí a vegetar toda la tarde. El consumo de patatas fritas de bolsa para acompañar el *cappuccino* no dejaba de sorprender a los lugareños. Los camareros ya estaban curados de espanto. Y las palomas esperaban a un aletazo de distancia de las mesas de los turistas para aprovechar el primer despiste y lanzarse a por su botín. El *Ecstasea*, el yate de Abramóvich, ya no estaba en el Molo IV.

Laurenti estaba furioso consigo mismo. ¿Por qué no habría puesto el intermitente azul tres kilómetros atrás, en la salida del aeropuerto Ronchi dei Legionari, para llegar hasta la carretera de la costa atravesando Monfalcone, la ciudad de los astilleros? Iba con la gasolina en las últimas... mejor dicho: no iba a ninguna parte, estaba parado. Era el comienzo de las vacaciones, el «gran éxodo veraniego», como llamaban en las noticias al monumental atasco que se formaba cada año en las autopistas. Quince millones de italianos tenían miedo a la soledad y partían rumbo a sus lugares de veraneo el mismo fin de semana, todos a una en caravana, como si quisieran burlarse de la crisis. Aquel eje de la circulación en dirección oeste se encontraba en un estado lamentable del que, al parecer, todo el mundo era consciente excepto los cargos públicos responsables de tomar las decisiones pertinentes. Llevaban años postergando las obras de mejora del tramo, aunque lo atravesaba media Europa oriental. Diecinueve millones de camiones y cincuenta millones de coches al año. Aparte de la caravana de camionetas sobrecargadas de mercancías y de personas procedentes de Rumanía, Bulgaria, Ucrania y Moldavia, cuyos conductores cruzaban Europa traqueteando y sin pararse a descansar. En verano, además se les sumaban los veraneantes ansiosos por descansar unos días en la playa, aunque con tanta gente los únicos en encontrar la arena debían de ser los propietarios de alguna isla.

El aire acondicionado zumbaba a la máxima potencia y, aun así, el comisario sudaba y se revolvía inquieto en el asiento de su Alfa Romeo. Estaba tentado de salirse al arcén, bajarse y saltar por encima del quitamiedos a aliviar la vejiga a punto de explotar, aunque

se le quedara mirando todo el mundo. El viaje de Udine a Trieste no solía durar más de media hora. Cualquier día normal ya estaría de vuelta en el despacho, sentado a su escritorio, pero aún le quedaban cinco kilómetros hasta el peaje de Lisert, desde donde el tráfico iría algo más fluido. ¿Cómo demonios no lo había visto venir? Hacía un buen rato que había ido al baño con toda tranquilidad y se había refrescado con un *caffè shakerato* mientras dejaba los papeles encima de la mesa y dictaba a Marietta una breve orden de imputación para el detenido, a quien entretanto habían encerrado en la cárcel de Udine entre sonoras protestas. De camino a la jefatura se había concedido un chapuzón en la Diga Vecchia, en la piscina del dique frente al Puerto Viejo. Ese verano lo hacía muy a menudo a última hora de la tarde cuando tomaba el viejo ferry, que justo prestaba su último año de servicio. Gemma estaría esperándole, pero si aquel tremendo atasco no se despejaba de una vez, no podrían volver a verse hasta el lunes. El fin de semana había demasiada gente en la playa para pasar desapercibidos. Sobre todo a las amigas de Laura, que al punto se pondrían a cotillear como locas.

La cola de coches no avanzaba ni un metro. La presión en la vejiga hacía correr chorros de sudor por la frente del comisario y hasta le provocaba escalofríos. Había descartado la idea de sacar la luz azul de la policía y poner la sirena. Sólo había dos carriles para llegar al peaje y el arcén estaba bloqueado por los camiones, que a juzgar por los carteles pertenecían a la productora de televisión que rodaba en la ciudad. Las motos se adelantaban entre los demás vehículos y retrasaban la espera en las ventanillas de pago. Laurenti miraba el indicador de la gasolina con preocupación. El asfalto hervía, el termómetro marcaba una temperatura exterior de cuarenta y cuatro grados. A lo lejos se veían negras nubes de humo en el Carso y no paraban de pasar aviones de bomberos echando agua, que cargaban en la bahía de Monfalcone. Había oído por la radio que el incendio había estallado al norte de Doberdò del Lago y que los bomberos italianos estaban colaborando con los eslovenos y con Protección Civil, pero no lograban hacerse con la situación. Como en tantas otras ocasiones, sería un incendio provocado por algún pirómano loco.

—Marietta —preguntó Laurenti por el manos libres—, ¿tenemos alguna noticia de la autopsia?

—Nada. Zerial no me ha respondido hasta la quinta llamada y me ha dicho que no piensa meterle mano al cadáver hasta pasado el fin de semana. Como pronto, el lunes. El fin de semana sólo atenderá emergencias. ¿Pero por qué no se lo preguntas a Pina? El caso lo lleva ella.

Estupendo. En Trieste se gozaba de la gran ventaja de vivir en una particular comunión con el mar. El agua estaba limpia, uno podía bañarse en pleno centro de la ciudad y eran muchos los que poseían un magnífico yate. Pero todas aquellas maravillas repercutían en el espíritu de trabajo. ¿Era necesario un asesinato probado para que el forense jefe tuviera a bien dedicarle su tiempo un viernes por la tarde? Con el viejo Galvano no habría pasado eso jamás.

—¿Y no ha dicho nada más? —Laurenti se agarraba al volante aunque el coche estuviera

parado.

—Sí, sí. El hematoma de la cadera derecha podría ser, por la zona en que está, de la barandilla o de la borda de un barco. Como el amigo Birkenstock⁷ iba de alcohol hasta las cejas, podría haberse caído de un barco —dijo Marietta indiferente, sin saber que acababa de bautizar al cadáver con un nombre que se extendería y aparecería después en varios documentos hasta, finalmente, provocar un arrebató de cólera de la fiscal.

—O sea que Zerial sí que ha examinado el cadáver.

—Tasa de alcoholemia de 1,8. Y también iba puesto de coca. ¿Has terminado? —preguntó Marietta impaciente.

—No, así que haz el favor de escribir el informe que te voy a dictar y se lo envías a la fiscal de inmediato, es urgente.

—¡Maldita sea, Laurenti! Acabo de apagar el ordenador —la voz de Marietta resonó por el altavoz como la anhelada tormenta de verano.

—Pues ten la bondad de volver a encenderlo, Marietta, por favor.

—¿Y no puede esperar hasta el lunes?

—Primero: he dicho «por favor». Segundo: he dicho «urgente». Y tercero, es una orden, así que más te vale tomar nota antes de que me haga pis en medio del atasco. ¡Tiene que salir hoy mismo!

—¿Qué?

—¡El informe!

Laurenti se puso a dictar.

—¿Lo tienes todo? —comprobó para terminar—. Pues léemelo una vez más.

Marietta carraspeó de mala gana y repitió:

—Trieste, a viernes tal y tal. Destinatario: fiscalía de Trieste; magistrada: *dottoressa* Iva Volpini.

»Motivo del informe: cargos contra Giulio Gazza, nacido el 1 de junio de 1966 en Trieste, actualmente en prisión preventiva en Udine de acuerdo con la orden de detención de hoy, 27 de junio del año en curso.

»La jefatura de policía de Trieste, representada por el *vizequestore* Proteo Laurenti, solicita el traslado inmediato del detenido a la prisión preventiva de dicha ciudad. La detención de Gazza del día de hoy, así como los resultados del registro de su domicilio en la Via dell'Eremo refuerzan la sospecha de que el detenido es el autor del intento de chantaje a la ciudadana inglesa Jeanette McGyver. Véase denuncia número tal y tal, Se solicita el traslado inmediato con el fin de que el sospechoso pueda ser llevado ante el juez de instrucción de Trieste dentro del plazo legal establecido. El traslado de Gazza acelerará asimismo las labores de investigación. Firmado tal y tal...

Tras introducir una pequeña corrección, Laurenti dio las gracias a Marietta por su trabajo con exageradísimas palabras y le deseó un fin de semana libre de preocupaciones y rico en placeres sensuales. Aunque se calló el comentario sobre el conejo Bobo y su amito y colgó antes de que Marietta pudiera contraatacar.

Avanzó unos pocos metros gracias a que la caravana se había movido un poco. La presión en la vejiga se había hecho insoportable. Laurenti tanteó el suelo del coche y

encontró una botella de agua mineral vacía bajo el asiento. Se deslizó hacia delante todo lo que pudo, de manera que su pecho tocó el volante e hizo sonar la bocina un momento. A su lado había un Opel Minivan en el que viajaba un grupo de veraneantes aún paliduchos con tablas de surf en la baca, bicicletas de montaña en el portaequipajes y montones de bolsas y maletas en la parte de atrás. Cuando Laurenti advirtió las miradas de guasa de sus vecinos de atasco, con sus camisetas de colores, sus bolsas de patatas fritas y sus bebidas energéticas en latas azules metalizadas y con la cara de Mozart, casi había desbordado la botella. Enroscó el tapón, respiró aliviado y se recostó contra el respaldo. Pronto estaría en casa.

Gazza estaba sentado a su mesa de la agencia de viajes como una mole fofa y desgana, y había puesto unos ojos como platos al ver entrar a Laurenti en compañía de dos agentes de Udine uniformados y encontrarse de pronto con una orden de detención en las narices. La fiscal Volpini no había vacilado un instante cuando el comisario había ido a verla por segunda vez, ahora acompañado por Battinelli, para informarla de las pruebas que habían encontrado en el hueco del rodapié de su desastrada vivienda.

–De acuerdo, está bien. No tengo elección, no vaya a ser que luego surja algún problema en todo este asunto. Si no encarcelamos a ese tipo, proporcionamos a los ingleses un motivo más para dejarnos mal. Si no se puede dar con Gazza en Trieste, es probable que esté en su agencia de Udine. Vayan hasta allí y deténganlo. Entretanto, prepararé el informe para el juez de instrucción. Y no deje de enviarme la orden de traslado del detenido hoy mismo.

–Suponiendo que lo encuentre –completó Laurenti.

–Encuéntrelo –dijo la fiscal muy seca, y miró al inspector Battinelli porque le sonaba el móvil con la música de la «Marcha Triunfal» de *Aída*.

El inspector musitó una disculpa y respondió.

–Raccaro está preparando el barco para salir –informó Gilo mientras salían.

–¡Ni que se hubiera oído que pretendía hacerle una visita esta tarde para ver cómo reacciona ante el asunto del alemán! Bueno, ya volverá. Battinelli, tú pégate a él en todo caso tal y como hemos hablado.

Parecía que el inspector se había puesto de acuerdo con Lele para que el papeleo de esa tarde le tocara a Laurenti. Con lo que le hubiera gustado al comisario tomar declaración a Raccaro antes del fin de semana...

En casa de Gazza habían entrado hacia las once de la mañana, junto con el agente de la policía científica que había informado a Marietta acerca de las trampas fotográficas del bosque. Laurenti hubiera jurado que su sonrisa era más bobalicona que de costumbre al recogerlo con el coche patrulla frente a jefatura y saludarlo él al subir con todos sus pertrechos. Sin embargo, mientras ponían la vivienda patas arriba, se había mostrado sumamente concentrado y no se le notaba nada raro. La llamada anónima a *Il Piccolo*

había dado la pista de los huecos en las paredes. Lo misterioso era cómo esa persona sabía del escondite que encontrarían en la tercera habitación menos de media hora más tarde, tras haber descolgado todos los cuadros y golpeado todas las paredes de la casa.

Mientras Battinelli precintaba la puerta de entrada, Laurenti llamó a Marietta para pedirle con acentuada amabilidad que fuera al archivo y buscara la documentación relativa a los anteriores inquilinos del inmueble. Todo había sido demasiado fácil, era evidente que el informante sabía muy bien qué había pasado.

–Uyuyuy... –se oyó chasquear la lengua al agente de la policía científica, que iba en el asiento de atrás del coche patrulla y, para aprovechar el trayecto de vuelta, había introducido en su ordenador la tarjeta de la cámara de fotos–. El caliente mes de julio nos trae una sorpresa tras otra. El año de las canas al aire, el verano de los cuernos. Si esto no es porno duro,

Acercó su portátil a Laurenti, y también Gilo Battinelli, que iba al volante, miró la pantalla de reojo.

–Y yo que tenía a los ingleses por gente más bien mojigata, –comentó el inspector–. Siempre pasa lo mismo: ¡no son más que prejuicios!

–Buena la tenemos... –farfulló Laurenti–. Si estas fotos son auténticas, ¿quién trucó las otras? Imprímelas en cuanto lleguemos al despacho –Laurenti se volvió hacia el agente que iba atrás–. Antes de comer.

–Por favor –replicó éste.

–Por favor –repitió el comisario distraído. Pensaba en la fiscal. ¿No le había pedido que se encargara del caso porque el asunto requería a alguien que no profesara un gran respeto a las autoridades y, a pesar de ello, supiera proceder con diplomacia? ¿Cómo había intuido Iva Volpini que las cartas de aquella partida estaban marcadas? Su fama de sagaz investigadora estaba muy justificada.

Levando anclas

El hombre bajito que iba al timón, sobre una tarima, llevaba una gorra blanca de capitán ladeada y el torso desnudo. A las tres de la tarde, el *Greta Garbo* salía a alta mar impulsado por su motor diésel desde el puerto de Grignano, al pie del castillo de Miramare. Vittoria le había esperado a bordo. Llevaba un pareo de flores en las caderas y un sujetador de bikini blanco que le hubiera quedado mejor de una talla más. Las gafas de sol de Gucci –falsas–, con un llamativo aplique de flores en la patilla, se las había comprado a Alberto. Su cabello rojizo ondeaba al viento.

Al informarle Aurelio de que la periodista inesperadamente había tomado un avión de vuelta a Londres, Raffaele Raccaro le había pedido a su secretaria que anulase todas las citas de los días siguientes. Se sentía cansado, quemado, necesitaba relajarse con urgencia. Luego le había dictado una lista de *delicatessen* para que las encargase en uno de sus supermercados y fueran enviadas al punto de amarre de su yate en el puerto deportivo de Grignano. Por último, había llamado a su amiga para que subiera al barco.

Nada más pasar los criaderos de moluscos, Lele apretó el botón del *winch* automático y desplegó las velas de color ladrillo. A toda vela, el barco se inclinaba bajo el *libeccio* y surcaba las olas alegremente. La proa señalaba hacia la Punta di Bar–bacale, al oeste. Vittoria le ofreció una copa de champán y se arrimó a él.

–¿Y adónde nos dirigimos, cariño? –zureó–. Porque no me he traído mucha ropa.

–Tampoco te va a hacer falta. Hoy no iremos muy lejos. Llegaremos hacia las siete, tú te quedas a bordo hasta que yo vuelva. Mañana por la mañana.

–¿Cómo? ¿Una noche entera yo sola en este bote? ¡Me moriré de aburrimiento!

–Verás cómo lo soportas. La nevera está bien llena, y tienes tele. Ni se te ocurra bajar a tierra, ¿entendido? Para eso te pago a ti sola.

Gilo Battinelli se soltó del abrazo de Margherita, ignorando las protestas de ésta, cuando por fin divisó el yate de dos mástiles. Estaba convencido de que, como la mayoría de veraneantes, Raccaro pondría rumbo hacia el sur, hacia el faro de Savudrija, pasando por la lengua de tierra del noroeste de la península de Istria para continuar hacia la costa de Dalmacia. Gilo había zarpado una hora antes y, después de unas cuantas millas, había izado las velas para que el viento impulsara el *Ketty*, su barco de treinta y dos metros de eslora, y había ido a buscar una botella de *prosecco* a la neverita del diminuto camarote que ofrecía lo justo para comer y dormir.

–Más tarde, querida –dijo al tiempo que cogía los prismáticos–. Ya te dije que nuestra

excursión en realidad es una regata secreta. Tenemos que cambiar el rumbo.

—¿Y no me quieres revelar adónde vamos?

—Ni yo mismo lo sé. Ya sabes cómo es mi trabajo.

—¿Y quién es nuestro contrincante? —preguntó Margherita siguiendo la mirada de Gilo con idea de adivinar a quién observaba él.

Margherita tenía treinta y siete años, llevaba el pelo corto, rubio, y trabajaba en uno de los institutos de Ciencias Naturales de Trieste como traductora del inglés especializada en textos científicos. Sergio, su marido, a quien conocía desde el colegio, era ingeniero en una plataforma petrolífera marina situada a veinte kilómetros de la costa de Sicilia. Sus sacrificadas estancias siempre duraban varios meses, aunque a cambio ganaba un montón de dinero libre de impuestos. De principios de agosto a mediados de septiembre, Margherita y él veranearían en la Polinesia. Hasta entonces, ella podía hacer o dejar de hacer cuanto le viniera en gana.

Gilo equilibró su ágil barco, que no tardó en coger ritmo sobre las olas, y mantuvo un curso paralelo al del pesado *Greta Garbo* con unas dos millas de distancia. Era imposible que Raccaro sospechara nada. Pero ¿adónde demonios se dirigía? Al pasar por Grado, navegó lentamente al ras de la costa, un poco más adelante recogió las velas y echó el ancla. A través de los prismáticos, Gilo vio que descolgaban la escalerilla de baño y que Lele saltaba al agua detrás de una exuberante mujer desnuda.

—Creo que ahora también nosotros tenemos un rato libre, Margherita —dijo.

La frontera entre la región del Friuli-Venecia Julia y el vecino Véneto pasaba justo por medio del Tagliamento. Era uno de los últimos ríos salvajes de los Alpes, cuyo ancho y pedregoso lecho recorría ciento setenta kilómetros de meandros desde el paso de la Mauria y atravesaba las llanuras del sur del Friuli sin estrecharse hasta pocos kilómetros antes de la costa del Adriático. Al pasar por Lignano, el *Greta Garbo* cruzó la desembocadura brusca y estrepitosamente para detenerse en la Marina Uno, donde Raccaro —desde Trieste— había reservado un amarre mucho más largo de lo necesario. Lele se contaba entre los inversores que habían impulsado la construcción del puerto deportivo en 1982, y conservaba un porcentaje de participación del que seguía obteniendo cuantiosos ingresos. También recibía ganancias de un hotel de la localidad, y muchos dueños de yates se abastecían en uno de los supermercados de su cadena, situado muy cerca del puerto.

Gilo Battinelli observaba la maniobra desde lejos con gesto preocupado. Si tenía suerte, también ellos podrían amarrar allí a pesar de la temporada alta, gracias a que el *Ketty* era un barco más pequeño. Lo difícil sería, por un lado, que Lele no se diera cuenta; por otro, realizar toda aquella maniobra sin perderlo de vista.

En cuanto amarró el barco, Gilo dejó las formalidades del registro y el alquiler a Margherita. Con un sombrero amarillo de ala ancha calado hasta las cejas y unas gafas oscuras, se dirigió a la salida de coches de la marina. En tanto Vittoria permanecía a bordo, Lele había subido a un taxi y ya no se le veía. Al menos, el inspector había llegado a tomar la matrícula. Apoyada en la valla había una bicicleta sin dueño a la vista,

y Gilo la cogió sin indagar más y se lanzó a pedalear con toda su energía. Lignano Pineta y Sabbia d'Oro eran dos playas artificiales con grandes moles hoteleras y largas zonas de arena llenas de sombrillas y tumbonas alineadas como soldados. Los extensos paseos marítimos estaban muy concurridos y el taxi del empresario no se veía por ninguna parte. Sin resuello, el inspector paró por fin, sacó el móvil del bolsillo y pidió ayuda a su compañera, Pina Cardareto. Si llamaba él a la central de taxis local, seguro que no querían decirle nada. Por teléfono cualquiera podía hacerse pasar por policía. El procedimiento era que Pina pidiera los datos al compañero del puesto de policía de Lignano y devolviera la llamada a Gilo un poco después. El conductor había dejado a Lele delante de la única mole de cinco estrellas de la localidad. Era impensable presentarse allí en camiseta, bañador y con sombrero playero como iba él, de modo que pedaleó de vuelta a la Marina Uno, donde le esperaba el dueño de la bicicleta hecho un basilisco.

—Pues qué mal servicio —replicó el inspector al devolverla junto a la valla—. En otros puertos tienen bicicletas gratis a disposición de los turistas.

El capitán del puerto deportivo, que iba sin afeitarse, le cerró el camino.

—Déjate de chulerías o verás lo que es bueno. Tú te quedas aquí hasta que venga la policía. Con los ladrones de bicicletas zanjamos el asunto enseguida.

—¿Y qué hacéis, colgarlos como a los ladrones de caballos del Salvaje Oeste? ¿De qué robo estás hablando? Si tu montura está aquí. ¿Te la ha robado alguien? Como le cuentes eso a los polis te llevan al psiquiatra de cabeza —Gilo se llevó el índice a la sien—. Cómprate un sombrero para el sol. Uno como éste, así no te reconocerá nadie.

Volvió al *Ketty* y pidió a Margherita que se pusiera guapa, pero que se diera prisa. Ahora le tocaba a ella entrar en acción. Muy divertida, hizo lo que Gilo le pedía. Mientras se arreglaba, Battinelli le hizo jurar que no le diría nada a nadie. Ir contra Raccaro era peligroso.

—¿Y tú qué vas a hacer tanto rato? —preguntó Margherita.

—Quedarme en el barco. Envíame un mensaje cuando des con él. Luego ya veremos. No veo muy probable que vuelva a salir esta noche. Dentro de dos horas habrá oscurecido.

Un taxi llevó a Margherita hasta el hotel Arco del Grecale. Muy tiesa con sus tacones altos, entró al vestíbulo, donde casi ninguno de los grandes sillones rojos estaba ocupado. ¿Quién se quedaba dentro con un día tan espléndido? Descubrió a Raccaro en el jardín del hotel, en compañía de tres hombres con trajes de verano de Armani, todos mucho más altos y corpulentos que él. Uno llevaba un maletín en la mano izquierda. Hablaban inglés mientras paseaban por la concurrida terraza del restaurante junto a la piscina para desaparecer después en el interior del salón climatizado, cuyas mesas estaban puestas con mucho refinamiento, pero todavía vacías. Allí podrían hablar sin que nadie los molestara.

Margherita envió un SMS a Battinelli, que respondió al instante: «¿Puedes sentarte cerca de ellos? Aguza el oído».

Ella murmuró algo acerca de una alergia y dijo al camarero que querría una mesa, también para las tres noches siguientes.

—Cárguelo a la factura de la 402 —dijo Lele al sumiller al pedirle champán—. Empezaremos con un Cristall Rosé de Krug.

Margherita eligió un sitio a dos mesas de distancia, de espaldas a los caballeros. Cuando se escucha la conversación de otros, es fácil delatarse con la mirada.

La carta estaba claramente pensada para turistas del norte, pensó Margherita, aunque la carta de vinos ofrecía un espléndido surtido para un público adinerado y amante de los grandes nombres. Como confirmación oyó un *Na zdarovie* después de que el camarero sirviera las copas. Rusos, en efecto. Ya en la recepción le había llamado la atención la gran cantidad de folletos en papel muy brillante y en ruso.

Prijátnava apitíta, deseó una voz de barítono de la mesa de Raccaro, y los caballeros dieron cuenta de los entrantes a velocidad récord, acompañándolos de un Faiveley Puligny-Montrachet del 97. Con el plato principal pasaron al tinto. Mouton Rothschild, del que directamente pidieron dos botellas. En un nuevo SMS sugirió a Gilo que se fuera a cenar. Raccaro iba a pasar la noche en el hotel. Ya se verían más tarde. Cuando llegaban al café, Lele sacó sus documentos de una carpeta y los presentó a los otros. Margherita oyó que se trataba de centros comerciales y hoteles de nueva construcción, objetos de especulación y centros de blanqueo de dinero que no estaban consiguiendo los beneficios esperados.

—No nos meteremos en ningún negocio más sin garantías. Nos haremos socios de tu AFI —uno de los hombres, al que se veía algo mayor que los otros y llevaba un reloj de oro macizo carísimo en la muñeca, estaba especialmente rabioso.

—¿Has tenido malos sueños, Boris? —siseó Raccaro—. Centros comerciales, hoteles u obras de arte. El mercado financiero es demasiado voluble en estos tiempos. ¿O cómo si no pensáis invertir vuestro dinero? Vosotros mismos sabéis que esos objetos son idóneos para las grandes inversiones. La necesidad de amortización es muy alta y una vez vencidos los plazos legales, los hoteles se pueden reconvertir en viviendas en propiedad. A medio plazo, estos centros comerciales acabarán con las tiendas del centro de las ciudades y entonces sí darán buenos rendimientos. Racionalizar, ésa es la palabra clave. Medio mundo trabaja en ello: menos productos, menos tiendas, más ingresos y aún más beneficios. Toda esa variedad sólo cuesta dinero y crea confusión cultural. Y con la gente que afirma que la diversidad es sinónimo de riqueza ya iremos acabando poco a poco. Una moda pasajera. En la Unión Soviética sí que teníais el asunto bien controlado. El eje político Trípoli-Roma-Moscú funciona, gracias a Dios, y ni París ni Berlín ejercen resistencia alguna. Aunque la política no pueda avanzar tan deprisa para no perder el control, la realidad comercial sería claramente peor sin la contribución de alemanes y franceses. Vamos por buen camino... por excelente camino.

—A la larga quizá, Raccaro —comentó el hombre al que él antes había llamado Boris—. Pero tus últimas inversiones cojean de las cuatro patas.

Lele hizo un brusco gesto de rechazo con la mano.

—Tengo la situación totalmente bajo control. La gente hace lo que yo digo. Tened

paciencia hasta que se supere la crisis.

—Y entretanto se llevan los beneficios otros. Olvidalo. Quiero garantías.

—¡Métete tu desconfianza por el culo! Tú quieres beneficios, yo quiero beneficios. ¿O te crees que mis amigos de Cosenza y Caserta han nacido ayer? Si todo el mercado de la fruta y la verdura produce unos beneficios bárbaros, es porque todos colaboramos y ya no nos peleamos por pequeñeces. Unos controlan el cultivo, otros el transporte. Y lo mismo se hace con los proyectos de abastecimiento de energía. Eso lo sabes tú mucho mejor que yo. Esas plantas de tratamiento de gas licuado, el gasoducto a través del golfo de Trieste que se planea construir, sólo se hará realidad si todos nosotros sacamos beneficios.

—¿Y qué hay de la AFI?

—Una mano lava la otra, Boris. De acuerdo, te asocias conmigo, yo me asocio contigo. Es la única forma si desconfías de la base sobre la que hemos hecho negocios hasta ahora.

Margherita tecleó unas cuantas palabras clave en el móvil e hizo un par de fotos sin que la vieran. Abandonó el comedor después de que Lele firmara el recibo de la cuenta hacia las diez de la noche. No dejó ni un céntimo de propina.

—El desayuno, mañana a las nueve en mi *suite*. Hasta entonces os podéis estudiar el contrato, ya me dais el dinero mañana —dijo señalando el maletín que uno de sus invitados guardaba junto a la silla. Ni estando de pie le quedaba la cabeza más arriba que a los rusos sentados—. Me voy a dormir, *továrich*.

Los tres rusos se quedaron sentados y pidieron otra botella de Mouton Rothschild.

Margherita se reencontró con Gilo en el Lungomare Adriático. Mientras paseaban del brazo en dirección a Sabbia d'Oro, entre los turistas, ella le contó todo lo más deprisa y con el mayor lujo de detalles que pudo.

—¿Cómo es que nunca se lee nada de estas cosas en los periódicos? —preguntó indignada—. Con que sólo sea cierto la mitad de lo que he oído, ya es terrible. Así que por eso no hay forma de que avance nada en el centro de la ciudad. Estoy conmocionada.

—Éstos son los trucos sucios de hoy en día, Margherita. Se compran participaciones minoritarias en empresas, se las arrastra a la ruina y luego se compra el resto al precio de amortización. Me apuesto lo que quieras a que aplican la misma técnica en otros ámbitos. Tampoco me sorprende que hablan de la Expo Milán de 2015. Ahí se mueven miles de millones. Laurenti me contó que Raccaro fue uno de los que en su día boicotearon la candidatura de Trieste. Justo antes de la eliminación definitiva, a los miembros del Comité de Valoración les habían empezado a llover los anónimos con todo tipo de falsas inculpaciones.

—Y salió elegida Zaragoza.

—Es muy poco probable que seleccionen dos ciudades del mismo país tan seguidas. Y, claro, en Milán se puede ganar mucho más que aquí.

—¿Y Raccaro?

—Por lo que voy entendiendo es una especie de mediador para ayudar a sus socios de esta noche a entrar en el negocio.

Mientras tomaban la primera copa, Gilo Battinelli examinó las fotos que había hecho Margherita por encima de su codo izquierdo. Sólo en dos de ellas se veían todas las cabezas. Tendría que aumentar las fotos en el despacho, porque en la pantalla del móvil no reconocía a ninguno de los hombres. Pero como el ordenador consiguiera analizarlas y se descubrieran los nombres de los socios de Raccaro, el asunto sería demasiado gordo incluso para el comisario. Si Laurenti decidía seguir adelante, la noticia de que se abría un proceso judicial contra Raccaro tendría que llegar al Ministerio –por la vía que fuera– de forma anticipada, puesto que nadie podía predecir cuándo se llegaría a tratar el caso, si es que se llegaba alguna vez. A veces se imponía una forma de razón de Estado que el ciudadano de a pie no alcanzaba a comprender en absoluto.

–¡Ni se te ocurra decirme que no soy una buena agente de incógnito! –bromeó Margherita al final–. Pero ahora he acabado mi turno.

Cada pocos metros se volvía a mirar. A veces creía haber visto a su perseguidor entre la masa. No estaba segura, pero su instinto la impulsaba a huir. Había demasiada gente por las calles. Incluso pasada la medianoche, los veraneantes se apelotonaban delante de los bares y obstruían las callejuelas de la ciudad vieja. Apenas se fijaba en sus caras. Se abría paso entre la gente a paso ligero, pero siempre había alguna espalda ancha que le cerraba el camino, con lo cual tenía que dar un rodeo que le restaba ventaja. Tenía el pulso muy acelerado y sudaba, pero se obligaba a serenarse. Perder el control significaba no poder defenderse si el tipo conseguía acercarse y agarrarla a pesar de la multitud. Una mujer alta y delgada con el cabello muy corto y teñido de rojo, en peculiar contraste con su tez de color ámbar, atraía las miradas, y su excelente figura provocaba comentarios de los hombres jóvenes, a los que ella hacía caso omiso. Una vez, un borracho la señaló con el dedo y dijo: «Grace Jones con el tejado en llamas».

En el centro de la ciudad, la temperatura no bajaba de los treinta grados ni a altas horas de la noche, aunque se había levantado una suave brisa que aliviaba la respiración. Delante de los bares de la Cavana, cuyas calles se veían muy pulcras porque acababan de renovar toda la zona, el bullicio se prolongaría hasta el alba, como todas las noches de verano. Igual que antaño, cuando el barrio estaba lleno de marineros que iban a los burdeles o a emborracharse en algún antro. Después, las calles cayeron en el abandono y la desolación durante décadas; ahora, sin embargo, ya nadie se acordaba de eso. En verano, la vida nocturna se desarrollaba allí o en el Lungomare. El pumba-pumba de la música del interior de los bares llegaba hasta las callejas y se mezclaba con el rumor de voces y risas de la gente. Alegre desenfadado que habría de durar lo que duraba el buen tiempo. Cada bar tenía su propio público con sus gustos particulares. Estudiantes que se pasaban el día en la playa y fumaban porros a escondidas, pero consumían poco alcohol; oficinistas que combatían la frustración de la rutina a base de cerveza y vino; jóvenes empresarios entusiastas de los cócteles exóticos; luego, gente mayor que se enredaba en discusiones políticas absurdas y no sonreía casi nunca. Al amanecer, las aceras estaban llenas de basura, chicles, colillas, vasos de plástico y latas de cerveza cuyos restos dejaban charcos pegajosos. Probablemente, tampoco al día siguiente acudieran los servicios de limpieza, había que ahorrar, según decían en el Ayuntamiento. Aunque luego el Gobierno de la ciudad se embolsaba quinientos euros por cada licencia para ejercer un negocio al aire libre. Y cada noche, los agentes de la autoridad sorprendían a hombres y

mujeres orinando en plena calle... o eso era lo que decían los periódicos.

Tenía la esperanza de tomar un taxi que la llevara a lugar seguro en el siguiente cruce. Nada. Se abrió camino como pudo entre el gentío que taponaba la entrada del Bar Unità y echó a correr al llegar a la Piazza. Faltaban unos pocos cientos de metros hasta la *questura*, allí estaría salvada. Pero bloqueaba el paso una hilera de camiones de un equipo de rodaje cuyos focos iluminaban la Fuente de los Cuatro Continentes. Corrió a los soportales del Ayuntamiento y al punto se arrepintió. Por el oscuro Largo Granatieri, donde estaban los edificios de la administración de la ciudad, no pasaba ni un alma. Sus pasos resonaban en el silencio de la noche, las fachadas de las casas devolvían el eco como si las ventanas negras aplaudieran aunque no se registrara movimiento en ellas. Miriam estaba sin aliento, le corrían perlas de sudor por el cuello y en su ajustado vestido rojo fuego se veían manchas oscuras. Aterrada, se dio la vuelta e intentó ver cómo era el tipo que la perseguía. Si él intuía que se dirigía hacia la jefatura de policía, quería liquidarla poco antes de llegar. Miriam estaba hecha a la idea de que el perseguidor se habría escondido en alguna de las callejas laterales y la estaría esperando a la vuelta de cualquier esquina. Tenía que ser más rápida. Corría para salvar su vida, y cuando, de pronto, se topó con el haz de luz de los focos de un coche y vio que salía un hombre del vehículo, casi se le paró el corazón. Luego se dio cuenta de que era un agente uniformado de la Polizia di Stato.

—¡Ahí, ahí! —exclamó muy nerviosa y señalando hacia la oscuridad. Jadeaba y apenas lograba articular una frase. Agarró del brazo al policía—. ¡Me quiere matar!

Entonces también salió del vehículo el segundo agente del coche patrulla y recorrió unos cuantos metros calle abajo. Dispuesto a desenfundar el arma en cualquier momento, rodeó varios contenedores de basura, inspeccionó la entrada de los edificios y las callejas aledañas y miró debajo de los coches aparcados. Nada. Luego volvió y se puso a hablar por radio. En pocas frases describió el incidente y, siguiendo las angustiadas palabras de Miriam, transmitió las características del perseguidor para que las otras patrullas pudieran dar con él.

—Entre veinticinco y treinta años, metro ochenta y cinco, musculoso, cabello negro engominado hacia atrás, un poco largo, entre quince y veinte centímetros. Camisa blanca de manga corta, vaqueros beige.

—Como ése hay miles esta noche —respondió entre crujidos la voz del altavoz.

—¡Una cosa más! —exclamó Miriam—. Lleva una gruesa cadena de oro al cuello con una gran gema roja.

Un escalofrío le corrió por la espalda. Miriam no lo había visto hasta que se había dado la vuelta en el restaurante chino para hacer una seña a la camarera. Él se la había quedado mirando sin ningún disimulo, como si hubiera visto un fantasma. Estaba claro que la había reconocido a pesar de los cambios. ¿Por qué si no la había seguido al salir del local, en la Piazza Venezia?

—Pues no hay nadie —dijo al final el segundo agente—. Tranquilícese. Vamos a hacer un informe y le mostraremos unas cuantas fotos. Con un poco de suerte, lo encontraremos

enseguida.

Le abrió la puerta trasera del coche y, tras vacilar un instante, Miriam subió. Por rutina, el policía le puso la mano en la cabeza durante un instante como si la hubiera detenido.

Poco a poco se serenó por completo y las dudas de los agentes respecto a su testimonio se despejaron gracias a que ahora pudo explicarse con total claridad. El trayecto fue corto y terminó en la entrada lateral de la *questura*, el único punto por el que se podía acceder al gigantesco edificio durante la noche y que vigilaba otra patrulla. En el enorme vestíbulo, todo de mármol reluciente, reinaba una penumbra fantasmal. El pasillo de la tercera planta, en cambio, sí estaba muy iluminado. Los dos agentes la dejaron con una inspectora que se presentó con el nombre de Pina Cardareto y que apenas llegaba a Miriam al hombro. Pina no podía disimular su asombro ante aquella mujer: pelo rojo, vestido rojo, sombra de ojos turquesa y piel oscura. Miriam también la miró de arriba abajo y esperó a que la inspectora, claramente más joven que ella, le ofreciera una silla al otro lado del escritorio al tiempo que guardaba las fotografías del cadáver de un hombre muy gordo en una carpeta roja. Miriam se sentó sin apartar la vista de Pina.

—Su documentación, por favor —pidió la inspectora, y se apoyó en el respaldo del sillón después de examinar el documento en detalle—. ¿Se ha teñido el pelo? En la foto lo lleva rubio platino.

Miriam asintió con la cabeza.

—Cuénteme.

Miriam no imaginaba que el tipo había dejado de perseguirla en cuanto ella se hubo metido por las concurridas callecitas de la ciudad vieja. Pero mucho menos podía sospechar que él sabía exactamente dónde y cuándo encontrarla.

La inspectora sólo le había hecho unas pocas preguntas, había introducido la descripción en el ordenador —con dos dedos—y, al ver que Miriam bostezaba, le había sugerido que se presentara al día siguiente a las dos de la tarde para ver las fotos de la base de datos. Pina ni siquiera había pestañeado al oír el nombre y la dirección del perseguidor y anotarlos en el informe.

Miriam conocía la habitual cara de póker de los policías porque eran igual en Londres, donde había prestado declaración como testigo en varios casos. Era una regla de comportamiento que al parecer formaba parte de su entrenamiento básico. Pero resultaba muy poco tranquilizador para las víctimas, que esperaban comprensión, ánimos, preocupación y alguna reacción inmediata en aras de solucionar su caso.

Hacia las dos de la mañana, un coche patrulla llevó a Miriam hasta su nuevo alojamiento. Nada más llegar, los agentes inspeccionaron las cerraduras de seguridad y después el bonito apartamento de la Villa Sottolfaro en la Strada del Friuli. Los dos arrugaron la nariz sin disimulo, no tanto porque aquel estilo purista no coincidía con sus gustos sino porque opinaban que la gran cristalera con vistas al mar no ofrecía demasiada protección.

Miriam se sentó en la terraza a oscuras con el portátil en las rodillas. La luz de la pantalla iluminaba su cara en un tono gris ceniza. La adrenalina le aceleraba el pulso. Aunque tenía una cita a las seis de la mañana del día siguiente, tecleaba con furia para enviar un largo mensaje a su hija Candace y al abogado Jeremy Jones, para que conocieran todos los detalles de su estancia en aquella extraña ciudad. ¿Con qué avispero había ido a topar?

Una y otra vez interrumpía sus anotaciones y, desde lo alto, recorría con la mirada las luces mortecinas del Puerto Viejo y de la ciudad. En su cíclico girar, el haz de luz del faro blanco la rozaba e iluminaba las aguas del Adriático. En alta mar se veían tres barcos mercantes y dos petroleros, otra vez vio la proa de color claro de un barco de la guardia marítima: parecía un arado que abría un surco en el agua y dejaba una estela de espuma blanca tras de sí.

En la pintura de las paredes de la estrecha escalera de la casa de Colville Mews aún se veían los golpes que había dejado la pesada mesa de ébano macizo cuando los hombres del servicio de mudanzas la habían subido hasta el tercer piso –echando pestes– tras el largo viaje desde Etiopía hasta Londres. Igual que hacía su madre, Miriam colocaba la cafetera justo en el centro: sobre el escudo de la Casa de Saboya en taracea de marfil, nácar y piedras de colores.

Era el único recuerdo que le quedaba de sus padres y su hermano menor, que no habían sobrevivido a la hambruna. Y lo más probable era que también ella hubiera sufrido ese destino si Spencer Elliot no la hubiese llevado a Londres con él. Había estado enviando dinero a Jima por todos los canales posibles para salvar a la familia. Ellos sólo lo habían recibido en dos ocasiones. A medida que empeoraba la situación del país, llegaban menos ayudas particulares, y después no llegaba ninguna. Y muy pocas noticias. Los funcionarios del régimen lo filtraban todo... y así habían sobrevivido después. Como el dictador, sólo algunos de ellos gozaban ahora de asilo en Zimbabwe bajo la protección de Robert Mugabe.

Spencer constató la terrible sospecha cuando volvió a Etiopía para hacer un reportaje pasados dos años. Los dos hermanos mayores de Miriam sí habían sobrevivido a la catástrofe y salían adelante en Addis Abeba. La casa de Jima estaba en ruinas, habitada por gente desconocida. A éstos les compró Spencer la peculiar mesa y organizó su transporte hasta Notting Hill.

Londres había sido un shock para Miriam, y fue necesario recurrir a todos los contactos que Spencer Elliot tenía para que la dejaran entrar en el país. Aunque hablaba muy poco inglés, logró que le concedieran un primer permiso de residencia gracias a la BBC: la joven de diecinueve años era absolutamente imprescindible como traductora en el montaje de un documental.

Por entonces, Notting Hill era un barrio poco atractivo con una población de lo más variopinta. Los primeros días en la gran ciudad desconocida la intimidaron muchísimo. No se atrevía a salir sola a la calle durante mucho rato. Spencer la llevaba a las tiendas, compraban ropa para Miriam y alimentos que la joven africana no había visto jamás. El

fish & chips fue un gran descubrimiento. Spencer le presentó a sus amigos, cuyas conversaciones le costaba mucho seguir. Hablaban de cosas de las que ella no había oído hablar nunca y, en cuanto alguno introducía palabras en dialecto, el inglés de Miriam no daba de sí. Cuando Spencer tenía que ir a la BBC para montar su material, dejaba a Miriam al cuidado de los vecinos de Colville Mews. Al final, una vecina con la que tenía un trato más cercano la convenció para que se apuntara a un curso de inglés. Y también le pidió que colaborase en una oficina de ayuda a los inmigrantes africanos. Los testimonios de aquella gente eran deprimentes, Miriam tenía que recogerlos por escrito para poder iniciar los trámites de solicitud de asilo. Al principio, otros compañeros le corregían la gramática de los informes. Añoraba su casa, pero sobre todo le resultaba insoportable la incertidumbre sobre la suerte de su familia. No le había llegado ni una sola carta de Jima. Pasado un año, Spencer consiguió que la admitieran en un *college*. En aquella época de incertidumbre despertó en su interior una insaciable sed de conocimiento, así como el deseo de comprender el trasfondo de las cosas, de investigar. El silencio y la ignorancia eran los peores males y ella ansiaba romper con ellos.

Spencer trabajaba mucho y a menudo le pedía ayuda con la revisión del material. Después tuvo que estar varias semanas casi sin salir del despacho. Miriam pasaba las tardes sola en casa escribiendo cartas hasta que él llegaba, siempre muy tarde y con cara de cansado. Su documental se estrenó a finales de octubre e hizo estremecer a la opinión pública mundial. Por primera vez se conocía el alcance de la hambruna en Etiopía. En cambio, todo el mundo estaba muy bien alimentado en las naciones que llevaban a cabo los correspondientes procesos de decisión y cuyos Parlamentos debatían sobre la defensa de los derechos humanos y la exportación de la democracia a otras partes del mundo. Por lo menos, Bob Geldof y Midge Ure crearon el proyecto Band Aid, consiguieron que treinta y seis estrellas del pop internacional colaborasen y reunieron fondos para las víctimas del hambre con la venta de su álbum *Do They Know It's Christmas*. Eso sí, gran parte de los millones que recaudó el disco y que estaban destinados a salvar a las personas se perdieron por los subterfugios de la corrupción del régimen etíope.

La vida en Europa también supuso para Miriam un repentino aluvión de noticias que antes no le llegaban. No daba abasto con los periódicos y la televisión. En diciembre de aquel año, en la localidad india de Bhopal, una fábrica de pesticidas de un grupo empresarial norteamericano sufrió un escape de toneladas de sustancias tóxicas que pasaron a la atmósfera y se cobraron miles de víctimas, así como medio millón de heridos graves. El accidente se debió a que se había escatimado en las medidas de seguridad y el mantenimiento de las instalaciones. Tampoco se pagaron las irrisorias indemnizaciones hasta muchos años más tarde, cuando las consecuencias a largo plazo del accidente habían diezmando a los afectados. Los daños al medio ambiente ni siquiera llegaron a valorarse y, hasta la fecha, ningún responsable había sido condenado. En 1985 tuvo lugar el cambio de Gobierno en la Unión Soviética: el nuevo secretario general del PCUS se llamaba Mijaíl Gorbachov. En Sudáfrica se autorizaban por primera vez los matrimonios mixtos entre blancos y negros. En Nueva Zelanda, los servicios secretos franceses hundieron el *Rainbow Warrior*, el barco con el que los activistas de

Greenpeace protestaban contra las pruebas nucleares de la grande nation en el atolón de Mururoa. Frente a la costa italiana, un comando terrorista palestino secuestró el crucero *Achille Lauro*. También se produjeron ataques con bombas y víctimas mortales en los aeropuertos de Viena y Roma. Por los medios supo Miriam de la existencia de Diane Fossey, la zoóloga estadounidense que había luchado por los gorilas de las montañas de Ruanda y la conservación de su hábitat natural.

Cuando Candace acababa de cumplir cinco meses tuvo lugar el accidente de la central nuclear de Chernóbil. Al principio, los telediaros se mostraban remisos a la hora de dar información y trivializaban los riesgos. Y un año más tarde, Maggie Thatcher suprimió la reglamentación de las actividades de la Bolsa de valores de Londres. Con el Financial Services Act se introdujo el comercio de valores por vía electrónica, y con ello se dio vía libre al crecimiento salvaje de todas las Bolsas mundiales. «Big Bang» llamaron a ese día, si bien el verdadero estallido no habría de producirse hasta veintiún años más tarde... para afectar con toda su virulencia sobre todo a los países del Tercer Mundo.

Candace vino al mundo en el piso de Colville Mews el 11 de noviembre de 1985 a las 23:59 horas. Al menos así rezaba su certificado de nacimiento. Asistieron el parto una comadrona y tres amigas del barrio. Y Spencer a medias, mucho más nervioso que todas las mujeres juntas. En el momento en que Miriam se puso de parto, él comenzó a dar vueltas por la casa como un león enjaulado, hasta el punto de que ella lo mandó a hacer unos cuantos recados. Cuando volvió le olía el aliento a cerveza y whisky. Una de las amigas se lo endosó a su marido, en el piso de arriba. Bajó dando unos tumbos tremendos cuando por fin lo llamaron para ver al bebé recién nacido, que quiso sostener en alto con los brazos estirados, con lo cual perdió el equilibrio y se cayó de espaldas sobre la cama; encima de las piernas de Miriam, que dio un grito de dolor. Pero siguió sujetando a Candace muy fuerte y la miró exultante de felicidad antes de devolverla riendo a los brazos de su madre. Riendo todavía más fuerte se tumbó en la cama y al punto se quedó dormido como un tronco. La instantánea de aquel momento adornaba la pared donde Miriam tenía su mesa de trabajo, y también la había puesto como fondo de escritorio del portátil en el que ahora trabajaba.

Eran las diez de la noche. Intentaría evitar los lugares a los que había ido antes. Si, a pesar de todo, volvía a cruzarse con Aurelio, era difícil que él la reconociera. Nada más hablar con Candace se había puesto manos a la obra con el tinte del pelo, y también se lo había alisado con el secador. Se había pintado los labios, cosa que no solía hacer nunca. El vestido de verano del mismo color que el pelo haría el resto. Pelirroja y de rojo se sentó en el restaurante, de cuyo techo también colgaban farolillos rojos, de espaldas a la barra y a la puerta.

—Amuletos contra la inspección de Hacienda, contra el mal de todos los meses y el mal de ojo...

Reconoció la voz que oyó detrás de ella.

Alberto se quedó pasmado al darse cuenta de que era ella, y luego sonrió de oreja a oreja.

—¿Qué te has hecho? ¿Y dónde has estado todo el día?

Contraviniendo el consejo del abogado Aiazzi de permanecer en la casa junto al faro, Miriam había bajado al centro para buscar a Alberto, que estaría pateando las calles como de costumbre. Miriam era la única persona en el salón climatizado del restaurante chino, pues todos los demás llenaban la terraza en las Rive. Había pedido pato asado y arroz con la esperanza de que el vendedor ambulante apareciera en algún momento.

—Siéntate. ¿Qué quieres tomar? —le preguntó, aliviada al verlo de pie junto a ella.

Alberto pidió un zumo de piña.

—El perseguidor me estaba agobiando mucho. Por eso... —dijo cogiéndose un mechón de pelo entre dos dedos, y luego preguntó en somalí—: ¿Has traído la cámara?

Alberto negó con la cabeza.

—Ya pensé que te habías escapado para no tener que pagar el segundo plazo. La he dejado en casa. Te la daré en un lugar seguro. Mañana a las seis de la mañana. En el parque del castillo Miramare.

—¿En el parque? ¿A las seis? ¿Por qué?

—Vivo cerca.

—Entonces voy yo a tu casa.

—No conviene que vuelvan a vernos juntos. No me apetece arriesgar mi permiso de residencia por ti. Esa gente tiene demasiada influencia. Tú puedes volver a Londres en cualquier momento y seguir con tu bonita vida, pero yo me tengo que quedar aquí y ganar dinero. Te explicaré cómo entrar en el parque.

Alberto desapareció tan repentinamente como había aparecido en tanto el camarero servía la comida. No podía decirse que fuera obra de un gran chef. Tres cucharadas de salsa picante la mejoraron un poco. Al volverse para pedir una cerveza, Miriam se llevó un susto tremendo: el tipo que estaba en la barra apuraba el obligado chupito de licor de ciruela y se limpiaba la boca con el reverso de la mano. Miriam se apresuró a darse la vuelta y picotear el arroz con los palillos. Oyó cómo él se despedía y salía del local.

La comisaria de ficción quería ir a cenar a un chino a toda costa. ¡En Trieste! Aurelio evitaba esos locales, los orientales no le inspiraban confianza y observaba con disgusto cómo se expandían por todas partes. Desde el comienzo del rodaje le había echado el ojo a la actriz alemana y por fin había conseguido convencerla para que cenase con él. Cornelia Katschek insistió en que fueran a un restaurante chino. También en su barrio de Berlín, Prenzlauer Berg, sentía predilección por los restaurantes asiáticos, la comida era muy sabrosa y, sobre todo, económica.

La AFI había proporcionado un nuevo apartamento a la actriz hacía una semana, Aurelio había ido a entregarle las llaves y había trasladado su equipaje. A pesar de las magníficas vistas desde la terraza de su anterior alojamiento, ella había querido cambiarse como fuera para no vivir cerca del gran jefe. Harald Bierchen llamaba a su puerta casi todas las noches. Aunque ella le había dicho bien claro lo que pensaba de él, el gordo no dejaba de tirarle los tejos prometiéndole un futuro de oro en el mundo de los telefilmes si se mostraba un poquito simpática con él. Las últimas veces, Cornelia entraba

en casa de puntillas.

A Aurelio le gustaba la actriz de treinta y cuatro años, que rodaba su primer papel como protagonista, aunque en realidad había sido contratada en el último momento porque la actriz principal elegida se había roto una pierna justo antes de empezar. A causa de la crisis, la competencia era terrible, muchos de sus compañeros estaban en el paro o se prestaban a trabajar en lo que fuera por un sueldo miserable. Lo mismo le sucedía a Cornelia Katschek, a quien pagaban un tercio del caché del afamado compañero que hacía de abogado. Y eso que era una coproducción germanoitaliana. Al final la habían seleccionado por su cabello negro como la pez y su «pinta de italiana», como decía la gente de la televisión.

Había firmado el contrato sin siquiera leer el guión, que se había puesto a memorizar de inmediato, en la semana justa que le quedaba. Había transcurrido más de un año desde su último contrato decente, y tenía miedo de perder el tren de la interpretación para siempre con cada día que pasaba y cada negativa que recibía. Para salir adelante había rodado unos cuantos cortos publicitarios baratos, había colaborado en un proyecto de un teatro de Kreuzberg y trabajado de camarera en el bar de una amiga.

Aurelio había coincidido con ella por casualidad en la Stazione Rogers al terminar su trabajo en la oficina de Lele. La tarde se le había dado muy bien, Lele estaba de excursión en el *Greta Garbo* y él había hecho lo que quería. Con toda la calma del mundo, se había descargado la agenda de clientes de lujo del ordenador de Lele para enviar después a cada uno de ellos un correo electrónico informando de que, fuera del pedido habitual, habían recibido un cargamento de café crudo de las selectas variedades Kopi Luwak, Jamaica Blue Mountain, Tanzania Peaberry y Hawaii Captain Cook. Estaban, pues, en condiciones de satisfacer encargos urgentes, bajo pago por adelantado, en paquetes al vacío de dos o cinco kilos, según alcanzasen las existencias. A Aurelio se le había ocurrido la idea un día que Raccaro le había mandado por enésima vez a casa de Zadar a recoger el café encargado por sus clientes y después prepararlo para su envío. Tenía todas las direcciones y aquellos sacos de café crudo parecían estar esperando que alguien se los llevara. Disponía de una cuenta bancaria en Koper, en una filial de un banco de crédito de Carintia, gracias a que un amigo le había proporcionado la tapadera de la empresa Kras in Morje D.O.O., Carso y Mar S.L., una empresa que jamás había llegado a realizar actividad alguna. Era imposible que la relacionasen con él. Y nadie se pondría a indagar si recibían sus paquetes como de costumbre en los días siguientes. Una hora después de enviar sus correos, Aurelio recibió las primeras respuestas. Un lucrativo negocio en ciernes con el que podía ganar al menos el doble de lo que había pedido a Jeanette por las fotos.

Entrar en las oficinas del importador de café había sido un juego de niños, llevarse la mercancía ya le había costado más. El día y la hora estaban calculados con suma precisión. Con marea baja, el bote auxiliar del *Greta Garbo* cabía justo por debajo del Ponte Verde, el puente que separaba el Canal Grande del mar abierto. Había tenido que hacer dos viajes en el ascensor y terminado de cargar el bote poco antes del amanecer.

La ciudad dormía profundamente, a esas horas no había nadie por la calle. La operación duró menos de media hora; desde la casa trasladó la mercancía al yate de dos mástiles amarrado en el pequeño puerto deportivo de Grignano, y de allí se la fue llevando poco a poco a su piso, donde había apilado las sacas y barriles en su gimnasio. Todo lo que necesitaba para que la jugada saliera redonda eran una báscula de cocina, una máquina para envasar al vacío, bonitos botes de plástico comprados en una tienda de menaje para el hogar, a los que añadiría unas etiquetas de diseño propio con la información básica, y material de embalaje para enviarlos en condiciones. Aunque le llegaran bastantes encargos, durante los próximos días tendría tiempo de sobra para atenderlos. Eso sí, tras cuatro horas de trabajo de oficina, consideró que se había ganado el aperitivo de la cena.

La actriz estaba sentada en una de las torres de palés a la entrada del local, más sola que la una, mirando al mar con cara triste. Aurelio la saludó con gran efusión y ella pareció alegrarse de ver una cara conocida. La invitó a una copa, un Negroni, cuyo contenido alcohólico no tardaría en hacer efecto a la alemana. Unos metros más allá tonteaban de nuevo el famoso vividor y la guapa mujer rubia de la casa de subastas. Desde hacía unos días, también ellos formaban parte de los habituales de la Stazione Rogers.

A Cornelia Katschek no le caía especialmente simpático el joven del pedrusco rojo al cuello. Pero él la escuchaba muy atento y mostraba sensibilidad en sus preguntas cuando ella, ya un tanto achispada, le contaba sus penas en aquel caos de rodaje y despotricaba contra Harald Bierchen. Aurelio la había invitado. Por otro lado, ligar era lo último que le apetecía, estaba demasiado cansada para tener un lío con nadie. Así se lo dijo con toda franqueza en cuanto se sentaron en la terraza del restaurante de las Rive, abarrotadas de tráfico a esas horas, y pidieron la comida. Pero justo esas palabras que tan firmes y claras le parecieron a ella alentaron a Aurelio. Pedía una cerveza Tsingtao tras otra y, en cuanto ella bebía un poco, él se apresuraba a rellenarle la copa. La piropeaba, le retiraba los rizos negros de la frente con dulzura y la animó a quedarse en Trieste unos días al terminar el rodaje. A disfrutar del buen tiempo junto al mar, algo que seguro echaba de menos en Berlín. La invitó a una excursión en su barco, un yate de dos mástiles de los años treinta. Eso podían hacerlo ya unos días más tarde, en cuanto él terminara de cerrar un negocio y a ella le concedieran un descanso los de la tele. Un romántico baño en alta mar, cena en cubierta a base de *foie gras* y champán, con las olas deshaciéndose en espuma contra la proa. Pero la alemana se mantenía firme. Una y otra vez apartaba la mano de Aurelio mientras se llevaba los palillos a la boca con destreza. El joven había topado con una pared de granito y se fue enfriando. El horizonte de su mirada se estrechaba cada vez más y comenzó a arrepentirse de aquella invitación.

Hacia las once de la noche empezó a mirar el reloj cada vez con más frecuencia, y cuando apareció el vendedor ambulante africano, le dijo de muy malos modos que se fuera a endosar sus baratijas a los negros de África. El hombre se alejó sin decir nada, con la cabeza alta, como si aquellas humillaciones formaran parte de su rutina cotidiana, y desapareció en el interior del local. Aurelio se levantó para pagar en la barra. Tenía

otras obligaciones, farfulló.

La camarera china de la barra le sirvió un vasito de licor de ciruelas antes de entregarle la cuenta. Entretanto, el vendedor ambulante se había sentado en una mesa con una pelirroja que daba la espalda a Aurelio. Si el africano no la hubiera llamado Miriam, Aurelio no le habría prestado mayor atención. Pero se puso en alerta y se escondió detrás de un biombo desde donde observarla sin ser visto. ¡No cabía ninguna duda, era la gata sigilosa! Cuando la perseguía en su periplo por los cafés de la ciudad también se había cruzado con el vendedor ambulante una y otra vez. Así que el tipo del caftán azul le había visto y la gata sigilosa había estado jugando con él para, al final, intentar engañarle de la peor manera... Para colmo, él mismo había asegurado a Lele muy satisfecho que la periodista se había vuelto a su casa y que por fin podía dejar de seguirla y retomar sus actividades. El viejo se lo echaría en cara y le haría pagar por ello. ¿Qué podía alegar para justificarse y qué demonios tenía en mente la gata sigilosa? ¿No pretendería cambiar de aspecto con aquel cabello teñido de rojo fuego?

Oyó con claridad las palabras de Alberto: al día siguiente, a las seis de la mañana, se encontrarían en el parque del castillo Miramare y ella le daría a Alberto el segundo plazo de la suma acordada. El vendedor ambulante se había levantado justo en el momento en que servían la comida, advirtiéndole una vez más a la gata sigilosa que llegara puntual al lugar de la cita a la mañana siguiente.

Cuando el africano hubo salido del local, Aurelio apuró el vasito de licor de un trago, pagó y salió a la calle, donde despidió a la actriz alemana con frialdad. Que cogiera un taxi, con la cantidad de cerveza que habían bebido, él no estaba en condiciones de llevarla a su casa. La dejó plantada delante del restaurante y desapareció por la oscura Piazza Venezia. Tenía que poner un punto final definitivo a aquel juego.

Eran casi las tres y media cuando Miriam por fin cerraba el ordenador. Tenía que aprovechar bien las dos horas de sueño que le quedaban, puesto que había quedado a las seis con Alberto en el castillo Miramare. El vendedor le había descrito en detalle por dónde se podía colar por la reja del parque. Él estaba instalado en una caseta del jardín cerca del bonito edificio de la antigua estación imperial, pero no quería revelar dónde bajo ningún concepto. Miriam se figuraba que compartía el refugio con otros hombres que, al igual que él, intentaban ganarse la vida vendiendo mecheros, gafas de sol, pulseras y otras baratijas, y apelando a la compasión que aún le quedaba a la gente a pesar de las burdas amenazas de los políticos populistas.

Miriam daba vueltas en la cama muy inquieta. Una y otra vez se le aparecía la gran gema roja que su perseguidor llevaba al cuello con una cadena de oro. ¡Y pensar que la había descubierto en un restaurante chino! Estadísticamente, hasta ganar la lotería hubiera sido más probable. Nada más salir del local le vio otra vez. Estaba apoyado en un árbol en la acera de enfrente. Miriam había ido directa hacia él con la intención de denunciarlo. De inmediato. Pero se había esfumado por una inhóspita callejuela por la

que Miriam no se atrevió a seguirle. Pero nada más cruzar la Piazza Venezia y pasar el Museo Revoltella para torcer por la Via Diaz, completamente desierta, la periodista sintió que su sombra volvía a estar cerca. Tenía que apresurarse a llegar a la Cavana, que estaría llena de gente divirtiéndose a la puerta de los bares.

¿Realmente había escapado de su perseguidor? ¿Realmente se había librado de él? ¿Qué demonios pretendía ese Aurelio? ¿Era un psicópata que disfrutaba infundiéndole pánico?

¿Podía confiar en la inspectora a la que había presentado la denuncia? Muy diligente no le había parecido. Todo lo que le había ofrecido a Miriam era acudir al día siguiente a ver las fotos de los tipos con antecedentes. Por otro lado, Miriam quería ir a recoger a su hija al aeropuerto, así al menos ya no estaría sola en Trieste. ¿O debía abandonar, tal y como le habían aconsejado los dos abogados, dejar el asunto en sus manos y marcharse con Candace en cuanto Alberto le entregase la cámara y hubiera ido a la policía? ¿Debía alejarse de aquella ciudad del café y de los locos?

Miriam fue a la austera cocina. En vano revolvió todos los cajones buscando un cuchillo afilado. Con todo lo refinado que era aquel piso, se veía que estaba pensado para gente que comía y cenaba fuera. Tendría que arriesgarse a ir al parque desarmada. Menos mal que era buena corredora y de constitución fuerte. Puso un café al fuego y se dio una larga ducha.

Dios creó al hombre a su imagen y semejanza, y creó al hombre y a la mujer

—Bueno, Laura, no es un estropicio tan terrible. El lunes llevamos el coche al taller. Lo pagará el seguro —dijo Proteo Laurenti al tiempo que lanzaba hacia los arbustos la gruesa rama que había necesitado para desabollar el guardabarros derecho del Alfa Mito nuevo y liberar la rueda delantera. El faro delantero se había quedado hundido y parecía que el coche bizqueaba—. Puedes seguir usando el coche, pero al menos me tendrás que explicar desde cuándo te dedicas a la caza del jabalí. ¿Es que dan un premio?

Los guardabosques, a quienes el comisario había avisado desde su coche, cargaban el jabalí en su Land Rover después de dar el tiro de gracia con el fusil Remington al pobre animal, que se revolvía en el suelo sin conseguir levantarse. Laurenti se preguntaba si el más joven, que se esmeraba con especial diligencia, sería el fogoso nuevo amor de Patrizia.

Tremendamente alterada, Laura había llamado a su marido para contarle que había tenido un accidente cerca de Contovello, donde había estado cenando con sus amigas en esa *osmizza* que tenía unas espectaculares vistas de la ciudad y de la costa y concretando los últimos detalles de la excursión en yate que querían emprender al mediodía del día siguiente.

—Conduce con cuidado, cariño —farfulló Laurenti, y subió a su coche—. Has bebido demasiado. Ve pegada a mí y no te pasará nada.

Después de explicarle a Gemma que había conseguido salir del atasco de la autopista, pero que era demasiado tarde para verse, Laura le había dicho —para variar— que no cenaría en casa. Le habían encargado examinar más cuadros de una colección privada y después la esperaban sus amigas. Una noche más, la suegra del comisario se encargaría de prepararle la cena.

Acto seguido, Proteo Laurenti había subido a Santa Croce, al Pettiroso, donde sus amigos lo habían recibido calurosamente. Se sentaron al aire libre, a la mesa de piedra gris del Carso que pesaba toneladas y donde muchas generaciones de hombretones del pintoresco pueblo con vistas al mar habían apurado litro tras litro de vino blanco puro a granel. El vino que cultivaban a lo largo de aquella escarpada costa mimada por el sol era para ellos un elixir de la eterna juventud, al que más propiedades beneficiosas atribuían cuanto más les llamaban sus esposas a la moderación.

En verano, los amigos no dejaban pasar ocasión para reunirse. Proteo era el único al que habían echado de menos últimamente y, en cuanto apareció, le preguntaron muertos

de curiosidad si era verdad lo que contaban los diarios de esa diputada inglesa a quien tanto habían cundido las vacaciones en Grado. Laurenti hizo un gesto con la mano que daba el tema por zanjado y atacó los boquerones rebozados y los calamares fritos para que no se le subiera tan deprisa el vino.

Cuando Laura llamó por teléfono para contarle que había chocado con un jabalí, Proteo se despidió de muy mala gana del animado grupo.

—¡Te juegas los puntos del carnet, comisario! —exclamó uno de los amigos, y todos se echaron a reír. Laurenti, por su parte, colocó la luz azul en el techo del coche y pisó el acelerador.

La bisabuela Camilla estaba de pésimo humor cuando Proteo y Laura llegaron a casa, pasada la medianoche. Nada más abrir la puerta, ellos oyeron la tele a todo volumen. La anciana estaba sentada en el sofá, con la cuna del bebé dormido a su lado, viendo un programa de entretenimiento en el que los escogidos invitados juzgaban la labor del Gobierno y al final daban una buena nota al primer ministro. También él tenía derecho a disfrutar de su vida privada y, además, sus aventuras amorosas no repercutían en su responsabilidad como jefe del Estado. Era el único que podría sacar al país de la crisis. Un salvador. Un mesías.

—Todos me dejáis aquí sola con la pequeña Barbara. Y no tengo voz ni voto en esta familia —se quejó la madre de Laura con amargura—. Si lo llevo a saber, me quedo en San Daniele. Esto es pura esclavitud. Me paso el día limpiando, me ocupo de la casa y cuido del bebé porque Patrizia ahora también sale de noche con ese sátiro. Y también cocino para tu marido, Laura, porque tú al parecer estás asfixiada de trabajo. Si ya lo he dicho yo siempre: la gente de la costa no tiene principios morales. Y los hombres beben demasiado.

—Vete a la cama, mamá, por favor —dijo Laura—. Debes de estar muy cansada después de todo lo que haces por nosotros. Yo me ocupo de la pequeña Barbara. Y del resto ya hablaremos mañana.

Laurenti las había dejado solas y había ido a la cocina a servir sendas copas de vino, para Laura y para él, que luego había sacado a la terraza. El bebé dormía y Patrizia no tardaría en volver. Seguro que sólo había ido un rato a Barcola, al Voce della Luna, que había reabierto y que también le gustaba frecuentar a su padre. Era un bar refinado y romántico junto al mar, con música de la mejor.

—Madres e hijas —dijo una vez que la anciana se hubo retirado sin dar las buenas noches y Laura apagó la tele y sacó la cuna a la terraza—. ¿Cómo es lo de tu excursión de mañana?

—Vamos a salir hacia el mediodía. Me apetece muchísimo, ¡hace tanto que no hago una excursión en barco! Como a ti no hay manera de subirme a uno,

—¿Y adónde iréis?

—A ver hasta dónde llegamos —dijo Laura—. Dependerá del viento. Hacia el sur en general.

—¿Y cómo se llama la embarcación?

–*Amor II*. Es un Grand Soleil de cincuenta pies de eslora. Tiene dos piscinas en la cubierta, una cocina a la que no le falta de nada y un montón de espacio. Cada una tiene su propio camarote doble. Si no tuviera un compromiso de trabajo el miércoles, me quedaba toda la semana.

–Hasta podéis alojar a algún pasajero más.

–Ya te gustaría a ti, cariño –y de nuevo resonó aquella risa alegre como un cascabel de la que Proteo Laurenti se había enamorado perdidamente hacía casi treinta años. Una mujer maravillosa.

–¿Y quién irá al timón?

–Mariantonietta, por supuesto.

–¿Quién?

–¡Pero si ya te he hablado de ella, cariño!

–Bueno, espero que sepa dónde tiene la cabeza. Han anunciado temporal más al sur –dijo Laurenti.

–No te preocupes, tiene mucha experiencia. Ha cruzado el Atlántico en barco varias veces.

Evidentemente, Laurenti no se había informado en absoluto del tiempo que iba a hacer. Y Laura no había hablado de ninguna Mariantonietta jamás.

–¿Y de verdad que no os sobra sitio para uno más?

–Mira que eres cabezota, Proteo... Sitio hay más que de sobra, pero es una excursión sólo de chicas. Para hacer lo que queramos.

Como si en casa no fuera ya así. Con la mayoría femenina aplastante que reinaba en la familia, Marco y él apenas tenían voz ni voto.

–¿Y quién va a cocinar?

–Llevamos de todo. Ah, y el domingo os hará la comida a vosotros Marco. Tiene el día libre y así la abuela podrá descansar. Seguro que se le pasa un poco el enfado. Marco lleva días saliendo a pescar en su barca. Lo que no sé es si ha pescado algo.

A Laurenti le gustó la idea de que fuera su hijo quien preparase la comida e introdujese alguna innovación en los menús familiares. Las artes culinarias de su suegra no estaban nada mal, pero sus recetas se repetían cada vez más.

–Y si al salir a alta mar pasamos por aquí, te llamaré y te haré señas con la mano –canturreó Laura.

–Mañana pensaba bajar a la playa de todas formas.

–Creo que Patrizia también estará. Con un amigo –se apresuró a añadir Laura.

–¿Qué quieres decir con eso? ¿Acaso estorbo en esta casa?

–Sólo quería que lo supieras. Últimamente está muy irritable y necesita tranquilidad porque tiene algo importante que hablar con él.

¿Significaba eso que Laura estaba al tanto de las aventuras de su hija hacía tiempo, mientras que Laurenti no se había enterado, y eso por casualidad, hasta dos noches antes? Y si se había enterado, era porque a la anciana señora Camilla le parecía fatal. ¿Pretendía indicarle Laura que no molestara a Patrizia mientras le ponía los cuernos al que acababa de ser el padre de su hija?

–¿Va en serio la historia con el nuevo? –preguntó abiertamente.
–¿Qué nuevo? –preguntó Laura abriendo mucho los ojos.
–El ligue de Patrizia. El tipo de la maternidad.
–No lo sé, Proteo –Laura respiró hondo y dio un largo trago de vino–. Anda, dime, ¿quién te lo ha contado?
–El mundo está lleno de soplones. No olvides a qué me dedico.
–Ya veremos qué pasa cuando vuelva Gigi. Han acordado que pase sus dos meses de vacaciones aquí en casa. Y Patrizia también ha dicho que a lo mejor se van unos días los dos solos con su niña. Gigi quiere ir a la montaña.
–A la montaña –gruñó Laurenti–. En verano... ¡a la montaña!
–Es que ya se pasa la vida en el mar. A mí me parece estupendo, Patrizia tiene que volver a acostumbrarse a él.
–¿Tú no te has preguntado nunca, Laura, si Gigi es el verdadero padre del bebé?
–¿Cómo dices?
–Se ve que Barbara tiene el pelo de su madre, pero ¡tiene los ojos azules! Patrizia los tiene de un verde brillante, igual que tú, y yo los tengo casi negros. ¡No hay nadie con ojos azules en la familia! Gigi también los tiene marrones.
–Ay... Proteo, –rió Laura con ternura–. ¿Ya no te acuerdas de tus hijos? El verdadero color de ojos no se sabrá hasta los próximos meses. Ten confianza.

Al amanecer en el parque

Llevaba tres horas levantado. Necesitaba su café de cada mañana ya. Le esperaba un día largo. Ni siquiera le había dado tiempo a ducharse tras despertarle la llamada de socorro poco después de las seis.

A las nueve y media, tras dejar el escenario del suceso en manos de la policía científica y de Pina Cardareto, que había acudido de inmediato, había recorrido los escasos kilómetros desde el castillo Miramare hasta casa para cambiar el coche por la Vespa. En un fin de semana de calor sería imposible circular por el Lungomare de Barcola. Los bañistas se lanzaban a la carretera desde primera hora de la mañana del sábado con la esperanza de encontrar dónde aparcar el coche cerca de la playa... justo al lado de la tumbona, a ser posible. La única forma de avanzar era moverse sobre dos ruedas y circular en zigzag entre los vehículos atascados.

En cuanto Laurenti aparcó la Vespa roja, se le acercó Walter agitando el periódico en el aire. El dueño del bar Malabar parecía muy divertido por la desgracia ajena y desplegó el diario sobre el asiento de la moto.

—Léete estos dos artículos, comisario. Son a cual mejor —pasó las hojas a toda prisa hasta llegar a la sección de «Sucesos».

«Rescatados por la pizza. Los jabalíes están entre nosotros. Aún no se había puesto el sol y no se atisbaba ninguna fuerza de la oscuridad cuando, de pronto, se oyó un chasquido entre la maleza y un animal gigantesco se abalanzó sobre la pareja que acababa de comprar una porción de pizza en el puesto. ¿Se habría desencadenado aquel encuentro por alguna vibración esotérica? En verano se celebran allí fiestas celtas y rituales *new-age*. No, el jabalí quería pizza. Un salto sobre una mesa de madera salvó a la pareja de enamorados en tanto el ansioso animal no les quitaba la vista de encima. Hasta que no sacrificaron su pizza de salchichón no lograron huir por la vecina carretera, donde la bestia estuvo a punto de alcanzarlos. Quería más.»

—¡Pues ahora viene otro mejor! —Walter se moría de risa y así distrajo a Laurenti de sus sombríos pensamientos.

—Primero ponme un café —pidió éste, pero su amigo seguía con el periódico.

—Ahora, ahora —dijo pasando dos hojas—. Hoy es un auténtico día de suerte, Proteo. Nuestros amigos han demostrado estar en una forma casi olímpica —Walter señaló el siguiente artículo, al que también se concedía mucho espacio—. Qué pena que no fuera tu patrulla —le dejó el diario y por fin se puso a trajinar con la máquina de café.

«Orgía en la residencia de mayores. Los vecinos se quejan del aumento del ruido

nocturno. "Llevan así dos semanas", suspiraba el insomne Giovanni D., cuarenta y ocho años. "Hasta ayer no tomaron las protestas en serio de una vez. Y no soy un chivato aguafiestas." El pálido empleado tenía profundas ojeras y su esposa, Silvana F., cuarenta y seis años, se quejaba de dolor de cabeza constante. "El sexo no es nada malo en sí", decía bostezando, "pero esos gritos tan agudos nos roban el sueño. Nosotros tenemos que madrugar para ir al trabajo, esos jubilados no muestran ningún respeto. ¿Por qué no lo hacen de día, o al menos con las ventanas cerradas? La sola idea de lo que pasa ahí ya es perturbadora". Su marido asentía con la cabeza. También los vecinos confirmaron que, en efecto, desde el comienzo de la estación cálida se escuchan "extraños ruidos" procedentes de la residencia de mayores, si bien ellos los habían interpretado de otra forma. En su opinión, los animosos mayores jugaban a las cartas. Ninguno de los habitantes del edificio en cuestión ha querido hacer comentario alguno. Tan sólo una señora de cabello blanco se mostró indignada por las acusaciones: "Siempre nos echan la culpa a los mayores", dijo. La desesperada juventud del inmueble aledaño recuperó su sosiego nocturno gracias a la intervención de los agentes de servicio.»

A Walter y a Proteo les encantaba la prensa de provincias por su originalidad, que la diferenciaba de los grandes periódicos nacionales. Según las estadísticas, Trieste era la ciudad con mejor calidad de vida de toda Italia. Junto a la baja tasa de criminalidad y las elevadas rentas, estaba claro que también puntuaba la vitalidad de los pensionistas, que allí, en la orilla norte del Adriático, alcanzaban unas edades muy por encima de la media. ¿Habrían querido emular los mayores de la residencia las proezas amorosas del jefe de Gobierno, no mucho más joven que ellos? Al final iba a ser cierto que no se valoraba el ejemplo positivo de ese hombre como estaba mandado.

—Le han dado una paliza tremenda a Alberto —dijo Laurenti como un jarro de agua fría.

—¿Qué? —preguntó Walter horrorizado.

—El pronóstico es muy grave. Ahora mismo le estarán operando. Sólo espero que salga adelante. Tres tipos de esos que se autoproclaman defensores de la seguridad ciudadana aseguran haberle pillado en un intento de violación.

—Imposible.

—Les daremos su merecido a los tres. De eso puedes estar seguro.

El comisario había acudido volando al castillo Miramare, con el intermitente azul y la sirena puestos, y mientras llegaba, había dado aviso al servicio de emergencias y a la jefatura. No redujo la velocidad hasta llegar al gran arco de piedra de la entrada del parque y volvió a pisar el acelerador nada más atravesarlo. Le faltaron escasos centímetros para acabar dentro de la fuente de la entrada principal del blanco castillo, con coche y todo, pues tuvo que frenar en seco para no llevarse por delante las mesas del *catering* del equipo de rodaje. Tres personas corrieron hacia él agitando los brazos como histéricos.

—Psss —susurró un joven, llevándose el índice a los labios al llegar junto a Laurenti—. Estamos rodando una película. ¡Silencio! —era evidente que ahí terminaban sus conocimientos de italiano.

Los neumáticos crujieron sobre la gravilla cuando Laurenti volvió a arrancar, pero, de repente, una chica se interpuso en su camino y tuvo que volver a frenar de golpe.

—¡Para! ¡Papá, espera! ¡No puedes pasar!

—¡Livia, hija! ¿Estás loca? No te he atropellado por los pelos. ¿Qué está pasando aquí?

—Estamos rodando allí atrás.

—¿Y por qué crees que vengo yo a toda prisa con el intermitente y la sirena? ¿En qué película estoy? Anda, déjate de tonterías y dime dónde está la estatua de Amadeo de Aosta —gruñó Laurenti, giró el volante y pisó el acelerador.

Hacía mucho que no visitaba aquel parque y sólo recordaba muy vagamente dónde estaba la estatua. Detrás de la primera curva, un coche patrulla con las puertas abiertas bloqueaba el paso y dos actores se acercaron con gesto de fastidio. También apareció la comisaria de ficción, seguida por los gángsteres de gafas negras, los tres saliendo de detrás de los arbustos. El equipo entero miraba fijamente el Alfa Romeo de Laurenti, cuyas ruedas acababan de dejar un tremendo surco en un cuidado arriate de flores.

Unos pocos cientos de metros más allá, en la parte norte del parque, avistó por fin la estatua sobre su pedestal de mármol. Bajo la rígida mirada de bronce del que en tiempos fuera virrey de Etiopía, el comisario se apeó del coche y sacó el arma. No tuvo que buscar mucho. Tres hombres con cazadoras amarillo fosforescente con la inscripción «Volontari della Sicurezza» observaban cada uno de sus pasos con escepticismo.

—¿Dónde está? —preguntó el comisario, guardando la Beretta y mostrándoles la placa bien de cerca.

—¿Quién lo ha llamado? —preguntó el que parecía el cabecilla del equipo. Llevaba la cabeza afeitada y tenía cara de buey, muy colorada y con un bigote rubio cuyas puntas le llegaban hasta la barbilla. Tan tranquilo, señaló a su espalda con el pulgar, pero no hizo ademán de apartarse para dejar pasar. Tenía una mancha de sangre en la manga.

—Las preguntas las hago yo —dijo Laurenti. Al agacharse sobre Alberto, que yacía en el suelo boca abajo y jadeaba, oyó acercarse una sirena. Escondido bajo el pecho, en la mano izquierda, sostenía el móvil desde el que había llamado pidiendo ayuda.

—¿Puedes hablar?

—Vaya a ver cómo está ella —apenas se le entendía.

Cinco metros más allá, en el suelo, había una mujer con el pelo corto, rojo, y un vestido del mismo color, subido hasta las caderas. Se sujetaba el cuello con una mano bañada en sangre. El aullido de las sirenas de la ambulancia y del médico de urgencias se acercó y enmudeció de golpe.

—Pidan una segunda ambulancia —ordenó Laurenti a uno de los sanitarios, al tiempo que el compañero se inclinaba para reconocer a Alberto y el médico tanteaba el cuello de la mujer en busca de pulso. Retiró la mano, llena de sangre, y dio una serie de órdenes en voz alta.

Laurenti corrió hacia su coche y volvió trayendo guantes de látex y una bolsa de plástico. Abrió la mano derecha de la mujer y recogió casi sin tocarlo el pequeño puñado de cabellos que ella apretaba con fuerza. Luego la dejó en manos del médico.

—Nos vamos, chicos —dijo el cara de buey.

–¡Ustedes se quedan aquí bien quietos! –Laurenti se volvió como si le hubiera alcanzado un rayo—. A ver, sus papeles.

–Nosotros hemos cumplido con nuestro deber –alardeó rebelde el cabecilla, dando unas palmadas en la espalda a sus dos hombres.

–Eso lo decidiremos más tarde.

–Ese cerdo intentaba violar a la mujer. Y se lo hemos hecho pagar.

–Su documentación, por favor.

De mala gana, sacaron sus carnets. El comisario no estuvo solo con ellos mucho tiempo, enseguida se acercaron otros dos coches patrulla.

–Precintad toda la zona en un radio amplio y llevaos la chaqueta de ese cara de buey –pidió a los agentes uniformados—. Y luego os lleváis a estos tipos a jefatura. Por separado. Que no puedan hablar entre ellos.

Echó un vistazo al reloj. Eran las siete menos veinte cuando la primera ambulancia se alejaba de la escultura del duque de Aosta y emprendía el camino hacia la clínica universitaria. También Alberto fue atendido allí mismo y trasladado al hospital en la segunda ambulancia. Tenía el caftán manchado de sangre, el gorro de lana había ido a parar un metro más allá. Por primera vez desde que conocía al vendedor ambulante, el comisario vio que tenía la cabeza calva.

El café que había hecho en la cafetera italiana de la cocina era imbebible, de modo que Miriam se conformó con un vaso de agua y llamó a un taxi. No salió de la casa hasta que vio el coche delante de la puerta, aún con la tenue luz del amanecer. Durante el viaje, no dejaba de volverse a mirar hacia la estación central. A las 5:02 horas subía al tren regional en el que viajaban los trabajadores del gran astillero de Monfalcone y muy poco después se apeaba ella sola en la parada de Sistiana-Visogliano. Cambió de andén y tuvo que esperar media hora hasta que llegó el primer tren en dirección al centro de Trieste. Esta vez iba sola en el vagón. Poco antes de las seis, bajó en la pequeña estación del castillo Miramare, que en su día había sido la estación imperial y ahora había sido renovada con mucho gusto. De nuevo se volvía a mirar constantemente. El alegre canto de los pájaros era el único ruido a su alrededor una vez se hubo alejado el tren. Recorrió el paso subterráneo y se encontró frente a la puerta norte del parque, que estaba cerrada. Tal y como se lo había descrito Alberto, caminó unos cien pasos hacia la derecha, pegada a la valla, y llegó a un punto donde no se la veía desde la calle. No le costó encontrar el barrote suelto, colarse por el estrecho hueco y adentrarse en el parque, cuyo fundador había querido adornar con muchas plantas exóticas. Aunque Miriam se sentía a salvo, evitaba los caminos de gra-villa para que no se oyeran sus pasos. Más abajo, por encima de las copas de los añosos árboles, se veía la torre del castillo a la orilla del mar, con la bandera tricolor ondeando suavemente en lo alto. Pasó por un estanque fangoso habitado por unos cuantos patos y cisnes y por un invernadero de cristal donde se criaban colibríes y mariposas exóticas. Lo dejó a mano izquierda y, siguiendo las indicaciones de Alberto, por fin llegó hasta la estatua de Amadeo de Aosta.

Sobre un pedestal de mármol se alzaba el héroe de la Italia fascista, virrey de Etiopía y

gobernador del África Oriental Italiana, cabeza de la campaña de Abisinia por orden de Mussolini y hoy en día considerado un hombre de honor. Una inscripción informaba de que, en 1971, había sido nombrado ciudadano honorífico de la ciudad de Trieste *post mortem*. En todas partes, los monumentos de los supuestos héroes del pueblo ocultaban la cruel verdad. Las atrocidades del ejército de ocupación no habían llegado a su fin hasta 1941, con la capitulación sin condiciones ante los ingleses. Pocos italianos se habían quedado en el país, uno de ellos su abuelo, Paolo Natisone. Tras la retirada de sus compatriotas, se había llevado a Jima la mesa del cuartel central de los soldados de Saboya en Addis Abeba, aquella mesa que los saqueadores habían dejado y que ahora tenía ella en Colville Mews.

Miriam oyó pasos y dejó de mirar el monumento. Tenía que ser Alberto. De repente, un brazo le rodeó el cuello por detrás y notó un cuerpo pegado a su espalda. Se revolvió desesperada, pero el hombre era fuerte. Ella no tenía ninguna posibilidad de soltarse, aunque le propinó una patada en la rodilla y le clavó las uñas en el brazo. Lanzó un chillido muy agudo y largo y le dio otra patada, pero luego notó una fuerte presión en la garganta que la dejó sin voz y, por el rabillo del ojo, vio el brillo de una hoja corta que se acercaba por su izquierda. Con toda la fuerza que pudo, mordió el brazo que le sujetaba la cara y su atacante profirió un grito ronco. Miriam hizo un nuevo acopio de fuerzas y empezó a patear, le tiró del pelo y agitó los brazos. Luego sintió el corte y la sangre, al punto perdió la conciencia y se desplomó. Los brazos que la sujetaban aflojaron la presión y oyó otra voz. Miriam se llevó la mano al cuello para presionar la herida, luego oyó pasos rápidos sobre el camino de gravilla, como de alguien que sale corriendo. Miriam tosía y escupía y por fin logró verlo como a través de un velo de niebla.

—Miriam, di algo. ¿Me oyes? —con dos dedos, cogió el cuchillo que seguía sobre el pecho de Miriam y lo lanzó sobre la hierba. Le cogió la cabeza entre las manos. Después intentó retirarle la mano de la herida. Pero, entonces, Miriam oyó un fuerte vocerío y alguien arrancó a Alberto de su lado. Él gritó y se oyeron voces masculinas que lo insultaban, llamándole «sucio negro». Alberto lanzó un fuerte gemido y Miriam se desmayó.

El caso de los dos heridos del parque tenía muy, muy mala pinta. Cediendo a la presión de la Lega Nord, el Gobierno había aprobado un decreto que daba vía libre a las «patrullas civiles», grupos de voluntarios que se creían con derecho a imponer el orden. En las últimas elecciones, el partido xenófobo también había logrado acallar las voces de protesta de quienes no compartían sus consignas de pureza de sangre. Ahora, la Lega Nord hacía valer sus escaños en el Gobierno y conseguía inclinar la balanza a su favor en ciertas cuestiones. Aquí y allá se presentaban hombres sin formación, pero que se creían alguien porque les dejaban patrullar por los barrios durante la noche. En su prepotencia, afirmaban tener una excelente relación con la policía y los *carabinieri*. Hablaban de una plaga de extranjeros que había que erradicar, y de que también en los campamentos de los gitanos había que acabar con las ratas. En Trieste, estas peculiares tropas apenas tenían ningún peso, pero en algunas zonas del norte del país se comportaban casi como

grupos paramilitares. En YouTube circulaban vídeos de sus ceremonias racistas con antorchas y capuchas como las del Ku Klux Klan. El Ministerio del Interior pretendía que la financiación de estos Volontari della Sicurezza, como se hacían llamar, saliera de los presupuestos asignados a las fuerzas del orden regulares, a quienes unas veces no les alcanzaban los fondos para el mantenimiento del parque móvil y otras incluso les faltaba para pagar la gasolina a fin de mes. Por no hablar de las instalaciones en las comisarías. También eso era parte de la estrategia de mentiras del Gobierno: se trataba de empeorar la situación de estas fuerzas del orden adrede para así hacer necesarias unas medidas tanto más radicales en su contra y permitirse un ataque tras otro a la constitucionalidad. Burdo cinismo populista que después los periodistas sumisos y complacientes envolvían en eufemismos por televisión. La policía y los *carabinieri*, sin embargo, habían prestado juramento a la Constitución y su deber era velar por el respeto y la imposición de las leyes. Y ahora, para colmo, aún les tocaba ocuparse de las agresiones de aquella cuadrilla de extremistas que, al parecer, había sorprendido a un africano en un intento de violación.

A Laurenti le había costado mucho entender las palabras de Alberto cuando le había llamado por teléfono. Se preguntó de dónde habría sacado su número el vendedor ambulante, y luego recordó que él mismo se lo había dado unos años atrás, cuando el somalí había sido testigo de una pelea entre senegaleses y chinos en la Piazza Ponterosso. Un caso de luchas territoriales en el que el africano había acabado en Cuidados Intensivos con una grave herida de arma blanca. Aquel día, Alberto hacía su ronda por las calles del centro y había podido observar perfectamente el transcurso de los hechos. ¿Por qué iba a llamar al comisario un sábado tan temprano si había cometido algún delito él? ¿Por puro miedo a que lo mataran aquellos tres espontáneos de la seguridad civil? Tal vez. Ahora bien, ¿qué hacía un vendedor ambulante musulmán a las seis de la mañana en aquel inmenso parque romántico cuyas puertas no se abrían al público hasta varias horas más tarde? ¿Y quién era aquella mujer? ¿Qué relación tenía con él?

En el Malabar se rumoreaba que Alberto era doctor en Matemáticas y que estaba casado con cuatro mujeres en su país, de las que tenía un tropel de hijos. Y en Trieste se dedicaba a vender bisutería barata. No había forma de averiguar hasta dónde podían ser ciertos aquellos fantasiosos rumores de los recios bebedores del bar. Lo que sí estaba muy claro era que Alberto era el jefe de toda una tropa de vendedores ambulantes a los que controlaba, que le entregaban parte del dinero de sus ventas y de los cuales apenas ninguno revelaba más que su nombre de pila. Las autoridades estaban al corriente, pero tan sólo les interesaban los que movían los hilos de todo aquello, a los cuales, sin embargo, era casi imposible acercarse... La red de dependencias y chantajes era demasiado intrincada. Y en una organización semejante, contar con Alberto era una pequeña luz. Cooperaba con las fuerzas del orden por motivos estratégicos.

Hacía cuatro meses escasos incluso había conseguido venderle algo a Laurenti. Era el día en que el comisario invitaba a todo el bar a una ronda de *spumante* y anunciaba orgulloso que acababa de ser abuelo de la recién nacida más bonita del mundo. Tenía el

pelo negrito como ala de cuervo, igual que su madre, quien a su vez lo había heredado de él. Alberto había sabido aprovechar la ocasión: un talismán auténtico contra todos los demonios de este mundo, tallado a mano en su pueblo natal, según afirmó. Laurenti sabía que Alberto era cualquier cosa menos un violador. Y seguro que tampoco habría colaborado jamás en ningún tipo de ajuste de cuentas.

Pero eso seguía sin explicar qué hacía tan temprano y precisamente allí. Como extra del rodaje, sin duda, no estaba previsto. ¿A quién podía vender sus pulseras, mecheros brillantes y talismanes a esas horas? ¿Quién estaba en el parque, aparte de los pobres cisnes del fangoso estanque o los exóticos colibríes del famoso mariposario?

Se decía que el castillo de Miramare traía el infortunio a cuantos se alojaban en él. Según la leyenda, el origen de la maldición era una pequeña esfinge que había en el puerto, traída de Egipto –sin permiso– por Maximiliano. Todos los habitantes del castillo habían muerto por causas no naturales y lejos de su tierra: el archiduque Maximiliano I de Austria, a quien los franceses nombraron emperador de México durante las guerras de Intervención, después fue traicionado, abandonado de mala manera por todos sus parientes y aliados y, al final, de acuerdo con las nuevas leyes, fusilado por las tropas del presidente Benito Juárez en 1867. Amadeo de Aosta había muerto de malaria y tuberculosis en Kenia, en 1941, prisionero del ejército inglés. Durante la ocupación nazi había residido en el castillo blanco el comandante de las SS Friedrich Rainer en calidad de comisario de la Defensa del Reich en la «Zona de operación de la costa adriática». Un tribunal militar de Ljubljana lo condenó a muerte en 1947. Los dos generales estadounidenses que instalaron allí su cuartel general durante los años que duró la tutela de las Naciones Unidas en la ciudad, hasta 1954 –Moore y MacFadden–, perdieron la vida en sendos accidentes de coche. La maldición dejó de cobrarse víctimas cuando Miramare se convirtió en museo estatal, en 1955. ¿Quién había despertado a la esfinge de su sueño de piedra aquella mañana? La señal del móvil arrancó a Laurenti de su ensimismamiento.

Como todas las mañanas, Gemma le había enviado un SMS. Laurenti la llamó y a la segunda señal de línea escuchó su voz cantarina y dulce.

–Tengo la esperanza de que Trieste esté completamente muerta hoy –dijo la doctora–. Un fin de semana libre para los dos. ¿Ya se ha hecho a la mar tu mujer?

–Hasta el mediodía no se va, preciosa. ¿Nos vemos luego para tomar un café?

–Estaré en la Diga Vecchia. Ahora mismo espero el ferry para cruzar. ¡Y antes de la puesta de sol no me moverá de allí nadie!

–Yo, en cambio, estaré aquí, en el despacho, y no tengo ni idea de cuándo podré marcharme. Por desgracia, mis clientes estuvieron muy alborotados la pasada noche. Además, es arriesgado ir a la Diga Vecchia en fin de semana. Hay demasiada gente –murmuró Laurenti.

–Bueno, yo llevo uno de tus bañadores en el bolso, Proteo, y también una toalla.

–Pues llámame desde allí y me dices si ves el panorama despejado.

Nada más colgar recibió la llamada de Gilo Battinelli para informarle de la reunión de

Raccaro en Lignano Pineta.

—Lele ha vuelto al yate esta mañana con un maletín que ayer no llevaba, y luego han zarpado enseguida, jefe, rumbo al sur todo derecho. A lo largo de la costa italiana, si se mantiene como va. Estoy viendo la torre de Jesolo en el horizonte, estamos a la altura de Venecia. Por cierto, a bordo también va Vittoria, la transexual brasileña. Se ve que al viejo le gustan las amantes con un amplio margen de experiencia.

Laurenti sujetaba el móvil entre el hombro y la oreja izquierdos y releía por encima el informe que había dictado a Marietta la tarde anterior desde el atasco de la autopista. Si se cumplía el protocolo, Gazza sería trasladado ese mismo sábado. En un momento encontró tres erratas. Antes Marietta jamás hubiera consentido una chapuza así. Nunca la había visto tan desconcentrada. Laurenti subrayó las palabras en rojo, luego le dejaría el texto encima de su escritorio.

—Cada cual tiene sus gustos, Gilo. Visto lo visto, es la última moda.

—No, si ya... —respondió el inspector poco convencido—. Por cierto, fue ella la que ayudó a subir a bordo del *Greta Garbo* a un tipo enorme y gordo como una foca en el Molo Audace el día que usted tomaba el aperitivo con su hija en el Harry's Grill.

—¿Cómo? ¿El alemán? —Laurenti dio un respingo—. ¿Estás seguro?

—De que era Vittoria, segurísimo. En el gordo no me fijé mucho, Laurenti le interrumpió.

—¡Hombre, Battinelli! Si el alemán estuvo a bordo, tuvo que dejar huellas. Podríamos haber confiscado el barco hace dos días. ¡Qué rabia!

—No caí hasta ayer, cuando volví a ver a Vittoria en el muelle.

—Vira en redondo y vuelve. ¿Cuánto tardarás?

—Cinco horas por lo menos, a pesar del viento a favor. En el parte marítimo han anunciado tormentas al final de la tarde. ¿Qué se le ha ocurrido?

—¡La próxima vez, cómprate un yate con motor! —Laurenti miró un momento el mapa—. Ahora mismo me voy a convencer a la fiscal para que ordene a los compañeros de Chioggia, Ravena o Rimini que retiren ese yate de la circulación y envíen a la policía científica a recoger pruebas. A lo mejor hasta salimos ganando si se hace fuera de Trieste. Menos revuelo, menos protestas, menos gestos de amenaza. Y hasta que lo traigan de vuelta pasará bastante tiempo. Pero a ti te necesito aquí con urgencia, Gilo, porque Lele seguro que vuelve enseguida y cuento con que empezará a tocar todos los palillos a su alcance. Y no va a ser nada divertido.

Colgó y se pasó las manos por el cabello.

—Espera y verás... —dijo en voz baja mientras leía el número de teléfono de la fiscal de una hoja que tenía colgada de la estantería, detrás del escritorio.

—*Dottoressa Volpini*, aquí Laurenti. Hoy la llamo con dos asuntos a la vez. Ambos urgentes. El primero concierne a Lele y a Birkenstock...

—Absténgase de llamar a la gente por su apodo, Laurenti. El uno se llama Raffaele Raccaro y el otro Harald Bierchen. Las formas son la base de todo, no le digo más. Ahora cuénteme, ¿qué pasa?

El comisario le resumió lo que le había contado el inspector Battinelli de manera que la

conclusión era evidente.

—Ahora mismo dicto la orden. Actúe como procede, Laurenti —le instó Iva Volpini, ya en tono más amable—. Ayer por la tarde llegó la demanda de un bufete de abogados de Londres contra Raccaro. Chantaje, amenazas, calumnias, difamación, acoso... Y una reclamación por daños a la persona de más de dos millones y medio de libras esterlinas. Esos abogados solucionan las cosas a cañonazos.

—Mi segundo punto es que desde las seis de la mañana de hoy tenemos un nuevo caso, *dottoressa*.

El mundo era un eterno juego entre lo que se sobrevalora y lo que se infravalora, la vida un perpetuo malentendido. Y por lo general se descubría la verdad demasiado tarde para contribuir a cambiar el curso de las cosas.

—Manténgame al corriente de cualquier detalle nuevo, comisario —ordenó la fiscal desde el otro lado de la línea telefónica cuando el comisario hubo terminado de relatarle los acontecimientos del parque de Miramare. Ella misma sabía que era imposible disponer de pruebas tan pronto y que, salvo el interrogatorio de los tres sujetos de la patrulla civil, también era demasiado pronto para tomar ulteriores medidas. Las dos víctimas estaban en el quirófano. Aun suponiendo que sobrevivieran, de entrada tampoco podrían prestar declaración.

Era bueno que Iva Volpini fuese nueva en la ciudad. Si hubiera estado más familiarizada con los tejemanejes de Trieste, posiblemente habría dado más vueltas a su decisión. Aquel asunto levantaría demasiada polvareda, cabía esperar que Lele no se quedara corto en su respuesta. Una demanda de más de tres millones de euros. Incluso para un potentado en la sombra como él, debía de ser una barbaridad. Era sabido que Raccaro metía mano en todas las grandes transacciones. Pero ¿qué sentido tenía recurrir a fotografías pornográficas trucadas para chantajear en vano a una diputada británica, cuando las auténticas eran mucho más adecuadas para ello?

Laurenti se puso a revolver los papeles de su escritorio en busca del expediente con las delicadas fotos de la inglesa que el agente de la policía científica le había entregado en mano. El comisario lo había escondido debajo de las otras carpetas, aquel material le resultaba demasiado espinoso para tenerlo a la vista. Entonces se llevó un susto. ¿Cómo habían ido a parar las fotos de la trampa del bosque a la misma carpeta? ¡Gemma y él junto al viejo roble! ¿Era una broma pesada por parte del agente o acaso las había guardado allí él mismo sin darse cuenta? Marietta le había asegurado que el compañero había borrado el archivo del ordenador en su presencia. A toda prisa, metió una foto tras otra en la trituradora de papel. Luego, su mirada se detuvo en las imágenes de los cazadores furtivos. Ahora sí tenía la certeza: el tipo del cuchillo estilo Rambo que remataba al jabato era, en efecto, uno de los obreros que habían dejado la montaña de escombros en el jardín de su casa.

El compañero que se ocupaba del caso de la caza furtiva respondió al teléfono enseguida. Sin lugar a dudas, una visita a la constructora les revelaría la identidad del tipo. Y a lo mejor arrojaba más luz sobre los verdaderos negocios de aquella empresa que había tomado el pelo a los Laurenti.

Lele había anunciado que estaría de viaje durante cuatro días, aunque por sus palabras cabía contar con que fuera una semana entera. Aurelio tenía que aprovechar el fin de semana. Sabía por experiencia que incluso las diligentísimas procuradoras del imperio Raccaro trabajaban un poco menos que de costumbre en pleno verano, pues aprovechaban para ver a sus desatendidas amistades o relajarse un poco en la playa. Ahora tenía acceso al sistema del ordenador y podía copiar tantos documentos de negocios y transacciones como quisiera. Había invertido mucho tiempo y paciencia hasta descubrir las contraseñas.

En cuanto llegó a su casa, metió en una bolsa de basura toda la ropa que llevaba puesta, incluidos los zapatos, y se deshizo de ella en el contenedor de Cáritas. A continuación se decoloró el pelo hasta que le quedó rubio platino, se lavó a conciencia y se cepilló muy bien las uñas. El mordisco del brazo se le había puesto morado y le dolía un poco. Más tarde se lo taparía con una de esas calcomanías infantiles que vendían en los supermercados. Con un delfín sonriente o un conejito simpático, o tal vez una siniestra calavera con dos espadas cruzadas, según lo que tuvieran en la primera tienda que encontrase. También le dolía la sien en el punto donde la gata sigilosa le había agarrado del pelo, y se peinó de tal manera que no se le viera la herida que le había hecho.

Todo había salido según sus cálculos, aunque no había sido tan fácil como esperaba. No obstante, el desenlace era favorable para él. Había llegado al parque a las cinco de la mañana; los del equipo de rodaje ya estaban allí y así pudo aparcar la Malaguti entre los vehículos del equipo de *catering*. Incluso ellos tenían que pagar un cinco por ciento de sus ingresos a la AFI. Conocían bien a Aurelio.

En la primera escena de esa mañana, la comisaria caía en una emboscada de los malos y quedaba inconsciente detrás de unos arbustos, de manera que luego podía llegar el fiscal alemán y devolverla a la vida con un largo beso de amor. El castillo blanco le daba a todo un glamuroso empaque. Aurelio permaneció media hora en el set de rodaje, por el que también rondaban los tres tipos de la patrulla civil, con sus cazadoras amarillo fosforescente, para mirar a las actrices y a las chicas del equipo. Luego se apartó, se enfundó unos guantes de látex y un pasamontañas y se puso en camino hacia la escultura de Amadeo de Aosta para librarse de la periodista.

La gata sigilosa tenía más fuerza de la que él se había figurado. Chillaba y se revolvía, le había mordido el brazo y tirado del pelo. Pero al fin había conseguido rajarle el cuello. La pelirroja se había desplomado al instante y no había vuelto a rebullir. Él había dejado caer la navaja sobre su pecho y puesto pies en polvorosa. Escondido detrás de un arbusto, había visto cómo Alberto se acercaba, echaba a correr al verla, se agachaba a atenderla y retiraba la navaja con dos dedos antes de cogerle la cabeza entre las manos llenas de sangre y hablarle loco de angustia. Al tiempo que Aurelio tecleaba el número de la policía en el móvil de tarjeta de prepago comprada en Croacia para dar un aviso anónimo de lo sucedido en el parque, oyó el vocerío de los tres pendencieros guardianes de la civilización que se lanzaban sobre el somalí. Así pues, Aurelio cerró la tapa del móvil y regresó al set de rodaje a hurtadillas entre los arbustos.

Estaba sentado a la mesa de la cocina, se servía la segunda taza de café y revisaba sus anotaciones en la pantalla del portátil. Tenía una lista de todos los asuntos de los que Lele más o menos le había dejado enterarse, aparte de que él se había esmerado mucho en recoger cualquier comentario coyuntural. Después había clasificado toda la información con palabras clave por fechas, lugares, personas, gremios, en algunos casos incluso figuraban sumas concretas o conexiones transversales entre los protagonistas. Siempre eran las mismas personas de la ciudad y sus alrededores, de las vecinas Eslovenia, Croacia, Austria y Baviera, y del sur de Italia. Gente de la política, la economía, el sector de la construcción... y la curia. *Never change a winning team!*⁸ Los únicos que habían entrado en el juego recientemente eran los rusos. Poco a poco, todas aquellas notas habían proporcionado a Aurelio una imagen concreta de los negocios de Lele y de la densa red de dependencias gracias a las cuales el viejo obtenía beneficios de todas partes.

Aurelio marcó las lagunas que le quedaban con un signo de interrogación rojo y luego imprimió el documento. Pasó a la vivienda de Lele después de desactivar la alarma de la puerta dando dos vueltas a la llavecita que había junto al timbre. En el salón, se sentó en el centro del gigantesco sofá azul y consultó en sus papeles qué documentos tenía que sacar de la caja fuerte. Le hervía la sangre, Lele le encargaba a él todo el trabajo sucio, en tanto que aquella casta de intocables ingresaba paladas de dinero con sus negocios en la sombra, haciendo alarde de su riqueza y sus influencias. Pues ahora también iba a beneficiarse él. Ya había esperado bastante. Por fin se marcharía bien lejos de allí y hallaría una vida mejor en cualquier lugar.

Su mirada se detuvo en la pared donde colgaba el cuadro de Courbet. La desembocadura del Timavo no le parecía tan erótica como Raccaro afirmaba. Claro que si la obra era auténtica, debía de tener un valor incalculable. Pero Aurelio prefería los hechos a las conjeturas y lo de Jeanette había sido una experiencia única. A Lele, por el contrario, le gustaban las criaturas con dos sexos, como Vittoria. Sobre gustos no hay nada escrito, como suele decirse. Aurelio tenía fotos que podían convertirse directamente en dinero en efectivo. El viejo se quedaría perplejo ante lo que verían sus ojos. Luego descolgó de la pared la foto de su supuesto abuelo. Al parecer, Aurelio tenía una familia de la que no conocía a ningún miembro, excepto al enanito que no dejaba de insistir en que era su padre. Guardó la foto en su maletín.

Aurelio bostezó. Le pesaba el cansancio, pero aún le quedaban algunas cosas por hacer. Después de comer tenía que ocuparse de los pedidos de café y antes aún debía terminar el trabajo que había ido a hacer allí. Bostezó unas cuantas veces más antes de concentrarse de nuevo en las anotaciones: tres centros comerciales con cuya construcción Raccaro había blanqueado grandes sumas, pero cuyos ingresos de alquileres no producían los beneficios esperados y le quitaban el sueño. Había muchos locales vacíos. Muy distinta era la suerte del proyecto de ampliación del campo de golf de la meseta del Carso, así como la futura edificación de un complejo hotelero de lujo. Las tierras de labor en el Carso que Lele había comprado baratas y a tiempo antes de la aprobación del nuevo plan de explotación de superficies multiplicaban su valor a un ritmo vertiginoso gracias a un único decreto del Gobierno de la ciudad: como por arte de magia,

se habían convertido en terreno edificable. Lo que, por otra parte, estaba concebido como un negocio a largo plazo era un paquete de acciones de una empresa española abastecedora de energía cuyos gerentes esperaban –y no en vano– aprovecharse de la inexperiencia e ignorancia de los políticos locales para crear una gigantesca planta de procesamiento de gas natural licuado para abastecer el campo de golf. Un lugar disparatado, pues semejante proyecto acabaría del todo con la actividad del puerto, arruinaría la calidad del agua y de la pesca y convertiría Trieste y sus alrededores en una zona sin otro valor que la burda producción de energía para una patria cuyos gobernantes se hallaban muy lejos. Era obvio que Lele no perseguía otro objetivo. ¿Qué sentido tenía si no su empeño por hacerse fuerte ante la posible construcción de una central nuclear cerca de Monfalcone? En la ciudad no había voces organizadas que se opusieran. A Aurelio le traían sin cuidado las consecuencias de todo aquello. Una vez estuviera en Australia o en Nueva Zelanda, le daba igual que la región entera se hundiera en el mar.

Raffaele Raccaro solía cambiar la contraseña de su caja fuerte todos los domingos, y Aurelio había observado a lo largo de los años que siempre utilizaba las mismas cinco combinaciones de números. Su propia fecha de nacimiento, luego los cumpleaños de la foca y Aurelio. Luego el 26 de octubre de 1954, el día en que se disolvió el Estado Libre de Trieste y la ciudad pasó a ser italiana por segunda vez en su historia, gracias a lo cual comenzó el éxito de Lele como hombre de negocios. La última fecha era el 6 de diciembre de 1994, el día en que el juez de instrucción Antonio Di Pietro, figura emblemática del proceso «mani pulite», manos limpias por Italia, había anunciado su dimisión. Ése había sido también el fin de la comisión de inspección que, en los años anteriores, había sacado a la luz el entramado criminal de corrupción y juegos de favores que la economía, la política y el Crimen Organizado habían sabido aprovechar. La sociedad se estremeció y los ciudadanos recuperaron la confianza en la justicia... justicia que, ahora, de nuevo se había tornado un pálido recuerdo. Y el heroico investigador de antaño se había convertido en un político con intenciones honorables y grandes puntos flacos en cuestiones de retórica.

Aurelio fue desplegando por el suelo los documentos exactamente en el mismo orden en que los sacaba del voluminoso armario acorazado. Primero, hacía una fotografía de cada cajón para poder volver a guardar todo tal y como estaba. Añadió un montón de notas a la lista que traía preparada, de algunos documentos también hizo fotografías. Examinó cajón por cajón con suma minuciosidad. Una vez se sobresaltó al oír un suave zumbido, como si hubieran llamado varias veces al timbre del piso de al lado: la puerta de su casa. Se dirigió hasta la puerta de puntillas, se asomó por la mirilla y sólo alcanzó a ver cómo el ascensor se cerraba detrás de un hombre de traje gris. Después volvió a su tarea. El cajón inferior contenía cosas personales. El primer carnet de conducir y pasaportes caducados, la partida de bautismo y el acta de divorcio de octubre de 1982 junto con la declaración de renuncia al pago de pensión alguna. Siete meses antes de nacer Aurelio. Sintió un escalofrío y no podía apartar la vista del papel. La mujer, que por entonces tenía la misma edad que Aurelio ahora, se llamaba Olga Zelavskova, nacida

en Kiev. ¿Sería su madre? Ya estaba hecho a la idea de no llegar a saber nunca nada de ella y siempre repetía que tampoco le interesaba. ¿Dónde estaría esa mujer ahora? Si Lele decía la verdad, había abandonado a Aurelio recién nacido en la puerta de su casa. ¿Por qué tenía que enterarse de eso justo ahora? Le sudaban las manos y se le aceleró la respiración. Fotografió el documento y lo devolvió a su sitio. Se obligó a serenarse y siguió mirando papeles. Debajo de todos había una carpeta blanca sobre la que se leía: «Testamento». Aurelio reventaba de curiosidad, pero lo único que encontró fue la factura de un notario junto con una nota escrita a mano.

«A mis hijos Aurelio y Giulio. Todo lo que tenéis que saber os lo dirá el notario, al que también he confiado mi testamento y otros documentos de los que os informará en el caso de mi defunción de acuerdo con las instrucciones que le he dado. No obstante, para evitar cualquier malentendido, con estas líneas quiero dejar clara constancia de una cosa. Soy el padre biológico de Giulio Gazza y Aurelio Selva. Sólo podréis ser los continuadores de mi obra si estáis unidos. La época de vuestras peleas toca a su fin con mi muerte, puesto que he dispuesto que, en caso contrario, mi herencia sea administrada por un albacea ya nombrado por mí. En tal caso, todos los bienes serán legados a una institución que guarda un estrecho vínculo con mi éxito personal. Con la legítima podéis hacer lo que queráis. Por motivos obvios, será una cantidad irrisoria. Los gastos de notaría están pagados. Lele.»

El viejo zorro había pensado en todo. La idea de que Giulio fuera su hermano biológico le daba a Aurelio tanta grima como pensar en compartir algo con él. De modo que también a la foca la había criado un padre que no era el verdadero. ¿Sabría él que era hijo ilegítimo de Lele? Desde el día anterior languidecía en la cárcel de Udine. Aurelio sonrió con maldad. Tras llamarlo por teléfono la foca, él no había movido ni un dedo, a pesar de haberle jurado y perjurado con fingida consternación que avisaría a los abogados de Lele de inmediato. Ahora, Gazza era el único al que podían imputar el asunto de las fotos.

Por un instante dudó si llevarse esa carpeta sobre el testamento, pero luego volvió a dejar todos los documentos en la caja fuerte como estaban.

A las tres de la tarde, Aurelio volvió a sentarse en el sofá azul y bostezó. Tenía que digerir unas cuantas cosas, pero había dado un gran paso hacia su objetivo. Se recostó y cerró los ojos para pensar mejor.

—Me hago serios reproches. No tomé el asunto lo bastante en serio —dijo Pina mordiéndose el labio inferior. La autoestima de la inspectora, que por lo general rebosaba ambición, debía de haber sufrido un duro varapalo. Entre los colegas se comentaba que para recuperarse de derrotas semejantes Pina llevaba a cabo un duro entrenamiento de lucha libre en el que nadie que la conociera querría ser su *sparring*.

Nada más volver del parque a la *questura* se había presentado ante Laurenti, que había puesto patas arriba el despacho de Marietta en busca del café. El día anterior, la lata estaba llena y en su sitio. Su secretaria debía de habérsela llevado en un arrebató de mala baba. ¡Y la de cosas que guardaba en los cajones de su escritorio! Había encontrado

pintaúñas resecos, barras de labios, desodorante, un cepillo y horquillas, varias medias de nailon enrolladas, cigarrillos, chicle, utensilios de manicura, tres cargadores de móvil viejos, varios CD, preservativos, pendientes baratos y otras piezas de bisutería a la moda, dos pares de gafas de sol con los cristales rayados, relojes Swatch, crema para la cara y las manos, tarjetas de visita de sus admiradores... de todo menos material de oficina. Y menos café, claro. Por fin, el comisario dio con la lata en el interior del armario de Marietta. Pero no la vio hasta que de la balda superior cayó un alud de ropa interior, sujetadores y tangas con puntilla que se desperdigaron por todo el suelo. Jurando en arameo, Laurenti se agachó a recogerlos uno por uno.

—¿De qué va esto, jefe? ¿Es fetichista? —Pina no lograba cerrar la boca.

—Estoy recogiendo pruebas, Pina. ¿Quiere alguna prenda? —como pudo, volvió a embutir el muestrario de lencería en la taquilla.

—Yo no me pongo esas cosas —bostezó la inspectora.

—¿Un *espresso*, Pina? —Laurenti se acercó a la máquina con la lata en la mano y metió una cápsula en el compartimento—. ¿Por qué se hace reproches?

—Estuve hasta las dos de la madrugada en el despacho —respondió Pina nerviosa—. Poco después de medianoche, los compañeros trajeron a poner una denuncia a una mujer muy alterada, con el cabello rojo y vestida de rojo. La atendí yo.

—¿Qué me dice? ¿La del parque?

Pina asintió con la cabeza.

—Una periodista inglesa que sólo llevaba unos días en la ciudad y al parecer estaba escribiendo un reportaje sobre el puerto cafetero. Afirmaba que la estaban persiguiendo y temía por su vida. Hasta me dio el nombre y la dirección de su perseguidor, vive ahí enfrente, en la última planta del rascacielos. Se llama Aurelio Selva y trabaja para Raccaro. Es zurdo y lleva un colgante con una gema roja enorme. La verdad es que me pareció una historia bastante rara. Al parecer no conocía personalmente al perseguidor. La cité hoy a las dos de la tarde.

—¡Otra vez Raccaro! ¿Y quién es esa mujer? —Laurenti retiró de la máquina de café una segunda taza y se la tendió a la inspectora.

—Tiene cuarenta y cuatro años y un aspecto bastante atractivo. Me dijo que había venido a Trieste por dos cosas: por un lado, quería escribir el reportaje sobre la industria del café, pero por otro le interesaba el intento de chantaje a la diputada inglesa. El tipo que la perseguía es el mismo que el de las fotos.

—¿Y cómo sabía que la perseguía si de verdad no lo conoce? —a Laurenti no le había pasado desapercibida la tensión de Pina.

—Pedí que una patrulla acompañase a la Natisone hasta su casa. Por desgracia, no me dijo que pretendía ir al parque del castillo Miramare. No la hubiera perdido de vista ni un segundo.

—A esas horas, los únicos que tenían permiso para acceder al recinto eran los del rodaje. Y para no llevar más que unos días en la ciudad, la Natisone estaba muy bien informada de todo. Ahora está en la Unidad de Cuidados Intensivos. Y Alberto también. La verdad es que ha hecho un excelente trabajo, Pina. Y ahora se encuentra aquí,

mirando ese rascacielos de ahí enfrente en lugar de lanzarse a por ese sujeto. Se le enfriaba el café –Laurenti dejó su taza vacía encima del escritorio de Marietta.

La inspectora se limitó a encogerse de hombros. Durante la noche, ni siquiera se había tomado la molestia de buscar el nombre del tipo en la base de datos.

–Sé muy bien que he metido la pata –respondió enfurruñada.

–¿Dónde están los de la patrulla civil?

–Sentados ahí al lado.

–¿Qué llevaba encima la Natisone?

–El pasaporte, dinero, un móvil. El compañero de la policía científica está imprimiendo la lista de teléfonos de la agenda. Y las últimas llamadas, claro. Por cierto, Alberto llevaba una cámara digital –Pina mostró a Laurenti una bolsa de plástico transparente.

–También quiero ver esas fotos ahora mismo. Y una cosa más, Pina. Salta a la vista que está usted a punto de estallar de rabia. Se hace reproches, se identifica con las víctimas, se siente decepcionada consigo misma, odia a esos matones que se autoproclaman defensores de la seguridad. Y está muerta de cansancio. Bien, pues vaya a apretarles bien las tuercas uno por uno, ¿entendido? Y tenga cuidado de que el que salga de la sala de interrogatorios no se cruce con los otros dos.

Aquello era como soltar una manada de leones hambrientos sobre un ñu. En aquel estado de ánimo, Pina no conocía la piedad. Laurenti la conocía muy bien.

–Me va a llevar horas. ¿Dónde demonios está Battinelli? –Pina puso los ojos en blanco.

–No vuelve hasta la tarde. Voy a llamar a Marietta. La secundará y redactará los informes de todo.

–¿Y qué va a hacer usted? –sonaba como un reproche. –Husmear otro poco entre las bragas de Marietta.

El único medio de transporte que permitía circular deprisa y llegar al destino sin sucumbir al caos de tráfico de Trieste era la moto. En moto se podía pasar de largo ante los coches atascados y, cuando la circulación era más o menos fluida, hacer *slalom* por los carriles. Y si no se veía a ningún policía urbano con su casco blanco por la zona, ni siquiera había que hacer caso de los semáforos en rojo. Las motos de poca cilindrada eran para los adolescentes; los banqueros más dinámicos circulaban con la corbata al viento sobre unas Maxi-Scooter que parecían sacadas de una película de ciencia ficción. Los pensionistas solían llevar instalado un parabrisas, las bronceadas mujeres solían conceder importancia a que combinaran con elegancia los colores del sillín, la carrocería y el casco, bajo el cual ondeaban sensualmente sus espléndidas melenas. Proteo Laurenti sentía predilección por los clásicos fáciles de manejar. Y como tampoco daban problemas de aparcamiento, la densidad de motos de Trieste era mucho más alta que el número de conductores con carnet, de manera que surgía el inescrutable misterio de cómo podía ser que parte de la población condujera dos vehículos a la vez. Ahora, sin embargo, el comisario estaba parado con su Vespa en medio de un atasco, sudando la gota gorda bajo el casco.

Una marea de banderas rojas avanzaba lentamente por el Corso Italia al son de las consignas que, entre crujidos, salían de los megáfonos. El sindicato más grande de Italia había llamado a una huelga general a nivel nacional y cientos de manifestantes se congregaban también en Trieste a pesar del buen tiempo. La situación de este año era seria: las medidas de ahorro anunciadas por el Gobierno ofrecían todos los motivos para indignarse, pues apenas afectaban a las clases de mayores ingresos, mientras que todos los demás tendrían que apretarse el cinturón.

Las fuerzas del orden, por ejemplo, se habían visto obligadas a renunciar a una de las pagas extraordinarias. Aunque también era cierto que la política informativa de la televisión estatal fomentaba el revuelo. La cadena del primer ministro se había convertido en un instrumento de propaganda del órgano de Gobierno y callaba las noticias incómodas. Sucedió casi lo mismo que en un régimen comunista.

Marietta respondió a la llamada al tercer pitido y no le hizo demasiada gracia que su jefe le mandara acudir a la oficina.

—Estoy en la playa de Liburnia. Me arruinas el primer día que pensaba pasar junto al mar —protestó.

¿Estaría volviendo a la vida terrenal la ayudante del comisario? Antes, hasta pasaba las noches en la playa nudista, si bien desde la primavera se decía que había entrado en una secta cuya principal meta era la castidad autoimpuesta. También se le había agriado el humor de un modo terrible. ¿Qué pasaba ahora? ¿Se habría despojado el conejo Bobo de su blanco pelo para darse también al nudismo? Laurenti escogió las palabras más dulces que se le ocurrieron esa mañana.

—Te necesito con urgencia, Marietta querida. Esto está que arde en todos los frentes. A cambio, podrás tomarte libre el día que quieras. No somos capaces de arreglarnos sin ti.

—Eso sí que me gusta oírlo, jefe —respondió ella para sorpresa del comisario, que incluso se preguntó si Marietta no estaría tomándole el pelo—. Dentro de media hora estoy en jefatura.

—Gracias, querida mía. Pina te lo explicará todo.

En vano había llamado al timbre del piso de Aurelio Selva. Previamente había llamado abajo al telefonillo. Le había abierto un vecino, catedrático de literatura y especialista de renombre en novela policíaca, al que Laurenti conocía del Malabar. Intercambiaron unas cuantas frases y luego el comisario subió al piso 14 y se cansó de llamar. En el interior no se oyó nada en absoluto; realmente parecía que no había nadie en casa. Cuando se disponía a irse se fijó en el timbre de la puerta de al lado: R. R. No tardaría en presentarse allí también.

Si había una cosa que Laurenti no soportaba era verse retenido tontamente, ya fueran testigos ilocalizables que retrasaban las investigaciones, veraneantes que bloqueaban las taquillas del peaje de la autopista, conductores torpones que frenaban cuando el semáforo estaba a punto de cambiar o supermercados donde sólo abrían dos cajas en las que se formaban unas colas de espanto mientras otras catorce permanecían cerradas.

El mero hecho de que los sindicalistas salieran a la calle a manifestarse en su nombre

estaba a punto de agotar su paciencia. Notó la vibración del móvil en el bolsillo del pantalón y miró quién era. ¿Qué quería justo ahora el responsable de la sección de «Sucesos» de *Il Piccolo*? De mala gana, se quitó el casco y respondió a la llamada.

—¿Eres tú, comisario? —preguntó el periodista—. ¿Te pilla en mal momento?

—¿Qué pasa?

—¿Qué significa el despliegue de policía del parque de Miramare?

—¿No están rodando una película allí? Policiaca, creo. A ver si te has confundido con los polis de ficción —intentó desanimarlo Laurenti.

—¡Sí, hombre, como si yo fuera tonto! Tú mismo te has llevado por delante un arriate de flores con el coche patrulla. Bonita imagen. Da la casualidad de que nuestro fotógrafo estaba allí para llevarse unas instantáneas del set de rodaje.

Laurenti insistió en su mutismo.

—Venga... ¿Qué ha pasado? Los de la película están que trinan. Han tenido que interrumpir el rodaje por vosotros. Porque ahora ya no tienen la luz que querían. Una noticia así no será bien recibida, comisario, ahora que Trieste empieza a gustar como escenario. En el fondo es buena publicidad para nosotros. Al menos mientras todo siga por el mismo camino.

—Dos heridos graves. Una mujer y un hombre. Molidos a palos en un arrebató de brutalidad de esos guardianes del orden por proclamación propia. ¿Y qué puñetas se creen esos tíos del rodaje? —gritó Laurenti furioso—. ¿Iban a esperar la policía, el médico de urgencias y las ambulancias a que ellos terminaran de filmar?

—Claro, de eso no han dicho nada. ¿Quiénes son las víctimas?

—Aún lo estamos investigando.

—¿Y los culpables?

—Olvidalo. La investigación todavía está abierta.

—¿Y qué les cuento a nuestros lectores?

—Serás el primero en enterarte de todo.

—Eso ya me lo has prometido muchas veces, Laurenti. Entonces, dime al menos qué encontrasteis en la vivienda de Gazza. No te olvides de que fui yo quien os puso sobre esa pista.

—*Top secret* —replicó el comisario y colgó.

De modo que los del rodaje habían ido, antes de nada, a quejarse a la prensa de una intervención de la policía de verdad. Eso no estaba en el guión. ¿Acaso creían que el mundo entero giraba a su alrededor? ¿Y las víctimas, los criminales y la policía? Por supuesto que Laurenti se alegraba de que Trieste diera una buena imagen en los medios de comunicación, y, al fin y al cabo, era la propia *questura* la que concedía gran parte de los permisos para rodar. También les prestaban encantados sus coches de policía blancos y azules para las tomas, y algunos agentes hasta se ofrecían para posar a modo de figurantes. A éstos les gustaba burlarse de los uniformes ficticios de los actores, en los que la graduación del cuello y de las mangas se correspondían tan poco como sus peripecias y la realidad. Casi daba la impresión de que las únicas historias que se rodaban en la actualidad eran de policías. ¿Era cierto que el mundo entero no quería ver otra cosa

que aquellos productos fabricados en cadena en los que la recreación hiperrealista de las víctimas hacía subir la cuota de pantalla y en los que, por supuesto, siempre cogían a los malos? La realidad era muy distinta de lo que pretendían los guionistas de televisión o de cine y los directores, y a Laurenti sencillamente no le entraba en la cabeza que los espectadores con dos dedos de frente se creyeran aquellos casos tan artificiales. Desde hacía algunos meses les llovían los informes de detenciones de grandes capos mafiosos. Laurenti sabía que sus compañeros del sur del país estaban realizando un gran trabajo. Pero ¿acaso detener a aquella gente significaba erradicar el mal de raíz? ¿No cabía pensar que tal vez los detenidos eran simples peones que la Mafia sacrificaba porque ya no necesitaba sus servicios? El Gobierno no dejaba pasar ocasión sin jactarse de aquellos éxitos en la lucha contra el Crimen Organizado. Y, por otro lado, aprobaba leyes que hacían cada vez más difícil la labor de la policía.

A la manifestación de las banderas rojas no se le veía el final. Laurenti no llegaría al hospital tan deprisa como había calculado. Tecleó el número del viejo Galvano. Primero tuvo que negociar largo y tendido hasta convencer a Raissa para que le pasase la llamada a su amigo. En pocas palabras le esbozó el caso y apeló a la simpatía que sentía Galvano por el vendedor ambulante somalí para que se pusiera en camino hacia el hospital de inmediato, ignorando las protestas de la rusa que escuchaba de fondo.

A continuación llamó al hospital. Le pasaron con varias extensiones hasta que por fin pudo hablar con el médico que había operado a Alberto y no había salido del quirófano hasta media hora antes. Le proporcionó un diagnóstico escueto, pero le explicó que después podría leer el informe escrito que tenía obligación de redactar. Era innegable que todas las lesiones se debían a puñetazos y patadas. Estaba grave, pero fuera de peligro. De la mujer del vestido rojo no le pudo decir nada, todavía estaba en el quirófano con el otro equipo de cirujanos.

Candace se sintió visiblemente desilusionada al salir del control de pasaportes y buscar a su madre en vano. Pero luego comenzó a preocuparse. El mensaje que le había enviado Miriam durante la noche era muy inquietante. Lo había leído varias veces durante el trayecto al aeropuerto de Stansted. Miriam no había respondido a ninguna de sus llamadas. Candace se aferraba a la idea de que, después del tremendo susto del día anterior, querría dormir hasta tarde y por eso había apagado el móvil, pero también era consciente de que aquella esperanza apenas se sostenía. La joven de veinticuatro años había sabido arreglárselas sola durante tres meses en Asia Central y, sin embargo, ahora ni siquiera sabía a quién dirigirse. Dejó su bolsa de viaje encima de un banco y releyó una vez más el *mail* de su madre hasta dar con el nombre y la dirección del abogado de Londres al que ella consideraba su persona de confianza.

Jeremy Jones contestó de inmediato. La voz que trató de tranquilizarla sonaba simpática. Le aconsejó que se dirigiera enseguida a su colega de Trieste, Fausto Aiazzi, quien había proporcionado el apartamento a Miriam, y le envió sus datos. Pero en el número indicado saltó el contestador automático que informaba del horario de atención del bufete. El sábado no era laborable.

El vestíbulo de la terminal de Llegadas se había quedado vacío hacía rato cuando Candace subió a un taxi para ir a la ciudad. No estaba en disposición de admirar la extraordinaria belleza de la escarpada costa. Al llegar a la Via Trento, pidió al taxista que esperase por si alguien del bufete de abogados le abría la puerta a pesar de todo. Llamó y llamó, volvió a meter la bolsa en el taxi y se dejó caer en el asiento.

—¿Y ahora qué? —preguntó el taxista.

—Lléveme a la policía —respondió ella casi sin voz.

Pina y Marietta exprimían a los matones de cabeza rapada, Battinelli no llegaría hasta dos horas más tarde, el yate de Raccaro pronto sería precintado y examinado en busca de huellas. Laurenti podía permitirse una hora libre. Decidió acercarse un momento a ver a Gemma, que estaría en el viejo dique en las afueras de la ciudad. Un baño en el mar le refrescaría y, cuando regresara a jefatura, ya tendría los primeros resultados.

El viejo ferry zarpaba del Molo Audace en el preciso momento en que Laurenti aparcaba la Vespa y guardaba el casco empapado de sudor bajo el sillín. No le sirvió de nada hacer señas con la mano: o el capitán estaba demasiado concentrado en la maniobra o no quiso darse por aludido. Ahora tendría que esperar media hora hasta el siguiente ferry. Se sentó encima de uno de los viejos bolardos comidos por el óxido y tecleó el número de Laura. Cuando la llamada de socorro de Alberto lo había sacado de la cama, ella había seguido durmiendo. Después de tantos años de matrimonio, se había acostumbrado a que el comisario recibiera llamadas a las horas más intempestivas y ya no perturbaban su sueño.

El teléfono sonó mucho rato y en vano, pero Laura no tardó en devolverle la llamada.

—Perdona, cariño —dijo con voz cantarina—, justo estaba terminando de organizar mis cosas.

—Ya me temía yo que hubierais zarpado. Esta mañana ni siquiera nos hemos despedido.

—¿Ha pasado algo grave para que tuvieras que salir tan temprano?

—¿Qué tal el yate? ¿Es tan cómodo como decías?

—Es magnífico, Proteo. Va a ser una excursión maravillosa.

—Dile a esa Mariantonietta que se las verá conmigo como no te traiga de vuelta sana y salva.

—No te preocupes, de verdad que tiene muchísima experiencia al timón. El viento también es favorable, de manera que avanzaremos sin necesidad de maniobrar mucho. Te llamo esta noche o mañana temprano y te digo por dónde vamos. *Ciao*, cariño.

—Pásatelo bien, Laura. Por favor, no te preocupes por nosotros, en casa sabremos arreglarnos sin ti —se guardó el móvil y miró hacia la Diga Vecchia.

Laurenti pagó la entrada y apagó el teléfono. La piscina de la Diga Vecchia tenía una larga tradición que se remontaba a principios del siglo XX, aunque en los años sesenta había decaído mucho por la pésima calidad del agua. Ahora hacía tiempo que volvía a

estar limpia. Cuatro años atrás habían saneado la zona y restaurado las instalaciones del viejo dique del puerto. En esa ocasión, el impulsor del proyecto había sido uno de los círculos de ideología de derechas en torno a Raffaele Raccaro. También estaba metido en numerosos proyectos inmobiliarios de la ciudad. Sin embargo, antes del fin de la temporada y para sorpresa de todos, los baños del dique se declararon en quiebra sin que nunca llegaran a averiguarse las causas. Al año siguiente, otro arrendatario se hizo cargo de ellos y reabrieron para convertirse en un lugar fantástico para relajarse en pleno centro de la ciudad.

El agua estaba muy limpia, las tumbonas eran cómodas y el restaurante servía buenas copas y algunas cosas para picar. Por las noches se disfrutaba de la bonita vista de las luces de la ciudad sin que el volumen de la música molestara a nadie.

—El beso... —dijo Gemma después de soltar los labios de Lau—renti, que miraba a su alrededor un tanto temeroso—, el beso no tiene nada de romántico, según acaba de descubrir un científico inglés. Y tampoco es un subsistema de control de la evolución mediante el cual la hembra trata de obtener información detallada sobre las condiciones higiénicas del macho, sus hábitos de limpieza, su olor, por ejemplo, su estado de salud o su capacidad reproductiva. No, para eso basta con oler y observar con atención, no hace falta probarlo. ¿Lo sabías? —la joven doctora hojeaba una revista médica titulada *Medical Hypotheses*.

En la terraza superior, donde la entrada costaba el doble, no solía haber nadie.

—Ilústreme, por favor —respondió Laurenti divertido—. ¿Cuál es, entonces, su función en la naturaleza?

—Pues es muy sencillo: así la hembra forma anticuerpos contra el citomegalovirus, que transmiten principalmente los machos.

—Ya, los hombres siempre tenemos la culpa de todo.

—No te inquietes, lo tiene todo el mundo. Es un virus del todo inofensivo para los adultos, pero durante el embarazo es sumamente peligroso para la salud del feto. Así que, al besar, vosotros lo transmitís con la saliva y las mujeres formamos los anticuerpos que lo neutralizan para luego poder concebir sin ningún problema. Cuanto más larga es una relación, tanto más baja es la probabilidad de contraer alguna enfermedad. La única forma de prevenirla, según este científico, es besar constantemente y con mucha pasión. Un beso que no se interrumpiese en seis meses sería la mejor forma de profilaxis. La transmisión por la saliva es el método más efectivo, si bien el virus también se encuentra en la orina, las transfusiones de sangre y el semen.

—¡Qué barbaridad, cuántas alternativas!

—Todas las que quieras.

—¿Y tú qué haces hablando de embarazos? ¿No decías que no pensabas tener tu primer hijo antes de los cuarenta?

La idea de que, un buen día, Gemma le comunicara exultante de felicidad que iba a ser padre una vez más le provocó un escalofrío. Él no era un político. Quería a Laura y no la dejaría jamás. Además, daba gracias al cielo por que sus tres hijos ya fueran mayores.

—Y sigo pensando lo mismo. ¿Has visto las medusas? —preguntó Gemma, señalando los

tres grandes animales gelatinosos que el cálido viento del suroeste había arrastrado hasta la zona del puerto.

—Aguamala o acalefo azul. No son venenosas sino que demuestran la buena calidad del agua. Se alimentan de plancton. Y si vas buceando, ves los pececillos que las acompañan alrededor de sus tentáculos. Las puedes tocar, apartarlas con la mano sin más. De verdad que no hacen nada.

—Pues me parecen asquerosas de todas formas. Y son gigantes.

—En Asia se las comen. Y una vez leí en el periódico que los chinos las pescan en barca frente a las costas de Rímini y luego las venden en Milán como gran especialidad. Ya lo verás, en cuanto cambie el viento, volverá a arrastrarlas hacia alta mar.

Proteo Laurenti se echó en la tumbona después de que Gemma le extendiese la crema solar con mucho mimo por el cuerpo. Se estiró a gusto y se puso a observar el puerto deportivo, de donde a esa hora todavía zarpaban incontables yates. Algunos de ellos pasarían el fin de semana en aguas de Dalma-cia o en el Egeo, otros echaban el ancla a cinco millas, frente a los acantilados, donde los carísimos yates parecían coches aparcados en hilera como si sus dueños tuvieran miedo a la soledad. La libertad del mar.

—¿Me das un poquito de crema a mí también? —Gemma se quitó el sujetador del bikini. Laurenti comenzó a untarle crema en la tripa.

—¡Qué bien se está aquí! —susurró—. Los dos solos y, a pesar de todo, en pleno centro de la ciudad. Mira, ahí enfrente, junto a las vías del funicular, a media altura de la montaña está la villa de nuestra amiga Daniela, la de los tres caniches puñeteros; a la izquierda está la de Guido, el que montó aquel follón con la Villa Primc el año pasado. ¿Te acuerdas, no? Aprovechando el abrigo de la noche, se le ocurrió cambiar el cartel de la calle para restaurar el antiguo nombre, con lo cual los fascistas se pusieron como locos. Y justo al lado está el pedazo de casa de ese tiburón de las finanzas que está casado con la del pecho de plástico, ese Creso local que, en cuanto sale del despacho, ya no abre la boca. Y mejor así. Luego, mira hacia la derecha, todos los palacios a lo largo de las Rive. De más de la mitad de ellos podría contarte una historia que, por desgracia, para mí siempre está relacionada con el trabajo y con los abismos del ser humano. Más atrás, cerca de la Sacchetta, apareció hace años un mamotreto de cuadro que supuestamente era un Cara-vaggio, los especialistas aún debaten si es auténtico o no. En su día, Laura iba a sacarlo en la casa de subastas para la que trabaja, pero al final lo confiscaron las autoridades del Ministerio de Cultura. Ahora lleva días examinando una colección privada en otro de los palacios de las Rive. Sobre los asuntos que se cuecen alrededor de la Piazza Unita casi prefiero no pensar. El Ayuntamiento, la Prefectura, el Gobierno de la región... Su máximo empeño es minar la actividad del puerto. Raccaro y su banda tienen miedo de perder su poder. Y nosotros aquí, en el más puro idilio...

Laurenti se sentó del otro lado, dando la espalda a la ciudad. Vertió sobre la suave piel de Gemma un buen chorro de crema blanca que cubrió por completo la pelusilla sedosa de los hoyuelos que tenía a la altura de las vértebras lumbares. Comenzó a darle un lento masaje para que se absorbiera la crema y miró hacia el mar, todo sembrado de chispas brillantes y acariciado por una ligera brisa.

Su mirada se detuvo en un yate de vela muy lujoso, de casco color azul marino y cubierta revestida de madera noble, que salía a mar abierto apenas a cincuenta metros de distancia de la Diga Vecchia. Había desplegado el genovés, que el *libeccio* tensó enseguida para hacer avanzar el barco. En barrocas letras blancas se leía el nombre en la proa: *Amor II*. Detrás de uno de los dos grandes timones se veía a un hombre de color pollo asado, de unos cuarenta años, con el pecho cubierto de espeso vello negro y una gorra de béisbol blanca puesta del revés para proteger la nuca del sol.

—¿Me traes una copa a mí también, cielo? —dijo hacia el interior del camarote. El viento transportó sus palabras hasta el dique—. Sin combustible no funciona nada. ¿Por qué no vienes a hacerme compañía? Casi mejor, súbete el enfriador entero. Y luego desplegamos la vela grande.

Antes de que Laurenti alcanzara a bajar la vista hacia las lumbares de Gemma, oyó una risa de cascabel que le resultaba muy familiar, vio un enfriador de champán entre dos manos delgadas y, a continuación, a una bella mujer que salía del camarote con su larga melena rubia... y sin nada más. Se quedó sin respiración. Se frotó los ojos. Le empezaron a escocer terriblemente porque se le llenaron de crema. Como a través de un velo los vio brindar. ¡Laura! ¿No le había dicho que el yate en el que iba se llamaba *Amor II*? Histérico, echó mano a la toalla. ¿Conque el timón lo llevaría Mariantonietta? ¿Cómo se había callado que era un hombre de pelo en pecho! Estuvo a punto de levantarse de la tumbona, bajar corriendo las escaleras hasta el agua y tirarse a nadar hasta el lujoso yate, que poco a poco empezaba a coger velocidad. Su proa iba levantando espuma blanca a su alrededor.

—¿Qué te pasa, Proteo? —preguntó Gemma, dándose media vuelta, sorprendida por el repentino final de su agradable masaje. Empapó un pico de la toalla de agua mineral y dio unos suaves toques a los ojos guiñados del comisario—. Ya sé que escuece mucho si te entra en los ojos —le consoló—. Ven para acá, yo te curo.

Laurenti respiró hondo y emitió un largo suspiro. Resopló para relajar la tensión.

—Enseguida se te pasa —dijo Gemma.

—Eso me gustaría a mí —Laurenti se agarraba a la tumbona con ambas manos.

—A ver, tumbate. ¿Pero qué has visto?

—Nada, un barco de lujo que debe de costar una millonada.

—¿Te refieres a ese del casco azul? Si no me equivoco es el yate de Enrico D'Agostino. Tiene el amarre al lado de mi padre. No está mal, pero hay otros barcos muy diferentes que están igual de bien.

—¿Y ese tipo quién es?

—Un donjuán. Su mujer, Mariantonietta, es gerente jefe del mayor tostadero de Trieste y trabaja día y noche. Él, por el contrario, heredó y se dedica a navegar. Es todo lo que hace. Es una pena, porque en el fondo es muy majo y así desperdicia su inteligencia. Eso sí, seduce a una belleza detrás de otra, y su mujer no se entera de nada porque no le da tiempo con tanto trabajo. Sería interesante saber a quién lleva a bordo hoy. No deja de ser sorprendente que aún encuentre presas nuevas. Dicen de él que no se hace a la mar dos veces con la misma mujer.

–¿Cómo? ¿Es que a ti también te ha llevado?

–En serio, es un navegante magnífico. Ha cruzado el Atlántico en barco varias veces y ha ganado un montón de regatas. Aunque, la verdad, no acaba de ser mi tipo.

–Ahora sí que necesito un aperitivo con urgencia –suspiró Laurenti en tanto se ponía de pie–. A lo mejor incluso me da un cigarrillo alguien del bar.

Muy a lo lejos, al noroeste, se formaban las primeras nubes negras de tormenta en el cielo y contrastaban con las columnas de humo blanco que aún subían del Carso. Los equipos de bomberos que intentaban apagar el fuego por segundo día consecutivo se alegrarían ante cada gota que cayese.

El error de Freud

La situación del sistema penitenciario nacional era catastrófica, y también en la cárcel de la ciudad portuaria había el doble de presos de los que cabían. El decreto que ordenaba encarcelar a todos los extranjeros sin permiso de residencia había empeorado las condiciones de un modo terrible.

Hacia el mediodía, la furgoneta azul oscuro con rejas en las ventanillas había salido de la autopista antes de llegar al último peaje con el fin de evitar el interminable atasco recorriendo los restantes treinta kilómetros por la carretera comarcal; después, los agentes de la penitenciaría de Udine transferirían a Giulio Gazza a la cárcel de Trieste, el Coroneo. El gordo fue encerrado en una de las abarrotadas celdas, en la que, aun estando concebida para cuatro personas, ya se apretaban otros siete hombres. Las camas supletorias hacían el espacio aún más agobiante, incluso había un colchón en el suelo. Vio que también montaban una cama provisional para él por si, en contra de lo que esperaba, el abogado no conseguía sacarlo de allí enseguida.

Durante el trayecto, Giulio Gazza no había dicho ni palabra. En Udine había pasado la noche él solo en una celda, pero ahora tenía que aguantar la charla de los otros. Pronto se enteró de quiénes eran sus compañeros de celda: dos albanokosovares que trabajaban sin contrato y se dedicaban a la caza furtiva sin tener ni permiso de residencia ni permiso de armas, un camio–nero turco en cuyo vehículo habían encontrado treinta kilos de heroína al salir del ferry de Estambul y de la zona del puerto franco, un chino, un eritreo y un senegalés sin papeles, y luego el único italiano: un prejubilado que fotografiaba a escondidas a los niños desnudos en la playa de Barcola a quien casi habían linchado los escandalizados veraneantes. Llevaba un enorme apósito en la nariz que le tapaba media cara y tenía el ojo izquierdo morado e hinchado. Empezó a darle la lata al nuevo, jurando y perjurando que era inocente... ¡Por fin un italiano que le entendía! Si él sólo era un apasionado fotógrafo *amateur* sin mala intención alguna. La democracia era un sistema de mierda. ¡Cuánta falta les hacía un hombre de Estado con mano de hierro que volviera a imponer el orden de una vez!

–Cállate la boca –farfulló Gazza porque el tipo no callaba–. En otro sistema ya estarías picando piedra en alguna isla dejada de la mano de Dios.

¿De qué podía acusarlo en realidad la fiscalía de Trieste? Él no era ningún asesino ni ningún ladrón de bancos. Y a juzgar por lo que le había dicho ese tal Laurenti la tarde anterior, apenas tenían pruebas contra él. El mismo empleado del servicio postal podía testificar que él no había enviado el sobre con las fotos del chantaje. Giulio conocía los

trucos de los polis. Encerrarlo no era más que un absurdo intento de intimidación, pretendían que los ingleses se quedaran contentos a su costa. Por miedo a la mala prensa. Por supuesto, le habían confiscado el ordenador y el móvil, habían registrado su coche y examinado el montón de papeles de su escritorio. Pero la ley imponía que el juez de instrucción tenía que dictaminar sentencia en un plazo de cuarenta y ocho horas desde la detención, y él todavía no había tenido siquiera el honor de ver al fiscal. Ése debía de ser el motivo del traslado a Trieste: en plena temporada de vacaciones, ningún miembro de tan ilustre casta se echaba a la autopista para realizar un interrogatorio por un asunto tan nimio.

Gazza contaba las horas que habían pasado ya. Como Raccaro no le había cogido el teléfono la tarde anterior, había llamado a Aurelio para contarle su situación aún en presencia del comisario. La garrapata se había mostrado consternada y le había prometido por su amor de hermano que avisaría al bufete de abogados de Lele de inmediato y les diría que era muy urgente. Gazza estaba convencido de que lo soltarían esa misma noche. Lo único que le inquietaba era cómo transcurriría el resto del día. Preguntó al agente al que tuvo que entregar sus efectos personales y también al que lo encerró en la celda. Los dos se encogieron de hombros con gesto inexpresivo, como siempre que había estado en la cárcel. La última vez había pasado año y medio entre rejas, pero de eso ya hacía mucho. Esperar era muy desagradable. Una sentencia al menos suponía una certeza, igual que la absolución.

El taxi se detuvo en una calle estrecha, frente a la entrada lateral de un imponente edificio de mármol blanco en lo alto del cual se leía, esculpida en la piedra, la palabra QVESTVRA. Un sábado a la hora de comer no había ni un alma por la calle. Vacilante, con su equipaje en la mano izquierda, Candace subió los tres escalones y abrió la gigantesca puerta de entrada. El vestíbulo resultaba un tanto fantasmal: una ancha escalinata de mármol cubierta por una alfombra roja conducía a los pisos superiores; al lado, como una capilla cristiana, había un nicho en cuyas paredes estaban grabados los nombres de los agentes que habían perdido la vida en acto de servicio.

—¿En qué puedo ayudarla?

Candace miró a su alrededor sin saber de dónde venía la voz hasta que, más a la derecha, descubrió una cabina de madera en la que una joven agente de uniforme prestaba su turno con aburrimiento y le hacía señas para que se acercara.

—Las ventanillas de Atención a los Extranjeros sólo abren de 08:00 a 13:00 los sábados.

—No he venido por eso. Quiero hablar con algún responsable —Candace aún no hablaba italiano con fluidez, pero se sentía muy a gusto en ese idioma.

—¿De qué se trata?

—Creo que mi madre ha desaparecido. Tenía que recogerme del aeropuerto y no la encuentro por ninguna parte. Sé que la noche pasada vino aquí a poner una denuncia porque se sentía amenazada. Estoy preocupada.

—¿Cómo se llama su madre?

—Miriam Natisone.

—¿Y usted?

—Candace Elliot.

—Su documentación, por favor.

Candace le dejó el documento sobre el mostrador, y se resignó a que la agente la mirase de arriba abajo, pues ante el dato de la altura: un metro ochenta y dos, la joven no pudo evitarlo. El dedo de la agente recorrió una lista de teléfonos. Tras una breve conversación, la escena se repitió, el dedo se detuvo en uno de los números de comisaría. Hasta el siguiente intento no levantó la vista.

—¿Cómo dijo que se llamaba su madre?

—Se llama Miriam Natisone.

Tras unas pocas palabras más, la joven agente colgó el teléfono.

—Espere aquí. Ahora baja alguien a buscarla. ¿Qué lleva en la bolsa?

—Es mi equipaje. Acabo de aterrizar.

También en Trieste se llevaban a cabo los controles de seguridad habituales, Candace ya había reparado en la cámara de vigilancia del exterior del edificio. Recorrió el vestíbulo con la mirada... la típica arquitectura monumental de los años treinta. Una mujer bajita en vaqueros y camiseta que apenas llegaba a la inglesa a la clavícula apareció a su lado de repente y le pidió que la acompañara. La policía subió los escalones de dos en dos, recorrió con paso enérgico un largo pasillo pintado de gris brillante y por fin le pidió que se sentara frente a su mesa, en la que un cartel la identificaba como la inspectora Giuseppina Cardareto. La gente bajita siempre es la más enérgica, Candace se tranquilizó. Después de tomarle los datos personales, la inspectora le pidió el número de móvil y le entregó su tarjeta de visita. Luego abrió una carpeta de tal manera que Candace no podía ver el contenido y hojeó los papeles. Finalmente, le mostró la fotografía de una mujer pelirroja con los ojos cerrados de una forma muy extraña.

Candace se estremeció y le arrancó la foto de las manos.

—Está viva —se apresuró a decir la inspectora—. Está fuera de peligro. Tranquilícese. Ha tenido mucha suerte.

—¿Dónde está? ¡Quiero verla!

—No se encuentra en disposición de declarar.

263

—¡No voy a interrogarla! Es mi madre —Candace se levantó de un salto.

—Está en nuestra policlínica. Y en buenas manos. Dele un poco de tiempo... usted también lo necesita.

—¿Qué le han hecho? ¿Pero qué ha pasado, por el amor de Dios?

—Pues todavía no está claro. Las pruebas son contradictorias porque el arma del crimen conserva algunas huellas dactilares. Por otra parte, ningún asesino sostiene una navaja con dos dedos.

Candace miraba a la inspectora con los ojos como platos. Era una de esas típicas situaciones en las que uno de los interlocutores no tiene ni idea de qué está hablando el otro.

—No la sigo —dijo Candace.

—Las dos huellas son de un somalí, un vendedor ambulante. El sospechoso también está en la Unidad de Cuidados Intensivos y tampoco puede prestar declaración todavía. Está bajo vigilancia.

—¡Alberto! —exclamó Candace—. Mi madre me habló de él en su correo. Él la estaba ayudando e hizo fotos del perseguidor.

Pina asintió con la cabeza.

—Puede ser —mantenía la mano encima de la carpeta y su voz sonaba dura—. ¿De modo que habló de esto con su madre?

—Hablamos ayer por la tarde, y esta noche, hacia las cuatro de la madrugada, me envió un *mail*.

—¿Lo tiene aquí?

Candace asintió y sacó del bolsillo trasero de sus vaqueros tres folios doblados con los que Pina salió al pasillo para hacer fotocopias. Candace aprovechó la oportunidad para abrir la carpeta. Las fotos de su madre estaban encima de todo. Tenía un aspecto terrible. La cara estaba cubierta de sangre e hinchada. La mirada perdida. Una ampliación mostraba el corte del cuello, por el que asomaba una cánula transparente. Candace cerró la carpeta de golpe en cuanto oyó los pasos en el pasillo.

—¿Puso la denuncia con usted? —le preguntó a Pina en tanto ésta le devolvía el mensaje original.

Por un instante, Pina bajó los ojos.

—Sí, y después mandé que la acompañase un coche patrulla a su apartamento. Y estaba citada hoy a esta hora para ver las fotos de nuestra base de datos —reprimió un bostezo y luego sacó un manojo de llaves de la carpeta—. Strada del Friuli 98. Aún no he podido pasarme a echar un vistazo. Si quiere, podemos hacerlo juntas. Lo que no sé es si podrá quedarse a dormir allí. Depende de lo que encontremos.

La inspectora echó un vistazo al gigantesco reloj que llevaba en la muñeca, reprimió otro bostezo y tecleó tres frases más en el ordenador. Luego presentó a Candace el escueto informe y le pidió que lo firmara.

—Le sugeriría que nos fuéramos ahora mismo —la inspectora se puso de pie y sacó de un cajón una pesada pistola que se guardó en la pistolera del cinturón. Luego se echó sobre los hombros una ligera chaqueta que apenas tapaba el arma.

—¿Y cuándo podré ir a ver a mi madre?

—La comprendo muy bien, *signorina*. Podría ir a verla de inmediato, si los médicos no tienen nada en contra. Pero la han operado hace unas horas nada más. Espere al menos a que se haya recuperado de la anestesia —de modo que la minipolicía era capaz de sentir compasión, después de todo. Incluso de sonreír con dulzura. Pina le apuntó la dirección del hospital y la sección en la que habían atendido a Miriam—. Entretanto, podría ayudarme a mí acompañándome a examinar las cosas de su madre. ¿Qué le parece?

La inspectora anunció que salía a una compañera muy escotada cuyos dedos volaban sobre el teclado del ordenador y que tenía dos cigarrillos encendidos a la vez en un cenicero rebosante de colillas.

Laurenti estaba tan negro como las nubes de tormenta del horizonte. Apenas se había recuperado de la visión del pecho peludo de la supuesta amiga Marianonietta en el bar de la Diga Vecchia cuando Gemma le anunció que, a finales de la semana siguiente, se iría de vacaciones con Alvaro, su novio de Milán de toda la vida. Un largo viaje en el yate de su padre, que había anunciado su regreso en los próximos días. El viejo Pier Mora volvería a encargarse de la consulta. Y esta vez a Gemma no le apetecía ir a las islas Kornati ni a la costa dálmata: quería llegar hasta Apulia y, a la altura del Gargano, cruzar hasta Corfú, Cefalonia y el mar Jonio. Cuatro semanas enteras. Proteo Laurenti se hizo cargo de la noticia sin decir esta boca es mía, luego engatusó a la camarera para que le diera unos cigarrillos y se fumó uno detrás de otro. Volvió a encender el móvil y leyó el mensaje de Galvano: «He visto Vespa en el Molo, te espero en Tommaseo». La despedida de Gemma fue muy rápida, el ferry ya estaba soltando amarras cuando Laurenti saltó a bordo. En realidad, apenas había pasado más de una hora en la Diga Vecchia. Durante el trayecto se echó a reír: el verano de los cuernos. Y de nuevo le vino a la cabeza la melodía silbada de *Kill Bill* de Quentin Tarantino.

—Pues no íbamos a esperarte mucho más, Laurenti. Al perro le sienta fatal el calor —el viejo tenía la costumbre de empezar sus conversaciones con reproches más o menos directos. Iba acompañado de la rusa y estaban los tres a la sombra de una marquesina frente al café más antiguo de Trieste.

El anciano forense apartó el periódico cuando Laurenti se sentó a su mesa y saludó a la rubia Raissa, cuya piel clara obviamente había estado demasiado tiempo al sol el día anterior: tenía las mejillas como dos tomates, la nariz como una fresa y la frente como una raja de sandía. El huerto de Marco se habría visto descolorido a su lado. Luego llevaba una blusa blanca de manga larga y cerrada hasta el cuello. Al cumplido de Laurenti de lo guapa que la veía respondió con una sonrisa compungida y agarró el periódico.

—He estado en el hospital —dijo Galvano—. Haciendo el trabajo de la policía mientras el comisario se daba un chapuzón. A Alberto lo han dejado hecho una pena. Le han roto la mandíbula inferior y los huesos de las mejillas y la nariz, además de tres costillas, el brazo izquierdo y la parte izquierda del pubis, y ha sufrido tal contusión en los testículos que ha faltado poco para la amputación. Es un milagro que los órganos internos no hayan sufrido ningún daño. Esos cerdos debieron de pisotearle cuando ya estaba en el suelo indefenso. Y seguro que uno de ellos utilizó una porra, un bate de béisbol o algo similar. También es un milagro que aún fuera capaz de llamarte. Tiene una voluntad de hierro. Y sólo se vio mezclado en el asunto por casualidad. En mi opinión, le han utilizado. Si fuera culpable de algo, no habría llamado a la policía.

—Temía por su vida, Galvano. Siempre es mejor acabar en la cárcel que muerto. Por cierto, a mí el médico que le operó me dijo por teléfono que todas las lesiones eran de patadas y puñetazos. No mencionó ningún bate de béisbol.

Pero la experta mirada de Galvano merecía confianza ciega.

—He visto a la víctima, Laurenti. Y sé de lo que hablo. No estará más lejos de lo que

un hombre fuerte alcanza a lanzar.

—Entonces lo habrá encontrado la policía científica y habrán sacado las huellas. Han precintado un radio muy amplio y a esa gente no se le escapa nada.

—Lo del intento de violación no tiene pies ni cabeza. Me he pasado media hora sentado junto a su cama hasta que ha abierto los ojos. En cuanto me vio, quiso hablar. Claro que casi no se le entiende, pero no paraba de preguntar por esa mujer. Alberto la quería ayudar, pero esos descerebrados no lo entendieron así. Para ellos, todos los negros son violadores y caníbales. ¿Puede ser que se llame Miriam?

Laurenti asintió con la cabeza.

—Miriam Natisone. Inglesa. Periodista.

—¡Lo que nos faltaba! Los medios británicos se nos echarán encima como los lobos, y los italianos volverán a ser todos unos mafiosos. Y entonces el Ministerio olerá a chamusquina y te librarás del caso, cosa que para ti seguro que es una alegría. Al pobre Alberto, en cambio, lo convertirán en cabeza de turco e irá a parar a la cárcel durante años con el sambenito de violador y agresor salvaje.

—Lo que tú digas. Y yo me voy a Roma ahora mismo a derrocar al Gobierno. ¿Ha dicho algo más Alberto?

—Miriam. Cámara de fotos. Todo el rato eso. Luego volvió a quedarse dormido. ¿Me puedes explicar por qué le han puesto un guardia en la puerta? ¿Acaso teméis que intente escaparse? En las próximas cuatro semanas lo veo muy difícil. Hasta entonces, ya podrías emplear a tu personal en mejores asuntos.

—Nunca se sabe, Galvano.

Todavía en el parque, Laurenti había ordenado que dos agentes fueran al hospital y no perdieran de vista a las víctimas: uno a Alberto y otro a la pelirroja. ¿Quién les garantizaba que el culpable no quisiera rematar lo que había empezado? Hasta que no se supiera la verdad acerca de los tres calvorotas de la patrulla voluntaria no había certeza de nada.

—Buen trabajo, Galvano —dijo Laurenti para despedirse—. ¿Cuándo piensas volver a visitarle?

La rusa asomó por detrás del periódico y lanzó una mirada desafiante al anciano.

—Hoy no se va a mover de mi lado ni un paso, comisario. El fin de semana es para dedicarlo a la familia —protestó Raissa.

—Esta tarde —Galvano pareció hacer caso omiso de las órdenes de Raissa—. Después de todo, alguien tiene que ocuparse de él.

—De ninguna manera —volvió a protestar Raissa—. Tú me juraste fidelidad, John Achille Oreste.

Casi se le quebró la voz de excitación. Laurenti no había oído llamar a Galvano por su nombre de pila jamás, y menos aún por los tres nombres juntos. Contemplaba la escena guardándose mucho de abrir la boca.

—¡Fidelidad! ¿Qué tendrá que ver con esto? —Galvano se puso de pie tan bruscamente que el perro dio un respingo debajo de la mesa y ladró muy fuerte—. ¡Como si hubiera posibilidad de engaño! Estás exagerando, querida.

—La elección es tuya. O ése —dijo Raissa a punto de perder los nervios y señalando a Laurenti—, o yo.

—¿Sabes que hace poco se han encontrado en Londres los últimos textos de Freud, los que escribió tan sólo unas horas antes de suicidarse? —el tono de Galvano era dulce como la miel. Sacó un cigarrillo mentolado del paquete con dos dedos y lo encendió—. Los papeles estaban en el relleno de su sofá.

—¿Adónde quieres ir a parar? ¿Es que no me has oído? —Raisa estaba tan nerviosa que sus erres sonaban como si el mar agitado por el siroco arrojase un montón de guijarros contra la orilla con un viento de fuerza ocho.

Laurenti ya estaba dando media vuelta para marcharse, pero el anciano le cerraba el paso.

—Pues Freud escribió que se había equivocado en todo. Hablar de fidelidad en singular es incompatible con la realidad, puesto que la fidelidad no puede existir en esa forma. Así pues, tampoco existen el engaño ni el adulterio. Es una interpretación errónea de los miedos que surgen del cristianismo. El único concepto correcto es el de «fidelidad paralela». ¿A que es así, Laurenti? —Galvano acarició a su perro, guardó unos instantes de silencio con la mirada alerta e inició una de sus peroratas en cuanto la rusa hizo ademán de abrir la boca—. ¡La sabiduría de un gran hombre en su lecho de muerte! Así que sosiégate, Raissa. Esta tarde pienso volver a visitar a Alberto. Y si quieres me puedes acompañar. Pero sólo bajo la condición de que mantengas la boca bien cerrada.

La rusa se enfurruñó detrás del periódico, que sostuvo del revés un rato sin darse cuenta.

—¿De verdad escribió eso Freud? —preguntó Laurenti muy intrigado.

—Por supuesto —afirmó el anciano forense muy serio dando una profunda calada a su cigarrillo. Tenía la mirada fija en el mar—. Sólo que, por desgracia, demasiado tarde. ¡Trágico! Nadie escribirá nunca nada al respecto y la humanidad habrá de sufrir ese error hasta el fin de sus días.

En el apartamento del faro encontraron el *trolley* de Miriam a medio deshacer, había colgado dos vestidos de una estantería. No había indicios de nada sospechoso. No había entrado nadie y las cerraduras estaban intactas. Los dos agentes de uniforme que acompañaban a Pina y a Candace las esperaban en la calle. Pina decidió que no se llevarían más que el portátil de Miriam y su libreta Moleskine, que Candace se puso a hojear muy concentrada, aunque no encontró más que notas relacionadas con la ciudad del café. La inspectora explicó que tenía que incautarse del ordenador, pero Candace se negó. Al final, la joven le prometió que le dejaría copiar los datos al ordenador de la *questura* para que la policía pudiera leerlos. El único que hablaba bien inglés de toda la sección era Battinelli, pero justo ese sábado no estaba. Sin embargo, había que actuar con rapidez y Candace podía serles de gran ayuda.

Pina Cardareto se había quedado pasmada al ver aquellas estancias tan refinadas y las espectaculares vistas del puerto, la ciudad y el mar. Hormigón, cemento, acero inoxidable y mucho cristal por todas partes. Con su sueldo, jamás podría permitirse vivir en un sitio

así, pensó por un momento. Para eso tendría que casarse con el notario al que, desde hacía poco más de un mes, veía de cuando en cuando. Pero estaba casado y tenía dos hijos. Pina había conocido al atractivo caballero una noche en que estaba sola en el Capriccio, zampándose una pizza. Él estaba sentado en la mesa vecina y había empezado a hablar con ella. La inspectora cenaba muchas veces en ese local de la Piazza Liberta, enfrente de la estación central, porque la pizza era de las mejores de toda la ciudad. Le había extrañado bastante que Roberto Piccardi supiera que ella era agente de la policía criminal, pero luego él se había puesto a hablar de sus vacaciones en Calabria. Conocía muy bien la región, incluso Africò, el pueblo natal de Pina en la Costa dei Gelsomini, donde su madre tenía una farmacia. Días más tarde, Piccardi la había llamado para invitarla a un aperitivo en Le Bollicine, en la Via Rossini, cerca del Canal Grande. Y por no hacerle un feo, Pina incluso había bebido champán, aunque prefería la cerveza. Al llevarla a casa, a Roberto Piccardi le había encantado su piso de dos habitaciones en la Via Lazaretto Vecchio. Le recordaba sus años de estudiante, la etapa más feliz de su vida. Pina se obligó a pensar en otra cosa; en cualquier caso, aquella relación no iba a durar mucho. Aquel hombre era en verdad encantador, pero le preguntaba demasiado por los asuntos de la *questura*.

Mordiéndose las uñas de nerviosismo, Candace había salido a examinar la terraza, donde había una tumbona, un vaso de agua medio vacío, un alargador y un cenicero con la colilla de un porro que se apresuró a lanzar al jardín con disimulo. Candace estaba segura de que era allí donde su madre había estado sentada la noche anterior, escribiéndoles a ella y a Jeremy Jones.

—¿Podré quedarme a dormir aquí? —preguntó a la inspectora.

—Si el jefe se lo permite, yo no tengo nada en contra, *signorina*. Pero primero le tengo que preguntar.

—¿Quién es su jefe?

—Un comisario. Él fue quien encontró a su madre en el parque esta mañana temprano. Junto a ese tal Alberto.

—¿Y encontraron también su cámara? —preguntó Candace—. En su último *mail*, mi madre me escribió que Alberto se la iba a devolver hoy a las seis de la mañana, y ella a cambio le daría quinientos euros. Después romperían todo contacto. Alberto tenía miedo, no quería que volvieran a verlos juntos. Lo que ya no me dijo mi madre es de qué tenía miedo.

—Estoy segura de que tendré esas fotos sobre la mesa en cuanto volvamos a la *questura*.

—Yo quiero ir a ver a mi madre. Ahora mismo.

Pina pidió a los dos agentes de uniforme que la dejaran en jefatura y después llevaran a la joven a la clínica universitaria, la escoltaran hasta la misma habitación de su madre y explicaran quién era al compañero de la puerta para que la dejara entrar. Desde el hospital tendría que volver sola. Pina la esperaría en su despacho.

—¿Un guardia en la puerta? —preguntó Candace.

—Órdenes del comisario. Mientras no estemos completamente seguros de quién es el

culpable –dijo la inspectora, y esta vez ya no pudo reprimir un profundo bostezo.

–¡Necesito una orden de registro con urgencia, *dottoressa*! En las imágenes de la cámara de seguridad que hay sobre el arco del parque del castillo también se lee la matrícula de la Malaguti blanca con total claridad. El sospechoso lo cruzó esta mañana temprano poco después de las cinco –explicó Laurenti por teléfono, incluso antes de haber examinado todas las fotografías que tenía encima de la mesa–. Aurelio Selva, Via Donata 1, piso 14 –no hizo falta decir mucho más para convencer a Iva Volpini de la prisa que corría su decisión.

Pina Cardareto estaba de pie junto a su jefe, con un *espresso* que le había preparado Marietta en la mano. Marietta se mostraba inusualmente complaciente con Pina, que había empalmado el sábado con el último turno del viernes y apenas había dormido tres horas. La inspectora había recogido las fotos de la policía científica y las había comparado en su ordenador con los datos de Miriam Natisone. No cabía la menor duda.

–Iré con usted –anunció la fiscal–. Nos vemos dentro de media hora en la entrada principal. A las tres en punto. ¿Les da tiempo a realizar los preparativos necesarios?

–¡Marietta, zafarrancho general! Ahora mismo. Organízalo todo. Y una cosa más: iremos a pie –dijo Laurenti nada más colgar, levantando la voz para que Marietta le oyese desde la antesala.

Mientras sacaba su arma del cajón y la cargaba, lanzó una mirada desde la ventana hacia el rascacielos de enfrente, al pie del cual habían rodado aquella escena para el telefilme de policías, la del Teatro Romano.

–¿Qué tenemos del interrogatorio de los tres tipos de la patrulla voluntaria? –preguntó Laurenti a la inspectora.

–No ha sido nada fácil que el cabecilla soltara prenda. Marietta ha hecho el papel de poli buena, en plan maternal y dulce, y me ha preparado el terreno muy bien. En cualquier caso, los tipos estaban bastante alucinados de que apareciera usted tan rápido, jefe. Al oír la sirena creyeron que era una escena de la película. Justo estaban discutiendo qué hacer. Los muy cenutrios ni siquiera pensaban llamar a una ambulancia. Pensaban que les dejarían ir si afirmaban haber encontrado a las víctimas en ese estado. Si usted no hubiera visto la mancha de sangre de la manga del cabecilla, comisario, no les habría sido difícil hacer creer eso. Hemos enviado la cazadora al laboratorio de Padua. Hasta que no nos llegó el dato de que habían encontrado muestras de tejido suyo debajo de las uñas de Alberto, el tipo no cedió un poco. De repente, afirmó que Alberto los había atacado e intentado huir. En eso coincidieron los tres. Se habían puesto de acuerdo, la verdad es que tuvieron tiempo de sobra antes de que yo me pusiera con ellos. Ahí no he podido avanzar más. Primero tengo que releer los testimonios y analizar las contradicciones. Detalles. En cuanto Marietta termine con las transcripciones. Pero en el próximo interrogatorio, seguro que cantan.

–¿Y dónde están ahora?

–Entre rejas, naturalmente. Por separado. Los tres han aceptado un abogado de oficio. Uno dijo no sé qué de una arritmia y pidió que lo atendiera un médico.

–Ya, ya, arritmia... y luego sale a patrullar por las noches y a hacerse el gallito. ¡Vaya intento más penoso de librarse de la celda!

–Ninguno de los tres es un dechado de inteligencia.

–Vámonos –dijo Laurenti guardándose la pistola en su funda.

Con las velas desplegadas e hinchadas por el fuerte viento, el *Greta Garbo* avanzaba escorado y cortaba las olas como si una cura de rejuvenecimiento le hubiera quitado peso y años de golpe. El color del mar había pasado del azul intenso al verde grisáceo cuando, una hora antes, el sombrío manto de nubes había avanzado hacia el este y ya no dejaba pasar el sol. Las crestas de las olas se rompían en espuma blanca que quedaba flotando en el agua y barría la cubierta como jirones de seda. El viento había alcanzado una fuerza siete y seguiría arreciando. El hombrecillo que iba al timón, con el ralo cabello al viento bajo la gorrita de béisbol, sonreía como un chiquillo aunque sabía que pronto tendría que encender el motor diésel y recoger velas con el *winch* automático. Vittoria, que iba inclinada a sotavento sobre la borda y no paraba de vomitar, corría un serio peligro de caerse al agua. Un viejo lobo de mar como Raccaro disfrutaba las tormentas más que cualquier espléndido día de verano con brisa suave, y su barco era capaz de resistir cualquier inclemencia. Hacía media hora que habían dejado atrás la desembocadura del Po, y Lele veía los rayos por encima de las moles turísticas de Lidi Ferraresi. Al contrario que a su acompañante, a Raffaele Raccaro no le afectaban en absoluto las largas travesías con fuerte marejada. Cuanto más fuerte silbaba el viento a su alrededor, de mejor humor se sentía. Los truenos retumbaban de tal modo que a veces no se oía el rugido del viento. Quedaban cuarenta y cinco millas hasta Rimini, en cuyo puerto tenía planeado amarrar a media tarde y donde le estaría esperando un chófer del Instituto Financiero de la República de San Marino. El contenido del maletín que había subido a bordo y guardado en un armario con llave tenía que ser invertido de inmediato.

Vittoria se sentía un poco mejor, aunque no se había movido del sitio, tan sólo se había sentado y recogido el pelo en un moño. Intentaba fijar la vista en algún punto de la delgada línea de costa que se veía en el horizonte. Pasados unos minutos descubrió un intermitente azul en medio de las olas. Sacó los prismáticos náuticos de su funda y ajustó el enfoque.

–Veo un barco de la guardia costera que avanza hacia nosotros –dijo finalmente, señalando la dirección con el brazo estirado–. ¿Esperamos visita?

Lele bloqueó el timón y cogió los gemelos.

–Por nosotros no es, estate tranquila. Con la velocidad que llevan, o van a salvar a alguien o es que han pescado un pez muy grande –dijo–. No te imaginas la cantidad de capitanes domingueros que tienen que salvar cada vez que cambia el tiempo. La mayoría sobrestima su pericia de un modo increíble.

Lele encendió el motor y apretó el botón del *winch* automático, y el *Greta Garbo* comenzó a enderezarse con cada centímetro que se plegaban las velas de color rojo ladrillo. Cogió velocidad, y de cuando en cuando sumergía la proa entre las olas de

manera que la espuma bañaba la cubierta. Vittoria volvió a descolgarse a vomitar por la borda.

El bote patrulla se acercaba deprisa y mantenía el rumbo constante hacia el yate. El intermitente azul seguía encendido y se vio cómo la blanca cola de espuma realizaba una ligera curva. Lele se dio cuenta de que se había equivocado. ¿No habrían creído que él necesitaba ayuda por el temporal? ¿Habría pasado algo? En fin, ya sabría él ponerlos en su sitio si intentaban retenerlo.

Diez minutos más tarde, la unidad de la guardia costera avanzaba en paralelo al yate de Raccaro y casi le había alcanzado. Lele respondió con un desenfadado gesto con la mano al oficial que, de pie sobre la cubierta, lo saludó y después fue al puesto de mando para hablar por el micrófono.

—*Greta Garbo*, ¿me oye?

Lele asintió y saludó de nuevo con el puño cerrado y el pulgar en alto.

—Tenemos orden de acompañarlo hasta el puerto de Rávena. Cambie el rumbo a 227° sudoeste y tome nota de las siguientes coordenadas: 44° 30' 0" norte, 12° 17' 00" este. Si me ha entendido, toque la bocina. Repito,

¿Pero qué se habían creído? Lele se sobresaltó y Vittoria se olvidó del mareo por un instante. El bote patrulla se acercó un poco y repitió el mensaje. De mala gana, Lele tocó la bocina y giró el timón después de introducir las coordenadas indicadas en el ordenador de a bordo. Además, redujo la velocidad después de poner el piloto automático. Luego desapareció de cubierta y comprobó la cobertura de su móvil. Tecleó el número de su abogado de Milán, la conversación fue muy breve. Antes de llegar a Rávena, más o menos una hora más tarde, Lele quería saber quién le estaba complicando la vida. No pensaba tolerarlo.

En 1986, una fotografía de las dos enormes torres de hormigón del Ospedale Cattinara, en lo alto de la colina de la ciudad, había servido a un fotógrafo francés para ganar un montón de dinero al venderla a las agencias de prensa internacionales como primera imagen exclusiva del reactor atómico averiado de Chernóbil, pues era imposible conseguir fotografías auténticas de la Unión Soviética de entonces. Según un documento medieval, ya en 1389 hubo un hospital sobre la colina donde ahora se encontraba la moderna clínica.

Candace agradeció mucho que los dos amables agentes uniformados la acompañasen por el laberinto de pasillos de la zona de entrada y subieran con ella en el ascensor hasta el piso 12. A cada metro que avanzaba hacia su madre se sentía más nerviosa. Estaba deseando que el guardia de la puerta la dejase entrar en la habitación. Por fin abrió la puerta sin hacer ruido. Las persianas estaban bajadas y sus ojos tuvieron que acostumbrarse a la penumbra. Candace permaneció un minuto quieta a los pies de la cama.

Miriam tenía la cara muy hinchada y el cuello todo vendado, una cánula transparente asomaba por el vendaje. Tenía puesta una vía, la bolsa de suero colgaba de un gotero al lado de la cama, donde también había un monitor que medía los latidos del corazón

mientras otro aparato controlaba la respiración.

Con mucho cuidado, Candace se acercó y Miriam abrió los ojos en cuanto oyó sus pasos. Miró a su hija y volvió a cerrarlos.

—Soy yo, mamá —susurró Candace—. ¿Pero qué te han hecho?

Quiso abrazar a su madre, pero ésta volvió a abrir los ojos. Candace la entendió. «No me toques, miedo al dolor.» Acercó una silla y le cogió una mano entre las suyas. Una sonrisa cansada se dibujó en los labios de Miriam. No podía hablar, pero sus ojos se clavaban en los de su hija. El monitor señaló una ligera aceleración de los latidos.

Candace no sabía cuánto tiempo había pasado allí sentada, Miriam había vuelto a dormirse enseguida. En algún momento, la joven se levantó y salió al pasillo. Preguntó al agente dónde estaba la sala de médicos. Una mujer de cabello oscuro, de treinta y muchos años, con las gafas colgadas de un cordel, le preguntó qué quería. Luego pidió a Candace que entrara y le mostrara su documentación.

—Su madre puede decir que la protege un buen ángel de la guarda —dijo la doctora, abriendo el expediente—. Ha tenido mucha suerte. Dé usted gracias a Dios.

—¿Qué le han hecho? ¿Cómo está?

La doctora miró a Candace con dulzura y finalmente echó otro vistazo a los papeles.

—La ha operado un compañero. La intervención ha ido bien.

—Se lo ruego, dígame qué es lo que le pasa a mi madre —preguntó Candace sin poder contenerse más—. Tengo derecho a saberlo, soy su única familia. Y, además, ya no soy una niña. Dígamelo —luego se tranquilizó de nuevo—. Por favor —añadió en voz baja.

—Está bien —la doctora sacó una hoja de la carpeta—. Alguien ha intentado cortarle el cuello, y realmente ha estado a punto. No me explico por qué no lo consiguió del todo. Supongo que porque se lo impidieron. Le cortó la tráquea y le aplastó la laringe, y después le causó derrames y hematomas por todo el cuerpo, sobre todo en la cabeza. Pero la paciente está fuera de peligro. Dadas las circunstancias, su estado es bastante bueno, y es de constitución fuerte, aunque ahora necesita mucho reposo. Ya verá usted como dentro de unos días su madre se habrá recuperado notablemente. Por el momento, debe recibir el alimento por vía intravenosa, lo inyectaremos en los sueros. Tienen que cicatrizar las heridas de la operación. Y tampoco debe hablar. Y una cosa más —la doctora guardó de nuevo el informe, se quitó las gafas de leer y miró a la joven con gesto estricto—, cualquier cosa que le produzca excitación es contraproducente.

Candace asintió sin decir nada.

La doctora miró el reloj y se puso de pie.

—Y sin duda querrá saber cuándo le daremos el alta. Pues la verdad es que no lo sé.

Cuando Candace volvió a entrar en la habitación se quedó boquiabierta. Un anciano muy alto y delgado con un cabezón que parecía de otra persona se inclinaba sobre la cama de su madre. Había retirado la sábana y observaba el cuerpo de Miriam. Le hablaba en un tono muy calmado y ella se limitaba a mirarlo fijamente.

—¿Quién es usted? —preguntó Candace con dureza, y se abalanzó sobre él.

El anciano levantó la mano izquierda sin dignarse mirarla. Muy calmado, le bajó el

camisón a Miriam y la tapó de nuevo.

—¿Qué está haciendo aquí? —quiso saber Candace, agarrándolo del cuello.

—Soy forense. Doctor Galvano —una fugaz sonrisa se dibujó en su cara al mirar a la joven, casi tan alta como él—. ¿Y usted?

—Candace Elliot. Su hija —le miraba con gesto desafiante. Aquel hombre debía de tener más de ochenta años.

—Tan sólo estaba observando las lesiones de la víctima, *young lady*. Ahora que aún son recientes. Es mi trabajo.

—¿Es que los forenses de Trieste no se jubilan nunca?

El anciano vaciló un instante, le brillaron los ojos, luego carraspeó.

—Su madre es una mujer muy guapa. Ha tenido mucha suerte.

—Eso mismo me ha dicho la doctora de planta. Y en su expediente también había fotos de las lesiones. ¿Las hizo usted?

—De eso se ocupa otro compañero. Las fotografías no sustituyen la observación en directo.

—¿Y a usted dónde puedo localizarlo? —Candace no le dejaba salir.

—Pregunte al agente de la puerta o a cualquiera de la *questura*. Todos me conocen. Pregunte por Galvano, el doctor Galvano.

Candace tardó un rato en comprender qué quería decir su madre al tamborilear con los dedos sobre el dorso de su mano.

—¿Quieres escribir algo? —susurró.

Miriam cerró los ojos para asentir.

—Voy a buscar papel y lápiz.

Miriam dijo que no con un movimiento de cabeza casi imperceptible.

—¿Qué quieres, entonces?

De nuevo notó que Miriam tamborileaba con los dedos. Abrió su bolsa de viaje, sacó el portátil y se lo enseñó a su madre, que esta vez cerró los ojos dos veces para decir que sí. Candace encendió el ordenador, cogió la almohada de la cama vecina y la colocó sobre el vientre de Miriam para apoyar el aparato. Muy despacio, Miriam levantó la mano y tanteó el teclado con el índice. Las palabras le salían llenas de letras que no eran, y Candace intentaba seguir los movimientos del dedo para interpretarlas mejor.

—*Dokdr edts slbwrto?*

—¿Quieres saber dónde está Alberto? —preguntó Candace.

Miriam cerró los ojos dos veces.

—La inspectora me ha dicho que también está en este hospital.

Slbwrto no hs sidp quería decir «Alberto no ha sido». Y *wl mj sslvf, fje aielip* quería decir «Alberto me salvó, fue Aurelio».

A cada frase, Candace preguntaba hasta haberlo entendido todo.

«Díselo a la policía» fue la última breve frase que Miriam escribió antes de quedarse agotada y cerrar los ojos.

A las tres en punto, una limusina azul marino dejó a la fiscal en el Largo Riborgo,

donde ya la esperaban el comisario, la inspectora Cardareto y tres agentes uniformados y con chalecos antibalas. También iba con ellos un cerrajero. Los seis policías habían recorrido a pie los cien metros desde la *questura*. Laurenti llamó en vano al telefonillo de tres viviendas de los pisos inferiores, el primero en contestar y abrir fue el catedrático de literatura y porque Laurenti aseguró que venía a entregar un telegrama.

El ascensor era demasiado pequeño para todos, los agentes de uniforme subieron primero y se colocaron estratégicamente. En el rellano del último piso no había más que dos puertas en las que tan sólo las iniciales remitían a sus moradores: R. R. y A. S. En cuanto la puerta del ascensor se cerró por segunda vez, tocaron varias veces al timbre de Aurelio Selva. Entonces intervino el cerrajero, que abrió la cerradura con sólo tres expertos movimientos, tras lo cual los agentes uniformados entraron a inspeccionar las habitaciones con las armas desenfundadas y no tardaron en dar luz verde a los demás. No había nadie. Uno de ellos volvió a salir al rellano para vigilar.

El piso sólo tenía dos piezas aparte del baño y la cocina. El amplio salón-dormitorio de al menos sesenta metros, decorado con muy pocos muebles de diseño dispersos, daba al norte. La cama estaba sin hacer, pero no había prendas de ropa fuera de sitio y el armario estaba muy bien ordenado. Tampoco había ropa sucia ni en la cocina ni en el baño. Encima de una mesa de cristal se veían los periódicos del día, un vaso de agua y una botella. En la estantería de detrás había siete libros de fotografías de desnudos y unos pocos libros más cuyos títulos no dijeron nada a Laurenti. En la balda inferior había una impresora de inyección de tinta encendida cuyo cable colgaba de la estantería. Faltaba el ordenador. Dos carpetas contenían los documentos personales del dueño del piso, Pina Cardareto las metió en una caja en la que uno de los agentes también depositó el contenido de la papelería, previamente recogido en una bolsa de plástico. Y también una cámara digital.

—Aquí está su cartera —dijo Iva Volpini, que inspeccionaba otro rincón de la habitación—. Y las llaves de su moto.

—Entonces no puede estar muy lejos —Laurenti arrugó la frente—. No había echado la llave. No me extrañaría que apareciera en breve a hacernos compañía.

—Eso si no nos ve desde la calle y se lo piensa dos veces, comisario.

—En el piso de al lado vive su padre —dijo Laurenti—. Me apuesto lo que queráis a que está allí. ¿Qué le parece si probamos a llamar a casa de Raccaro, señora fiscal?

Iva Volpini meneó la cabeza.

—No tenemos ninguna sospecha fundada para hacer eso, comisario. Inspeccionemos primero el resto de la vivienda. Si Selva está ahí al lado, en algún momento tendrá que salir. Océpese de que no pueda hacerlo sin que nos demos cuenta.

—Venga enseguida, jefe —oyó Laurenti a la inspectora, que ya había pasado al otro cuarto—. ¡Una pequeña sorpresa!

En la estrecha habitación contigua había unas espalderas en la pared y pesas de varios calibres en un soporte. También había una máquina de musculación junto a la ventana, a través de la cual entraban los rayos de sol, dibujando un rectángulo de color claro sobre el suelo de linóleo. El banco de estiramientos se había utilizado para sentarse ante una

mesa plegable, ahora abierta, sobre la que encontraron una báscula de cocina y un aparato de envasado al vacío junto con gran cantidad de material de embalaje. Al lado había un fajo de formularios de una mensajería y las correspondientes etiquetas con direcciones. Y en el suelo se amontonaban los paquetes completamente listos, ordenados según el país del destinatario. Como remitente figuraba una dirección de Koper, en Eslovenia, pero a sólo diez kilómetros de Trieste. Pina señaló la única pared despejada del cuarto en la que había varias sacas abiertas de café crudo apoyadas en tres barriles. En el de encima se leía «Jamaica Blue Mountain».

—No está mal... —dijo el comisario respirando hondo—. ¿Un cafelito? —preguntó luego a la fiscal—. Me temo que ahora necesitaremos otro vehículo. Y antes de eso, al fotógrafo y a los de criminalística. Nicola Zadar se alegrará de recuperar su mercancía en algún momento.

La fiscal lo miró con gesto interrogante.

—Es un caso que lleva uno de sus compañeros, *dottoressa*. Hace unos días entraron a robar en las oficinas de un importador de café y se llevaron una mercancía muy valiosa. Este grano, por ejemplo —Laurenti señaló los dos sacos de Kopi Luwak—, fermenta en el estómago de una civeta asiática que después lo expulsa con las heces sin digerirlo y parece una barrita de *muesli*. El café que se prepara luego es la bebida más cara del mundo.

Por la cara que puso Iva Volpini, era obvio que pensaba que el comisario le tomaba el pelo.

—Tiene un intenso sabor a selva amazónica —añadió éste, y tecleó el número de Marietta—. Envíanos a la policía criminal. Y una furgoneta.

—¿Le habéis pillado?

—No, pero supongo que pronto recibiremos un regalo espléndido. Café para la oficina. El primer caso que teníamos ya está resuelto.

De pronto, oyeron gritos y un ruidoso forcejeo en el descansillo de la escalera. Pina salió como un rayo. De un golpe tan rápido como certero, redujo al hombre de cabello rubio platino que agarraba por el cuello al agente uniformado. El rubio cayó al suelo como un fardo, y antes de recobrar el conocimiento ya lo tenían esposado. La inspectora lo dejó tumbado en el suelo. Con gran esfuerzo él logró colocarse sobre un costado para mirar a los policías sin acertar a articular palabra.

—Gracias —dijo el agente a Pina y se frotó el cuello—. Me ha pillado por sorpresa.

—*Signor Selva*, me ha costado reconocerle —dijo Laurenti—. Por lo que veo es usted un personaje famoso.

—No entiendo nada —Aurelio le miraba anonadado.

Bajo un grueso mechón de su cabello ahora rubio platino, peinado con medio kilo de gomina, se veía una zona enrojecida y con un poco de sangre coagulada que no era del golpe de Pina. La mirada de los grandes ojos de color ámbar de Aurelio, clavada en la pared, resultaba extrañamente vacía. En el bíceps derecho llevaba un tatuaje de un toro resoplando. Aurelio meneaba la cabeza como si no entendiera lo que le había pasado. Con el poco margen de movimiento que le dejaban las manos esposadas a la espalda,

volvió a deslizarse torpemente hasta la pared para intentar sentarse.

—Si es que para todo famoso es una lata llevar a los *paparazzi* detrás todo el día, ¿verdad? Es increíble la cantidad de cosas que se pueden hacer hoy en día con una cámara de fotos,

La fiscal se agachó y observó el perfil de aquel hombre que llevaba una gruesa cadena de oro al cuello con un ópalo de fuego del tamaño de una ciruela.

—Fíjese que ha llegado hasta *The Independent*. ¡Un famoso de los importantes! —dijo.

—Yo pienso pedirle un autógrafo en cuanto termine con todo esto —añadió Laurenti con una sonrisa maliciosa.

—Sí, debajo de su confesión, comisario. Llévenselo —dijo la fiscal.

—Quiero hablar con mi abogado —protestó Aurelio.

En el umbral del apartamento del que Aurelio había salido sin sospechar lo que se avecinaba y en cuya puerta se leían las iniciales R. R. había quedado un maletín que no dejaba cerrar la puerta.

—¿Qué le parece, señora fiscal? —preguntó Laurenti—. ¿Ese maletín está dentro de la vivienda o fuera, en el rellano?

—En el rellano, por supuesto. ¿No lo ve, Laurenti?

La mano de Raccaro se agarraba con fuerza al asa del maletín al bajar a tierra después de que el *Greta Garbo*, de acuerdo con las órdenes recibidas, maniobrara bajo el amarre cubierto del puesto de la guardia costera y Vittoria lanzara a uno de los agentes un cabo para amarrar el yate.

—¿Quién es el oficial de mayor rango? —preguntó Lele alzando la voz para que le oyeran bien a pesar de la lluvia que caía sobre el tejado de metal.

—Excepto su documentación, no puede llevarse nada del yate —ordenó inmisericorde y con voz firme el mariscal de la guardia costera, cuyo uniforme era de un blanco inmaculado.

A su lado formaban cuatro agentes con uniforme de la policía y tres hombres más, de unos cuarenta años, vestidos con monos de trabajo en los que se leía, en letras azul oscuro, «Policía científica»: los agentes de criminalística. Otros tres agentes de la guardia costera se mantenían un poco apartados y observaban con curiosidad a la exuberante pelirroja que acababa de saltar del yate, poniéndose encima del vestidito un impermeable que le venía tan estrecho que le era imposible cerrarlo sobre la pechuga.

Lele no hizo ningún ademán de obedecer tal orden. No se movía y miraba fijamente al oficial. Desde que el bote patrulla había aparecido en alta mar y mientras Vittoria echaba los hígados por la borda, él había movilizó a todos sus contactos.

El senador le había prometido dirigirse personalmente al ministro del Interior; uno de sus concejales se había puesto en contacto con la jefa de policía, otro con el prefecto de la provincia de Rávena, quien a su vez debía informar al jefe de la policía de allí. La única información que había llegado a Lele poco antes de amarrar era que la fiscal de Trieste había ordenado que la policía retirara de la circulación y precintara el *Greta Garbo*, orden contra la cual por el momento no se podía hacer nada. Raccaro maldecía

por lo bajo el privilegio de inmunidad del que gozaban los fiscales italianos gracias un decreto todavía anclado en la Constitución. Por vía legal no había forma de contrarrestar su independencia. Las órdenes de los poderosos no podían afectarles, mientras que en otros países de Europa era posible paralizar de entrada los procesos políticamente espinosos y destituir a los investigadores incómodos... o librarse de ellos. Según. Ése era uno de los motivos de peso por los que el Gobierno presentaba constantes Proyectos de Ley que perseguían una mayor seguridad... mayor y muy necesaria para los criterios de Lele.

—Su barco está bajo custodia policial —dijo uno de los agentes en cuya chaqueta se leía «Anticrimen» en letras blancas—. Es una disposición de la fiscalía de Trieste —y le entregó a Raccaro un documento—. Entrégueme su maletín, *dottore* Raccaro.

Lele lo sujetó un momento entre las piernas y se hizo el remolón al sacar las gafas de leer del bolsillo de la pechera para echar un vistazo al documento oficial.

—Esta orden se refiere al yate, no menciona los objetos personales —dijo al fin—. El maletín me lo quedo, con el resto pueden hacer lo que quieran.

—Eso va contra la ley, *dottore* Raccaro. Intento de ocultación de pruebas. Si no cede, tendré que detenerle. Podría usted ponernos las cosas mucho más fáciles. Nos impondremos de todas maneras.

Los agentes de criminalística se abrieron paso por delante de él y subieron a bordo. Uno de ellos desapareció en el interior de un camarote mientras los demás examinaban la cubierta.

—¿A qué se debe todo esto? —Lele estaba visiblemente indignado—. ¿Acaso existe alguna denuncia? En este documento no dice nada —y agitó la orden en el aire con furia.

—Órdenes, *dottore* Raccaro. No se meta en problemas gratuitamente.

Lele abrazaba el maletín como un niño que no quisiera soltar a su osito preferido por nada del mundo. Había dado la espalda al *Greta Garbo* y no vio cómo uno de los hombres de mono blanco examinaba bajo la lupa la barandilla y las jarcias firmes y móviles. En un punto junto a la escalerilla de baño, hizo fotos desde varias posiciones y, con ayuda de unas pequeñas pinzas, recogió un pedacito de tela de color claro del tamaño de una moneda de dos euros atrapado entre los cables de sujeción de un soporte de la barandilla. Lo metió en una bolsita de plástico que cerró y etiquetó con mucho cuidado.

—¿Ha recapacitado, Raccaro? —preguntó el mariscal, y al ver que Lele seguía empeinado en no soltar su maletín, hizo una seña a los otros dos compañeros de uniforme, tras lo cual se acercaron al viejo y lo cogieron por los codos. No tocaron el maletín, sino que condujeron a Raccaro hasta el muelle, donde tenían el coche patrulla. Lele era demasiado bajito para que fuera necesario ponerle una mano en la cabeza para que no se golpeará al entrar en el coche.

A Vittoria le permitieron salir del recinto de la guardia costera una vez comprobaron sus datos. El ordenador de la policía no reveló nada en su contra, tan sólo recogía un antecedente por posesión de drogas de hacía muchos años. Su permiso de residencia

estaba en vigor y les llevó poco tiempo registrar su bolso. Apenas tenía equipaje y estaba limpia. La última raya de coca había desaparecido por sus fosas nasales antes de verse presa del mareo.

Cuando la puerta de acero se hubo cerrado detrás de ella con un golpe como un tremendo mazazo, siguió con la mirada el coche patrulla cuyas luces desaparecían poco a poco tras la cortina de lluvia. Hizo señas al chófer de la limusina que había venido a esperarlos desde San Marino y éste bajó la ventanilla un tanto vacilante. Vittoria le explicó que el viajero al que había ido a buscar no podía acompañarlos y le pidió que la llevara a ella al centro. El hombre, vestido con un traje azul, se limitó a menear la cabeza, subió la ventanilla de nuevo y arrancó. Vittoria se encontró sola en medio de la tormenta, mirando a su alrededor sin saber adónde ir. La lluvia le lavaba la gruesa capa de maquillaje. A cierta distancia atisbó las luces de un bar.

Mientras tomaba un café irlandés, se puso a pensar qué hacer. La decisión habría sido más fácil si al menos hubiera sabido por qué esos polis querían complicarle la vida a Lele. Primero tecleó el número de Aurelio y lo dejó sonar largo rato sin que nadie respondiera. Giulio Gazza, en cambio, tenía el móvil apagado. Cuando por fin se le secó el pelo, se puso una camiseta encima del vestido y pidió a la camarera que le llamase un taxi. De camino a la estación de Rávena dudó si tomar el tren a Trieste o a Roma. Hacía más de seis meses que se había marchado de la capital porque allí habían empeorado radicalmente las cosas. Unos tipos muy extraños y oscuros habían contactado con ella y con sus amigas para que se ligaran a un alto cargo político. Sus encuentros serían fotografiados. De «regalo» le habían dado una bolsa con veinte gramos de cocaína de máxima calidad. Pero a Vittoria le había entrado miedo y enseguida había hecho la maleta con sus cuatro pertenencias. Se había decidido por Trieste porque estaba lejos de la capital y porque se acordaba de Raccaro, que siempre la había pagado muy bien cuando se habían visto en Roma. Casi le daba lástima aquel hombrecillo, aunque gracias a sus contactos seguro que lo dejaban libre muy pronto. ¿No sería que le gustaba? Descartado. Por las noticias de la televisión se había enterado de la muerte violenta de dos de sus amigas. Vittoria estaba preocupada. Al final, sacó dos billetes, uno hacia el noreste y otro a la capital. Tomaría el primer tren que pasara.

El viaje de vuelta

—No presiento nada bueno —dijo Marietta—. La fiscal va a tener que dar explicaciones de unas cuantas cosas. Y tú también. Eso de que los compañeros de Rávena detuvieran a Lele va a traer cola.

—Pero si ya han vuelto a soltarlo... Me apuesto lo que quieras a que mañana mismo aparece por aquí a amenazarnos hecho un basilisco. Y con mayor motivo cuando se entere de que hemos metido a Selva entre rejas. Su móvil no ha parado de sonar, lo tengo encima de mi mesa —a Laurenti le preocupaba poco el chaparrón que pudiera caerle.

Nadie de la comisaría había podido limitarse a cumplir su turno normal ese sábado. Pina bostezaba sin parar, pues descontando las tres horas de sueño de la noche, llevaba casi veinticuatro horas en pie. Laurenti contrarrestaba el cansancio con la férrea voluntad de hacer tábula rasa con todo aquello de una vez. Marietta, sin embargo, estaba de un humor inmejorable a pesar de que la llamada de Laurenti le había arruinado el día de playa. La fiscal, a su vez, que iba recibiendo toda suerte de llamadas de personalidades de las altas esferas, estaba cada vez más agobiada. Muy ojerosa, se había presentado en la comisaría hacia las nueve de la noche para pedir una reunión en torno al «caso Scoop», como habían bautizado entretanto a aquella investigación. Ese título se leía en grandes letras en la pizarra de la sala de reuniones. Una fuerte tormenta con sonoros truenos y brillantes relámpagos azotaba la noche triestina.

El único al que se veía fresco y radiante era Battinelli. Había vuelto a la comisaría a primera hora de la tarde y se había sentado al ordenador de inmediato. Seguía tratando de identificar a los rusos de las fotos de Margherita mediante un programa de reconocimiento facial. No era señal de nada bueno que el ordenador tardara tanto.

Muerto de hambre, Laurenti había llamado a su hijo Marco poco antes de las diez para que le reservara una mesa para dos en el Scabar.

—Antonio volvió a su casa ayer por la noche —Marietta respiró hondo, bebió un largo trago de vino, y sonrió—. A Buenos Aires... gracias a Dios.

—¿Y Bobo, el conejo blanco?

—Me lo he quedado yo. ¡Es una ricura! Hasta te obedece y se pone en dos patitas.

—¿Tú con una mascota? El mundo es una caja de sorpresas. ¿Pero quién es ese tipo, tu nuevo amante?

Marietta se encendió otro cigarrillo, dio dos profundas caladas y echó el humo por la nariz. Laurenti y ella eran los únicos clientes que, a pesar de la cortina de agua, habían

querido sentarse bajo una gran sombrilla en la terraza del restaurante, en tanto que los salones del interior estaban llenos hasta la última silla. Pero Marietta quería fumar, y también Laurenti aprovechaba para apurar todas las colillas que iban quedando en el cenicero. La ayudante del comisario solía llevar media casa en sus gigantescos bolsos, así como una gran provisión de tabaco.

—Prométeme que no se lo contarás a nadie —Marietta le lanzó una mirada que ponía a prueba su confianza.

—Lo juro.

—Bueno, pues volví a encontrar a Antonio en Facebook. Fue mi primer amor. A los catorce.

—¡Pero si te lleva al menos quince años!

—¿Y qué?

—¿Un treintañero fue tu primer amor? Claro, así has mantenido luego la misma media de edad de tus amantes...

—Las excepciones son la sal de la vida.

—¿En serio creíste que podría funcionar? ¿Después de tanto tiempo? —Laurenti se echó a reír tan fuerte que algunos de los clientes que habían salido a fumar a la terraza se volvieron a mirarle—. Has estado insoportable durante meses y tus penas de amor te hacían poner una cara como si se te hubiera muerto alguien. ¡Qué verá la gente en todo ese rollo del Facebook! ¿Es que no tienen nada mejor que hacer que escribir idioteces en el ordenador y seguir la pista de sus viejos amores mientras la vida real bulle en el exterior?

—Las penas duraron muy poco, Proteo. Al principio era realmente excitante, mientras todo era virtual y nos escribíamos a diario. Uno olvida tantas cosas que de pronto vuelven a salir a la luz, Y cuando empezamos a enviarnos fotos... hasta era divertido.

—Mira, Marietta, a mí me parece un espantapájaros. ¿Y qué hace en Buenos Aires? Los rumores decían que tu amor trabaja en el archivo de la ciudad.

—Sí, antes trabajaba allí, antes de emigrar. La mayoría de su familia, como tantas otras, emigró justo después de la guerra. Sólo él y su hermano crecieron aquí al cuidado de unos parientes lejanos. En Buenos Aires trabaja en una empresa de alquiler de coches. Vive muy modestamente. Y está terriblemente triste.

—La verdad sea dicha, eso no podía ocultarlo. Ay, en el fondo tienes un gran corazón.

—Antonio vino a Trieste un poco después de Semana Santa porque había muerto su hermano. Obviamente, lo alojé en mi casa mientras se resolvía todo el tema de la herencia. Y Bobo era la mascota de su hermano, otros tienen perro o gato. ¿Qué íbamos a hacer con él?

—Meterlo en el horno con una zanahoria en la boca.

—Verás, Proteo, Antonio estaba fatal. Ya no tenía más familia. Nos pasamos noches hablando de ello.

—Así que hablando y nada más —Laurenti hizo una seña al camarero para que trajera una segunda botella de vino—. Pues a tu humor no le sentó nada bien, desde luego. ¿De qué murió su hermano?

—El Domingo de Ramos, iba a ciento cuarenta por hora con el coche y, sin frenar, se estampó contra el edificio de oficinas junto al antiguo paso de frontera de Rabuiese. Los periódicos le dedicaron un montón de páginas.

—Me acuerdo. Se elucubró que podía ser un suicidio. ¿No trabajaba para Raccaro, por cierto?

—No, era asesor fiscal. Lele sólo era uno de sus clientes.

—Bueno, cierta relación sí que tenían...

Marietta hizo un gesto de rechazo con la mano.

—Yo también lo pensé, y dediqué noches enteras a investigarlo. A veces hasta primera hora de la mañana, antes de que los papeles se enviaran al tribunal de sucesiones. En cualquier caso, los grandes negocios de Lele no los llevaba él. Y como no dejó ninguna carta de despedida, ni se encontraron huellas de un segundo conductor en su vehículo... Fue un accidente... más o menos voluntario. Nada más.

—¿Y tu Antonio?

—No tiene mucho dinero, y tampoco ha heredado nada. Su hermano estaba completamente arruinado, había invertido todo su dinero en Lehman Brothers y compañía. La cosa acabó con un concurso de acreedores. Toni tuvo que esperar la decisión del tribunal, no quería ni podía hacerse cargo de las deudas. Y cuando por fin tuvo listos los papeles, me alegré de que pudiera irse de mi casa de una vez.

—¿Y eso fue todo?

—Sí.

—¿Y qué hacía toda tu ropa interior en el armario del despacho?

—Un día que volví a casa antes de lo habitual lo descubrí... —se mordió los labios y encendió el siguiente cigarrillo. Luego dio un trago de vino y se puso a mirar la lluvia nocturna—. Dejemos ese tema, por favor.

—A ver, Marietta, ¿es posible que no me lo estés contando todo?

—¿Quién es ese Galvano? —preguntó Candace furiosa a la inspectora, al volver a la *questura* esa tarde.

—¿Dónde se lo ha encontrado? —Pina Cardareto, que en ese momento estaba ocupada examinando el contenido del maletín de Aurelio, miró a la joven con curiosidad.

—¡En el hospital, en la habitación de mi madre! Le había quitado la ropa y la estaba mirando.

289

—¿Cómo? —la inspectora se levantó de un salto—. ¡Será posible! Venga conmigo. ¡Comisario! —llamó desde el pasillo e irrumpió en el despacho de su jefe—. ¿Puede ser que Galvano haya perdido la cabeza del todo? Ha ido al hospital y ha desnudado a una paciente gravemente herida. Ésta es Candace Elliot, la hija de Miriam Natisone. Lo ha visto con sus propios ojos.

Laurenti también se había puesto de pie. Cerró la puerta y pidió a las dos que tomaran asiento.

—Qué poco ha tardado usted en llegar —dijo—. ¿Cómo está su madre?

–Venía a Trieste de todas formas, lo acordamos ayer mi madre y yo. Como si intuyera que iba a pasar algo. Está muy débil, pero la doctora dice que se recuperará deprisa. ¿Quién es ese doctor Galvano?

–Un forense jubilado. ¿De qué conoce su nombre?

–Él mismo se presentó con toda la tranquilidad del mundo, como si fuera tan normal lo que estaba haciendo.

Laurenti dio un suspiro de alivio.

–Ah, bueno, gracias a Dios. Entonces no pasa nada. Al menos el viejo no tiene nada que ocultar. El doctor Galvano habría sido capaz de contarle cualquier cosa, imaginación no le falta.

–¿De verdad le parece normal, comisario? ¿Es que no tienen un forense oficial?

–Galvano es el mejor que conozco, Miss Elliot, no tiene de qué preocuparse. Lleva unos años jubilado y también es un poco peculiar, pero yo mismo le pedí que fuera al hospital a echar un vistazo a las dos víctimas. Luego le pediré que me lo cuente. Pero si se va a quedar más tranquila, puede usted denunciarlo ahora mismo. La inspectora le tomará la denuncia.

El comisario se levantó, indicando que para él había terminado la conversación, pero Candace no se movía. Laurenti arqueó las cejas con gesto interrogante.

–Mi madre tecleó algunas palabras en mi ordenador. Es su única forma de comunicarse, y aun así es difícil. Escribió que Alberto es inocente y que fue un tal Aurelio quien la atacó. ¿Quién es?

–Es muy bueno saber eso. Alberto queda libre de toda sospecha.

–¿Quién es Aurelio?

Laurenti hizo una seña a Pina.

–En cuanto su madre esté en condiciones de declarar, le preguntaremos todo. Pero ahora, por favor, esté tranquila, el peligro ha pasado. Mi compañera se lo explicará. Ahora, si me disculpan...

–¿Puedo instalarme en el apartamento de mi madre? –preguntó Candace antes de irse.

Laurenti miró a Pina.

–Está limpio –dijo Pina–. No hay ninguna huella ajena.

–Entonces sí, por supuesto –dijo Laurenti, tendiéndole la mano a Candace–. Y sería de gran ayuda para nosotros si nos mantuviera al corriente del estado de su madre. Y de todo lo que le diga.

En el despacho de Pina había muy poco sitio y Candace, con lo alta que era, tuvo que encogerse como pudo en la silla, cuyo respaldo chocaba con la mesa vecina, en la que un compañero comprobaba los datos personales de Aurelio junto con los antecedentes penales, los permisos de circulación de sus vehículos y todos los registros de empadronamiento desde su infancia.

–¿Quiere poner una denuncia contra Galvano? –preguntó Pina, apartando los expedientes que tenía sobre la mesa para sacar el teclado, que había quedado sepultado debajo. Encima del montón de papeles dejó la fotografía en blanco y negro enmarcada

que llevaba Selva en el maletín.

Candace la miró con gesto interrogante.

—Tenía intención de hacerlo —dijo—, pero después de lo que ha contado su jefe...

—Si quiere oír mi opinión personal —respondió Pina, y volvió a poner el montón de papeles encima del teclado—, estoy segura de que el anciano no ha hecho nada malo. Lo más probable es que tan sólo quisiera comprobar por él mismo el estado de su madre. ¿Ella tenía miedo?

—No. Estaba muy tranquila. Él le hablaba todo el rato. En inglés, con acento americano.

—Ah, claro, entonces se lo explicaría todo él mismo. Por eso estaba tranquila. Galvano es de Boston y vino aquí con el ejército aliado hacia el final de la Segunda Guerra Mundial. Piénselo tranquila, la denuncia puede ponerse en cualquier momento si le parece conveniente.

—¿Qué quiso decir el comisario con que el peligro ya ha pasado?

—Todo este material —explicó Pina, señalando el contenido del maletín de Aurelio— se lo acabamos de requisar al hombre que atacó a su madre. Está encerrado en una celda aquí al lado. Su madre le arrancó un mechón de pelo, el ADN lo demostrará todo. Los resultados del análisis llegarán en cualquier momento.

—¿Y por qué la atacó?

—Eso aún tenemos que descubrirlo. La mantendré al corriente de todo, y usted debe hacer lo mismo. Bien, ahora tengo que ponerme con esto. Tome un taxi para ir al apartamento y descanse. ¿Dónde he puesto las llaves?

Pina volvió a mover la torre de papeles, que se derrumbó, con lo cual la foto enmarcada fue a caer a los pies de Candace y se rompió el cristal. La joven la recogió y se la tendió a la inspectora. Pero entonces retiró la mano y se detuvo a observar la foto.

—¿Me podría dar una copia? —preguntó exaltada.

—¿Por qué? —se extrañó Pina—. Es una prueba.

—¿De dónde ha salido esta foto?

—El hombre que agredió a su madre la llevaba en el maletín. Afirma que no es suya sino de Raffaele Raccaro. Un hombre muy influyente, pero a quien nunca se ve en público.

—¿El dueño del archivo? Mi madre quedó con él. Y volvió horrorizada por sus comentarios racistas.

—Nadie lo calificaría de liberal, desde luego. ¿Pero por qué se exalta tanto?

—La mesa. Tenemos una igual en casa.

Pina se acercó a la joven, que sostenía el marco con ambas manos, y también examinó la imagen en detalle.

—Es una foto de tiempos del fascismo. Abisinia. Ni idea de quién es —dijo al final—. Pero no se la puedo dar bajo ningún concepto.

—¿Y puedo fotografiarla yo? —dijo Candace sacando su cámara del bolso de viaje.

—Me temo que no —dijo Pina—. No puede ser —entonces se dirigió al compañero de la otra mesa—. ¿Te importa salir al pasillo conmigo un momento?

Dejaron a Candace sola. Cuando volvieron, la fotografía volvía a estar en su sitio. El bolso de viaje de Candace, cerrado.

Estaban bastante faltos de espacio, aunque Marietta había pedido al jefe de Administración que les permitieran utilizar la sala de juntas. En una pequeña reunión previa con el comisario, habían acordado dividir las largas hileras de mesas en varias secciones para distribuir las pruebas según el lugar donde se habían encontrado. Un espacio de unos dos metros quedaba vacío, etiquetado con una hoja de papel. El título general era: «*Greta Garbo* – Rávena», y después se habían establecido dos puntos más concretos de acuerdo con los datos que los compañeros de allí les habían dado por teléfono: «Maletín: 6 mills. de €» y «Resultados Pol. Científica Padua». A mano izquierda, un agente con guantes de látex analizaba la basura de la cocina de Aurelio. En el extremo de la mesa había una cafetera italiana quemada, la basura clasificada estaba en bolsas de plástico. Por suerte, parecía que el dueño de la vivienda no cocinaba nada en casa, la basura constaba básicamente de café molido, envases de yogur vacíos, cáscaras de plátano, huesos de melocotón y pañuelos de papel. El contenido de la papelería de su salón ya era más interesante: unas cuantas hojas sacadas de la impresora, esquemas de la estructura de varias empresas y redes de personas con un montón de signos de interrogación rojos, además de diez fotos que dejaban muy atrás la frontera de la pornografía amateur. Todos los agentes las examinaban en detalle y se esforzaban por mantener un gesto impasible. Al lado habían dispuesto una sección que llamaron: «Fotos Raccaro», detrás de la cual había un taco de fotografías sacadas de la tarjeta de la cámara de Selva.

–Hay que ver los gustos que tiene ese hombrecillo gris... –había dicho Marietta al entregarle las fotos el compañero de criminalística. Corrió a enseñárselas a Laurenti, que justo estaba interrogando a Aurelio Selva-. ¿Estás seguro de que debo colocar estas fotos entre las pruebas? Las van a ver todos los compañeros. Laurenti echó un vistazo al taco de fotos y se echó a reír.

–Por supuesto, Marietta. Una investigación es una investigación. ¡Nada de secretos, por favor! Y yo que pensaba que esa Vittoria era el único transexual de la ciudad... ¡Qué tonto soy!

Estuvo a punto de devolverle el taco de fotos sin haberlas visto todas. Pero justo al llegar a la última se le pusieron los pelos de punta.

–¡Mira, mira ésta! ¡Ahora sí que cantamos bingo! ¡Me apuesto lo que queráis a que es el gordo alemán que sacaron del agua los bomberos del puerto!

–¿Birkenstock? –preguntó Marietta-. ¡Anda! Tienes razón. Pues le está dando un buen masaje a Vittoria.

–¿Sabes dónde está tomada?

–Es un barco.

–Un yate de dos mástiles con velas rojo ladrillo. ¿Cuántos hay iguales en Trieste?

–¡El *Greta Garbo*!

–Y Selva estaba allí, sin parar de hacer fotos. Mira la fecha, Marietta.

—De modo que el guaperas immortalizó a Lele con sus amigas, y también a Birkenstock con Vittoria.

—Y todo esto empezó con lo de la diputada inglesa... Con las escenas que encontramos en casa de Gazza gracias a la pista de la llamada anónima. Qué bien lo sabía todo el informante, ¿no?

—Aurelio Selva estuvo empadronado en la misma dirección de la Via dell'Eremo hasta los dieciséis años. ¿Tú no crees que pudo cargarle el mochuelo a Gazza y que éste es inocente?

—La juez le interrogará mañana, antes de que hayan pasado las cuarenta y ocho horas desde la detención. Una noche más a la sombra tampoco le hará ningún mal.

Del otro lado de la herradura que formaban las mesas, Pina había extendido los documentos del maletín de Aurelio, previamente clasificados en su despacho. Encima de todo puso una antigua fotografía en blanco y negro, con marco y con el cristal roto, una imagen de la época de las colonias en Addis Abeba: un alto y apuesto oficial de alto rango apoyado en una mesa en cuyo centro se veía el escudo de la Casa de Saboya. Claramente, daba órdenes a sus oficiales, cuyas miradas atentas se clavaban en él. Debajo de la foto había más listas parecidas a las que habían encontrado rotas en la papelera de Selva. Aunque en éstas se habían completado a mano muchas de las interrogaciones en rojo. En otra hoja se leía la etiqueta: «Portátil Selva». El aparato seguía en manos de la policía científica, que todavía no había descifrado la contraseña.

La última sección se titulaba «Fotos Alberto». Su cámara la había encontrado el agente en el parque, entre las ramas de un *hibiscus syriacus* cuyas flores de color púrpura justo se abrían con la luz del amanecer. Alberto no era un gran fotógrafo. A menudo sacaba las cabezas cortadas o no enfocaba bien. Pero algunas de las fotos eran inequívocas y mostraban a Aurelio Selva pisando los talones a Miriam Natisone mientras paseaba por la ciudad.

Laurenti había interrogado al joven, que tenía la misma edad que Livia... y que Gemma. Aurelio permanecía sentado a la mesa, clavada al suelo, en el inhóspito cuarto sin ventanas, de paredes pintadas con pintura gris fácilmente lavable. Como era de esperar, no quería mirar a Laurenti a los ojos.

Tras detenerlo en la puerta del piso de Raccaro, dos agentes uniformados lo habían llevado a pie hasta la *questura*, trayecto que para Aurelio había sido un auténtico tormento. Nada más salir del ascensor en el portal de su edificio, se habían encontrado con el catedrático de literatura especialista en novela negra. El erudito vecino le había saludado, como siempre, con una amable sonrisa, pues al parecer no comprendió la situación hasta que se cerró la pesada puerta del portal. Aún le oyeron murmurar: «En las novelas, las detenciones son mucho más emocionantes».

Tampoco el breve trecho por delante del Teatro Romano había sido nada grato para Aurelio. Los turistas que admiraban las ruinas mientras los truenos resonaban en el

horizonte y caían los primeros goterones de lluvia no le importaban en absoluto. Sin embargo, tuvo que enfrentarse al saludo burlón del dueño del bar de al lado, quien, por supuesto, al punto informó de la detención a los clientes habituales, los cuales a su vez no pudieron contenerse y desearon a Aurelio «un buen fin de semana de descanso».

Después de que los policías comprobaran sus datos personales, le mandaron vaciarse los bolsillos y entregar el cinturón de los vaqueros. Le permitieron conservar las chancas *flip-flop*, pero cuando terminó de cachearle uno de los agentes, el joven no tuvo más remedio que desprenderse de su colgante con el ópalo de fuego. Cuando por fin cumplió con esta orden, que el agente tuvo que repetir varias veces en tono autoritario, la chispa de furia de sus ojos se apagó.

—¿Se ha hecho daño en la sien? —fue lo primero que le preguntó Laurenti.

El joven no respondió.

—¿Y cómo fue, al peinarse o practicando el sexo? ¿O fue el peluquero quien le arrancó un mechón de pelo? En tal caso, puede pedir una indemnización. Si quiere, yo mismo le tomo la denuncia. Daños físicos por imprudencia, diría yo.

Aurelio, evidentemente, primero quería averiguar hasta dónde sabían los policías. Había pedido un abogado varias veces, pero el comisario insistió en interrogarlo a solas antes de nada.

—Tiene usted un pelo muy bonito, y muy cuidado, y el nuevo color le sienta de maravilla. Y también es un joven muy guapo. Estoy seguro de que en la cárcel enseguida le saldrá algún pretendiente a su culito. Así que escúcheme, Selva, su situación es la siguiente: los especialistas de la policía científica de Padua están analizando una prueba tras otra. Gracias a las posibilidades técnicas con las que cuentan no se les escapará ni el más mínimo detalle. Usted conocerá bien todo esto por las series de la tele, ¿a que sí? Claro, la cosa lleva su tiempo. En teoría, tenemos que esperar semanas hasta que lleguen los resultados del análisis de ADN de los tres pelitos del marco de la ventana del importador de café. Durante ese tiempo aún podría usted estar en libertad. Pero ¿es realmente lo que desea, Selva?

Laurenti guardó unos instantes de silencio, la respiración de ambos era lo único que se oía en el angosto cuarto. Laurenti alargó el brazo izquierdo y agitó la mano en el punto donde Aurelio tenía clavada la vista.

—¡E—eh! ¡Estoy aquí!

Aurelio no se movió.

—Ahora bien, en el caso de los delitos capitales, los criminalistas son muy, muy rápidos... a pesar de la cantidad de material que les llega cada hora. ¿Qué significa eso para usted?

De nuevo, se hizo un largo silencio. Los ojos de Aurelio se movieron hacia él durante una fracción de segundo antes de volver a clavarlos cerrilmente en la pared.

—Le voy a hacer una pregunta especial que figurará en el expediente: ¿dónde estaba esta mañana a las seis?

Aurelio levantó la vista un instante:

—Me llamo Aurelio Selva, con domicilio en la Vía Donata 1, nacido en Trieste el día...

Me llamo Aurelio Selva, con domicilio en la Vía Donota 1, nacido en Trieste el día...

—Ahórrese la cantinela —le interrumpió bruscamente el comisario—. Junto a la mujer del vestido rojo, esa periodista inglesa llamada Miriam Natisone que he encontrado esta mañana con el cuello rajado en el parque del castillo Miramare, no sólo había tres pelitos. No, Selva, encerraba en el puño un mechón entero. Y un análisis de ADN en un crimen de esa índole es cuestión de pocas horas. Me importa muy poco si me cree o no. Por cierto, también se tomaron muestras de los residuos que tenía bajo las uñas. Y sabemos que hay epiteliales. También me da igual si me responde o no. Lo que declare usted sobre este caso sólo nos servirá para gastar papel y tinta. En realidad, no necesitamos su declaración para nada. Bastan los resultados del laboratorio. Pero le voy a hacer una pregunta a pesar de todo: ¿ha pensado alguna vez en ingresar en un programa de protección de testigos? ¿O sigue confiando en el amor paternal de Raccaro? Seguro que sus influencias no se detienen ante los muros de la cárcel. Tiene tentáculos como los de una medusa, quien se le acerca demasiado se quema. Piénselo con calma. Todavía no sabe que está usted detenido. Lo digo porque a él también le ha pillado el temporal.

Laurenti hizo una seña al agente para que se llevara a Aurelio, tras lo cual aquél se acercó a ponerle las esposas que le había quitado al principio del interrogatorio.

Laurenti no hizo ademán de levantarse hasta que no se hubo cerrado la puerta detrás de ellos.

—¿Qué me ofrecen? —exclamó Selva de pronto, y se volvió con tanta fuerza que se soltó del policía que lo sujetaba. Antes de que éste lo agarrara de nuevo por los hombros, Aurelio abrió la puerta de golpe con las manos esposadas.

—Nosotros, nada. Nada de nada —sonrió Laurenti—. Yo espero su oferta, Selva. ¿Es que aún no ha entendido la situación?

A pesar de la cantidad de países que, a sus veinticuatro años, había visitado ya, Candace había evitado África a propósito. Y a pesar de lo mucho que Miriam le había hablado de Etiopía, ella nunca había querido acompañar allí a su madre, de manera que también ésta había dejado de ir.

Sin embargo, siempre que veía fotografías antiguas de ese país —y en la casa de Colville Mews tenían libros y más libros de fotografías— surgía en su interior un extraño anhelo; aunque las terribles imágenes de la muerte predominaban sobre la belleza de los paisajes, las ciudades o el campo de estelas de Aksum y la meseta. Incluso la hermosa casa de Harar, con sus ricos ornamentos, en la que Arthur Rimbaud se instalara como comerciante de armas en 1883 mostraba sin tapujos los horrores de los crímenes de guerra de los colonialistas italianos, y el palacio de Selassie también. Y en Bahir Dar, junto al lago Tana, las orillas del Nilo Azul, que nacía allí, habían quedado convertidas en tierra quemada y sembrada de cadáveres después de un ataque con gas venenoso. Miriam también le había contado que su abuelo nunca quería hablar de aquel tema cuando ella le preguntaba de niña. Lo único que sabía era que había desertado en 1940 para unirse a los partisanos del oeste del país, que podían comprar armas al Sudán. En lugar de responder a las preguntas de su nieta, le hablaba entusiasmado de lo variado y

fértil que, en su día, había sido aquel país donde ahora la mitad de la población carecía de medios de subsistencia.

De regreso de la *questura* a la Strada del Friuli, Candace se había comprado una pizza y dos botellines de cerveza. A resguardo de la lluvia torrencial que caía, se sentó debajo de la amplia pérgola de la terraza del lujoso apartamento con el portátil en las rodillas, y al tiempo que masticaba, examinaba cuidadosamente la ampliación de la fotografía que había hecho de la vieja foto en blanco y negro en el despacho de los policías, aprovechando el momento en que la habían dejado sola para hablar de sus cosas. Un hombre alto y bien parecido, de uniforme y con una condecoración, se apoyaba en una mesa a la que estaban sentados otros oficiales de rangos inferiores. Candace también había fotografiado el texto manuscrito del reverso del marco. «Amadeo de Aosta en su residencia de Addis Abeba con sus oficiales y su ayudante en 1939.»

Candace seleccionó otra parte de la foto y amplió la imagen de la mesa hasta que ocupó la pantalla entera. No cabía duda alguna.

—Nuestra mesa, nuestra mesa —musitaba sin poder creer lo que veía—. Mamá siempre me contó que mi bisabuelo se la había llevado del cuartel general de los Saboya en Addis Abeba después de que lo saquearan cuando se marcharon los italianos al perder la guerra.

Luego volvió al tamaño original de la fotografía y fue seleccionando las caras una por una. Hacía años que Candace había visto una foto del hombre que había fundado la familia italoafricana a la que más tarde se había sumado el elemento inglés, como si las dos potencias coloniales jamás se hubieran enfrentado por el poder en el África Oriental. La foto del abuelo estaba enmarcada en la mesilla de noche de Miriam y en ella se veía a Paolo con su familia. La única foto que se había llevado de Etiopía al marcharse a Londres con Spencer. Estaban los abuelos, los padres, los cinco hijos y varios tíos y tías. Las cabecitas se veían muy pequeñas y Candace no recordaba los rasgos en detalle. En cuanto volviera a Londres, escanearía esa foto y la ampliaría todo lo que pudiera.

Buscó en Internet a aquel alto mando del ejército y virrey del África del Este y se sorprendió de lo positivas que eran casi todas las descripciones de un hombre que había mandado las tropas fascistas que habían diezmado a la población sin piedad en sus ataques con gas mostaza. A pesar de ello, prácticamente todas las páginas de Internet relevantes lo calificaban de caballero a quien incluso el enemigo apreciaba. El duque de Aosta siempre había insistido en nivelar las jerarquías. Se negaba a recibir un trato de favor y ni siquiera permitía que lo llamaran «Alteza Real». Todas sus biografías coincidían en que era un hombre muy cercano al pueblo. Por eso era tan querido. Al margen de su gran destreza como piloto.

Candace no se había comido ni media pizza y se encendió un porro. Luego apagó el ordenador, agotada. ¿Sería su bisabuelo uno de los oficiales de la foto? ¿Cómo si no habría sabido de la existencia de esa mesa? Si no era más que uno de los saqueadores, ¿para qué se había llevado la mesa a Jima? Tenía que preguntarle a su madre si tenía más fotos del bisabuelo Paolo. Aunque para eso tendría que esperar a que se recuperara y las dos volvieran a Londres.

Raffaele Raccaro, a quien todo el mundo llamaba Lele, no cabía en sí de rabia cuando subió al vagón de primera clase en dirección a Trieste. Aún tenía que hacer transbordo en Ferrara. Naturalmente, podría haber tomado un taxi, pero ¿para qué despilfarrar tanto dinero? Eran trescientos setenta kilómetros y una cosa estaba clara: esa noche tampoco podría hacer otra cosa que esperar las llamadas de su gente. A la recepción con cena de gala en la prefectura no le hubiera dado tiempo a llegar de ninguna manera, aparte de que tampoco estaba de humor. Sus seis millones de euros los había requisado la policía en lugar de invertirlos él en el banco de San Marino. No tardaría en recuperarlos, ése no era el problema. Luego contaba con recibir la visita de la Guardia di Finanza en los próximos meses. ¿Una auditoría en el Palazzo Vianello? Muy bien. Uno de los jefes del cuerpo era miembro de su misma logia. Y, en cuanto a la procedencia de los seis millones, no era él quien tenía obligación de justificarla. ¿Pero dónde estaba Vittoria? La muy golfa podía haberle esperado, gruñía Lele para sus adentros. Hasta para ella habría sido fácil encontrarle: ¿dónde iba a estar sino en la comisaría del lugar? Con lo generoso que había sido siempre con ella...

Pero lo que realmente preocupaba a Lele era que Aurelio no le cogiera el teléfono. Llamaba una y otra vez y lo dejaba sonar mucho rato. A diferencia de Giulio, Aurelio no tenía el móvil apagado. ¿Dónde estaban ese par de inútiles cuando los necesitaba? ¿Acaso debía replantearse su testamento y desheredarlos a los dos? Los vigilaría durante un tiempo y tomaría una decisión más adelante. Como pretendieran hacer negocios por cuenta propia, se acabó. Pero Raccaro también se hacía reproches. Si hubiera reconocido a Gazza en su día, si hubiera dicho que era su padre, se habría roto el matrimonio de su madre, que trabajaba para él como secretaria, pero al menos el chico habría podido llegar a algo.

Poco después, el Intercity llegó a Ferrara, donde Lele tenía que esperar casi hora y media al tren de enlace. Tenía hambre y fue a uno de los puestos del vestíbulo de la estación, en el que pidió una hamburguesa con queso y una cerveza. Se sentó en una mesita sucia y, masticando, contempló los edificios de la estación mientras la tormenta desencadenaba una tromba de agua sobre los tejados y la lluvia se estrellaba contra los cristales de las ventanas. En el andén de enfrente, un grupo de jóvenes a los que no preocupaban las inclemencias del tiempo subió riendo al tren hacia Bolonia. Poco después, el andén volvió a quedarse vacío. Lele fue a por otra cerveza, otra hamburguesa y una ración de patatas fritas. Mientras engullía todo aquello, sonó el móvil. Descolgó de inmediato al reconocer el número de su abogado de Trieste.

—¿Interrumpo tu cena?

—¿Qué pasa? —preguntó Lele con la boca llena—. No me vayas a quitar el hambre —y se metió en la boca unas cuantas patatas.

—Han encerrado a tus dos hijos. A Giulio ayer por la tarde en Udine, pero de eso me he enterado por pura casualidad después de que me llamara Aurelio para que acudiera de inmediato a verlo a él a la *questura*. El comisario le había interrogado sin mi presencia, pero el chico ha mantenido la boca cerrada.

—¿Qué comisario? ¿Y bajo qué acusación? —de muy malos modos, Lele tiró la

hamburguesa a la caja de poliespán.

—Es Laurenti el que lleva las investigaciones. Giulio está acusado de intento de chantaje a esa diputada inglesa. Mañana por la mañana me ocuparé de él. Al parecer, al registrar su casa han encontrado la tarjeta de una cámara con las fotos. Eso me dijo Aurelio de pasada. Giulio le había pedido que me llamara, pero ¡qué pena!, se le había olvidado.

—Buena le espera. Y a ese Laurenti también. Ponle una demanda por detención indebida o lo que se te ocurra, haz algo —a Lele se le quebraba la voz, le costaba un gran esfuerzo dominarse—. ¿Y de qué acusan a Aurelio?

El abogado, por el contrario, estaba muy calmado.

—Eso ya es un asunto de más peso. Intento de asesinato en dos ocasiones. Por desgracia, el ADN lo demuestra. También han puesto patas arriba su piso.

A Lele se le había caído de la boca el último bocado y, de un furioso manotazo, tiró al suelo la hamburguesa y la bandejita de patatas.

—¿Y a quién se supone que quería asesinar?

—A una periodista inglesa y a un vendedor ambulante. Hoy, a las seis de la mañana, en el parque de Miramare. El comisario me ha enseñado fotos que demuestran que Aurelio llevaba días siguiendo a esa mujer. Todavía no me han dejado ver los expedientes, lo está llevando todo la fiscalía. Laurenti ha estado muy comedido, sólo una vez ha comentado sonriendo con sorna que Aurelio era un gran amante de la fotografía. No ha soltado prenda de nada más. A Aurelio le he hecho jurar que cerraría el pico. Pero, bueno, ¿y tú dónde estás?

—Volviendo a Trieste. Llego en el tren a las 22:58. Recógeme en la estación.

—Tengo que acompañar a mi mujer a la recepción del prefecto.

—Pues sales antes de que acabe —siseó Lele—. Tu mujer se las sabrá arreglar sin ti, digo yo. 22:58, ¿entendido?

La noticia le había afectado. Lele no fue capaz de comer más. Hasta que llegó el tren, no paró de dar zancadas de un lado a otro del andén. Aurelio debía de haber perdido la cabeza, y se demostraba que Gazza era un inútil sin remedio. Lo soltarían enseguida. El propio Lele podía demostrar que las fotos eran obra de Aurelio y de nadie más. Si era cierto lo del intento de asesinato, no importaría que también lo condenaran por chantaje. Como sus abogados no lograran sacarse de la manga ninguna prueba nueva o encontrar algún resquicio de la ley para arreglar aquello, no tendría más remedio que sacrificar a uno de sus hijos.

Por el momento, lo esencial era obstaculizar las investigaciones de Laurenti. Los grandes escándalos siempre se desencadenan por nimiedades. Raccaro ya se lo había advertido a Aurelio.

Al subir al vagón de primera clase, Lele se llevó una sorpresa. Vittoria le sonrió muy contenta de verlo. No iba maquillada y sus rasgos eran bastos. Así no la había visto nunca.

El día de la esfinge

«Intento de asesinato en el parque de Miramare», rezaba el titular de la edición dominical del diario. «Gracias a una intensiva labor de investigación bajo las órdenes de la fiscal Iva Volpini pudo procederse a la detención de los sospechosos en la misma tarde de ayer. Cuenta la leyenda que pesa una maldición sobre el castillo, cuyos habitantes siempre mueren de forma trágica. ¿Acaso ayer noche despertó de nuevo de su sueño de piedra la pequeña esfinge que en su día trajo de África quien mandó construir Miramare? El rodaje del equipo de televisión germanoitaliano se vio repentinamente interrumpido. ¿Seguimos viviendo en la pacífica ciudad donde los crímenes capitales son una excepción, o acaso también nosotros necesitamos ahora de una guardia ciudadana voluntaria? ¿Sigue siendo suficiente la protección que nos ofrecen la policía y los *carabinieri*?»

Cuatro fotos adornaban el artículo a doble página en la sección local. En gran tamaño se veía la ajada escultura de mármol de la esfinge; una segunda foto mostraba al equipo de rodaje ante las mesas de *catering*; otra más pequeña, la estatua de Amadeo de Aosta, y la última era un retrato de la fiscal. Lo único que la prensa sabía de las víctimas era que se trataba de una mujer y un hombre, ambos africanos. La redacción tampoco podía ofrecer detalles sobre el culpable, pues en el comunicado de la policía tan sólo les habían dado unas iniciales y el dato de que era un joven de veintiocho años oriundo de Trieste. Luego, el artículo dedicaba un montón de frases a elogiar la acertada investigación de Iva Volpini aun siendo nueva en la ciudad. De Laurenti y sus colaboradores no decía ni una palabra. Por otro lado, el periódico adoptaba inesperadamente un tono que gustaría a los más radicales. Hablaba de un «atentado».

Laurenti pasó la página para informarse de los daños causados por el siroco: la guardia costera había tenido que rescatar de la fuerte marejada a las tripulaciones de tres yates, y el mar azotado por el viento había anegado el muelle e inundado la ciudad vieja y la gran Piazza.

Luego, sus ojos se detuvieron en una noticia muy breve y sin fotografías. Obedeciendo órdenes antes de recibirlas siquiera, la redacción había mantenido una gran discreción al respecto:

«Importante hombre de negocios de Trieste detenido en la Marina de Rávena. R. R. está acusado de intento de ocultación de pruebas. Tras un interrogatorio de dos horas, fue dejado en libertad con cargos. Cada centímetro cuadrado de su magnífico yate, un velero de dos mástiles de los años treinta, con velas de color rojo ladrillo, fue

inspeccionado por la policía científica. El influyente empresario, que había emprendido una excursión de varios días el viernes por la tarde, regresó en tren a Trieste esa misma noche. No fue posible obtener ninguna declaración».

Después de cenar con Marietta, Laurenti había vuelto a casa en su Vespa hacia la medianoche, calado hasta los huesos. Aunque no le quedaba ni un centímetro de ropa seco, aún tuvo que correr unos metros hasta la casa, donde se metió directamente en el cuarto de baño y se dio una larga ducha caliente.

No oyó la llamada de Laura hasta que el teléfono llevaba rato sonando.

—¿Dónde estáis? —preguntó Proteo.

—En Rovinj. Hemos anclado en la bahía, en el puerto ya no había sitio. Luego dicen de la crisis, pero todo el mundo está de veraneo.

—¿Y Mariantonietta? ¿Aún está el mástil en pie?

—No tienes motivos para preocuparte, cariño. Pero la verdad es que esta tormenta es terrible, y las previsiones tampoco son de color de rosa. Volveré mañana. O en yate o en el ferry, según lo vea.

—Yo creí que tres mujeres solas a bordo teníais muchísimo de qué hablar...

—Ya habrá ocasión de eso en cualquier momento, Proteo. ¿Te ha preparado la cena mamá?

—He estado fuera y acabo de llegar a casa hace unos minutos. A juzgar por el ruido, estará viendo uno de esos programas de entrevistas de encefalograma plano.

—Es que se aburre. Le haría bien un poco de conversación.

Laurenti miró a su alrededor, pero estaba solo.

—Tú ya vuelves mañana. Hasta entonces lo soportará. Además, tiene al bebé, que le hace mucho caso.

Como era de esperar, la suegra recibió a Laurenti con un gesto de reproche cuando entró a saludarla con una copa de vino en la mano. En la pantalla del televisor titilaba una escena lacrimógena de una pareja muy desgraciada que esperaba que, gracias a la exposición pública de sus intimidades en el *reality show*, lo suyo se arreglara para siempre. La cuna con el bebé no estaba en el salón, de lo cual se deducía que Patrizia estaba en casa y se había retirado a su cuarto con la pequeña Barbara. Laurenti se fue al suyo, en la nueva parte de la casa.

—¿Es verdad que estabas en la Diga Vecchia hacia el mediodía? —preguntó Patrizia, que apareció de repente después de dejar al bebé en la cuna y se sentó a su lado.

—Tuve una horita libre y necesitaba un chapuzón en el mar para refrescarme. ¡Menudo día!

—¿Y puede ser que estuvieras con Gemma? —siguió indagando Patrizia.

Laurenti la miró asombrado.

—¿Y tú cómo te has enterado? Sí, da la casualidad de que nuestra médico de cabecera también estaba allí.

—Me lo ha dicho mamá. Una de sus amigas te vio y la llamó enseguida. Por lo visto, estabais sentados en el bar y muy jun—titos. ¿Es posible? ¿Estáis liados? —Patrizia

reventaba de curiosidad—. ¡Sería rarísimo! Y también me ha dicho que fumabas como una chimenea. Venga, papá, cuéntamelo.

—¡Por Dios bendito! ¿Es que la gente no está a gusto si no encuentra algo sobre lo que cotillear?

—Eso mismo le dije a mamá.

—No te imaginas la cantidad de sospechas infundadas que van a parar a mi mesa en la comisaría. ¿Y qué has hecho tú durante todo el día?

—Bueno, he estado en la playa con Guerrino. ¿Sabes? Gigi vuelve mañana —dijo Patrizia—. Su barco llegará a puerto hacia el mediodía.

—Hum.

—Y por eso tenía que concretar algunos pequeños detalles.

—¿Significa eso que le has dado pasaporte a tu guardabosques?

—En realidad, yo no lo diría así. Hay cosas que se pueden desarrollar en paralelo. Es cuestión de organizarse.

—Tú lo has dicho, hija: en paralelo.

—A ver qué pasa. ¿Me llevarás al muelle, papá? Me gustaría mucho ir a esperar a Gigi. Con el bebé, claro. Todavía no la conoce.

—Avisa a Marco de que seremos uno más para comer. Tu madre dijo que nos haría él la comida de mañana.

La *bora* y el *siroco* estaban enzarzados en una reñida batalla, el viento cambiaba a cada momento, y unas veces se imponía la cortina de agua gracias al viento del sur; otras, volvía la tormenta del este-nordeste y lanzaba toda el agua hacia el mar. Era todo un espectáculo ver cómo las ráfagas de viento azotaban el mar y se llevaban por delante las olas blancas encabritadas, y al instante cesaba todo, como si de un disparo se hiciera el silencio en el mundo: Trieste, ciudad de los vientos. Mientras la familia dormía, pues hasta para la abuela era demasiado temprano, Laurenti salía a la terraza e intuía que, para la hora de comer, el cielo azul habría vencido. Eso sí, la temperatura había bajado, de manera que prescindió de su baño matinal en el Adriático. A las siete de la mañana de aquel domingo ya estaba sentado a su escritorio.

Si era cierto lo que decía el periódico, había actuado correctamente el día anterior y así podría contrarrestar mejor los palos que iban a caerle. Revisó el correo electrónico y leyó en dos minutos el breve informe de la comisaría de Rávena. Sin pensar en la hora que era, cogió el teléfono y llamó al compañero que había custodiado a Lele la tarde anterior y a quien sorprendió preparando el desayuno a su familia.

El inspector jefe de Rimini le contó enseguida que Raccaro, el día anterior, al final había accedido a separarse de su maletín, a reventar de billetes, después de hablar con el abogado de una sociedad muy importante de Milán. La policía había tardado un buen rato en contar y comprobar dos veces la cantidad de seis millones de euros. Doce mil billetes de quinientos. Lo que se dice un buen montón: diez fajos de veinte centímetros de grosor.

Pero Raccaro se había limitado a sonreír con gesto de lástima, insistiendo en que no

había diferencia alguna entre llevar cincuenta euros en la cartera o una suma tan elevada. Que era porque ya no confiaba en los bancos. Después de todo, bien conocidos eran los desastres que habían causado. Y, claro, su generación aún había vivido la guerra.

La policía había cursado una denuncia contra Lele por intento de ocultación de pruebas y él la firmó con una pérfida sonrisa, como hacían todos los que confiaban en que sus excelentes contactos los salvarían llegado el momento. El dinero fue puesto a buen recaudo tras extenderle un recibo, tras lo cual Raccaro comentó que le parecía muy bien pues en ningún otro lugar iba a estar más seguro que con la policía, aunque era una pena que así no diera intereses. Finalmente, lo habían dejado en libertad, no habían podido retenerlo más de dos horas. Cuando lo vieron subir al tren de Trieste, dejaron de vigilarlo. En efecto, al compañero de Rávena le había llamado la atención la limusina con matrícula de San Marino a la entrada del recinto de la guardia costera, pero no bastaba como prueba de ninguna actividad ilegal.

—He dado aviso a los compañeros de delitos fiscales, comisario —dijo el inspector.

—Ya les transmitiré yo el resto de la información a lo largo de hoy —Laurenti le informó brevemente de las listas que habían encontrado en el maletín de Aurelio Selva y que Pina Cardareto había analizado: el universo de Raccaro, un detallado esquema de sus negocios y de toda su red de dependencias. Luego apuntó los datos del funcionario de la Guardia di Finanza y también le llamó. A continuación, sacó de la cama a la fiscal.

La calma que precede a la tempestad. Laurenti subió los pies encima de la mesa y contempló el rascacielos de enfrente, cuya última planta consideraban el nido de águila. Estaba seguro de que, a primera hora de la mañana del mismo lunes, vería aparecer en la puerta del rascacielos y del Palazzo Vianello a medio ejército de agentes uniformados de la Guardia di Finanza a despertar a Lele antes de que le diera tiempo a ocultar nada.

Y es que casi siempre son nimiedades lo que desencadena los grandes escándalos.

Al signo de interrogación que le llegó por SMS respondió, tras unos instantes de duda, con otro SMS: «Viento fuerza 10». No quería decir nada especial, pero a Laurenti no se le ocurrió otra cosa y tampoco quería hacer esperar a Gemma.

Se había demostrado que quienes habían dado la paliza a Alberto habían sido los matones de la patrulla voluntaria. El informe del laboratorio certificaba que la sangre hallada en sus cazadoras era, sin lugar a dudas, del vendedor ambulante. Sin embargo, en la ropa de aquellos tipos no había ni una sola gota de sangre de la periodista pelirroja. El análisis de ADN del mechón de pelo, así como las epiteliales de debajo de las uñas de Miriam Natisone, remitían claramente a Aurelio Selva. Así pues, no se podía hablar de doble intento de homicidio. También Alberto se había manchado ambas manos con la sangre de Miriam, pero sólo había tocado la navaja con dos dedos, según demostraba la posición de las huellas. Era imposible agredir a nadie de esa manera. Había una laguna en la lógica de los hechos, cuyo transcurso no se averiguaría definitivamente hasta que las dos víctimas estuvieran en condiciones de prestar declaración. O tal vez antes, si el comisario apretaba las tuercas a los tres calvorotas que seguían porfiando que ellos tan sólo protegían a los ciudadanos durante la noche. Estaban en celdas muy separadas. El

día anterior, un abogado de Varese, alejado bastión de la Lega Nord, se había hecho cargo de ellos y había recurrido su detención. Se notaba que el partido quería proteger a sus miembros. Hasta donde le era posible hacerlo.

Pero Laurenti daba vueltas a otra cosa. La voz de Gilo Battinelli sonó tan apagada como si la llamada del jefe lo hubiera despertado. El inspector y otro compañero habían pasado la noche vigilando la casa en la que estaba empadronada Vittoria. Todavía no había vuelto.

Cuando Proteo Laurenti abrió la puerta del coche a las once y media, la *bora* había abierto grandes agujeros en el oscuro manto de nubes que cubría el cielo y por ellos asomaba ya el sereno azul de los cuadros de Tiépolo. Al parecer, el verano recuperaba sus fuerzas. Laurenti cambió de opinión, cerró el coche y dirigió sus pasos hacia el rascacielos, pasando por delante del Teatro Romano.

Llamó al telefonillo y le abrieron de inmediato sin preguntar quién era ni qué quería. Como si le estuvieran esperando.

Cuando Laurenti salió del ascensor, el caballero bajito al que iba a visitar estaba en el umbral de su puerta. Se quedó mirando al comisario sin dar crédito a sus ojos.

—¿Usted? —preguntó Lele con asombro.

—¿No me estaba esperando ya, Lele? ¿Cuándo ha regresado?

—¿Qué quiere?

—Hablar, qué si no. Podría ofrecerme un café. A ser posible, Jamaica Blue Mountain.

La mano de Raccaro no se movía del picaporte, aunque en unos segundos cedió y dejó pasar al comisario. Lo condujo hasta el salón y le pidió que se sentara junto a una mesa. Laurenti le oyó trajinar en la cocina y le pareció que hablaba en voz baja con otro hombre. Poco después volvió con una bandeja sobre la que llevaba dos tazas de *espresso*.

—Kopi Luwak, comisario —dijo Lele—. La bebida más exclusiva del mundo. Seguro que no lo ha probado nunca.

—Sabe a selva amazónica, Lele. Los granos del café son excretados por la civeta asiática. Un bichejo hermafrodita muy simpático. Y luego esa caca de gato parece una barrita de *muesli*.

Raccaro lo miró de arriba abajo sin decir palabra.

—Por cierto, muy bonito el cuadro que tiene ahí en la pared.

—Gustave Courbet —alardeó Lele—. *Les bouches du Timavo*. Es de un valor incalculable. Pero me extrañaría que hubiera venido por eso.

—Venía a felicitarle por su segundo hijo, Lele. Una pena que estén los dos a la sombra.

—¡¿Qué es todo esto, comisario?! —gritó Raffaele Raccaro de pronto—. ¡Su exagerado afán de protagonismo pone en peligro el bien común! Y a costa del contribuyente.

Se inclinó hacia el comisario como una furia, y tenía la cara de un rojo tan intenso que Laurenti temió tener que avisar pronto al médico de urgencias. Habitualmente no había nada que hiciera perder la compostura a aquel hombre, y Lele era famoso por su eterna sonrisa, incluso en situaciones que podían acarrear consecuencias terribles para otros. Sin

embargo, de repente le tembló la mano en la que sostenía la taza de café. El café le dejó una mancha marrón oscuro en la camisa blanca.

—¿Cómo es que ya ha vuelto de su excursión en yate, Lele? —Laurenti se recostó en el sillón con una sonrisa—. Qué bien que al final haya encontrado un hueco para charlar conmigo. Hasta se ha tirado el café encima de pura excitación...

Durante una fracción de segundo, Lele guardó silencio y se miró. Luego se puso a gritar otra vez.

—¡No os creáis que podéis frenar nuestra lucha por la democracia y la libertad con vuestras operaciones!

—¿De qué habla? Aquí sólo estamos usted y yo —Laurenti miró a su alrededor en actitud teatral.

—Se está pasando de la raya, comisario. Usted y esa fiscal que no tiene ni idea de las consecuencias que tendrá para ella todo esto.

—Eso ya me lo dijo ayer su abogado, y a decir verdad, no los entiendo a ninguno de los dos. ¿Qué hemos hecho?

—Ha encarcelado a mis dos hijos, Laurenti. Y ya verá lo pronto que tiene que soltarlos de nuevo.

—De que también Gazza es hijo suyo no me he enterado hasta hace unas horas. Un ilegítimo, vaya, vaya. Su partida de nacimiento dice otra cosa.

—La inocencia de Giulio Gazza está demostrada. Y tampoco logrará retener a Aurelio. Y ahora lárguese de aquí o le denunciaré por allanamiento de morada.

Laurenti se puso de pie y salió al pasillo, Raccaro iba detrás de él.

—Por cierto, ¿dónde está Vittoria? Necesito su declaración como testigo.

A Raccaro le afectaron visiblemente estas palabras. Laurenti cerró la puerta tras de sí.

Diez minutos más tarde, tras identificarse en la entrada del Palacio de Justicia, el comisario recorría los amplios pasillos desiertos y, finalmente, llamaba con determinación a la puerta de la fiscal.

Iva Volpini estaba sentada en su escritorio, sepultado de expedientes. Estaba despeinada y llevaba la misma blusa del día anterior. El despacho olía a cerrado.

—Gracias por despertarme, comisario —dijo en tono avinagrado—. Me he pasado la noche dando vueltas a estos expedientes y acababa de quedarme dormida cuando he recibido su llamada. Ya ve, Laurenti, estaba aquí, no en mi casa. Y por lo visto no hay una máquina de café que funcione en todo este edificio. Aunque, al menos, ahora veo claro todo el asunto. He decidido que...

Laurenti levantó una mano para interrumpirla.

—¿Por qué no me cuenta todo esto en un bar, *dottoressa*?

Antes de salir, abrió la ventana ante la mirada interrogante de la fiscal.

Después de ver las fotos de Vittoria y del alemán, Iva Volpini estaba decidida a detener a Raccaro. Al fin y al cabo, las últimas imágenes que había de Harald Bierchen se habían tomado a bordo del *Greta Garbo* y estaban almacenadas en la tarjeta de la cámara de Aurelio Selva. El hijo de Lele. El pedacito de tela que la policía científica había encontrado en la cubierta del yate era del pantalón del alemán, y las notas halladas en los

bolsillos del cadáver remitían a la AFI.

–Por Dios del cielo, *dottoressa* –dijo Laurenti en la barra del Bar X, en la Via del Coroneo, mientras la fiscal pedía su segundo *caffè latte*–. En mi opinión es precipitado. Si cogemos a Lele, se nos escapará Vittoria. Y probablemente es el único testigo de la muerte de Birkenstock. Si no lo asesinó ella.

–Los nombres son Raccaro y Bierchen. Nada de apodos, por favor –insistió la fiscal, tomándose la espuma de leche a cucharadas.

–Démosle un poco más de tiempo. La entrada del edificio está vigilada. Si Vittoria está en casa de Raccaro, en algún momento tendrá que salir. Si me permite opinar, me parece muy importante que la intervención de los compañeros de la Guardia di Finanza arroje un poco de luz sobre los negocios de Raccaro. Las anotaciones de Aurelio son más que reveladoras.

–Ayer no pararon de sonar mis teléfonos, Laurenti. Hubo de todo, desde bonitas palabras para intentar convencerme hasta amenazas más o menos directas.

–No habrá mucha diferencia entre intervenir hoy o mañana. Raccaro no se va a escapar. Sigue convencido de que tiene la sartén por el mango. No sabe nada de esas notas de Aurelio, y mi gente está tan cansada como usted, *dottoressa*. Concedámosles a todos su día de descanso. ¿Interrogará a Giulio Gazza antes de que pasen las cuarenta y ocho horas de rigor?

–He fijado el interrogatorio a la una, ¿por qué?

–Déjelo en libertad. Ese idiota es el único que esta vez no ha hecho nada, y a lo mejor Lele lo interpreta como un primer éxito de sus excelentes contactos. Y cuando Gazza lo llame, escuchamos qué dicen.

–Raccaro, se llama Raccaro. Nada de apodos. Un día se le escapará alguno delante del juez y se verá en un aprieto. Es fundamental guardar las formas.

Laurenti sonreía de oreja a oreja mientras se abría paso entre el tráfico de Barcola. ¿No pretendería la fiscal hacer de él un hombre distinto? A Laurenti no se le conocía precisamente por respetar las reglas al pie de la letra, pero a pesar de ello siempre había conseguido sus objetivos. En los próximos minutos ya iba a saltarse las normas de nuevo al subir a Patrizia y al bebé en el coche patrulla. Pero era la forma más sencilla de que ambas llegaran al puerto franco sin problemas.

El *MS EVER Miriam* era un barco contenedor de trescientos metros de eslora y con una capacidad de carga de más de ocho mil TEU, construido en Corea del Sur en 2006. Sobre el casco de color azul oscuro se leía en grandes mayúsculas blancas el nombre de la compañía naviera Italia Marittima. Patrizia lo había visto entrar en el golfo de Trieste desde la casa y había llamado a su padre de inmediato. Gigi era primer oficial de la tripulación de quince personas, pero de todas formas aún habría de transcurrir un buen rato hasta que el barco, que en alta mar alcanzaba una velocidad de crucero de veinticinco nudos, recibiera a bordo al práctico de Trieste y luego entrara en el puerto como a cámara lenta para ser remolcado hasta el muelle.

No obstante, Patrizia ya estaba en la calle con el bebé, esperando impaciente a que su

padre las recogiera. Su nerviosismo se había transmitido a la pequeña Barbara, que chillaba a pleno pulmón y no se calmó hasta casi llegar a la barrera de la aduana. Laurenti se lo agradeció, así no tendría que responder a ninguna pregunta. Enseñó su documentación por la ventanilla y le dieron permiso para pasar. Incluso en domingo por la mañana había una gran actividad en el puerto. La mercancía que no se movía era capital muerto.

Laurenti no había estado en la zona del puerto franco hacía bastante y se perdió varias veces hasta encontrar el muelle de la terminal de carga donde justo estaban amarrando el *MS EVER Miriam*. Varios vehículos de la guardia costera, de la agencia de navegación y de algunas empresas de logística habían aparcado a cierta distancia y esperaban a que sacasen la pasarela del barco. Arriba, en la cubierta, se veía a seis hombres asomados; Patrizia cogió el móvil y llamó a Gigi para describirle el coche patrulla de su padre. Él respondió de inmediato y los saludó con la mano en cuanto los vio. Patrizia se bajó con la pequeña Barbara en alto, que en ese momento gorjeó muy contenta, como si intuyera que iba a conocer a su papá.

De pronto, sonó una sirena con un ruido atronador y Laurenti se estremeció. Gigi agitaba la mano como loco. El gigantesco brazo de una grúa amarilla avanzaba hacia ellas; el comisario metió a su hija en el coche a toda prisa y arrancó. Le faltó muy poco para llevarse por delante un tráiler que se dirigía a la zona de descarga. Soltó un taco y buscó una plaza para aparcar cerca de los vehículos de la guardia costera.

Media hora más tarde, Gigi se lanzaba pasarela abajo, y a Laurenti le costó mucho impedir que su hija no echara a correr hacia él también. Hasta que el marino no estuvo a tres coches de distancia, Laurenti no permitió bajar a Patrizia con el bebé. Gigi dejó caer la maleta y corrió hacia ambas.

La mesa redonda de la terraza estaba puesta con un mantel de hilo blanco y adornada con flores, y para cada comensal había una servilleta doblada con mucho arte. Además, había palillos como en los restaurantes asiáticos. Proteo Laurenti contó siete cubiertos. Patrizia y Gigi acababan de desaparecer en su habitación y la bisabuela mecía a la pequeña Barbara. Livia estaba en el baño.

—Está todo muy bien puesto, Marco. Pero ¿hace falta un cubierto para el bebé? —preguntó Laurenti dando unas palmadas en el hombro a su hijo.

—Hombre, papá, el séptimo cubierto no es para el bebé. Mamá vuelve a comer con nosotros, ha cogido el ferry y debe de estar a punto de llegar. ¿Es que no te lo ha dicho?

—Marco escondía el porro a la espalda y esperaba que su padre al menos hiciera como que no lo había visto.

—Aaah —dijo Laurenti—. ¿Y qué hay de comer? Porque me muero de hambre.

—Es una sorpresa. Tenéis que adivinarlo.

—Tu madre me ha dicho que has salido a pescar en barca varios días.

—Puede ser.

—Sí, y a mí no me ha dejado entrar en la cocina —protestó la abuela Camilla—. Ni a calentar el biberón me ha dejado pasar. A cambio, la basura apestaba a desperdicios de pescado. Aunque no había espinas, ni conchas de moluscos ni de crustáceos. Sólo había

una masa pestilente de color claro. Y la que tuvo que salir a tirarla fui yo. Hasta el segundo refrigerador estaba lleno de sus recipientes de plástico y ha utilizado kilos de sal marina. Y además no para de fumar esa cosa maloliente.

Marco puso los ojos en blanco.

—No puede soportar no saberlo todo hasta el último detalle —dijo a su padre en voz baja—. Y en cuanto se entera de algo se lo cuenta a todo el mundo. Por eso.

—¿Y qué vamos a beber?

—Primero, un cóctel, y después vino del Carso, por supuesto —dijo Marco.

—Me han echado, ¡qué cerdos! —contó Livia mientras tomaban el aperitivo. Por la sonrisa que se dibujaba en su cara, aquella decisión suponía cualquier cosa menos un disgusto—. ¿Pero qué estamos bebiendo? Es una bomba, y no lleva poco alcohol precisamente.

—Se llama *jellyfish-cocktail* —afirmó Marco—. Lo he hecho fuertecito adrede, a ver si os animáis.

—¿Cóctel de medusa? ¡Estás loco!

—Se llama así por el color, es vodka, curaçao azul y nata.

—¿Y cuál ha sido el motivo de que perdieras tu trabajo tan de repente? —preguntó Laura, que había regresado hacía media hora, con la melena rubia recogida en un moño y caminando con paso enérgico. Había saludado a todos muy cariñosa, a Gigi casi con exagerada efusividad. El único que sólo había recibido una mirada displicente era Laurenti. «Menos mal, veo que estás sano...», fue todo lo que le dijo. Cuando él le preguntó por la razón del prematuro fin de su travesía, ella respondió con una alusión al mal tiempo.

—Pues ha sido por la interrupción del rodaje ayer por la mañana, cuando apareció papá con el coche patrulla en mitad del set en el parque de Miramare y echó a perder la escena. El director decía que yo podía haberlo evitado, pero entonces le solté a la cara todo lo que me llevaba callando desde el principio.

—Yo creí que esa gente estaba acostumbrada a los arrebatos de sus excéntricos compañeros.

—Bueno, ya... —confesó Livia bajando la voz—. Es que, cuando se rió de mí, le tiré el café a la cara. Y estaba bien caliente. Pero ya no podía más. No sé si me pagarán las semanas que he trabajado.

Ni Proteo ni Laura eran diestros con los palillos y la abuela ni siquiera lo intentó, pues pidió un cubierto antes de empezar y Marco se lo trajo sin chistar. Todos menos ella elogiaron la comida, una receta claramente asiática, saciante pero ligera. Todos adivinaron que llevaba jengibre, cilantro fresco, ajo y cebolleta, sésamo tostado y chile, pero no acertaban con el ingrediente principal del entrante.

—*Tagliatelle*, pero demasiado duros y cortados —dijo la abuela en tono seco mientras picoteaba aquellas tiritas de un par de centímetros de grosor que brillaban como el marfil. Al principio, tenían una consistencia ligeramente crujiente y luego como de gelatina. Y un sabor muy fresco, como a mar.

—Qué va, es calamar —afirmó Patrizia.

—A mí me da igual lo que sea, está rico —añadió Livia—. Vamos, Marco, dínoslo.

Marco sonrió satisfecho.

—Después del siguiente plato os lo digo.

—Hamburguesa —bromeó Laurenti probando un bocado—. No, tortitas de patata con un relleno de lo que has puesto en la ensalada que acompaña el primer plato.

Gigi no decía nada mientras todos los demás lanzaban sus hipótesis y pedían a Marco que les diera alguna pista.

—Yo lo comí hace poco en Hong Kong —dijo el marino finalmente—. Es que no quiero arruinarle la sorpresa a Marco.

—Es una cosa muy rica en proteínas y muy sana, no tiene grasas saturadas ni colesterol. Y viene directa del mar. Tan sólo una secuencia de su ADN la diferencia de la lechuga, pero es un animal, aunque no tiene cerebro. Y sus proteínas contienen colágeno, que es bueno para la piel, los dientes y los huesos.

—Gigi, dilo tú —exclamó Patrizia—. Antes de que Marco nos dé una conferencia.

—¡Medusa! Esas medusas blancas grandes que el siroco trae también al golfo de Trieste.

Por un instante, todos se quedaron sin habla. Sólo el bebé gorjeaba feliz en su cuna.

—A partir de mañana volveré a ocuparme yo de hacer la comida —la madre de Laura se levantó de la mesa de golpe y, en señal de protesta, se llevó su plato a medio terminar, en tanto Laurenti y Marco, Patrizia, Livia y Gigi se desternillaban de risa... hasta que al final también contagiaron a Laura.

—Lele tiene un Courbet auténtico en una de sus paredes, ¿lo sabíais? —comentó Laurenti como colofón de su relato del incidente en el parque del castillo mientras sorbía el *caffè shakerato* que Marco había servido al final: con un poco de azúcar y un toque de anís estrellado. Había empezado a preguntar Livia, que quería que su padre les contara el caso que le había costado el empleo. Luego, los demás insistieron hasta que, en contra de su costumbre, el comisario les habló de su trabajo.

—¡Vaya! ¿Y qué cuadro es? —preguntó Laura con curiosidad.

—Se titula *Les bouches du Timavo*.

Laura se echó a reír en alto.

—¿Ese cuadro? Es una falsificación muy minuciosa, pero no es auténtico. Ya me lo ofrecieron hace algunos años.

—Lele asegura que pagó una millonada por él y que ahora vale mucho más.

—Eso es problema suyo. Sólo que los expertos están todos de acuerdo en que es falso. Es verdad que es bonito, pero tan falso como *La mare dei mona*, que según decían era de Leonor Fini —Laura sonrió con gesto ensimismado—. Hasta ayer no me enteré. Un bluff.

Notas

¹ Se trata de una alusión a la película de Alfred Hitchcock *Atrapa a un ladrón*, cuyo título en alemán, traducido literalmente, es «Por los tejados de Niza». (*N. de la T.*)

² Es una cita de la Vulgata: Primera Epístola de San Pablo a los Corintios 2, 9. (*N. de la T.*)

³ Además, Bierchen es el diminutivo de *Bier*, «cerveza», de modo que el personaje se llamaría Harald Cervecita. (*N. de la T.*)

⁴ Se refiere a la policía política italiana, la *Divisione Investigazioni Generali ed Operazioni Speciali*. (*N. de la T.*)

⁵ Son las siglas en albanés del Ejército de Liberación de Kosovo: *Ushtria Çlirimtare Kombëtare*. (*N. de la T.*)

⁶ Tiene que ser Claudio Magris. (*N. de la T.*)

⁷ Birkenstock es la marca de sandalias y zuecos ortopédicos más popular de Alemania. (*N. de la T.*)

⁸ Nunca se deben hacer cambios en un equipo ganador. (*N. de la T.*)

Créditos

Título original: *Keine Frage des Geschmacks*

Edición en formato digital: junio de 2012

© Paul Zsolnay Verlag Wien 2011

© De la traducción, Isabel García Adánez, 2012

© Ediciones Siruela, S. A., 2012

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid

Diseño de cubierta: Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9841-731-9

Conversión a formato digital: El poeta (editores digitales) S. L.

www.siruela.com

Índice

Portadilla	2
SOBRE GUSTOS NO HAY NADA ESCRITO	4
Al agua regresa todo	6
La dama de los gatos	11
Con el verano se abre todo el mundo	15
Sex on the Beach	21
Paradoxurus hermaphroditus	33
Portadoras de esperanza	44
Ángeles de viaje	54
¡En marcha!	62
De un mismo golpe	72
Amarillo	91
Sorbete de limón	107
Los enfados y el café se sirven calientes	116
Desidia veraniega	131
Levando anclas	136
Cavana	142
Dios creó al hombre a su imagen y semejanza, y creó al hombre y a la mujer	153
Al amanecer en el parque	157
El error de Freud	180
El viaje de vuelta	198
El día de la esfinge	211
Notas	222
Créditos	223